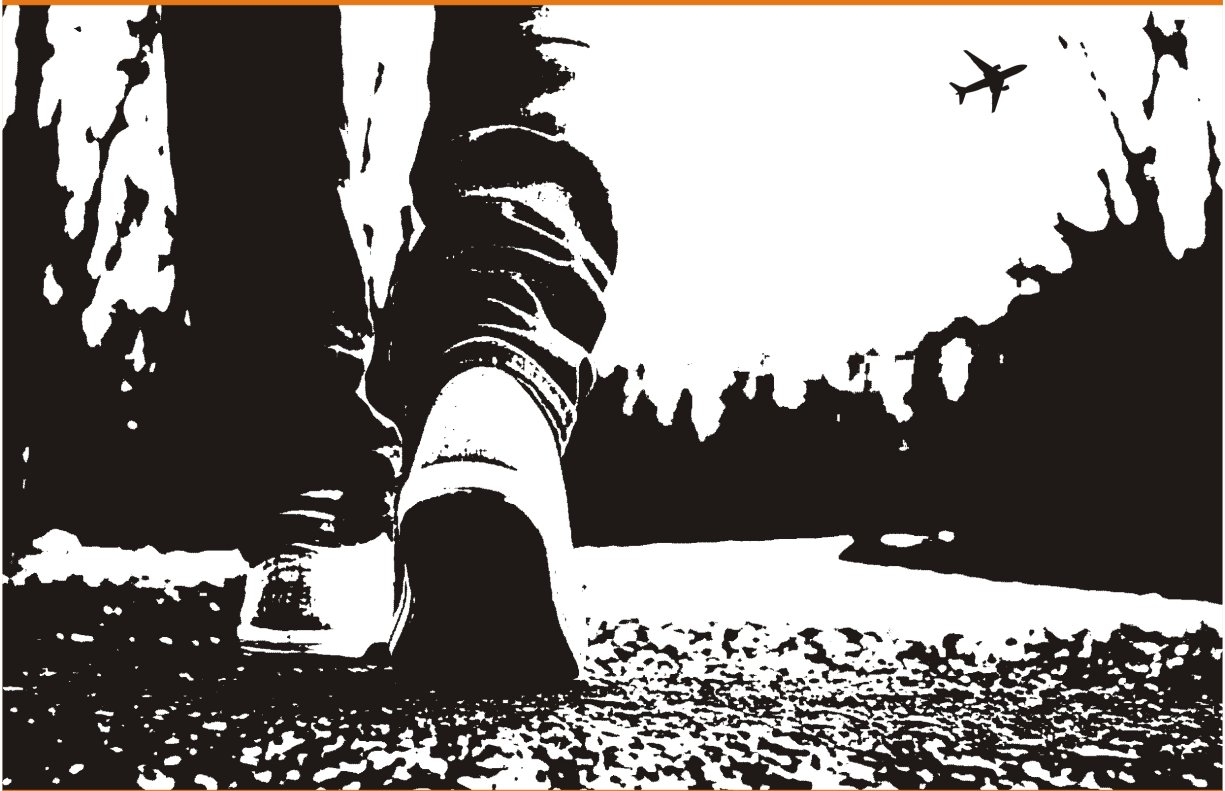


el viaje de
GOYO GANDULLA



una novela de **PABLO ROZADILLA**

EL VIAJE DE GOYO GANDULLA

Pablo Javier ROZADILLA

Ediciones del Desarmadero



*Novela publicada originalmente mediante
entregas semanales en
www.sannicolasnews.com*

CONTENIDO

[Página del título](#)

[ESTACIÓN ROMA](#)

[COCO](#)

[ROSITA](#)

[VIDA EN ROMA](#)

[GOYO](#)

[VALENCIA](#)

[NURIA](#)

[ROMA, PERO LA CAPITAL DE ITALIA](#)

[NÁPOLES](#)

[UN VIEJO DESCONOCIDO](#)

[EL TERCER CELULAR](#)

[FUGA](#)

[CASTELNUOVO DEL GARDA](#)

[EL HOMBRE DE LA REMERA BORDÓ](#)

[VICENZO](#)

[LA LIBRETA DE DON JESÚS](#)

[Acerca del autor](#)

ESTACIÓN ROMA

- *Buen día. ¿Vive usted aquí?*

El Coronel Pedro Dinas había permanecido apenas dos años en el Regimiento de Murcia, pero a juzgar por su tono castizo parecía haber vivido allí toda su vida. Sin embargo, había nacido en Caseros y luego de la mencionada estadía en España para capacitarse militarmente, estaba de regreso en tierras de la Nación Argentina. Cumplía funciones en la sociedad mixta creada por el gobierno de Julio Argentino Roca que tenía a su cargo la construcción de los ramales ferroviarios.

- *Sí* -contestó el joven que estaba sentado en uno de los rieles, mordiendo un pastito entre sus dientes, con gesto cansino.

- *¿Aquella joven es algo suyo?* -preguntó el Coronel, sin bajarse de su brioso caballo, señalando hacia adentro de la construcción lindante con las flamantes vías del Ferrocarril Belgrano.

- *Sí, es mi hermana. Se llama Lucía* -dijo el joven sin voltear la vista, adelantándose a una hipotética nueva pregunta del militar, que venía acompañado de otros dos militares de menor grado, también a caballo.

A partir de aquella tarde, el Coronel Dinas pasaría una vez por semana por aquel diminuto punto en el mapa ferroviario argentino. Con la excusa de supervisar las obras, el militar visitaría a Lucía Farenga, de 16 años, hija del matrimonio compuesto por Juana Scarone y Alcides Farenga, propietarios del almacén de ramos generales "Casa de Doña Juana", una referencia comercial en medio de un vasto e inhabitado territorio, ubicado en el norte de la provincia de Buenos Aires, casi en el límite con Santa Fe.

- *Ese hombre nunca dejará a su familia para casarse con Lucía* -refunfuñaba Juana mientras acomodaba la mercadería recién llegada.

- *Mujer... no sabemos si tiene familia. Y si la tiene, habrá de dejarla, te lo aseguro. Basta con fijarse cómo mira a nuestra hija* -deducía Alcides.

- *Estoy seguro que está casado, y no me extrañaría que su esposa sea una dama de abolengo. Una hija de hacendados o algo por el estilo.*
- *Cuánta imaginación. Sería mejor que no te impacientes, Juana. Pensá en el progreso que representaría para la niña casarse con un militar tan importante. Un progreso para Lucía y por supuesto, también para nosotros.*

Ambos tenían parte de razón. El Coronel Pedro Dinas -un hombre de porte señorial y andar patricio- tenía 36 años y, como imaginaba Juana, estaba casado con Margarita Sotelo de Sasía, hija de uno de los más grandes terratenientes bonaerenses. Pero, como a su vez pensaba Alcides, el militar estaba profundamente encandilado por el encanto juvenil de Lucía, una joven alegre y sensible que esperaba cada encuentro con el Coronel con renovadas expectativas.

- *A propósito, Coronel... nos enteramos que ya le han puesto nombre a la estación siguiente. Ingeniero Rotondi, en honor a uno de los profesionales que diseñó el sistema ferroviario, según me han dicho* -comentó Alcides sirviéndole una copa de licor al militar, quien se aprestaba a degustarla, masajeando con los dedos su denso bigote, mientras miraba la inmensidad de la llanura pampeana por la ventana del almacén. Su gesto era pensativo y relajado, a la vez que parecía encaminarse a una epifanía.

- *Efectivamente, don Alcides.*
- *¿Quién decide esos nombres, Coronel?*
- *Depende del caso. Por ejemplo, esa denominación la decidió un colega que coordina parte del ramal. Por ende, me han pedido a mí que defina un nombre para ésta. Debo hacerlo con cierta premura, por cierto.*
- *¿Tiene ya alguna idea?* -curioseó Alcides.
- *Aun no. Pero no soy partidario de designar las estaciones con nombres propios. Mucho menos nombres y apellidos de personas que jamás habrán pisado ni pisarán estos remotos lugares de nuestra generosa geografía.*
- *¿Y si no es con nombres propios, a qué piensa hacer referencia en este caso? Le pregunto por curiosidad, nada más. No vaya a pensar usted que quiero inducirlo a algún nombre en especial.*
- *Faltaba más, don Alcides. Justamente estaba pensando en ello mientras observaba el paisaje de estas tierras.*

- Bueno... tanto paisaje acá no hay. Campo y cielo. Y no mucho más. Apenas algún arroyito a las perdidas...
- Aquí el paisaje va más allá de la geografía, estimado Alcides. En estas tierras me he maravillado yo con otro tipo de paisajes. Por ejemplo, la belleza de su hija, y sabe usted que lo digo con el mayor de los respetos.
- Por supuesto, Coronel -se ruborizó Alcides. Pero... ¿tiene pensado ponerle el nombre de nuestra hija a esta estación?
- No exactamente.

A partir del 2 de febrero de 1884, la estación del ferrocarril que se erigiera al lado del almacén de ramos generales de la familia Farenga, pasaría a llamarse Estación Amor, una idea del Coronel Pedro Dinas, justificada a su turno en un simbólico y muy poco concurrido acto oficial. El mismo contó con el descubrimiento del cartel respectivo -momento immortalizado por un fotógrafo traído especialmente por Dinas-, un pequeño discurso del militar y un copetín posterior.

- Bajo el generoso sol de estas llanuras, y envueltos en el cálido abrigo de la brisa pampeana, dejo inaugurada de manera oficial esta estación ferroviaria, que de ahora en más llevará el nombre de Estación Amor, haciendo alusión a ese sentimiento tan noble y movilizador de las más virtuosas energías humanas, que sobrevuela en forma de grácil mariposa por estos fértiles campos.

Un tibio aplauso coronó sus palabras. Estaban presentes, además de los integrantes de la familia Farenga, los dos laderos habituales del Coronel Dinas, algunos peones rurales de la zona, y un par de propietarios de fincas aledañas, que luego del discurso del oficial presente, se miraron con un gesto mezcla de sorpresa y desaprobación. La denominación, immortalizada con cartel y todo, desde el primer momento generó una creciente inquina de los lugareños, a excepción -claro está- de los Farenga. Lucía se mostró sorprendida gratamente en un principio, pero luego pasaría a sentirse definitivamente emocionada, al recibir en la intimidad la explicación de su amante.

- Pensaba ponerle Estación Lucía, pero es que tu despiertas en mí un sentimiento tan puro, noble y desbordante, que en ti percibo sintetizado el

verdadero amor. Nombrar a este paraje como Amor, es lo mismo que ponerle tu nombre, amada Lucía.

- Ay, Pedro... qué cosas tan hermosas dices...

La realidad era que el Coronel Dinas no quería dejar huellas tan explícitas de sus amores clandestinos. Sucede que estaba siendo motivo de una doble pesquisa: por un lado, sus superiores dudaban cada vez más de la rendición de los gastos que mensualmente debía presentar, como le correspondía hacerlo a cada encargado de ramal. Por el otro, su esposa tenía el presentimiento que su marido la engañaba con más de una mujer. En efecto, el romance de Pedro Dinas con Lucía Farenga no era el único de sus deslices matrimoniales: en varios de los parajes y pueblos que debía recorrer se había granjeado alguna simpatía amorosa, y su esposa Margarita, que en principio sospechaba en base a pura intuición femenina, incrementó sus dudas a partir de un diálogo que escuchó a hurtadillas, una tarde en su estancia. Mientras alimentaban sus caballos a la espera del Coronel, sus soldados a cargo departían sobre las andanzas de cierto donjuan que no podía ser otro que su superior inmediato. Margarita justo pasaba por detrás de la caballeriza, y de su cercana presencia no pudieron percatarse los oficiales.

- Ya quisiera yo tener la suerte del jefe -dijo uno de los soldados.

- ¿Hablás de casarte con alguien de buena posición económica? -conjeturó el restante.

- No. Lo digo por su suerte en el amor. Una suerte que lo espera en cada estación que nos toca recorrer.

- Shhh... -su compañero miró hacia todos lados, tratando de comprobar si había alguien cerca que pudiera haberlo escuchado. Hablá bajo que nos pueden oír.

Acorralado por partida doble, Dinas terminó huyendo sin dejar rastro. Con el tiempo se supo que estaba radicado en Lima, Perú, donde había formado pareja -otra vez- con la hija de un hacendado muy poderoso, y disfrutaba de una vida llena de tertulias, veladas artísticas y pantagruélicas fiestas de una sociedad que también supo conquistar en base a su estilo seductor, tanto en materia amatoria como social. Mientras tanto, su huida había dejado varios

corazones rotos: el de su esposa Margarita, el de Lucía Farenga, y el de varias amantes más.

- *Lucía, a ver si cambiás esa cara y dejás de llorar por ese miserable del Coronel. Por lo menos vení a ayudarnos en el almacén, que cada vez tenemos más clientes. Está viniendo mucha gente a radicarse a esta zona, ya vas a encontrar algún hombre decente que te haga feliz de veras, no como ese desgraciado, que además de mal hombre ha demostrado ser un bandido, ladrón de poca monta.*

- *¿Y vos qué sabés por qué tuvo que irse? ¿Y si tuvo que huir por amenazas injustas, de gente que lo envidiaba?* -argumentaba la joven entre sollozos.

- *Pero no me hagás reír, Lucía. ¿Por qué no te escribió una carta al menos, eh? Ya que tanto te quería podría haberte avisado que "los hombres malos que lo envidiaban lo estaban amenazando y como no quería poner en riesgo tu vida y la de tu familia debía huir hacia confines remotos"* -cerró Juana de manera irónica.

- *Dejala tranquila a la chica, Juana. Ya se le va a pasar* -pedía Alcides a su esposa con tono paternal.

- *Vos mejor ni hablés. Cuando yo te avisé que no me gustaba nada el Coronel ese, vos me decías que debíamos pensar en el futuro de nuestra hija. Ahí lo tenés al futuro de tu hija: no se quiere levantar de la cama ni para comer.*

A los pocos meses de la huida de Pedro Dinas, otro funcionario fue enviado al ramal del Ferrocarril Belgrano que pasaba por Estación Amor. Un hombre de distinta edad a la del Coronel Dinas, pero además de distinto porte, distinto carácter, y sobre todo, distinta percepción de los sentimientos.

- *Buen día... ¿usted es Alcides Farenga?* -preguntó con tono medido y mirada asertiva el recién llegado.

- *Exacto, soy yo. Usted debe ser el nuevo encargado de ramal, supongo* -respondió Alcides, secándose las manos detrás del mostrador.

- *Así es, Sargento Melitón Benítez, a sus órdenes. Sargento de la policía, claro está. El uniforme no me deja mentir.*

Benítez era un hombre de estatura tirando a baja, contextura robusta, calvicie incipiente, bigote y barba renegridos, mirada hosca y andar seguro. Era un funcionario incapaz de distraerse con menester alguno que no tuviera que ver con el cumplimiento de sus funciones específicas. Una de sus primeras medidas fue la de modificar el nombre de la estación. Nadie le había dado esa directiva, pero él tomó la decisión apenas se enteró del motivo que llevó a la denominación existente.

- *Usted sabrá disculpar, don Farenga. Me he enterado de las andanzas de mi antecesor en el cargo, y según pude saber la denominación de la estación está relacionada con un tema que atañe a su hija. Quisiera que no lo tome a mal, pero he pedido autorización a mis superiores para renombrar este lugar con una denominación un poco más seria. Quiero decir... no me parece atinado el nombre* -argumentó el Sargento Benítez.

- *Faltaba más, Sargento. Es más, estoy de acuerdo con su decisión. Hace menos de un año que el Coronel Dinas... bueno, usted me entiende...* -titubeó Alcides.

- *Lo entiendo perfectamente, buen hombre.*

- *... y aun escucho algunos comentarios hirientes respecto de ese tema. "Deberían cambiarle el nombre... ahora es la Estación Desamor"... y chascarrillos por el estilo que uno deja pasar, pero que lastiman el ánimo de mi hija y también de mi esposa.*

- *Quédese tranquilo, Farenga. La semana que viene ya tendrá otro nombre este lugar, que dicho sea de paso en cualquier momento va a tener que ser declarado como localidad, ya que está habitado por más gente que una humilde estación del ferrocarril. Según me han dicho, los alrededores han crecido mucho en poco tiempo.*

- *Sí, efectivamente, Sargento. Pero qué descuido el mío. Le sirvo una copa. ¿Qué se le ofrece?*

- *Faltaba más, estimado. Con un vaso de agua es suficiente. Estoy apurado.*

- *¿No quiere comer algo?* -ofreció Farenga.

- *No, no. Yo estoy bien, pero... ¿puede ser algo para mi ayudante?*

- *Por supuesto. Hoy tenemos puchero.*

- *Perfecto, pero con una condición: se lo pago.*

- *De ninguna manera, Sargento.*

- *Entonces no, deje. No traiga nada* -cerró Benítez e inmediatamente pegó media vuelta y salió del almacén.

El nuevo encargado de ramal quería diferenciarse bien de su antecesor. Y en tal sentido se esmeraba tratando, en primer lugar, de no sacar ventajas económicas de ninguna naturaleza, y, en segundo, buscando no mezclarse en amorío clandestino alguno. Respecto del nombre de la estación, la respuesta de las autoridades que, telégrafo mediante, recibió oportunamente el Sargento Melitón Benítez, rezaba de manera textual: "Autorizado cambio de nombre STOP No se destinarán nuevos fondos a tal fin STOP Modificar cartel respetando tipografía STOP".

Ante las nuevas directivas, Benítez resolvió la cuestión con su estilo simplista y efectivo. Utilizando las mismas letras que obraban en el cartel original, instruyó al operario a cargo para que, formón mediante, alterara el orden de las letras. Por eso, a partir del 14 de septiembre de 1884, la estación ferroviaria sita en el norte bonaerense, casi en el límite con Santa Fe, pasaría a denominarse Estación Roma.

- *¿Y si alguien pregunta el porqué de Roma?* -consultó Farenga, intrigado.

- *En homenaje al Imperio Romano* -respondió Benítez.

- *¿De Oriente u Occidente?* -inquirió Juana, con inocultable impertinencia, lo que le valió una furiosa mirada de su esposo.

- *De los dos* -contestó secamente el funcionario.

A pesar del sostenido crecimiento edilicio y poblacional del lugar, Estación Roma recibió el estatus de "localidad" recién en 1902. A través del decreto 215/02 del Gobernador Marcelino Ugarte, pasó a integrar las localidades pertenecientes al partido de Coronel Domínguez. Antes de ello, en 1894 -a los fines de agregar una vía terrestre de acceso al lugar- se abrió un camino que unía Estación Roma con La Prosaica, ciudad cabecera del municipio, distante 36 kilómetros.

En 1908 Estación Roma fue epicentro de un censo extraoficial. La particular y visionaria tarea estuvo a cargo de doña Juana Scarone de Farenga, que llevó a cabo el relevamiento poblacional con la ayuda de sus hijos Lucía y Jacinto. El motivo de tal emprendimiento fue adjuntar la

cantidad de habitantes a la nota mediante la cual solicitaba la instalación de una escuela y un dispensario.

- *¿Y... cuánto dio el recuento final?* -consultó intrigado Alcides.
- *106 personas* -respondió, desanimada, Juana.
- *Es una buena cantidad, mamá* -opinó Lucía.
- *No nos alcanza... Me parece que voy a tener que agregar unos cincuenta o sesenta. De última si vienen a contarlos les digo que sumé a los vecinos de los campos cercanos. Que además también van a venir a atenderse en el dispensario y van a mandar a sus hijos a la escuela que estamos pidiendo.*
- *¿Fraguar los datos? ¿Y si esa idea tratás de esbozarla sin la presencia de tus hijos? ¿Qué clase de ejemplo les estás dando, Juana?* -reprochó Alcides.
- *El ejemplo de una persona que lucha por conseguir cosas para el pueblo. No estoy diciendo que voy a mentir. Estoy diciendo que voy a exagerar.*
- *Bué... no veo la diferencia* -cerró Farenga.

Más tarde, el primer censo oficial que pasaría por Estación Roma sería el de 1914, ordenado por el entonces Presidente Roque Sáenz Peña. En el mismo, la cantidad de habitantes de la localidad no había crecido mucho desde el censo informal encarado por Juana Scarone: apenas si después de aquellos 106 habitantes, ahora se había alcanzado la suma oficial de 123. Sucede que luego del empuje inicial, posterior a la inauguración de la estación ferroviaria, el crecimiento poblacional de Estación Roma no logró mantenerse. Muchos motivos para que sucediera lo contrario no había, de allí la inquietud de doña Juana al solicitar un centro de salud y un establecimiento educativo: ella consideraba -con muy buen criterio- que con un dispensario y una escuela, el pueblo seguramente iba a convocar a nuevos habitantes.

El 12 de agosto de 1915 fue un día de júbilo para la población de Estación Roma. Después de más de un centenar de cartas enviadas por Juana Farenga a la Gobernación, llegó al fin la noticia oficial: una escuela y un centro sanitario de atención primaria se instalarían en la localidad. Para ello resultó clave la "patriada" que se jugó Juana en oportunidad de una visita oficial del Gobernador Marcelino Ugarte a la ciudad de Pergamino, apenas a cincuenta kilómetros de Estación Roma.

- *Gobernador... Gobernador...* -se filtró Juana entre la custodia oficial, que un poco no pudo y otro poco no quiso detenerla. *Vine en persona porque me parece que usted no lee mis cartas, o sus empleados no se las hacen leer.*

- *Por favor, señora... no moleste al Gobernador* -trató de detenerla un funcionario que integraba la comitiva.

- *Déjela, Delmiro... déjela. Sí, señora... la escucho* -se abrió gentilmente al diálogo Marcelino Ugarte, antes de ingresar al edificio del correo a inaugurarse ese día en Pergamino.

- *Soy una vecina de Estación Roma, un pueblo perteneciente al Partido de Coronel Domínguez... es una localidad muy pequeña pero habitada con gente de trabajo. Queremos que nos manden un centro de salud, porque apenas si viene un médico una vez a la semana al pueblo, y sobre todo, necesitamos una escuela para nuestros niños, que deben recorrer muchos kilómetros diarios para concurrir a La Prosaica. Por favor, señor Gobernador, yo sé que usted es un hombre de bien.*

- *Delmiro... tome nota del pedido de la dama, y yo le aseguro, señora* -dijo el Gobernador mirando fijamente a los ojos a doña Juana-, *que en breve vuestro pueblo tendrá su centro de salud y su escuela. Palabra de honor...*

Su esposo Alcides, en el momento del abordaje de Juana al Gobernador, tuvo un primer arrebato de desesperación e incluso corrió un par de metros detrás de ella. Pero luego, al ver cómo la mujer lograba concitar la amena atención del ilustre visitante, sintió una profunda admiración.

- *Realmente sos una mujer valiente, Juana. Lo que has conseguido es histórico. Siento un gran orgullo de tenerte como esposa, pero además, de saberte una mujer que piensa en sus vecinos. Has conseguido más que ninguna autoridad oficial.*

- *Gracias, querido Alcides* -lo abrazaba Juana, emocionada.

Luego de la escuela y el centro de salud, otro hito trascendente en la vida institucional de Estación Roma fue la creación de la primera cooperativa agrícola. La misma se creó en 1918, y su primer presidente fue Claudio Orión, un pequeño productor agropecuario a quien lo que le faltaba de erudición -apenas sabía leer y escribir de manera muy rudimentaria- lo suplía con entusiasmo, tesón y voluntad.

En cuanto a autoridades políticas, los pueblos y localidades que no eran cabeceras de partido recién pasaron a considerarse como "delegaciones municipales", a partir de 1958. Previamente a ello, Estación Roma tenía una suerte de comisión de vecinos que se encargaba de las tareas comunes. Esa comisión estaba integrada por los habitantes más importantes de la localidad, y regida más por las buenas prácticas institucionales que por reglamentación alguna. Si bien se encontraba dentro de la jurisdicción de Coronel Domínguez -cuya autoridad máxima era el Intendente-, los funcionarios municipales no aportaban mucho por el lugar, siendo los propios vecinos quienes habitualmente tenían que peregrinar hasta La Prosaica para tratar de encontrar soluciones a sus problemas. Esa comisión de vecinos comenzó a sesionar de manera informal en 1919, y tuvo como primera autoridad a Juana Scarone de Farenga, que además de buena madre y esposa, era una vecina solidaria, respetada y querida por casi todos -siempre hay alguna excepción, aun en las comunidades más pequeñas. Por entonces, doña Juana tenía 75 años, había enviudado recientemente, y sus dos hijos le habían dado ya siete nietos y dos bisnietos. Su hijo Jacinto era ahora el que llevaba adelante el negocio familiar, aquel almacén de ramos generales que de ser administrado por padres e hijos, contaba ya con siete empleados, y sucursales en dos pueblos vecinos: Villa Moreno y Arroyo del Cantor.

- Siendo las 20 horas con 35 minutos, reunidos los presentes en el Salón de Reuniones de la Cooperativa Agrícola de Estación Roma, se procederá a elegir las autoridades que han de presidir esta honorable comisión por el lapso de un año, contado a partir de las cero hora de hoy, 25 de abril de 1922, hasta las cero hora del día...

- Onofre... ¿y si nos ahorramos toda su perorata burocrática? Vamos al grano que se hace tarde y mi mujer me espera con la cena. Si total vamos a elegir a doña Juana como presidenta -interrumpió un vecino a Onofre Bertolotti, esmerado secretario de actas que no dejaba pasar oportunidad para hacer gala de su puntiliosidad y precisión.

- Claaaaro, claro... a los bifes, Onofre -exclamaron otros de los allí reunidos.

El liderazgo de doña Juana era natural e indiscutido. Y no se basaba en otra cosa que no fuera su capacidad y sus modos para tratar a los vecinos. Mujer de carácter decidido y emprendedor, luego de aquel antecedente histórico de su abordaje al Gobernador Marcelino Ugarte en Pergamino, consolidó con el transcurso de los años venideros el respeto de sus pares. Los habitantes de Estación Roma sabían que en Juana Farenga podían confiar y a ella podían acudir en busca de ayuda o en pos de una palabra de orientación que les allanara algún camino. Doña Juana Scarone de Farenga fue un faro que guió a varias generaciones de "romeños", gentilicio con el que se empezó a conocer a los vecinos de Estación Roma en los albores del siglo XX. En un principio se les decía "romanos", pero la propia Juana se encargó de dejarle en claro a un visitante, allá por 1908, que el gentilicio correcto no era ese. El hombre había hecho un alto en el camino y mientras apuraba una caña en el almacén, se le ocurrió indagar al respecto.

- *¿Cómo se les dice a los lugareños... romanos, no?*

- *No señor. No somos "romanos". Eso será en Roma, capital de Italia, país del que han venido muchos de nuestros antepasados, incluso vecinos que actualmente viven en estos pagos.*

- *¿Y entonces cómo se les dice?* -preguntó aquel visitante.

- *Eeeeh... romeños. Así nos llamamos.*

- *¿Y eso a partir de cuándo?* -preguntó con inocencia Alcides, que limpiaba la máquina de café.

- *A partir de ahora* -sentenció la mujer.

La historia de Estación Roma se fue escribiendo con sus avances en materia de evolución urbana, sus avatares en materia institucional, su desarrollo edilicio, sus eventos sociales y deportivos y sus vaivenes socioeconómicos, los cuales no fueron otros que los mismos que atravesó el país en cada una de sus etapas históricas. Y también impactarían en el pueblo aquellos sucesos de índole mundial que, por su trascendencia, alcanzaron con sus coletazos a toda la humanidad, en especial los conflictos bélicos y otros procesos inmigratorios originados en Europa.

- *Doña Juana... nos gustaría mucho que pronuncie algunas palabras en la inauguración de mañana* -le solicitó Filomena De Rossi, una de las primeras madres italianas que huyeron con sus familias de la Primera

Guerra Mundial y se afincaron en las geografías pampeanas de la Argentina.

- *Por supuesto que lo haré, querida Filomena. Será un gran acontecimiento. No todos los días se inaugura un salón como el de ustedes.*

Juana hacía referencia al salón de actos de la Sociedad Italiana "Fratelli Lontani da Casa" (hermanos lejos de casa), primera asociación de inmigrantes fundada en Estación Roma (año 1923), a la cual le seguirían la Sociedad Española Casa de Austria (1926, luego rebautizada como "Héroes de la República" en 1939) y el Centro Vasco Euskalerría (1942). Esas y otras instituciones -como la propia Cooperativa Agrícola, los clubes Sportivo Estación Roma, Progreso y Defensores de Belgrano, la Biblioteca Mariano Moreno, la Sociedad de Fomento La Romeña, etcétera- fueron marcando el pulso de la vida social de esa pequeña localidad que de aquellos 123 habitantes censados por Juana y sus hijos en 1914, pasaría a 1.296 en el censo poblacional de 1960, para prácticamente estancarse de allí en adelante.

El incremento mayor se produjo en las décadas del cuarenta y cincuenta, cuando al influjo del proceso de industrialización impulsado por el peronismo, llegaron a Estación Roma muchos obreros con sus familias procedentes del interior del país. Esos obreros venían a incorporarse a las fábricas cercanas, como las incipientes metalúrgicas ubicadas en La Prosaica. Aquellos provincianos que migraron de la explotación rural en las haciendas del norte, centro y sur de la Argentina, buscaban una vida más digna, y la encontrarían en ciudades y pueblos del interior bonaerense, como así también en el sur de Santa Fe. Tucumanos, sanjuaninos, correntinos, entrerrianos, cordobeses, mendocinos, rionegrinos y hasta trabajadores de la remota provincia de Jujuy, traerían consigo también sus raíces culturales, que jamás abandonarían, y que compartirían con los romeños. Zambas, chacareras, cuecas y demás danzas, ritmos y costumbres resonarían en la pampa húmeda, ahora con el añadido de la nostalgia provinciana.

El 26 de junio de 1926 fue un día triste para Estación Roma. Cuando nada hacía preveerlo en lo inmediato, ya que amén de lógicos achaques gozaba de buena salud, fallecía doña Juana Scarone de Farenga.

- *¿Algo más Juanita?* -le preguntó Beatriz Paternó, la mujer de Fulgencio Sacchi, verdulero del barrio.

- *Nada más, Betty. Si me olvido de algo después paso más tarde. Ahora tengo una reunión en el Centro Vasco. Te dejo la bolsa con las cosas... ¿puede ser?*

- *Pero por supuesto, Juanita. Andá tranquila, nomás. ¿Qué están por organizar los vascos? Seguro te van a manguear...*

- *No, quieren que les dé una mano con los permisos municipales. Están por hacer un encuentro de vascos acá, con torneos de mus y no sé qué más.*

Al cabo de dos cuadras que Juana caminó desde la verdulería hasta el Centro Vasco -distante cinco-, empezó a sentir un cansancio raro. Tenía 82 años pero acostumbraba a ir caminando a todos lados. El pueblo no era tan grande y además a ella le gustaba caminar. Se sentó en el umbral de la puerta de un vecino -Irineo Gandulla, un panadero italiano que había llegado al pueblo a principios de siglo -, y se propuso descansar un momento. Justo llegaba a casa el hijo del panadero.

- *¿Se siente bien doña Juana?* -preguntó el muchacho.

- *Sí, Pichi. Me cansé un poco pero ya estoy bien. Ayúdame a levantarme, querido* -solicitó la mujer.

Al incorporarse, se desvaneció y cayó sentada nuevamente, pero esta vez inconsciente. Ya no se despertaría más. A pesar de las tareas médicas, murió en el Centro de Salud que ella misma había conseguido para el pueblo, aquel día que abordó al Gobernador Marcelino Ugarte, en un acto en Pergamino.

Ese niño que la encontró sentada en el umbral de su casa, Américo Gandulla, alias "Pichi", más de treinta años después sería el primer delegado municipal de Estación Roma, designado por el entonces Intendente Municipal de Coronel Domínguez, Ingeniero Néstor David Ponce. Corría el año 1958 y comenzaba a implementarse el Decreto Ley 6.769 promulgado por el entonces gobernador de facto, el general de brigada Emilio Augusto Bonnacarrére, normativa que organizaba las municipalidades bonaerenses, y establecía las delegaciones municipales

como organismo estatal a cargo de la conducción política de las localidades que no eran cabecera de partido.

- A partir de hoy Estación Roma será un ejemplo a seguir por todas las delegaciones municipales vecinas. Pondremos en marcha un plan de obras públicas entre las que se contarán el pavimento, el alumbrado público, el arbolado urbano, un saneamiento integral que evitará que nos inundemos cuando caen dos gotas, y además un polideportivo para que nuestros jóvenes y niños puedan encontrar en la práctica activa de los distintos deportes un estímulo a seguir en pos de mejorar sus aptitudes físicas y humanas -fueron algunas de sus palabras el día de su asunción.

Casi ninguna de esas promesas pudieron ser cumplidas. El pavimento llegaría a Estación Roma recién en 2011, cuando el Intendente Municipal de Coronel Domínguez, Contador José Carniglia, puso en marcha una gestión centrada en una fuerte inversión de obra pública, nunca antes vista. El alumbrado público se fue mejorando muy lentamente con el correr de las administraciones municipales, pero en los cuatro años de gestión que le tocaron a "Pichi" Gandulla, apenas si cambió las lámparas de la avenida principal, denominada Boulevard San Martín, hasta que en septiembre de 1926 se le impusiera el nombre de Avenida Juana Scarone de Farenga. El arbolado urbano nunca estuvo entre las prioridades de autoridad alguna en La Prosaica, hasta que en 1995 se llevó a cabo un programa de arbolización, pero a través de las escuelas de la ciudad. El saneamiento llegaría en 1985, con el regreso de la democracia. Por iniciativa del entonces intendente Raúl Mozer, se entubaron los desagües a cielo abierto de Estación Roma, haciéndolos llegar en primer lugar a un zanjón ubicado a las afueras del pueblo, y desde allí canalizados hasta el Arroyo del Medio, distante tres kilómetros. Lo único que pudo cumplir Américo Gandulla, aunque a medias, fue su promesa de Polideportivo. Gracias a su gestión, el hacendado Doroteo Buenaventura Pizzurica donó dos hectáreas de su estancia para emplazar allí el centro deportivo municipal. Pero claro, tamaño gesto de desprendimiento terrateniente tenía su explicación: esas hectáreas eran inundables. Recién en 1985, con la tierra del zanjón de desagüe se pudo rellenar el terreno, que por otra parte se vio favorecido por las obras hidráulicas y dejó de inundarse. El Polideportivo fue inaugurado

en 1987, y fue bautizado con el nombre de "Américo Gandulla", que participó emocionado del corte de cintas, invitado por las autoridades de entonces.

- *Amalia Gumersinda López... ¿quieres tú por esposo a Américo Dalmacio Gandulla?* -preguntó el párroco Pedro Vallori, un mallorquí muy pintoresco que había llegado un año antes a la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús, de Estación Roma.

- *Sí, quiero* -contestó la dócil muchacha que encandiló a Pichi Gandulla en una de las famosas Romerías Populares de la localidad.

Con una gran inclinación por la lectura, sobre todo de autores clásicos, Pichi Gandulla se caracterizó siempre por un prolífico vocabulario, una acendrada erudición en temas de política doméstica e internacional, y un manejo del discurso realmente encomiable. Todas esas virtudes no eran acompañadas por su capacidad de acción, terreno en el que no lograba destacarse. De allí que, a pesar de sus intenciones, no fuera reelecto como Delegado Municipal, pasando en 1962 a desempeñarse como responsable del área fumigaciones en la Municipalidad de Coronel Domínguez, viajando diariamente a La Prosaica para cumplir sus funciones. Del matrimonio con Amanda López nacería un solo hijo, en el año 1962. En ese hijo pondría Pichi Gandulla todas sus esperanzas. Lo que no había podido ser él, lo conseguiría ese niño, para el que soñaba un futuro grandioso.

- *¿Con qué nombre me decís que lo anote? ¿Estás segura, Amanda?*

COCO

Antelmo David Gandulla. Hijo de Américo, alias "Pichi", y su esposa Amanda. Bautizado con dichos nombres por obra y puntualidad del santoral del día. Que, vaya casualidad, fue el mismo día y mes de la muerte de doña Juana Scarone de Farenga, matrona emocional de Estación Roma.

- *¿Anselmo?* -repreguntó Américo a su esposa en la sala de maternidad del Hospital de Agudos San Heriberto de La Prosaica.

- *No. Antelmo, con "t"... anotalo porque te vas a equivocar. Antelmo David. Son dos de los santos de hoy.*

- *¿Y no hay algún otro santo con un nombre menos propenso al chiste de sus futuros compañeritos de colegio?*

- *Dejá de hablar pavadas, Pichi. Los niños son hirientes por cualquier cosa, no precisan de un nombre para vomitar sus burlas.*

- *Es cierto, Amanda. Pero tampoco vamos a hacerle tan fácil el asunto. No sé, pensalo, estamos a tiempo* -insistió Pichi.

- *Este niño que duerme en el moisés se llama Antelmo David. Y punto* -cerró la conversación Amanda.

La discusión por el nombre tuvo su corolario en ese momento, pero a partir del inmediato ingreso de una tía de Amanda, por más santoral al que su madre hubiere echado mano, el niño sería bautizado de manera definitiva - como suele ocurrir a menudo- por la impronta de la primera visita.

- *Miráaa lo que es esa criatura, Amanda... es una belleza... a ver ese niñito hermoso... sonríale a la Tía Maruca... a ver...* -la mujer se arrimó al moisés y acarició la cabeza del niño.

- *Ay tía... tiene menos de diez horas de vida, mirá si se va a reír* -dijo Amanda.

- *Bueno, aunque sea alguna morisqueta que me haga... yo la voy a tomar como una sonrisa... ¿no es cierto, bonito? Mirá lo que es esa cabecita...*

redondita y con esa pelusita... parece un coco.

Fue suficiente dicho comentario como para que de allí hasta el final de sus días, Antelmo David Gandulla fuera conocido por Coco. Incluso muchos de sus vecinos de Estación Roma no conocían su nombre legal.

- *Disculpe... ¿no sabe si esta es la casa de... Antelmo David Gandulla?* - preguntó el cartero, leyendo el rótulo de la carta que traía.

- *¿De quién? No, ahí vive el Coco* -contestó el ocasional romeño transeúnte.

- *Pero... ¿el apellido es Gandulla?* -repreguntó el servidor público.

- *Y... capaz...*

Las esperanzas de un futuro exitoso depositadas en él por su padre, lejos de amedrentarlo, lo anestesiaron. Pichi lo estimulaba en la lectura, pero cuando se quedaba solo, el niño no pasaba de media página más. Luego trató, infructuosamente, de inducirlo al camino del arte, mandándolo primero a aprender piano y luego a clases de guitarra. No hubo caso. El profesor Ricardo Alonso, un esmerado docente de música, no tuvo más remedio que abordar a Pichi en la cantina del Club El Progreso, y decirle de manera educada pero asertiva que su hijo no tenía aptitud alguna para la ejecución de ninguna clase de instrumento musical.

- *Perdoname, Pichi. Pero el pibe no pega una nota. No quiero hacerte perder tiempo ni plata. Nos conocemos de toda la vida, no quiero sacarte ventaja.*

- *¿Vos decís, Ricardo? Yo creo que si le pone un poco de sacrificio, al final va a terminar aprendiendo.*

- *No, Pichi... no. Es más probable que mi perro toque la Novena Sinfonía en el armonio de la Parroquia, que Coco toque el feliz cumpleaños con una corneta de cotillón. Es un adoquín. Perdoná que te lo diga así.*

- *Está bien, Ricardo. Gracias por tu sinceridad.*

Otro de los vanos intentos de Pichi Gandulla por encaminar a su hijo rumbo a algún horizonte exitoso fue a través del fútbol. Cuando su hijo era un niño de 7 años lo llevó a practicar al Club Defensores de Belgrano, pero Coco no mostraba ni talento ni condiciones ni entusiasmo.

- *Coco... ¿en qué puesto te gusta jugar?* -le preguntó el primer día Ovidio Colman, director técnico de las categorías infantiles del club.
- *¿Cómo en qué puesto?* -respondió Coco desorientado.
- *Claro... en la defensa, el mediocampo o en la delantera* -Ovidio entregó las distintas opciones.
- *Eeeeehhhhh... ¿pateando?*
- *Sí, está bien. Patear hay que patear en todas las posiciones. Pero... ¿pateando al arco? O sea... ¿te gusta meter goles?*
- *Sí, metiendo goles* -respondió un extremadamente dubitativo Coco.

La primera práctica fue casi dramática para el chico. La pelota giraba alrededor suyo, y tras ella corrían -con un orden futbolístico rudimentario- los demás niños, mientras Coco permanecía parado, con gesto de creciente miedo, viendo las acciones como quien es atacado por un panal de avispas.

- *Dale, Coco... tenés que patear la pelota* -le gritó su padre desde el borde del campo. *Corré vos también atrás de la pelota.*

Ante el pedido -bastante elemental, por cierto, pero evidentemente desconocido por su hijo- Coco atinó a moverse e ir en busca del balón. Cuando éste hubo de pasarle más o menos cerca, trató de propinarle un puntapié, pero con tanta mala suerte e ídem puntería, que su patada fue a dar de lleno en la pantorrilla de otro futbolista, a la postre -encima- compañero de equipo.

- *Coco... Coco... despacio, pibe* -gritó Ovidio Colman, ingresando raudamente al campo de juego para asistir al niño involuntaria pero torpemente agredido por el debutante. *La pelota es eso blanco y redondo, a eso tenés que pegarle, no a tus compañeros.*

El incidente generó la interrupción primero parcial y luego definitiva -al estimarse una posible fractura del niño lesionado- del entrenamiento. Coco se fue de la cancha siendo objeto de toda clase de reproches por parte de sus compañeros.

- *¿Dónde aprendiste a jugar al fútbol, Coco?... ¿cómo le vas a pegar a un compañero de equipo?... encima lesionaste a nuestro mejor jugador...*

La aventura futbolística de Coco Gandulla tendría un intento más, motorizado lógicamente por su padre, que convenció a Ovidio Colman para que probara a su hijo de arquero. Así fue entonces que llegó Coco enfundado en una camiseta de arquero recién comprada por Pichi, equipada con coderas y el número uno en la espalda. Lucía también un par de guantes flamantes que envidiaría hasta un arquero de primera división. Por aquella época eran pocos los guardametas que usaban guantes.

- *Coco... te tenés que parar en el medio del arco* -indicó Colman, al ver que el chico se paró más cerca de un palo que del otro.

- *¿Ahí está bien?* -preguntó Coco luego de pararse en el medio, pero medio metro adentro del arco.

- *No, no... parate sobre la línea... en el medio pero en la línea.*

- *¿Acá?*

- *Bien, ahí* -celebró desmesuradamente Ovidio el mísero acierto de Coco. *A ver, Leo... pegale al arco* -pidió el entrenador a uno de los shoteadores.

El remate salió del pie derecho del ejecutante a media altura, sin demasiada fuerza. Era ideal para que el guardavalla se luciera atrapando fácilmente la pelota. Pero Coco, se quedó parado en el lugar que le habían indicado, apenas estirando las manos como quien pide limosna en un umbral.

- *Pero... Coco, tenés que moverte para llegar a la pelota* -pidió con incipiente desesperación Colman.

- *Usted me dijo que me parara acá.*

- *Sí, pero... cuando la pelota va hacia el arco tenés que moverte para agarrarla. A ver... tirale una vos, Nacho.*

El tiro de Nacho fue prácticamente un pase: al ras del suelo, despacio, fácilmente controlable hasta por el peor golero del planeta. Coco, al ver llegar la pelota dirigida en forma directa a su ubicación, se agachó para agarrarla de una manera tan poca ortodoxa que el balón se escurrió, primero entre sus manos, y luego entre sus piernas, ingresando mansamente al arco.

- *¿Y... como anduvo el futuro Amadeo Carrizo?* -preguntó con optimismo Pichi Gandulla al llegar con rostro ilusionado a la práctica del Baby Fútbol.

- *¿Carrizo? Sí, el que habla por radio. Aunque creo que si este chico se para adelante de un micrófono, las palabras le salen por las orejas... -*

ironizó Ovidio, fastidiado.

- *Eh, Ovidio... ¿qué te pasa? No te conocía ese costado tan cruel. Es una criatura, no te olvides de eso* -le reprochó Pichi con cierta razón.

- *Sí, está bien... tenés razón, Pichi. Te pido disculpas. Pasa que si tu pibe fuera malo para el fútbol yo lo trabajaría un poco, trataría de enseñarle, le tendría paciencia. Pero me parece que vamos a perder tiempo los tres: él, vos y yo.*

- *¿Tan mal atajó?* -dijo Pichi con angustia.

- *Decir que atajó mal sería una exageración. Directamente ni atajó. Miralo, allá está* -señaló Ovidio un fresno que estaba ubicado detrás de un arco.

Con su indumentaria impoluta, huérfana del más mínimo roce de tierra o pasto, Coco se entretenía tirándole piedras a los gorriones que se posaban en el fresno, mientras los demás chicos jugaban un encarnizado partido.

- *Vamos Coco... Coco... ¡Coco! Vamos a casa, dale, dejá de joder a esos pájaros* -ordenó Pichi con fastidio.

Cuando ya Pichi Gandulla estaba arriando las banderas del optimismo, un hecho fortuito encendió una nueva ilusión paternal. Un vecino estaba tratando de hacer arrancar su Peugeot 403, y decidió que lo mejor era empujarlo.

- *Coco... ¿no te animás a darme una mano?* -pidió el vecino al jovencito que por entonces tenía 10 años y estaba sentado en el umbral de su casa, mirando la vida pasar, como habitualmente hacía.

- *Sí, Fermín. Yo lo empujo...*

- *No, no... vos sentate al volante que empujo yo* -solicitó el vecino. *Sos muy chico para hacer tanta fuerza.*

- *Pero yo no sé manejar* -aclaró Coco.

- *Es hasta que arranque, nada más. Yo te explico.*

Fermín le indicó brevemente la maniobra a intentar. Cuando el vehículo, empujado por él, agarrara suficiente empujón, Coco debía poner segunda, soltar el embrague y acelerar. Una vez que el auto arrancara, debía sacar el cambio, frenar y regular la marcha. Así pues, luego de un empuje de media cuadra, Coco hizo lo que le indicaron. O mejor dicho, una parte. Metió

segunda, aceleró, y dio una vuelta a la manzana con el 403 de Fermín, lanzado a una velocidad un tanto temeraria. Pichi venía caminando por la avenida luego de jugar un rato a las cartas en el club, cuando inesperadamente vio pasar a Coco manejando el Peugeot de Fermín.

- *¿Yo estoy loco o ese que pasó manejando era Coco?*

Aceleró el paso hasta su casa, y al llegar lo vio a Fermín retándolo al chico por la intrépida maniobra, aunque sin dejar de agradecerle.

- *Coco... te dije que frenaras apenas arrancaba. Parecías Pairetti en el "Trueno Naranja". Mirá... ahí justo llega tu viejo.*

- *Coco... ¿qué hiciste, hijo? ¿Qué pasó, Fermín... no me digás que Coco te sacó el auto sin permiso?*

- *No, nada que ver, Pichi. Al contrario... no me arrancaba esta porquería y le pedí ayuda a Coco... pero le dije que frenara apenas arranque, y éste se fue de paseo, jajaja... menos mal que no pasó nada. Mirá si te sale corredor de autos...*

Esa hipótesis planteada en forma de broma por Fermín, disparó un nuevo intento de Pichi Gandulla en pos de empujar a su hijo rumbo a alguna clase de actividad que transformara su vida en exitosa, que lo convirtiera en ídolo, en celebridad. Con la ilusión renovada llevó a Coco hasta Pergamino, un sábado por la mañana. Allí lo esperaba Tito Espíndola, un mecánico amigo que, en su taller, además de reparar vehículos particulares, preparaba algunos kartings que competían en las categorías juveniles de la zona.

- *¿Este es Coco?* -preguntó Espíndola, al ver llegar a padre e hijo a su taller. *Tiene lindo físico para un karting.*

- *¿Vos decís?* -contestó Pichi con gesto de incipiente satisfacción. *Ya probó el auto de un vecino y lo manejó perfecto.*

- *¿Un auto convencional?* -repreguntó el mecánico.

- *Sí, un Peugeot 403* -respondió Coco con júbilo.

- *Nada que ver con un karting. El 403 lo maneja un ciego, a un karting no lo doma cualquiera. Salvo que sea un karting de calesita.*

La prueba sería en un improvisado kartódromo, consistente en el camino interior de un barrio residencial -Esencia Verde- donde vivía un acaudalado

empresario, padre del campeón zonal juvenil de karting. Hasta allí llegaron los tres -Pichi, Coco y Espíndola- en una pickup Chevrolet que en su caja llevaba el karting. El sector elegido era uno de los laterales del barrio, pegado a la Ruta Nacional 188, en el que apenas había una sola vivienda. Ese trayecto consistía en una recta ancha de hormigón que Espíndola solía usar para probar motores, neumáticos y pilotos.

- *¿Tenés fuerza en los brazos, no?* -preguntó Espíndola a Coco.

- *Sí, mucha fuerza tiene* -se apresuró a responder Pichi.

- *Yo te lo pongo en marcha y vos después salís. No lo acelerés de golpe, Coco, porque no lo vas a poder tener. Arrancá despacito, vas hasta el final de esta calle, y das la vuelta volviendo para acá. De a poquito andá subiendo la velocidad. Pero ojo con acelerarlo de entrada... ¿está claro?*

- *Sí, señor* -contestó Coco, a quien le habían suministrado un buzo antifiama, un casco y un par de guantes, aunque esta vez de corredor, no de arquero.

Era una tarde apacible en el Barrio Esencia Verde. Sólo el trinar de los pájaros le daban marco a un clima primaveral. En el patio delantero de la única casa edificada -que estaba dispuesta a unos quince metros de la calle- en la cuadra donde probaría Coco, un par de señoras mayores jugaban a la canasta, mientras saboreaban un té con budín de limón. Dichas matronas, concentradas en el juego y en la charla, se verían de repente sobresaltadas al contemplar, atónitas, como les pasaba un karting por el medio, llevándose puesta una ancha mesa de madera de la que volarían, al mismo tiempo, las cartas, los pocillos, la tetera, el budín y un par de servilletas de tela. Coco, desobedeciendo involuntariamente -no fue adrede, solo una muestra más de su torpeza- las órdenes de Tito Espíndola, aceleró a fondo de entrada, impulsando al karting a una velocidad desenfrenada que fue imposible de dominar para el muchacho. Su loca y frenética carrera terminó, por suerte, en un alambrado que separaba el predio de una planta de silos. Coco Gandulla no sufrió ninguna lesión importante, salvo un corte muy leve en la nariz, producto del alambre en el que quedó envuelto, y que rompió la visera del casco. La peor parte la llevaron las dos mujeres que jugaban a la canasta y Tito Espíndola: no se lastimaron, pero los tres estuvieron al borde del infarto. En tanto Pichi, al cabo de un respetable susto, entendió que

hasta allí llegarían sus intentos de padre por encaminar a su hijo hacia el éxito.

- *¿Hiciste los deberes, Coco?* -preguntó Amanda, quien, contrariamente a su esposo, tenía perfectamente claro que su hijo apenas si podría llegar a ser un ciudadano correcto y apegado al trabajo.

- *No, mamá. No me gustan los deberes que nos dieron hoy* -respondió Coco mientras miraba "La Pantera Rosa" en televisión.

- *¿No te gustan los deberes de hoy? No te gustan los de hoy, no te gustaron los de ayer, y dudo que te gusten los de mañana. Los deberes no te tienen que gustar, Coco... los deberes los tenés que hacer. Y punto.*

Otro de los problemas que presentaba el joven Coco tenía que ver con su performance escolar. Tanto en el colegio primario como en el secundario - cursado en el Instituto Técnico N°2 "Julio Argentino Roca" de La Prosaica- su desempeño era muy pobre. Salvo en las materias de Taller, donde se destacaba un poco con cierta habilidad manual para la carpintería y la herrería, en el resto de las asignaturas ofrecía un combo de ineptitud, desconocimiento y falta de interés. Corría el año 1977 y Coco cursaba por segunda vez el primer año del secundario.

- *Coco... ¿cómo te fue en la prueba de Castellano?* -se interesó su madre, que el día anterior había estado tratando de meterle a presión un contenido suministrado por la profesora, coincidentemente amiga suya.

- *Mal. Norita me puso un tres, y dijo que era porque me conoce de chico. Pero al Chacho Perdini le puso un uno, le fue peor que a mí.*

- *¿Y a mí que me importa el Chacho? Mi hijo sos vos, el que me hace quedar como el culo sos vos, no el Chacho. A ver... dame la prueba.*

En una de las consignas del examen escrito, los alumnos debían escribir un sustantivo colectivo. Y Coco Gandulla había puesto "TIRSA", que era la empresa de colectivos que unía por entonces el trayecto interprovincial entre Rosario y Pergamino, pasando en su recorrido por Estación Roma.

- *¿TIRSA pusiste, bestia peluda? Faltó que agregaras Chevallier.*

- *Tenés razón, mami. Pero... ¿larga distancia también se podía poner?* - reaccionó Coco incrementando la furia de su madre.

En otro examen, en este caso de Biología y en la modalidad oral, se había suscitado un diálogo entre alumno y docente -Antelmo Gandulla y la Profesora María Luján Palacios- que quedaría en el anecdotario eterno de los compañeros de curso de Coco, ese arcón de los recuerdos al que se echa mano en reuniones, cenas y charlas de bar.

- *A ver, Coco. Si decimos que el término erosión viene del latín "eroderes", que significa roer, desgastar... ¿qué podés agregar al concepto?*

- *Ehhh... ¿qué concepto?* -repreguntó el desorientado Coco.

- *Ese... el concepto de erosión.*

- *Mmmm... no entiendo, profesora.*

- *¿Qué es la erosión, Coco?*

- *No sé.*

- *Viene del latín "eroderes", que significa...* -la profesora buscaba denodadamente facilitarle la respuesta a Coco. *¿Qué hace el ratón, Coco?*

- *Camina.*

Estaba claro que lo de Coco Gandulla no era ni la erosión, ni la biología, ni el colegio, ni la educación misma. Su horizonte de vida no estaba en las aulas. Más bien, era lejos de ellas que quizás podía encontrar alguna actividad que lo encarrilara al menos a una cierta normalidad humana, consistente en un empleo común o una actividad con la cual ganarse dignamente la vida. Los sueños -o mejor dicho delirios- de su padre Pichi, ya se habían amoldado a la realidad de su hijo, cuyo desempeño escolar y deportivo ni siquiera orillaban la media de sus compañeros generacionales.

En 1981 fue sorteado para el Servicio Militar. Su número de orden en el documento de identidad recibió el 182, siendo exceptuado por ende de cumplir con la obligación de pasar un año en instalaciones militares. Un hecho providencial que implicó -además- no ser convocado por las Fuerzas Armadas tampoco luego, en 1982, año de la recuperación de las Islas Malvinas, gesta de la que tuvieron que participar un par de compañeros suyos de colegio, con toda la angustia del caso para sus padres.

- *No te hubiera venido mal hacer la colimba a vos* -refunfuñaba Pichi, cuando Coco mostraba un notorio desgano a la hora de colaborar con tareas caseras como cortar el pasto, lavar el auto o armar la Pelopincho en verano.

- ¿Qué decís, Pichi -se quejaba Amanda-, estás loco vos? Si le tocaba la colimba lo tenías al pibe en Malvinas. Fijate Elena y Ricardo cómo están cortando clavos con el Lucho, pobre gente.

- Sí, eso es cierto... pero yo digo la colimba de antes, la que hice yo. Un año comiéndote los bailes a campo abierto, entre los pastizales, haciendo imaginarias, salto rana cuerpo a tierra entre los yuyos... ahí lo quisiera ver. Tiene fiaca hasta para hacerse la propia cama, el nene... con los milicos no iba a joder.

- Pero callate, che... esos milicos de mierda que mandaron a los pibes como carne de cañón, soretes... ¿esos malandras hubieran sido los mejores maestros para nuestro hijo? ¿Esos delincuentes que se llevaron al sobrino de Fonseca porque estaba en el centro de Estudiantes? Para qué los querés a esos sinvergüenzas. Dejame que con mi hijo me arregle yo, no se los voy a dejar a esos asesinos...

- Ya te tengo dicho que no hables así de los militares. No te olvidés que acá al lado vive un comisario. ¿Qué pretendés, que te lleven a la seccional para interrogarte? No hay que joder con esas cosas, Amanda.

- Ahí lo tenés al cagón. Qué me puede decir el delincuente este de Onzari. Si me llega a citar le voy a decir que de acá se escucha cuando la faja a la esposa, que primero se ocupe de tratar bien a su mujer.

- Y dale, vos... dale. Te va a escuchar.

- Que me escuche, no le tengo miedo a ese sorete.

Discusiones como esa se daban en muchos hogares argentinos. El país transitaba el último tramo del sangriento Proceso de Reorganización Nacional que con tanta muerte, angustia y destrucción teñiría la historia argentina. La Dictadura encabezada ahora por el nefasto general Leopoldo Fortunato Galtieri buscaba alargar los años de tiranía con un último manotazo de ahogado: la recuperación de las Islas Malvinas. Con ese objetivo habían enviado a un ejército mal preparado a combatir con uno de los más poderosos del mundo, el inglés, siendo los jóvenes de la generación de Coco Gandulla quienes más sufrirían ese arrebató dictatorial instrumentado a partir de un reclamo soberano justo.

Coco terminó la secundaria en nueve años, cuando lo lógico hubiera sido terminarla en seis, como era habitual en las escuelas técnicas. Repitió

primero, tercero y cuarto año. Y si hubo de graduarse fue por el esfuerzo denodado de Amanda, que lo hacía estudiar casi de prepo, quedándose de noche hasta la madrugada para meterle a presión las lecciones de las diferentes materias. Además contrataba profesores particulares a los cuales les pagaba un plus por hacerlo aprobar esas materias. Y mientras ella insumía tiempo y recursos en lograr que su hijo avanzara en el secundario, su esposo no mostraba ya ninguna clase de entusiasmo en el futuro de su hijo. Había pasado de aquellos sueños delirantes a este escepticismo rayano en el desprecio.

- *Coco... ¿otra vez te aplazaron en Matemáticas? Pensé que después de haber estudiado particular con Gutiérrez el año pasado, en este curso te iba a resultar más fácil* -se angustió Amanda al ver el boletín de su hijo.

- *¿Einstein murió, no? Sino te conseguía el teléfono* -ironizó Pichi.

- *Ahhhh... qué vivo que sos. ¿Y si en vez de burlarte de mí aportás alguna idea para ayudar a tu hijo?* -se quejó Amanda.

- *No me burlo... me entrego.*

- *¿Ah sí? Mirá qué bien. ¿Y qué va a ser de tu hijo en la vida, sin un título secundario por lo menos? Porque de facultad ni soñando, eso lo tengo muy claro. Pero por lo menos un título de técnico mecánico, como para entrar a un taller o a una fábrica. En cualquier trabajo hoy te piden un título.*

- *Dejame ver qué se me ocurre cuando termine la escuela... si es que estoy vivo cuando termina. De última hablo en la oficina de Personal del municipio, a ver si aunque sea de ordenanza lo puedo meter.*

- *No, a mí no me gusta levantarme todos los días y tomar el colectivo como hacés vos, Papi... dejame de joder* -saltó Coco mientras tomaba la merienda.

- *Ah, mirá vos. El señor no quiere levantarse todos los días como hago yo. ¿Y qué te gustaría... sacarte el PRODE y vivir de rentas?*

- *Y... si pudiera* -reflexionó Coco.

- *Ahí lo tenés, Amanda. Y vos te preocupás por él.*

Una vez graduado, Coco trabajaría unos meses en la Cooperativa Agrícola de Estación Roma. Hacía falta un ayudante en la fiambrería del almacén, y Amanda prácticamente lo obligó a emplearse. Aunque ahora no había maestro particular que le enseñara a madrugar, ni a esforzarse diariamente.

Al cabo de una decena de faltazos injustificados, el gerente de la Cooperativa optó por llamar a Pichi y anoticiarlo del despido, pero al mismo tiempo ofreció una solución alternativa.

- *Pichi... mirá, tu hijo es muy faltador. Yo una le puedo dejar pasar... dos también. Pero a la tercera, los otros empleados me empiezan a mirar torcido* -comenzó a explayarse Beto Apariente, gerente de la Cooperativa, y además compañero de Pichi desde el Jardín de Infantes a la secundaria.

- *Me imagino, Beto. Ya no sé qué hacer con ese chico. No es mal pibe, pero es muy haragán. No le gusta el sacrificio.*

- *En algo te doy la razón, pero no en todo, Pichi.*

- *A ver, explicate.*

- *Coincido con vos en que el Coco es un buen pibe. Porque no tiene maldad para nada, es incapaz de matar una mosca. Pero en cuanto a que no le gusta el sacrificio... ahí no estoy tan de acuerdo, Pichi. Si vamos a la generalidad, a ningún pibe joven le gusta sacrificarse. Pero yo creo que hay que saber convocarlo al sacrificio. Ahí reside el secreto: en saber generarle ese compromiso.*

- *¿Y cómo, Beto?*

- *Dándole una buena causa.*

- *¿Vos decís afiliarlo a algún partido político?* -dedujo Pichi, erróneamente.

- *No, nada que ver. Una causa, una excusa, un motivo. Está bien, a lo mejor "causa" suena demasiado épico. Digamos... algo. Alguna cosa que lo mueva a esforzarse, a superarse, a sacrificarse.*

La idea de Beto Apariente no residía en ninguna causa revolucionaria. Ni mucho menos. Era una idea mucho más insignificante. Pero quizás un muchacho simple lo que necesitaba era eso: un motivo simple.

- *Desarrollá, Beto, por favor* -pidió Pichi.

- *Mirá. La Cooperativa contrata fletes muy a menudo. Porque hay veces que no podemos enviar nuestros camiones para algunas cargas menores. Qué sé yo, por decirte un caso... hay que traer un equipo de aire acondicionado de Rosario. Yo no puedo mover un camión, menos en época de cosecha, para ir a buscar un aire acondicionado a Rosario. Tengo que contratar un flete. ¿Y de dónde tengo que llamar un flete? De La Prosaica. Acá en el pueblo a veces me los hacía el Chulo Peracca, pero se jubiló y no*

quiere saber más nada. Yo digo... ¿y si le alquilás la camioneta al Chulo? Tiene caja mudancera, viste. ¿El Coco sabe manejar bien, no?

- Sí, sabe. Y tenés razón. No es mala idea. Con un flete el Coco no va a tener que ser empleado de nadie. Va a ser su propio patrón.

- Claro, Pichi. ¿Viste? Hay que buscarle la vuelta. Alquilale la camioneta al Chulo y yo te aseguro que mínimo, un par de fletes a la semana te contrato. Aparte quedate tranquilo que cuando se corra la bolilla en el pueblo, más de un vecino le va a encargar viajes. Ustedes son gente buena, una familia de laburantes. Vos siempre fuiste un tipo querido en Estación Roma, Amanda ni hablar... y al Coco lo quiere todo el mundo.

Pichi se había quedado pensando, entusiasmado con la idea de Beto Apariente. Miraba por la ventana con un gesto de medida alegría. No era el futuro lleno de gloria que alguna vez imaginó, pero al menos se trataba de una idea productiva que podía encarrilar a su hijo por el camino de la normalidad.

- No, Beto... no se la voy a alquilar. Se la voy a comprar.

Tenía razón Beto Apariente. Esa idea simple y de fácil ejecución obró en Coco Gandulla como un acicate. Lo motivó para ocuparse de algo productivo. Es que su alma era la de un muchacho simple, de pueblo, sin ambiciones desmedidas. O mejor dicho, sin ambiciones. Más que vivir de modo simple. Fue así que nació "Fletes Coco", primero con la camioneta Dodge color naranja y caja mudancera de lona que Pichi le compró al Chulo Peracca, para más tarde sumar -años después- un utilitario Fiat. Casi todos los días Coco tenía una changa. Si no era una mudanza en el pueblo, era un viaje a Rosario con los muebles de algún joven pueblerino que se iba a estudiar, o algún viajecito a ciudades cercanas a buscar mercaderías que la gente le encargaba.

- Coco... ¿cuánto me cobrás para traer un ventilador de pie de Pergamino?

- Si me aguanta hasta el sábado, don Jaime, tengo que ir por un par de cosas, así que le sumo esa. ¿Es muy urgente?

- No, mientras me lo traigas antes del verano, jajaja... Pero decime cuánto me sale, Coco... así te lo dejo pago ahora.

- No, don Jaime... faltaba más. Me lo paga a fin de mes, cuando cobre la jubilación. No hay ningún apuro.

Así se manejaba Coco con sus clientes. De manera simple y diáfana, confiando en sus vecinos. Aun cuando alguno de ellos -casos muy contados- se aprovechaba de la candidez del fletero de Estación Roma. Ese muchacho que su padre imaginaba político, futbolista, automovilista, músico o algo exitoso por el estilo, encontró su "causa" en una actividad simple pero provechosa. Con lo que le dejaba el flete se las ingeniaba para cubrir sus módicos gastos y también para ahorrar unos pesos. Mientras, seguía viviendo con sus padres, aunque la providencia, allá por sus veintipico, se encargó de conminarlo a dar un paso casi inevitable en la vida de la mayoría de los seres humanos.

Hasta entonces, Coco Gandulla no sabía lo que era el amor. Y tampoco eso lo perturbaba demasiado. Él era feliz con su camioneta, haciendo sus fletes, atendiendo los pedidos. Su mente no viajaba hacia ensoñaciones amorosas, más allá de mirar las curvas de alguna de las tantas chicas lindas que habitaban Estación Roma. Hasta que una tarde de 1986 lo llamó por teléfono Leticia Scatolaro.

- Hable -atendió Coco.

- Hola Coco... soy Leticia... la directora de la escuela.

- Ah... cómo le va Leticia. ¿Quiere hablar con mi mamá? Espere que se la llamo.

- No, Coco, no... con vos quiero hablar.

- ¿Conmigo? Bueno... la escucho, ¿qué necesita?

- Vos por casualidad... ¿no tenés que ir mañana a La Prosaica? Porque viste que hay paro de colectivos.

- Sí, justamente tengo que llevar y traer algunos encargues. ¿Usted tiene que ir?

- Yo no, pero mi hija sí. La Rosita. ¿Vos la podés llevar?

ROSITA

Duilia Rosa Pianetti. O mejor dicho, la Rosita. Hija de Máxima Leticia Scatolaro y Prudencio Elías Pianetti. Un matrimonio típico de Estación Roma. Otro de los tantos matrimonios típicos que abundaban en el pueblo. Gente de trabajo, sencilla, con modestos objetivos de vida. Personas que ascendieron socialmente gracias a las políticas obreras del peronismo, y que como máxima aspiración tenían la de poder darle una educación universitaria a su hijos. Aunque muchas veces -quizá la mayoría- esos hijos no correspondieran a esa pretensión. Muchos comenzaban el camino universitario, pero eran más los que abandonaban que quienes llegaban a cumplir el sueño de "mi hijo el doctor", incluyendo en el concepto a hijas mujeres, y a profesiones varias, como médico, abogado, ingeniero, arquitecto, contador, veterinario, etcétera.

- *Susana... vigilala a tu hermana que voy hasta la carnicería y vuelvo. Ojo... no te distraigas jugando en el patio que la nena es muy inquieta. Son veinte minutos, nada más. Haceme el favor, Susanita* -pidió Leticia a su hija mayor, de 8 años recién cumplidos.

- *Sí, mami, andá que yo la cuido. ¿Si quiere galletitas le puedo dar?*

- *Bueno, pero con medida, Susy.*

- *¿Qué es medida? Yo se las pensaba dar con mermelada.*

- *Jajaja... esta Susy. Con medida quiere decir con moderación.*

Leticia Scatolaro era la profesora de castellano del pueblo. Daba clases en varios colegios secundarios de La Prosaica, pero además era la directora de la escuela primaria local. Una sacrificada docente que a pesar de sus muchas obligaciones curriculares, así y todo se las ingeniaba para criar a sus dos hijas, María Susana y Duilia Rosa. Su esposo, Elías Pianetti, era albañil. Desde muy chico había abrazado el oficio, ayudando a un tío suyo. Con el tiempo, a fuerza de las enseñanzas de su tío y de su propio empeño, Elías se convirtió en uno de los más diestros constructores de Estación

Roma. Era por lejos el mejor albañil. Y además, un hombre honesto, serio pero gentil, con trato respetuoso hacia todo el mundo. Eso sí: esas virtudes le duraban hasta aproximadamente las 7 de la tarde, cuando el crepúsculo le daba paso a un hombre anestesiado por el alcohol. No era un borracho pendenciero ni violento ni cargoso ni molesto ni desconocedor. Pero tomaba mucho, y todos los días. De lunes a domingo.

Luego de la ardua jornada laboral, Elías llegaba a su casa, se pegaba una enjuagada rápida, se sacaba las ropas llenas de cal y polvillo, se ponía un pantalón de grafa limpio, una camisita blanca y se iba en bicicleta a efectuar su habitual recorrida bolichera: primero la cantina del Club Progreso, donde se tomaba unos Gancia con limón y miraba cómo los demás habitués jugaban a las cartas y al billar. Y luego, cuando la noche empezaba a cerrarse en el cielo romeño, Elías tomaba su bicicleta y se dirigía a uno de los bodegones más legendarios del pueblo. Bar El Maple, un bar típico con personajes típicos y un dueño de leyenda, también típico: Alfredo Tejera, alias el Maple. Le decían así porque antes de poner el bar vendía huevos a domicilio.

- *Qué hacés chanchurria* -saludaba el Maple la llegada de algún parroquiano.

- *Acá andamos, Maple. ¿Un vino con seven up puede ser? Y deme una ficha para el pool* -pedía el recién llegado.

- *Bueno... pero no me van a mojarrear. A mojarrear... al arroyo.*

"Mojarrear" era uno de los verbos más utilizados por el Maple. Significaba "sacar ventaja", y se consumaba cuando algún cliente que estaba jugando al billar pool, demoraba el final del partido jugueteando con la bola blanca.

Elías Pianetti llegaba al Maple con tanque semilleno, y se iba del lugar -a eso de las 9 y cuarto de la noche- en condiciones físicas muy precarias. Más de una vez le ofrecían ayuda otros parroquianos, pero él, orgulloso, se negaba.

- *¿Querés que te lleve la bicicleta, Elías?* -sugería algún solidario cliente del Maple.

- *No. Estoy bien* -contestaba, tajante, Pianetti.

- *Andá por la vereda, chanchurria* -indicaba el Maple desde atrás del mostrador, mientras acomodaba las bebidas.

Su esposa Leticia lo había acostumbrado a que cuando llegaba a su casa de vuelta del boliche, tenía que pasar sí o sí por el baño. Una buena ducha primero, y una cepillada de dientes para sentarse a la mesa y compartir la cena con su familia. Ese protocolo antiborrachera, si bien no se la quitaba del todo, al menos lo acomodaba un poco, y lo dejaba más presentable ante sus hijas.

- *Mañana tenemos que ir al acto del colegio, Elías* -avisó Leticia mientras servía la sopa, primer y obligado plato de la cena.

- *¿Por?* -preguntó, escueto, Elías.

- *¿Cómo por, papi? Es el acto del 25 de Mayo* -contestó Susana.

- *Ah... ¿y a qué hora es?*

- *A las diez y media* -contestó Leticia con mirada severa. *No me vengas con que mañana rellenan el techo ni ninguna de esas cosas por el estilo.*

- *Y... rellenar el techo no, pero me llegan los materiales.*

- *¿Y qué hay? ¿No pueden recibir los materiales los empleados que tenés?* -sugirió Leticia con fastidio.

- *Sí, pero tengo que estar yo. Son buenos pero medio pavos.*

- *Papi... ¿qué olor tenés en la boca? ¿Qué tomaste en el Maple antes de venir?* -advirtió Susana.

- *Te dije que te lavarás bien los dientes, Elías* -dijo Leticia, apretando cada palabra en la bronca que enarbolaban sus labios.

El matrimonio de Leticia y Elías empezó a resquebrajarse como consecuencia esperable del alcoholismo del albañil. Si bien Elías era un hombre bueno, incapaz de maltratar a su esposa, a sus hijas, a nadie, la situación se fue tornando insostenible. Leticia era una docente de prestigio en el pueblo y en toda la zona. Por más que su esposo fuera un hombre respetado como constructor, su imagen social se desdibujaba cada noche en Estación Roma. La gota que rebalsó el vaso tuvo lugar el día de la primera comunión de Susana. Estaba todo el pueblo en la parroquia, y Elías no llegaba.

- *Mamá... ¿qué pasa que papá no llega?* -se impacientó Susanita.

- *Debe estar cambiándose todavía* -lo cubría su esposa.
- *Mirá, allá viene* -gritó con alegría la niña.

A media cuadra del Sagrado Corazón, la chica divisó a su padre que venía en bicicleta. Fue tal el júbilo de Susana Pianetti que la mayoría de los presentes, que esperaban en el atrio para entrar a la ceremonia religiosa, se dieron vuelta ante semejante grito y quedaron de frente a la llegada de Elías. Su andar era algo sinuoso. Y para colmo, la noche anterior un temporal de lluvia y viento había convertido las calles de Estación Roma en un auténtico lodazal. Elías venía embalado, y justo fue a derrapar en un sector de la calle inundado de barro chirle, casi líquido. Terminó adentro de una zanja que corría a la vera del predio del ferrocarril ubicado frente a la Parroquia. El papelón fue mayúsculo, y a pesar de la comprensión de sus vecinos, Leticia tomó una drástica decisión: a partir de esa noche, ella y Elías ya no convivirían bajo el mismo techo. Elías fue a parar al galponcito del fondo, reacondicionado por él mismo con un pequeño baño y una cocina a leña que le prestó el cantinero del Club Progreso.

Elías seguía siendo el padre de Susana y Rosita, pero no el marido de Leticia, que aunque libre como mujer, jamás volvió a entablar relación amorosa alguna. Elías siguió siendo un buen padre, un mejor constructor y un empedernido borracho. Aunque en este último aspecto se esmeró tanto, que fue desdibujando cada vez más los otros dos. Sus hijas lo querían mucho, y trataban de cuidarlo, pero su salud empezó a declinar luego de cumplir 50 años. A raíz de temblores en las manos, tuvo que delegar en sus oficiales las tareas de albañilería que más precisión demandaban. Su vida se consumía noche tras noche en el Bar El Maple, lugar que pasó a ser el único que frecuentaba, ya que la cantina del Club Progreso, a partir de un cambio de comisión directiva a mediados de los setenta, había renovado el perfil, dando lugar a un ambiente más juvenil en el que Elías no cuajaba de ninguna manera.

Susanita terminó la secundaria y comenzó sus estudios universitarios en Rosario, merced a un esfuerzo muy grande de su madre, que le alquiló un departamento a pocas cuadras de la Facultad de Medicina, donde concurría. Por su parte Rosita, fue creciendo a la sombra de su luminosa hermana, una joven brillante, con un futuro muy promisorio. Si bien Leticia trataba de

darle todo lo que estuviera a su alcance, era notorio que había una marcada predilección materna para con su hermana mayor. Y eso fue haciendo mella en el temple de Rosita, que con el paso de los años moldeó un carácter resentido, lo que le impedía desarrollar de manera apta su sociabilidad. Tenía muy pocas amigas, con las cuales, además, se peleaba continuamente.

Su único amigo era Elías, su padre. Con él compartía mateadas en silencio, ya que ninguno de los dos era de charlar demasiado. Los domingos al mediodía la joven Rosita le cocinaba unas pastas, o Elías hacía un asado. En esos almuerzos, Elías apenas si tomaba un vaso de vino, pero igualmente se dormía en plena sobremesa. Rosita levantaba platos y cubiertos, y se quedaba sentada al lado de su padre, viéndolo dormir, babeante, sobre la mesa, mientras las moscas rondaban su cabeza.

- Rosita... el lunes va a venir Cristina Romani. Te va a hacer el test vocacional. El año que viene terminás el secundario y ya es hora que te vayas preparando para el futuro.

- Ufa, má. ¿Qué necesidad tenés de saber qué voy a estudiar si todavía me falta un año y medio para terminar el secundario?

- Porque de acuerdo a lo que sigas en la facultad, podés ir ganando tiempo en capacitarte, Rosi. Por ejemplo, si vas a seguir el profesorado de matemáticas, podés hacer un curso preparatorio intensivo de matemáticas. Si vas a seguir abogacía, podés ir estudiando leyes con el doctor Arce, que me debe tantos favores. Y si seguís otra cosa, vemos de qué manera podés ir adelantando. La facultad cuesta mucha plata y esfuerzo, así que hay que aprovecharla al máximo.

- ¿Y si no quiero estudiar nada? Puedo aprovechar entrenando en eso, o sea... en hacer nada.

- Hacete la viva vos...

A principios de los noventa, Rosita comenzó a cursar el profesorado de Historia en el Instituto Sanmartiniano de La Prosaica. Su interés por la materia era muy débil, pero comparado con el entusiasmo que le provocaban las ciencias duras, era algo. Aunque en realidad, su único interés era la nada misma. Entonces, si había empezado el profesorado era para acallar un poco la insistencia de su madre. Para dejarla conforme. Pero a Rosita las semanas se le hacían eternas, entre los viajes en colectivo hasta

la ciudad cabecera del Partido, las clases del turno tarde -era imposible que concurriera al turno matutino, ya que levantarse a las 6 de la mañana para desayunar e ir a tomar el ómnibus era un esfuerzo al que jamás se hubiera sometido-, los exámenes parciales, la bibliografía obligatoria y su innegable dificultad para socializar con sus compañeros. A los pocos meses de iniciado el año lectivo, Rosita empezó a faltar. Al principio esporádicamente. Luego, de manera consuetudinaria. Es decir, viajaba a La Prosaica pero en lugar de concurrir al profesorado, deambulaba por la ciudad. Recorría bares, plazas, miraba vidrieras y se metía de vez en cuando en el Cine Coliseo, el único que quedaba abierto, luego del cierre y la demolición del Splendid.

- *¿Cómo estuvo la clase de hoy, Rosi?* -preguntó Leticia mientras preparaba la cena y su hija ponía los platos y cubiertos en la mesa.

- *Bien... interesante.*

- *Interesante... ¿podrías explayarte un poco? Digo, no sé... qué materias tuviste, qué temas tocaron, etcétera.*

- *Ay mamá, estoy cansada. ¿tanto detalle necesitás?* -se excusó Rosita, mientras Susana Giménez invitaba a ganar un millón de dólares por televisión.

- *Bueno, está bien. Pero... ¿al menos te resultó interesante el contenido de las materias que tuviste? Es decir... fuiste al profesorado. ¿No es así?*

- *¿Qué estás insinuando, má?*

- *Nada. No insinúo nada. Lo único que te pido es que no te olvides que a mí me conoce todo el mundo, más que nada en el ámbito educativo. Así que si tenés en mente "hacerte la rata", tratá de ser sincera conmigo y no hacerme pasar vergüenza.*

- *Me parece que vos no tenés amigos en el ámbito educativo. Lo que tenés son alcahuetes.*

- *Ese no sería el punto, Rosita* -dijo con tono severo Leticia, mientras apuntaba en dirección a su hija con el mismo cuchillo Tramontina con el que cortaba una cebolla. *Acá lo que importa es el fondo de la cuestión: ¿tenés interés en estudiar o no? Porque sino lo tenés, me lo decís y punto. No te crié para que andes dando vueltas por la ciudad mientras tendrías que estar en un aula. ¿Me entendés, Rosa?*

A las dos semanas de aquella conversación, Rosita abandonó el profesorado, para desazón y enojo de Leticia. La convivencia entre ellas se hacía cada vez más difícil. Rosita desocupada como estudiante y Leticia jubilada como docente eran los condimentos ideales para un menú explosivo. La única salida que tenía Rosita era pasar tiempo con su padre en la pieza del fondo. Elías estaba cada vez más complicado de salud y su hija lo ayudaba con la comida, la limpieza y la cobranza de algunos trabajos que sus oficiales -ahora a cargo del negocio- se dignaban en compartirle.

A mediados de 1994 el país se conmocionaba con el dopaje positivo de Diego Maradona en el Mundial de Estados Unidos. Mientras eso sucedía, la vida de Rosita sufría un traspie que si bien de alguna manera era esperado, no por ello dejó de sacudirla emocionalmente. Luego de un complejo cuadro respiratorio, producto de un virus que penetró en su organismo debilitado por el alcohol, en el Hospital de Agudos "San Heriberto" de La Prosaica, moría Elías Pianetti, su padre. Una circunstancia que si bien - como era lógico de esperar- acercó afectivamente a Rosita con su madre Leticia y su hermana Susana, lo haría sólo por un tiempo. Al cabo de unos meses, la relación familiar retomó las asperezas habituales.

- *¿No pensás hacer nada de tu vida?* -preguntó Leticia.

- *Sí... mirar televisión* -contestó Rosita, mientras miraba uno de los tantos almuerzos de Mirta Legrand.

- *Entonces andate a la pieza del fondo, y te instalás ahí. Seguí el camino de tu padre, en lo posible sin la parte del chupi. Eso sí, no tiene televisor. Tu papá lo vendió para comprarse vino.*

Al día siguiente, por la mañana, mientras Leticia hacía los mandados, Rosita tomó literalmente la sugerencia de su madre. Y a los efectos de cumplir con su explícito objetivo de vida -"mirar televisión"- se llevó el de su casa a la pieza del fondo. El episodio generó un nuevo incidente, esta vez con un corte de relaciones por tiempo indeterminado entre madre e hija. Recién a los dos meses, merced a la intervención salomónica de Susana, se limaron asperezas, y se suscribió tácitamente un armisticio familiar. Leticia cedió en algunas cosas y Rosita trató de encauzar su vida en alguna actividad. Esa actividad la encontraría por obra y gracia de la casualidad.

- *Rosita... ¿no te querés ganar unos pesos?* -preguntó la tía Ernestina, que en realidad era prima segunda, pero a los efectos de una simplificación familiar, recibía el afectivo trato de tía.

- *¿Cómo?* -preguntó Rosita.

- *Luisa se cayó y se quebró un dedo del pie. Entonces necesita que la ayuden con las cosas de la casa. Es un rato a la mañana, nada más.*

- *¿Luisa la modista de acá a la vuelta?*

- *Claro... ¿qué otra Luisa iba a ser? Viste que ella está sola, porque con la única sobrina que tiene está peleada.*

- *¿Y vos querés que ahora se pelee conmigo?* -ironizó Rosita.

- *Pero nooo... si Luisa es un pan de Dios... la sobrina es mal llevada como sandía en el caño de la bicicleta.*

- *Claro... porque yo soy de amorosa...*

Luego de un comienzo parco y de mutuo estudio, el trato entre Luisa y Rosita fue fluyendo gradualmente. La modista más tradicional de Estación Roma era una mujer alta y flaca, pelo corto enrulado, solterona empedernida, y a pesar de no tener casi familia -excepción hecha de aquella sobrina malhumorada-, recibía gente en su casa diariamente en virtud de su oficio. Si no era una quinceañera, era una novia, o una madrina, las que acudían a Luisa si un evento social se les presentaba en el horizonte mediato. Tenía mucho trabajo y nadie la ayudaba. Por eso, al estar imposibilitada de caminar con normalidad, la ayuda de Rosita resultó fundamental. A tal punto que no se limitó únicamente a los quehaceres domésticos: Luisa, con incuestionable generosidad, comenzó a enseñarle cosas de su oficio. Al principio sólo cuestiones menores -un ruedo, una medición, un hilvanado-, para luego, ante la destreza mostrada por Rosita, profundizar en los conocimientos más importantes del corte y confección.

- *Rosita... me parece bien que te guste la costura. Pero como pasatiempo. A mí me gustaría que vuelvas a estudiar algún profesorado. No te digo una carrera universitaria, pero un terciario, una capacitación* -confesaba Leticia, quien no se resignaba a un futuro de su hija menor ligado al corte y confección.

- *¿Vos te escuchás, mamá, no?* -retrucaba Rosita, indignada.

- *¿Por qué... y ahora qué dije de malo?*

- Vos decís "a mí me gustaría". A vos te gustaría... pero a mí no. ¿No te ponés un poco en el lugar del otro cuando decís esas cosas? Tu -remarcó la palabra- sueño es que yo haga o estudie tal cosa. ¿Y mis sueños? ¿No te importan?

- Bueno... es una buena noticia. Tenés sueños. ¿Me los contás? Y no me vengas con que tu sueño es el corte y confección.

- No. Mi sueño es que mi mamá me deje de hinchar las pelotas.

De ayudarla en su recuperación post caída, Rosita pasó a ser la ayudante oficial de Luisa. Con el correr del tiempo, y en base a la experiencia que iba adquiriendo, Rosita se fue consolidando más que como una ayudante. Demostraba una habilidad sorprendente, y además le agregaba un sacrificio notable.

- Ay Rosi... no es necesario que termines hoy ese vestido. Falta un mes para el cumpleaños de Sofía. Andá a descansar que ya son las 6 de la tarde.

- Es que soy ansiosa, Luisa. No puedo parar hasta no verlo terminado o por lo menos hasta dejarlo casi listo.

- Un poco está bien, pero ya lo tuyo es un trabajo esclavizante. Y conste que yo no soy tu ama, la que te obliga a terminar las cosas.

- Pero no, Luisa. Usted sabe que si hay algo que yo no soy es mansa. Si me obligan a hacer algo salgo rajando para el otro lado. Si lo hago con tanto entusiasmo es porque me gusta, quédese tranquila. Además, antes de escucharla rezongar a mi vieja, prefiero quedarme a zurcir y coser.

- Pobre Leticia. Ella quiere lo mejor para vos.

- Sí, ya lo sé. Pero que es hincha pelotas... es hincha pelotas.

Así como Rosita fue convenciendo a Luisa de sus habilidades para la costura, los comentarios de allegadas fueron también tranquilizando un poco a Leticia. Si bien no era el porvenir que soñaba para su hija, saberla valorada para un trabajo noble, fue aplacando un poco su propensión a presionar a Rosita con la necesidad de retomar estudios al menos terciarios.

- Che, Leti... ayer me mostró Lucrecia el saquito que le terminó la Rosi. No sabés lo prolijito que le quedó -le comentó Sara, la peluquera, mientras teñía las raíces canosas de la directora jubilada.

- ¿Si, che? Pero... ¿Luisa ya la deja sola con trabajos de esos? Digo, porque Lucrecia es la esposa del Concejal Zavala.

- ¿Y qué hay? Ni que fuera la primera dama de la República. Es amiga mía pero tampoco es la reina de Inglaterra...

- Bueno, pero se supone que Lucrecia es una clienta buena, que Luisa debe esmerarse en cuidar y mantener.

- Sí, está bien. Pero más allá de eso, Luisa no es ninguna boluda, Leti. Debe ver que la chica es buena cosiendo. El otro día me la crucé a Luisa... y me dijo... que está tapada de trabajo. Por eso la deja crecer a la Rosi. Y mirá que Luisa no es muy generosa que digamos, eh. O sea, evidentemente la Rosi es buena cosiendo en serio.

A la par de su crecimiento en la costura, Rosita fue experimentando cambios en su estado anímico. Estar ocupada en algo productivo amansó su temperamento. La hizo menos colérica, menos irascible. Y no sólo eso: al estar ocupada, abandonó casi por completo su tendencia a las ingestas calóricas. Era habitual que matara su angustia por las tardes comiendo bizcochos de grasa o facturas. Como consecuencia de eso su figura era más bien compacta, si bien no obesa. Su genética la ayudaba, y amén de excesos alimenticios, siempre fue una joven físicamente atractiva. Pero al cuidarse en las comidas, su cuerpo se fue afinando en la cintura, dando lugar a una mayor prominencia de sus pechos, y dejando al descubierto curvas que antes no se notaban. De ojos pardos con mirada adusta, nariz bien delineada, su pelo era negro y algo ondulado. Lo usaba bastante corto, aunque a veces lo descuidaba un poco.

- ¿Che, Rosi? ¿Nunca un noviecito vos? -se atrevió a preguntarle Luisa, que ya había entrado bastante en confianza con la chica.

- ¿Novio? ¿Para qué? Es para problemas. Déjeme así que estoy tranquila, Luisa. Alcánceme el hilo celeste, ¿puede ser?

- Sí, acá tenés, tomá. Pero... vos ya tenés más de veinte años, Rosi. Y con lo linda que sos más de uno te debe largar los galgos.

- No, nada que ver. Me piropean algunos albañiles cuando paso por alguna obra. Pero una vez los puteé y ahora medio que no se animan.

- Jajaja... ¿y qué te dijeron?

- El otro día uno me dijo... creo que era uno petiso que vive a la vuelta de la cooperativa. Uno de rulitos, que anda siempre de gorra... me dijo... "Mamita... cómo me gustaría dormirme entre esos dos melones"... ¿Usted puede creer?

- Jajaja... ¿y vos qué le dijiste? -preguntó Luisa a toda carcajada.

- Que el melón se lo iba a dejar como un maní del sopapo que le iba a meter. Los otros albañiles, compañeros de él, se morían de la risa.

- Y cómo no se iban a reír, jajaja...

- Para qué quiero novio, Luisa. Si así estoy bien. Nadie me jode...

- Ya va a aparecer alguno, vas a ver.

- Lo dudo, Luisa. Y la verdad, no me preocupa.

El vaticinio de Luisa, la modista, se iba a cumplir. Y de la manera más inesperada. No sería a través de una propuesta directa de un pretendiente, ni por una invitación a bailar en un asalto o tertulia -a las que, por otra parte, Luisa casi ni concurría-, ni un lance aislado de algún muchacho de Estación Roma. La providencia suele tener otras maneras de generar ese tipo de encuentros.

- Rosi... te saqué turno con el ginecólogo en La Prosaica -le avisó su madre en el desayuno. No viene más a Roma, así que te lo reservé allá.

- Ufa... ¿y no viene otro ginecólogo? -rezongó Rosita.

- No, va a venir una ginecóloga pero empieza el mes que viene.

- ¿Y cuándo es el turno?

- El jueves a las 8.15.

- ¿Vos me llevás?

- Si Carlitos me termina el auto sí, pero me dijo que todavía no le llegaron algunos repuestos, y se le atrasaron varios trabajos. Sino te vas en colectivo. Con el que pasa 7 y 20 llegás bien.

Leticia tenía una Renault Megane modelo 1985 color gris que cuidaba como un tesoro. Durante muchos años había sido su aliado en rutas y caminos para cumplir con sus actividades docentes. Si bien lo hacía ver periódicamente, su mecánico predilecto -ex compañero de colegio- Carlos Garassini, le había aconsejado una rectificación de la junta de tapa de cilindros.

- Está soplando un poco, Leti. Es lógico. Si bien lo tenés cuidado, le venís metiendo kilómetros desde hace varios años. Te hago precio, por eso no hay problemas. Eso sí, lo vas a tener que parar una semanita.

- ¿No me vas a perrear a mí, Carlitos? Mirá que te conozco.

- Pero no, che... para perrear tengo a los chacareros. Gringos llorones, ya que la juntan en pala que pongan un poquito acá, que la única tierra que tengo es una maceta. No, te digo en serio, Leti. Una rectificación de tapa lo va a dejar como nuevo.

Sin la posibilidad de hacerlo en auto, para unir los 36 kilómetros entre Estación Roma y La Prosaica, ciudad cabecera del Partido de Coronel Domínguez, la alternativa más utilizada por los habitantes del pueblo era el servicio de transporte interurbano de la Empresa Alves Hermanos, conocido vulgarmente como "el Celestito", en virtud del color de sus unidades. Con una frecuencia horaria aproximada de un micro por hora -salvo en horario nocturno y de madrugada- Alves Hermanos cubría históricamente el servicio de transporte urbano en La Prosaica, y también tenía la concesión del servicio interurbano.

- Mami... recién escuchó Luisa en la radio que mañana hay paro de colectivos. Así que voy a tener que cambiar el turno.

- ¿En serio? Pucha, qué macana. Andá a saber para cuándo te da turno el doctor Mastrángelo ahora. Ahhh... ¿sabés qué?... le voy a preguntar al Coco Gandulla si no tiene que viajar mañana.

- ¿A quién? -preguntó Rosita.

- Al Coco, el fletero. Capaz que mañana tiene algún flete, y de paso te puede llevar. Total de última lo esperás para volverte.

- ¿Y si tiene que quedarse mucho tiempo en La Prosaica? No, ni loca. Aparte ni lo conozco. De pedo que lo crucé alguna vez en la calle.

- ¿Y qué hay? Es un buen chico. Incapaz de propasarse con nadie.

- Ese no es el problema. Si se hace el vivo le meto un bollo. Pero no lo conozco, no lo traté nunca. ¿De qué voy a hablar en el viaje?

- ¿Mirá la preocupación que tenés? ¿De qué van a hablar? De nada, a lo sumo de bueyes perdidos. Del clima... ahí está. ¿De qué habla la gente cuando no tiene tema? Del clima, de si llueve o no llueve, si hay sol, si hay humedad. Después de todo no van a un simposio. Te lleva al médico.

Al día siguiente, bien temprano -a eso de las 7.10- Rosita caminó las cinco cuadras y media que separaban su casa de la de los Gandulla. Allí estaba Coco, limpiando el parabrisas de la Dodge color naranja, humedecida por el rocío de la noche anterior. El fletero estaba subido al capot de la camioneta, y la pose que le exigía la limpieza del parabrisas hacía que su pantalón vaquero bajara un poco, dejando entrever el preámbulo de sus asentaderas. Al ver eso, Rosita meneó imperceptiblemente la cabeza, comentando para sus adentros: "mirá este ganso con medio culo al aire".

- *Buen día... me dijo mi mamá que me podías llevar a La Prosaica* -saludó Rosita, parada en el medio de la calle.

- *Hola, sí...* -se sorprendió Coco, que se limpió las manos en el pantalón y se bajó inmediatamente de arriba del capot. *Pero... no hacía falta que vinieras hasta acá, yo le dije a Leticia que te pasaba a buscar.*

- *No hay problema. Me queda cerca. Bueno... todo queda cerca en este pueblo, ¿no?* -analizó con resignación Rosita.

La mañana se adivinaba como soleada por encima de las viviendas del pueblo, y el cielo empezaba a tomar un celeste compacto, apenas manchado por algunas líneas nubosas. El movimiento del pueblo era mínimo a esa hora.

- *Esperá que voy a buscar unas cosas adentro y salimos. ¿A qué hora tenés que estar en La Prosaica?* -preguntó Coco, que se mostraba servicial como con cada uno de sus clientes habituales, pero ahora agregaba un plus.

- *Con que llegué a las ocho y cuarto al centro, suficiente.*

- *Sí, no va a haber problema. Subí si querés. Yo busco los documentos del coche, el termo y el mate, y salimos.*

"¿Este va tomando mate mientras maneja?... Madre santa, qué peligro", pensó Rosita, volviendo a dialogar consigo misma. Se subió a la Dodge en el lado del acompañante y advirtió un aroma agradable que no esperaba. Sus prejuicios le vaticinaban olor a suciedad, o cuanto menos a combustible, aceite de motor o a la cuerina gastada del asiento. Pero Coco cuidaba mucho la limpieza de sus vehículos. Se empeñaba en mantener un aroma a lavanda que hiciera al habitáculo agradable, más allá que nunca se subiera otra persona, ya que casi nunca llevaba acompañante.

- *¿Querés que cebe yo?* -ofreció Rosita, más por temor que por solidaridad.
- *Ah... bueno, dale. Yo no cebo cuando manejo, por precaución.*
- *¿O sea que hoy lo llevás porque tenés acompañante?* -razonó Rosita.
- *No, para nada. Es la primera vez que viajo con vos y ¿ya te voy a hacer cebar mates? No, sería un desubicado. Llevo el termo porque cuando paro a cargar combustible en la Shell de Villa Moreno me tomo dos o tres mates con un amigo mío que despacha nafta ahí* -explicó Coco. *Y después tomo algunos cuando tengo que esperar en algún lado. Pero si te ofrecés a cebar, acepto. Siempre que vos también tomés, claro. ¿Sos de tomar mate?*
- *Sí, sí. Tomo. No mucho pero a la mañana siempre me tomo algunos.*

El trayecto hasta La Prosaica fue tranquilo, y exceptuó la detención en la Shell de Villa Moreno, lo que motivó la duda de Rosita.

- *¿No parabas a cargar combustible acá?* -preguntó al pasar por la estación de servicio y ver que Coco no se detenía, sólo saludaba con un par de bocinazos a su amigo.
- *No... tengo el tanque casi lleno. Paro a la vuelta.*

Entre mate y mate, Rosita y Coco tuvieron un diálogo mucho más fluido y extenso que el que imaginó la joven. Los temas fueron superficiales, incluyendo la referencia al paro de colectivos, el estado de la ruta y por supuesto, el clima, tal lo vaticinado por Leticia.

- *Está raro el clima. Amaneció lindo pero ahora se nubló* -comentó Coco, mientras encendía la radio de la Dodge. *¿Te molesta si prendo la radio?*
- *No, todo bien* -asintió Rosita.
- *Es que a veces en el informativo te dicen si hay cortes de calles por arreglos en La Prosaica. Por ahí tenés que agarrar desvíos y es bueno saberlo de antemano.*
- *Claro... sí. Yo no tomo más... ¿vos querés que te siga cebando?*
- *Uno más y gracias.*

El movimiento de esa mañana en La Prosaica era menos intenso que otras veces, habida cuenta del paro de colectivos. Rosita se bajó en la esquina de la Plaza Presidente Perón, no sin antes acordar con Coco el horario de regreso.

- ¿Vos a qué hora tenés pensado pegar la vuelta para Roma? -consultó Rosita. Yo creo que para las nueve, nueve y algo ya estoy desocupada. Pero te espero hasta la hora que sea. Igual, en cole no me puedo volver. Salvo que encuentre algún conocido que vaya para el pueblo.

- Ojalá que no. Yo creo que para las diez termino. Decime por dónde te paso a buscar.

- Bueno, ¿qué te parece en esta misma esquina? -sugirió Rosita.

- Perfecto. A las diez estoy acá. Que te vaya bien en el médico.

- Gracias.

En la mente de Rosita quedó retumbando una pequeña oración de Coco: "Ojalá que no".

VIDA EN ROMA

A pesar de la denominación oficial del pueblo, la mayoría de sus habitantes -como así también los habitantes de los pueblos vecinos- desde épocas inmemoriales han referido a su localidad directamente como Roma. Lo de "estación" quedó allá lejos, en los tiempos de la fundación. Además, otra circunstancia motivó que la implicancia ferroviaria quedara en el olvido: en 1970, dejó de pasar el tren. Al menos el servicio de pasajeros. Sólo se mantuvo un tren de cargas que al principio menguó su frecuencia a cinco servicios por semana, para ir espaciándose hasta llegar a un sólo tren cada quince días. Por eso el pueblo que naciera a la par de la estación ferroviaria -por entonces denominada Amor, a iniciativa del Coronel Pedro Dinas- allá por 1884, con el correr del siglo se fue simplificando en las costumbres verbales de sus pobladores.

Vivir en Roma era estrictamente igual a vivir en cualquier pueblo de la llanura argentina. Y podría decirse que esa similitud de vida alcanzaría también a cientos de miles de pueblos más, dispersos por otras latitudes. Aunque en esos casos habría que contemplar también las connotaciones del clima y la geografía: no es lo mismo un pueblo de montaña en Jujuy, Cuyo o Córdoba, o un pueblo sumido en el intenso frío patagónico, o una localidad ubicada en la dureza del Chaco profundo, que un pueblo perdido en la inmensidad de la pampa húmeda.

Los rasgos distintivos de un pueblo como Roma eran notorios en varios aspectos. Por ejemplo, en la costumbre casi unánime y cotidiana de saludar al cruzarse con cualquier otro vecino. Independientemente del grado de conocimiento y confianza que cada uno tuviera con el otro. Al "chau" o al "adiós" reglamentarios, a lo sumo se le podía adosar el nombre, el apellido o casi siempre el apodo del que se cruzaba en el mismo camino. Otra de las características estaba dada en la habitual utilización de la bicicleta como medio de transporte. Para desplazarse de un lado a otro del pueblo no había

que esforzarse tanto, así que además de contribuir al ahorro de combustible -y su consecuente contribución a la ecología- el vecino ciclista favorecía su salud a través de la actividad física que involucra el pedaleo. Los únicos que se manejaban religiosamente en sus ruidosas camionetas eran los chacareros, habitantes de la zona rural aledaña a Roma, que acudían al pueblo para la compra de alimentos, o diversas cuestiones relacionadas con la actividad agropecuaria. Y una particularidad sociológicamente más extraña residía en el nulo conocimiento de las instalaciones domiciliarias de vecinos que, en no pocas ocasiones, vivían incluso de manera lindante. Esa vecindad podía datar de varias décadas, con conocimiento de los detalles básicos del vecino en cuestión y su familia -integrantes, actividades, número de teléfono, fechas de cumpleaños, nombre de las mascotas, existencia de algún amante, etc.-, pero ninguno de los vecinos había entrado jamás en la casa del otro. Nunca. Ni al pasillo de entrada, ni al living, ni para golpear la típica puerta cancel. La casa del vecino era territorio extranjero, prácticamente. Aunque en muchos casos la situación era radicalmente inversa, viviendo muchos vecinos, literalmente en comunidad. Dejándose las llaves cuando se iban de vacaciones, incluso.

En ese entramado social, había otro hecho que se desarrollaba con tipicidades también muy propias de esos pueblos: el noviazgo. Ponerse de novios respondía a cánones tradicionales, que consistían en "arreglarse" primero, empezar a compartir salidas pequeñas como "tomar un helado", "ir un rato a la plaza", "visitar a una amiga o amigo", "ir a tomar una cerveza al club", "acompañar a la chica a la casa después de un baile", y simplezas por el estilo. Al cabo de una cierta cantidad de esos encuentros, solía venir la invitación a la casa de la chica. Invitación que consistía generalmente en una merienda inaugural, para después dar paso a un almuerzo -generalmente dominical- y como un peldaño más progresivo, el tácito permiso de los padres para que el novio ingresara a la vivienda en horario nocturno, al regresar de algún baile o evento social. Mientras los demás integrantes de la familia dormían, los novios estaban habilitados a ingresar al domicilio para mirar televisión, charlar, tomar un café, y porqué no, dar rienda suelta a los primeros -e incendiarios- escarceos amorosos.

Después del viaje juntos en el flete, Rosita y Coco empezaron a acercarse. Primero fue a partir de una invitación de Coco, que luego de aquel viaje a La Prosaica, no digamos que sintió un flechazo pero al menos se descubrió interesado en volver a disfrutar de la compañía de Rosita. Era la primera vez que le pasaba eso de sentirse atraído más allá de determinada cuestión física de una mujer. Por Rosita, además de eso, sentía una conexión humana. Dos personas simples, que con simpleza habían empezado a relacionarse. Y esa relación se daba en un marco de tranquilidad.

- *Hola, sí... ¿quién habla?* -atendió Rosita el teléfono de Luisa.

- *Soy yo, Coco Gandulla. ¿Rosita?*

- *Sí, soy yo. Hola Coco... ¿vos querés hablar con Luisa?* -supuso Rosita, ya que Coco solía traerle a la modista distintos paquetes desde La Prosaica, o incluso de ciudades más lejanas como San Nicolás, Pergamino o Rosario.

- *No, quiero hablar con vos.*

- *¿Connmigo? Bueno... decime.*

- *El domingo vienen los Pimpinela a San Nicolás. Te invito a verlos. Yo pago las entradas, por supuesto.*

- *Me tomás de sorpresa, Coco... pero, bueno, dale. Gracias por la invitación. ¿Y en dónde es el show?*

- *En el Club Belgrano. Es a las 8 de la noche. Calculo que antes de la doce estamos de vuelta.*

Después de compartir aquel recital de Pimpinela, Rosita y Coco empezaron a verse cada vez más seguido. Una o dos veces por semana se encontraban para tomar una gaseosa en el Club Progreso, o para dar una vuelta en la plaza, o simplemente para charlar un rato en la esquina de la casa de Rosita. Coco esperaba que saliera de trabajar en lo de Luisa, simulaba pasar de casualidad en la camioneta, y ambos se disponían a conversar un rato hasta que se hacía de noche. Entre ellos no existía ninguna formalidad preestablecida. No habían quedado en nada, más que en dejar fluir la buena relación que los unía. Leticia, al principio -madre al fin- puso algunos reparos a esa relación.

- *Mirá qué caro me salió pedirle a Coco que te lleve a La Prosaica el día del paro de ómnibus. Ahora me parece que me lo voy a tener que fumar de yerno.*

- *Ay, mamá. Somos amigos. Nos llevamos bien, charlamos, es una persona simple como soy yo. De última... ¿qué es lo que te preocupa? ¿Que es fletero? Y bueno, no todas tenemos la suerte de Susana, que de todos los novios que tuvo ninguno baja de primer escolta o abanderado.*
- *Qué raro no le ibas a tirar mierda a tu hermana.*
- *Entonces no te quejés. Por ahora con Coco no pasa nada, ya te dije que somos amigos. Pero si me lo querés boicotear, entonces con tal de llevarte la contra me voy a poner de novia con él.*
- *Nunca voy a terminar de darme cuenta que con vos hay que aplicar la psicología inversa. No aprendo más* -reflexionó Leticia.
- *¿La psicología qué?*
- *Nada, dejalo ahí.*

A pesar de esa "amenaza" a su madre, el noviazgo de Rosita y Coco tomó visos de formalidad simplemente a partir del curso natural de las cosas. Coco insistía en verla, Rosita no se negaba -todo lo contrario- y como quien no quiere la cosa, a la vuelta de una noche de cervezas en el Club, se estamparon un generoso beso que ahorró cualquier declaración formal.

- *Antelmo David Gandulla... ¿acepta usted por esposa a Duilia Rosa Pianetti?* -preguntó el párroco Homero Valdivia Reyes, un chileno que llegó al Sagrado Corazón de Roma a fines de los ochenta.
- *Sí, quiero* -respondió Coco.
- *Le he preguntado si acepta, estimado Antelmo* -repreguntó el sacerdote, para sonrisa medida de los feligreses presentes en la ceremonia.
- *Ah... perdón... acepto* -se corrigió Coco.
- *Duilia Rosa Pianetti... ¿quiere usted por esposo a Antelmo David Gandulla?* -el cura utilizó ahora el verbo "querer" en lugar de aceptar, en una maniobra burdamente capciosa que le gustaba urdir a los novios, habitualmente nerviosos.
- *Sí, acepto* -respondió Rosita.
- *Es que ahora pregunté si quería. Hay que estar más atentos* -dijo Valdivia, generando un murmullo de desaprobación.
- *Bueno, acepto, quiero, estoy conforme... ¿le firmo una escritura?* - contestó enfadada Rosita, que juró, y cumplió, no volver a pisar la iglesia mientras estuviera ese sacerdote como párroco.

Los flamantes esposos alquilaron una sencilla pero prolija vivienda. El frente típico con una terminación de piedritas en dos tonos, un living reducido amueblado con un juego de dos individuales y un sofá de cuerina marrón claro, que continuaba un comedor con ventanas hacia una cochera semidescubierta. Tres habitaciones, un galponcito en el fondo, y un patio de césped arbolado con un paraíso y dos frutales: mandarinas y naranjas de ombligo. La casa estaba en una esquina ubicada a pocas cuadras de la arteria principal, Avenida Juana Scarone de Farenga: Rivadavia y Bolivia, rebautizada así durante el mandato como Delegado Municipal de Pichi Gandulla, padre de Coco, que se jactaba de haberle cambiado la denominación antigua de "Estados Unidos".

- *Yo le saqué el nombre de Estados Unidos a la segunda calle. Y le puse el nombre de un país hermano. Este pueblo no podía seguir teniendo una calle con el nombre del país que arrojó dos bombas atómicas sobre poblaciones inocentes. Las futuras generaciones deberían agradecermelo* - solía argumentar Pichi en cada sobremesa que lo tenía como protagonista.

- *Sí, es cierto Pichi. La calle tenía más pozos que Nagasaki y que Hiroshima, y vos no mandabas una puta máquina para arreglarlas, pero el nombre se lo cambiaste, jajajaja* -se burlaban sus amigos.

- *No ponías una puta lamparita pero las chapas del nombre las cambiaste, jajaja* -acotaba algún otro comensal burlón.

A mediados de los noventa, Luisa, la modista del barrio, decidió jubilarse y le dejó su más que aceptable clientela a Rosita, que se llevó el taller de costura a su casa, ocupando para ello una de las tres habitaciones. Si bien muchas mujeres en Roma -sobre todo las más jóvenes- empezaron a optar por vestuarios más informales, la mayoría confeccionados de fábrica, aun se mantenía la costumbre de encargar diseños exclusivos para eventos especiales como las bodas, los cumpleaños de 15 o las graduaciones escolares. Por su parte Coco continuó con su servicio de fletes, con viajes fijos contratados por la Cooperativa Agrícola, mudanzas, traslado de muebles, materiales para la construcción, viajes en comisión a distintas ciudades -menos Buenos Aires-, incluyendo viajes de cortesía para los equipos de fútbol juvenil de Roma. Un costado solidario y de colaboración que Coco Gandulla brindaba habitualmente, gesto que se encuadraba en una

constante de aquella época: los comercios de Roma aportando su ayuda para el sostenimiento de las actividades deportivas del pueblo.

- *Coco... mañana jugamos un torneo interprovincial en Junín. Llevamos dos divisiones, son en total unos dieciocho pibes. ¿Vos cuántos metés en la Dodge?* -le preguntó Chacho Borlenghi, encargado del Baby Fútbol del Club Defensores.

- *Y... si no son muy grandotes, diez atrás entran, y un par más adelante. ¿Consiguen algún otro vehículo?*

- *Sí, vamos en dos autos más. Pero esta vez te pagamos el combustible. Mirá que los padres juntaron guita para cubrir eso.*

- *Comprenlé sanguches a los pibes con esa guita. Yo dono el combustible.*

- *Pero los sanguches los dona Miranda, el cantinero nuevo.*

- *Y bueno, cómprenle un helado.*

Luego de una breve y bastante anodina luna de miel en Villa Carlos Paz, el flamante matrimonio ingresó rápidamente en un ritmo rutinario que no se distinguía en absoluto de la mayoría de las familias romeñas. Rosita ocupando más de diez horas de la jornada en la costura, dedicaba el resto del día a cocinar para el almuerzo -la cena siempre consistía en comer las sobras del mediodía-, a dormir una generosa siesta, mientras que el fin de semana lo dedicaba a la limpieza de la casa y de la ropa. Coco alternaba sus fletes con los mandados que le encargaba Rosita, y era el único de los dos que se permitía una distracción diaria: a la tardecita iba al club a tomarse un vermouth y jugar a las cartas, a las damas y más adelante a las bochas, deporte en el que llegó a representar brevemente de manera oficial al Club Progreso. Antes de las nueve de la noche ya estaba en su casa para poner la mesa y compartir las sobras del mediodía con Rosita, aunque a veces se salía del libreto y caía con una pizza.

- *Venís con una pizza... seguro te pasaste con el Cinzano y querés que no me enoje. Sos de manual, Coco.*

- *Nada que ver, Rosi. Se la compré a doña Gladys, para darle una mano. El marido no puede laburar desde que se cayó del andamio.*

- *Bué... ponele que tuviste un buen gesto. Ahora... el olor a Cinzano lo tenés. No te olvidés que esa historia la conozco. Voy a hacer como mi vieja, que si mi viejo no se lavaba los dientes no lo dejaba sentar a la mesa.*

Coco no llegaba a la categoría de alcohólico como el finado Elías Palmieri, padre de su esposa, a quien no llegó a tratar como suegro. Pero su Cinzano diario se tomaba. Y los fines de semana, una botella de tinto en las comidas, salvo que fuera a cazar con su amigo Pocho, así le daba uso a una escopeta de dos caños con que una vez le pagaron un flete. En ese caso tomaba solamente media botella.

En materia sexual el matrimonio de Rosita y Coco entraba en la categoría de estándar. Y la calificación puede ser muy generosa. Durante el noviazgo alcanzó cierto fuego, con arrebatos de hormonas en los zaguanes y coitos incómodos pero desenfrenados en la caja mudancera de la Dodge. Pero luego de la unión matrimonial, y a partir de la convivencia, esa chispa inicial se fue debilitando lentamente. El trato entre ellos no era ni frío ni distante, pero tampoco vivían envueltos en un carrousel de adrenalina. Era un trato casi burocrático. No vivían pegoteados el uno al otro pero tampoco eran de pelear a cada rato. Por lo único que a veces saltaba la chispa era por el carácter desconfiado de Rosita. Hubo un tiempo en que se le había puesto que Coco estaba interesado en Carmen, la vecina de enfrente, divorciada y más joven que ellos. Una rubia de ojos vivaces, un poco entrada en carnes pero de contextura firme.

- *Esa gorda buscona de enfrente te quiere voltear, Coco... ya la vi cómo te mira. Siempre aparece en la puerta cuando lavás la camioneta.*

- *Nada que ver, Rosi. Es amable, nada más, pero es igual con todo el mundo, no solamente conmigo.*

Fuera de ese único conato de belicosidad conyugal -que era esporádico- la de ellos era una vida normal. Monótona, monocorde, anodina. Pasible de definir como "bastante aburrida". Se levantaban temprano, desayunaban, Rosita se ponía a coser sus vestidos, Coco hacía los mandados, al mediodía almorzaban, después dormían una hora de siesta, a las cuatro tomaban unos mates con facturas, después Coco se iba a la cantina del club a tomar un vermouth y a jugar un rato al billar, al atardecer volvía y Rosita ya lo esperaba con la cena -o sea, sobras-. Y mientras Coco cenaba, Rosita se dormía en la mesa mirando televisión. Ella se iba a la cama, Coco lavaba los platos, y así todos los días. Los sábados casi siempre ella tenía alguna novia o una quinceañera, por ende cuando volvía de la iglesia era Coco

quien la esperaba con algo rico para cenar. El domingo dormían hasta más tarde, y cuando se levantaban, ella amasaba alguna pasta, Coco miraba las carreras de autos en la tele, y eso sí, a la siesta... les tocaba hacer el amor.

Era un amor de manual, falto de matices, casi burocrático. Rosita lo tomaba como un deber marital, no como una instancia de placer. Para ella era un trámite más a cumplir dentro de los mandamientos -explícitos y tácitos- preestablecidos en la cultura familiar. Por ende, era un amor desabrido, un sexo insípido. Los orgasmos de Rosita, si bien no eran fingidos, eran demasiado módicos. Casi míseros. Una mínima exhalación, al cabo de la cual se sacaba literalmente de encima a Coco, se daba vuelta y se entregaba con placer -ahora sí- a una siesta de domingo. Y en esa siesta buscaba recuperar las energías puestas en sus trabajos de costura durante la semana.

Esa burocracia matrimonial se alteraría ante el advenimiento de un fenómeno por demás habitual en la idiosincracia humana. Un fenómeno que parece nacer de la nada, y que de a poco se va filtrando en una relación marital.

- *Che... ¿y ustedes cuándo piensan encargarse?* -suelta una tía descolgada en una tarde de mate con facturas.

Ninguno de los dos estaba desesperado por tener familia. Rosita no lo tenía en sus planes inmediatos, pero no lo descartaba. La presión social y familiar sobre una mujer joven y casada suele empujarla hacia un horizonte de maternidad que pareciera obligatorio, consabido y hasta necesario.

- *Mirá que tenés casi treinta años, nena. Yo no tengo ninguna pretensión de ser abuela otra vez, pero... si tenés pensado tener familia, cuanto más grande más problemático es el asunto* -le dijo Leticia, su madre, que ya tenía dos nietas de parte de su hija Susana, médica, casada y separada viviendo en Rosario.

- *Seguro, me imagino... mirá si vas a necesitar más nietos que los que te dio tu hija la doctora. Son hijas de una médica, no vas a comparar con hijas o hijos que pueda tener una simple costurera... faltaba más* -respondió con ironía Rosita.

- *Qué raro la pavota, no va a salir con otro de sus dardos.*

- *Dardo es un buen nombre para un hijo. Si llego a tener uno le voy a poner así: Dardo. Así te acordás siempre que ese nieto es un mensaje para vos.*
- *Eso ya es de malvada, Rosa* -amagó a ofenderse Leticia.

Coco Gandulla jamás se había imaginado padre. Pero su madre Amanda soñaba con cuidar nietos, malcriarlos y darles todos los gustos. La relación entre Amanda suegra y Rosita nuera era correcta, pero no pasaba de eso. Ninguna de las dos se metía con la otra. Trataban de mantener el respeto mutuo pero sin pisar el territorio de la confianza. Ambas creían que ese sería el principio de la discordia.

- *¿No piensan en tener chicos todavía, Coco?* -preguntó Amanda una mañana, cuando su hijo, como acostumbraba casi diariamente, pasó a tomarse unos mates con su madre antes de hacer algún flete.
- *No lo hablamos, mami. Qué sé yo... si la Rosi quiere.*
- *Ay, nene... qué falta de iniciativa. ¿No te ilusiona ser padre?*
- *Sí, qué sé yo... puede ser.*
- *Qué sé yo... puede ser... a lo mejor... esas son respuestas para contestar si mañana va a llover, no si te interesa tener un hijo.*

Es que así era Coco Gandulla. No se planteaba la vida como una cuestión épica ni mucho menos. La vida para él no era una historia que lo involucrara en la obligación diaria y personal de tomar más decisiones que las de hacer un flete. Sacando su oficio, lo demás sucedía todo por inercia. Se hizo fletero por inercia, se puso de novio por inercia, se casó por inercia, y ahora, la posibilidad de acceder a la paternidad, parecía estar supeditada a esa misma energía inercial que iba empujando sus actos. La única persona que había tratado de imponerle sueños -trasladando en realidad los suyos- era Pichi, su padre. Y nunca lo logró. Ahora el ex primer Delegado Municipal de Estación Roma gozaba de las bondades de la jubilación, y la transitaba entre bares del pueblo -donde apenas si se atrevía a algún Gancia con limón aislado los fines de semana, después tomaba siempre Coca Cola-, alguna cena con ex compañeros de la Municipalidad en La Prosaica, y los libros en cuya lectura se sumergía por las tardes. No tenía una biblioteca muy frondosa, pero en ella convivían algunos autores de gran renombre: Joseph Conrad, Edgar Allan Poe, Ernest Hemingway, Jorge Luis Borges, Juan Rulfo, entre otros.

En el marco de una de esas lecturas se suscitaría un diálogo que Coco registraría de manera muy especial, y que inclinaría la balanza hacia un decisión que por primera vez en su vida no sería por mera inercia.

Pichi leía "El abuelo", del escritor español Benito Pérez Galdós. Y aunque el argumento de esa novela no tuviera mucho que ver con su historia personal -en realidad no tenía "nada" que ver, pues Pichi no era ni conde ni español ni regresaba del Perú-, el mero título lo indujo a presionar solapadamente a su hijo.

- *Mirá Coco, lo que estoy leyendo* -le dijo, mostrándole la tapa del libro que leía, como siempre, sentado en su sillón de mimbre, mientras Coco pasaba con un balde de agua destinado a repasar la camioneta.

- *El abuelo... mirá... ¿es el de la barra brava de Boca?* -contestó Coco con toda la inocencia del mundo, haciendo referencia a José Barrita, alias el Abuelo, jefe de la facción denominada Jugador Número Doce, la hinchada de Boca Juniors.

- *Qué bruto sos... no, es un libro de Benito Pérez Galdós, un autor español. Pero te muestro el título para ver si una vez en la vida me das un gusto. Quiero ser abuelo, a ver si pescás la indirecta.*

Un rato más tarde, Coco desandaba la ruta hasta La Prosaica, a los efectos de cumplir con algunos fletes del día. Y a pesar que su mente no solía hundirse en cavilaciones existenciales de ninguna naturaleza, el reciente diálogo con su padre le repiqueteaba en la conciencia. Para colmo, unos kilómetros antes del ingreso a la ciudad cabecera del Partido de Coronel Domínguez, en la radio de la Dodge empezó a sonar "Mi viejo", la famosa canción de Piero.

- *Pero mirá vos... qué casualidad* -pensó Coco en voz alta, mientras doblaba en el acceso a La Prosaica.

Durante toda esa jornada la idea le dio vueltas en la cabeza. Y decidió hablarlo con Rosita. Ese era el mecanismo por el cual se decidían las cosas en su matrimonio: se hablaban. Pero no producto de una decisión tácita entre dos mentes democráticas que consensuaban todas las decisiones inherentes a su convivencia. No. Era por la simpleza con que hacían todo. O quizá una misma expresión de aquella inercia que en este caso era

compartida. El mismo método por el cual resolvían si hacían asado o pastas, si pintaban de blanco o de celeste las paredes de la casa, o si invitaban o no a algún familiar a comer, era el que utilizarían en esta instancia mucho más trascendente. Y no porque la minimizaran, o la subestimarán, sino porque para ellos, para Rosita y Coco, la vida no era tan complicada. O por lo menos, ellos no la complicaban con disquisiciones filosóficas a la hora de abordar un tema. Más que nada porque sus mentes carecían de la complejidad necesaria para enroscarse en divagues intelectuales. Y la decisión de tener un hijo -o al menos intentarlo- surgió de la misma manera.

- *Che, Rosi... ¿no te gustaría que tengamos un hijo?* -comentó Coco mientras le sacaba la tripa a un salamín picado grueso que se aprontaba a cortar sobre una gran tabla, ya poblada de cuadraditos de queso cáscara colorada.

- *Y... podría ser. Alcanzame ese dedal que está ahí, al lado del carretel grande. Dejé de ponerte el forro los domingos y probamos.*

Después de varios intentos frustrados, que de ninguna manera afectaban emocionalmente a la pareja, a fines de 1999, Rosita quedó embarazada. La noticia la trajo el mismo Coco, que de camino a uno de sus fletes había recibido la orden de su esposa de retirar los análisis en el Laboratorio Noriega, el único centro bioquímico de Roma, aunque algunos vecinos, en virtud de cierto apego a la bebida de su titular, eligieran realizarse sus estudios en laboratorios de La Prosaica.

- *Rosi... ¿qué quiere decir positivo?* -preguntó Coco entrando con el análisis en mano a la habitación donde Rosita cosía.

- *¿El qué?* -contestó Rosita sin mirar a su esposo, concentrada en un pespunte que le exigía máxima precisión.

- *El análisis... dice positivo.*

- *¿En serio? Vas a ser papá, Coco* -Rosita soltó la tijera sobre la máquina de coser, dejó el vestido arriba de la mesa y fue a abrazar a su esposo.

- *Con razón el Cholo Noriega se reía cuando me lo dio.*

- *Claro, tonto... es porque la noticia era buena.*

La noticia del embarazo alegró más a los abuelos que a los padres. Tanto Amanda y Leticia, como Pichi, rebozaban de júbilo, y hasta se fastidiaban

con el poco entusiasmo que mostraban Rosita y Coco. Y además, les reprendían descuidos alimenticios que podían conspirar contra la salud del bebé.

- *¿Ustedes son o se hacen? ¿Cómo van a comer papas fritas tan seguido? Tenés que cuidarte más en las comidas, Rosita* -la reprendió Leticia.

- *¿Y qué tiene, má? ¿Al bebé le va a llegar el aceite frito por el cordón umbilical? Aparte tenía antojo de papas fritas.*

- *Susana hizo una dieta estricta y las nenas le salieron bien sanitas. Es un esfuerzo de nueve meses, nada más.*

- *Qué raro no ibas a invocar a la diosa de toda sabiduría. La diosa Susana... claro, ella seguro que no se fumaba algún pucho cuando estaba de encargo.*

- *Muy de vez en cuando. Y era por el estrés que le agarraba cuando estaba de guardia. Pero dejemos a Susana tranquila. La que está embarazada ahora sos vos. Y tenés que pensar lo siguiente: vos ahora estás compartiendo tu organismo con el chico. O chica, porque todavía no sabemos qué sexo tiene.*

- *Es cierto, el sexo no lo sabemos. Pero si llega a ser varón ya debe tener las bolas hinchadas de escuchar a su abuela.*

- *Jajaja* -rió estruendosamente Coco.

- *¿Coco... vos le festejás esa guarangada?* -se sorprendió Leticia.

- *Perdón, Leticia. Pero me causó gracia.*

A pesar de su embarazo prominente -lo que según las comadres del pueblo anticipaba sin lugar a dudas el advenimiento de un varón-, Rosita seguiría cosiendo hasta el día antes del parto. No lo hacía por un exceso de responsabilidad con sus clientas, sino más bien porque era su rutina, era lo que le gustaba: coser.

- *Rosita querida... me dá un poco de culpa encargarte este vestido con tu estado. Pero, ¿sabés lo que pasa?: no le tengo confianza a otra modista, nena...*

- *No se preocupe, Rosalinda, a mí no me molesta coser, por más panza que tenga. Tampoco me exige tanto esfuerzo.*

- *Y, pero viste... coser a lo mejor no, pero andar midiendo, corrigiendo el corte con la tiza... todo eso... ¿no te cansa la cintura la panza? A mí cuando*

estaba de encargo del Fabricio... ay, mi madre... qué dolor de cintura. Y yo no tenía que coser.

- Pero tenía que atender a su esposo y a sus otros hijos. Eso sí que debe ser un trabajo pesado, ¿no? ¿Qué me espera a mí, Rosalinda? Dígame la verdad.

- Y... para qué te voy a mentir, nena. Es trabajo, es trabajo. Cocinar, lavar, planchar, barrer... muchos piensan que ser ama de casa es una pavada. Te la regalo. Si podés, y esto es un consejo que te doy, Rosita... tené uno solo, nena. Con uno solo basta y sobra. No andés encargando más porque te vas a volver loca. Hoy no es como antes, que los chicos se criaban solos... no, no, no, Rosita. Hoy los chicos exigen y exigen... primero que el jardín, después que la escuela, después que el fútbol o inglés particular, o la mar en coche. Hay que resolverles todo...

- Quédese tranquila, Rosalinda, que eso ya lo tengo bien clarito. Con sólo mirar a mi hermana, con dos criaturas... no, ni loca tengo más de uno.

- Claro... encima la Susy es médica... me imagino el movimiento que debe tener que hacer para ubicar a las nenas. Encima se... bueno... iba a decir que se separó, pero eso no es tema mío... disculpame nena.

- Pero no, Rosalinda. Si usted es como de la familia...

Si Rosita, que era quien cargaba en su vientre con la humanidad del futuro hijo de la pareja, se tomaba el embarazo con total naturalidad -sin dejar de otorgarle la importancia habitual a su trabajo-, que otra cosa podía esperarse de Coco.

- Coco... ¿seguís haciendo fletes a Rosario? -le preguntó a la pasada, sacando la cabeza por la ventanilla con la camioneta en movimiento, Carlos "Pato" Voltarnulli, un chacarero de los que solía encargarle trabajos.

- Sí, Pato... cómo no voy a seguir yendo... ¿qué necesitás? -respondió Coco mientras barría la vereda.

- No, ahora nada. Capaz la semana que viene tengo que traer unos repuestos. Pero te preguntaba porque como la Rosi debe estar por tener familia, pensé que por un tiempo tan lejos no ibas a ir.

- Y si yo no soy el partero, Pato, jajaja... no, si la Rosi es una fenómeno, ni se queja. Sigue laburando como si no tuviera panza. Así que si ella sigue laburando... con más razón tengo que laburar yo, que no llevo panza.

Bah... no tengo un pibe adentro, pero una pancita tengo, porque lo que es chupi y comida, a eso no le aflojo, jajaja...

- Che, Coco... ¿y ya saben qué es? -curioseó Voltarnulli.

- Sí, parece que un ser humano, jajaja... no, ni idea, Pato. No quisimos saber. Que venga lo que sea... sanito, eso sí.

La fecha prevista por el doctor Salvador Mastrángelo -ginecólogo y obstetra de La Prosaica-, para el nacimiento del hijo de Rosita y Coco era el 10 de febrero. Es decir que el nuevo integrante de la familia llegaría con los primeros bríos del tercer milenio. El año 2000, por su trascendencia parteaguas en la historia, estuvo plagado de acontecimientos que más allá de su verdadera relevancia, adquirirían en sus denominaciones la solemnidad indicativa de ese nuevo siglo. Así, tanto un certamen internacional de música, como una carrera en el Hipódromo de Palermo, o hasta un torneo de bochas en un club de barrio podía poner en juego un premio llamado "Trofeo del Siglo".

- Rosita... querida... ¿tenés fecha para mañana y estás cosiendo? Haceme el favor, hija... que está llegando tu hermana de Rosario para asistirte en el parto. Te va a retar si te ve levantada y trabajando -cuestionó Leticia a su hija.

- Y si no es partera ella. ¿A qué tiene que venir? -se quejó Rosita.

- Dá la casualidad que mañana una hermana de ella le va a dar su primer sobrino. Mirá sino va a venir. ¿Todo le tenés que cuestionar? Coco... decile algo, che... va a tener ese chico arriba de la máquina de coser -involucró Leticia ahora a su yerno, que venía del fondo con una llave francesa en la mano.

- Ya le dije, Leti... pero no me hace caso. Hasta puse el bolso arriba de la camioneta por las dudas para salir rajando a la clínica.

- Para mí deberían pasar la noche en algún hotel de La Prosaica. Así están más cerca de la clínica -opinó Amanda.

- Yo le puedo decir a Tulio Basualdo para que se queden en la casa de él. Total tiene las habitaciones al pedo -terció Pichi proponiendo el domicilio de un ex compañero municipal, cuyos hijos ya se habían independizado.

- No, papi... no hace falta. Yo en diez minutos estoy en la clínica. Quince si hay muchos camiones en la ruta -aseguró Coco.

- ¿Diez minutos? Menos mal que me dijiste porque yo me pensaba colar con ustedes en el viaje. Ni en pedo me subo a esa camioneta, entonces -sentenció Pichi. En diez minutos podés estar en la punta del pueblo, Coco... ¿Te olvidaste que La Prosaica queda a cuarenta kilómetros?
- Fue una forma de decir. Quien dice diez, dice media hora.
- Pero Coco... esos veinte minutos de diferencia pueden ser cruciales. Tiene razón Amanda. Váyanse a un hotel que yo les pago el hospedaje -propuso Leticia.
- ¿Por qué no nos dejan de romper la paciencia? -volvió a fastidiarse Rosita.
- Rosi... ¿de qué es ese agua que hay en el piso, abajo de tu silla? -se extrañó Coco.
- Uy. Parece que de tanto romper... me hicieron romper bolsa.

GOYO

Dardo Gregorio Gandulla. Nacido el viernes 11 de febrero de 2000 en la habitación 216 del Hospital de Agudos San Heriberto de La Prosaica, en un parto atendido por el obstetra Salvador Mastrángelo. Un niño que pesó tres kilos con 456 gramos, y que tuvo como padrinos a Susana, hermana de Rosita, y al propio doctor Mastrángelo. Es que Coco no tenía muchos amigos a quienes confiarle tal padrinzgo, y se lo ofreció al propio médico, que aceptó complacido.

- Por supuesto que acepto ser padrino de esta criatura. Conozco a su abuela Leticia de toda la vida, fuimos compañeros de secundaria y en la docencia también. Eso sí, quiero aclarar dos cosas: en primer lugar, tengo muchos ahijados y a veces no recuerdo bien sus cumpleaños y no me dan los tiempos para estar al corriente de cómo andan todos, y en segundo, no soy un buen padrino, es decir no inculco muy bien la fe cristiana. Pero si así y todo les parece bien, reitero mi aceptación.

Según contaban las malas lenguas pueblerinas, más que el compañerismo en el secundario y en la docencia, lo que unía especialmente a Leticia Scatolaro y el doctor Mastrángelo era un romance clandestino en épocas pasadas. Ella estaba separada de Elías, que vivía en el fondo de su casa, pero el ginecólogo y obstetra era un hombre casado y su matrimonio con la Arquitecta Silvia Frías Olivieri tenía una gran presencia en las altas esferas sociales de La Prosaica. Participaban del Rotary Club, integraban la comisión directiva del exclusivo Club Social, eran miembros de honor de la Asociación Cultural Tradición, Familia y Propiedad, y cumplían demás menesteres comunitarios que los encumbraban como personajes de la alta sociedad prosaquina. Por esa notoriedad pública del doctor Mastrángelo, el supuesto romance con Leticia tuvo que enmarcarse en una situación de perfil muy discreto y clandestino.

Respecto del nombre del recién nacido, Rosita cumplió la promesa que en un momento de fastidiosa discusión le hiciera a su madre. Leticia se quejó de uno de los estiletaos verbales de su hija menor, y los denominó "dardos". *"Así le voy a poner a mi hijo si nace... Dardo"*. Y cumplió. En cambio, el segundo nombre fue un pedido de Amanda, la madre de Coco, y se vinculaba con el santoral de ese día.

- *Hoy es San Gregorio, por el Papa Gregorio II, que según cuenta la historia fue un gran pontífice* -pidió la abuela paterna.

- *¿Ah sí? ¿Y qué obra de su papado puede rescatarse?* -preguntó con fina ironía la otra abuela.

- *No sé, Leticia, pero si querés mandamos la consulta por carta al Vaticano. Es un santo y punto. Y no me parece mucho pedir que el segundo nombre, o sea que no pedimos el primero, siga la misma tradición que el padre, que se llama Antelmo por el santo del día que nació.*

- *Sí... no hay problemas* -Leticia redobló su sorna. *Mirá si no voy a estar de acuerdo con los nombres de mi nieto. El primer nombre tiene que ver con las contestaciones irónicas de mi hija, y el segundo, con un Papa que no conocen ni los curas. No hay problema, es un negocio redondo para mí.*

Pero así como a su padre Antelmo David, el trato cotidiano y afectivo de sus familiares y conocidos lo convirtió tempranamente y para siempre en Coco, a Dardo Gregorio Gandulla no tardarían sus relaciones en simplificarlo con un apodo: Goyo, como a todos, o a la mayoría, de los Gregorios. Aunque tratándose de un niño, ese Goyo sería conminado a un diminutivo que revestiría connotaciones permanentes: Goyito.

Goyito Gandulla fue un niño sobreprotegido por partida doble, si se tienen en cuenta las dos ramas de su ascendencia. Por un lado, la corriente sobreprotectora de su abuela Leticia, su tía Susana, y por supuesto, su madre Rosita. Y por el otro, la vertiente gandullesca de la sobreprotección, encabezada claramente por Amanda, bien secundada por Pichi, y allá tercero, bastante menos efusivo en esa sobreprotección, su padre, Coco Gandulla, que sobreprotegía a su hijo pero con menos "marca a presión" que los otros sobreprotectores de la familia.

Desde muy pequeño Goyito era sometido a periódicos controles médicos con el pediatra de Roma, el doctor Washington Espárrago, un profesional uruguayo que fue a radicarse al pueblo recién recibido en la Facultad de Medicina de Rosario, justo tres años antes del nacimiento de Goyo.

- Es un chico sano, Rosita. No tenés que traerlo a cada moco que se le cae de la nariz. Es lógico que se resfríe tres o cuatro veces al año... les pasa a todos los chicos, más cuando hace frío y van al jardín de infantes.

- Sí, está bien, Washington... pero yo prefiero que lo veas vos. Sino después los fines de semana cae mi hermana en casa y empieza a opinar.

- Ella tiene mucha experiencia, y es su madrina. Tenés que darle mucho valor a su opinión, ¿sabés lo que es una guardia médica en un hospital de Rosario? Pufff... me imagino los casos que debe haber atendido.

- No me importa. Que lo sobreproteja como tía, no como médica. El pediatra del chico sos vos, y punto.

Más allá de alguna travesura menor, Goyito era un chico dócil y tranquilo. Muy curioso y propenso a la aventura, pero manso. Uno de sus máximos placeres era acompañar a su padre en los servicios de flete. Con rapidez se subía al asiento del acompañante de la Dodge y con jubilosa expresión en su rostro se aprestaba a vivir cada viaje como si fuera un safari al África. Coco le había adaptado un cinturón de seguridad de un auto usado al asiento y sin que se lo pidieran, Goyito se lo ataba cada vez que se subía.

- Goyito, sentado, eh. No te arrodillés que sino el cinturón de seguridad no te agarra bien. Sentado, hijo.

- Pero sentado no veo nada, Papi. Yo quiero ir mirando.

- Esperá que te pongo un almohadón, entonces.

Con sus abuelos la relación era excelente. Tanto en casa de Leticia como en lo de Amanda y Pichi, Goyito encontraba actividades aptas para su distracción. Por el lado de Leticia, esas actividades incluían lecturas infantiles, pinturas y desafíos intelectuales como adivinanzas y trivias sacadas de la incipiente Internet. En casa de Pichi, también Goyito era convocado a la lectura, aunque un poco más volcada a lo histórico y político, a diferencia de los textos que le aportaba Leticia, más ligados a autores como Emilio Salgari, Mark Twain y Juan Ramón Jiménez. Pichi lo

internaba en la bibliografía de José María Rosa, recibiendo por ello el reproche de Amanda.

- *Pichi... tiene seis años el nene. ¿Cómo le vas a hablar del GOU? Vos no tenés límite para la exageración.*

- *Vos dejame a mí. Que se vaya acostumbrando a escuchar la historia de su país. A lo mejor ahora no entiende nada, pero algo siempre le va a quedar. Demasiadas boludeces le hace leer la otra abuela, conmigo que aprenda quién fue el Che Guevara.*

- *Leéme más de Perón, abuelo...* -pedía Goyito.

- *Escucha... escuchá al pibe lo que quiere que le lea. Este me va a salir peronista, y militante. Nada que ver con el padre.*

El paso de Goyito por la escuela primaria fue tranquilo y sin sobresalto alguno. Le tocó compartir el curso con niños mansos en su mayoría, niños que eran prácticamente calcados en carácter e intereses. Les gustaba jugar a la pelota, juntarse en los recreos a cambiar figuritas, escaparse en bicicleta al arroyo para tirar sus mojarros y por las tardes jugar campeonatos de metegol en el Bar El Maple, ahora atendido por Daniel Tejera, hijo de Alfredo, fallecido en 1998.

- *Daniel... fíame un par de fichas al metegol... te pago el viernes que mi viejo cobra la quincena* -le pidió una vez Fabián Di Natale, compañero de curso de Goyito, de alguna manera el líder de la barra.

- *Claro... o sea que yo dependo de que la fábrica pague la quincena para bancar los gastos del bar. Mirá qué bonito... ¿Y si la fábrica cierra... yo qué hago? ¿Tengo que cerrar también? Pregunto... si tengo que comprar un tocho, ¿la fábrica me lo fía?*

- *Dale, Maplecito, son dos fichas de metegol, nada más. No te estoy pidiendo que me fiés una ronda de familiares de jamón y queso, che...*

- *Bué... acá tenés, tomá dos fichas. Pero el viernes te quiero en el palizómetro, poniendo estaba la gansa.*

El Maple había cambiado de generación, no sólo en materia de propietario, sino también en cuanto a la clientela se refiere. Ahora el ambiente era mucho más juvenil que antaño, producto en parte del carisma especial de Daniel Tejera, un personaje tan pintoresco como su padre, pero con una

impronta mucho más informal. Informalidad que había dado paso asimismo a una merma en las condiciones bromatológicas e higiénicas del local. Daniel no tenía las manías del orden y la limpieza que tenía su padre Alfredo. Y además, se había agregado una costumbre que tenía lugar los viernes a la noche, en realidad sábado bien entrada la madrugada: cuando raleaba la concurrencia, un grupo de conspicuos clientes que revestían además la calidad de amigos de Daniel, se juntaban en la cocina del bar a mirar películas pornográficas que traían desde Rosario algunos de los muchachos que estudiaban en la facultad.

- *Daniel... Daniel...* -el cliente recién llegado al Maple se ayudaba además con aplausos sonoros a mano abierta.

- *¿Quién viene a romper las bolas ahora?* -se quejó Daniel, que puso pausa a una producción condicionada de origen checoslovaco en VHS, para salir a atender al descolgado e intempestivo cliente.

- *Pensé que no había nadie* -dijo el cliente. *Se escuchaban unos quejidos, nada más. ¿Estabas solo?*

- *No, estoy con un primo que es asmático.*

Goyito Gandulla era un asiduo concurrente al Maple. Comenzó a ir acompañando a su padre, Coco, que entre fletes y mandados para Rosita solía parar en el tradicional reducto romeño. Al principio Goyito miraba sorprendido a aquella fauna reunida en el lugar, pero cuando fue haciéndose más grande, aprendió a contemplar ese aquelarre de personajes, y estudiarlos como sujetos sociológicos. Porque si algo tenía Goyito era poder de observación.

- *¿Qué anotás en esa libreta, Goyito? ¿Empezaste a levantar quiniela? Mirá que el Tordo Benedetti se va a chivar* -le dijo Daniel Tejera, mientras Goyito anotaba en una libretita bordó algunos rasgos de los habitués del bar.

- *Anoto cosas, Dani... frases, ocurrencias. Me gusta escuchar a los que saben, a los mayores, a los que han vivido más que yo.*

- *¿A los que saben? Para eso andate a una facultad. Acá no vas a encontrar a nadie que sepa. Acá podés encontrar borrachines.*

- *No sólo se puede aprender de profesores, Dani. Yo creo que de toda persona se puede sacar algo. Por ejemplo de vos.*

- ¿De mí? ¿Qué mierda podés sacarme a mí? La bicicleta... es lo único que tengo -reflexionó Daniel mientras apuraba una cerveza.
- No me refiero a bienes. Me refiero a sacar otro tipo de cosas. Anécdotas, cuentos, salidas... vos no te das cuenta, pero tus ocurrencias encierran mucha sabiduría. Y por lo que me dice mi viejo, tu papá era igual.
- Sí, el viejo era un sabio. Eso es cierto. Pero vos para aprender más cosas, haceme caso: andá a la facultad. ¿Ya pensaste que vas a estudiar?
- Qué sé yo... me faltan dos años para terminar la secundaria. Ya veremos. Por ahora quiero disfrutar la vida.
- ¿Y novia no tenés? -curioseó Daniel.
- En este momento no. Anduve con un par de pibas. Pero están en cualquiera. Mucho Instagram, Facebook... esas cosas. La caretean.
- Sí... las pendejas están todo el día con el celular. Se rajan un pedo y lo ponen en el celular. Y los pendejos también, ojo. Yo no sé qué mierda tienen en la cabeza.
- Capaz que eso... mierda -reflexionó Goyo.

El horizonte educacional de Goyito era un tópico de interés únicamente para sus abuelos. Ni Rosita ni Coco se preocupaban por eso. Mientras el "nene" estuviera bien de salud, lo que fuera hacer al terminar la secundaria en el Instituto Comercial "Jorge Luis Borges" de Roma, mucho no les interesaba. Coco no tenía en mente presionar a su hijo como lo había hecho Pichi con él, tratando de inducirlo al fútbol, a la música, al automovilismo y a varias cosas más, soñando con una vida de celebridad que él deseaba haber tenido en su juventud. Rosita vislumbraba que Goyito iba a acompañar a su padre en el servicio de fletes, pudiendo quedarse con el negocio cuando Coco decidiera retirarse. Pero Leticia, fiel a su costumbre, en el verano anterior a su graduación, empezó a horadar la piedra, presionando diariamente a su nieto.

- ¿Cómo que no sabés qué vas a estudiar después del secundario, Goyi? Este va a ser tu último año, tenés que tener en claro tu futuro. Dejame que yo le voy a decir a Cristina Romani que te haga el test vocacional.
- ¿No se jubiló Cristina?
- Sí, pero si yo se lo pido te lo va a hacer. Como ella no hay nadie para los test de orientación vocacional.

- *Mirá, abuela. Te voy a decir la verdad. No sé si voy a seguir estudiando cuando termine el secundario.*
- *¿Qué decís?* -se sorprendió Leticia.
- *A lo mejor después, dentro de unos años. Pero primero me gustaría viajar un poco. Tengo algunos ahorros y quisiera tomarme un tiempo para conocer otros... lugares.*
- *¿Y tus padres saben esto?*
- *No. Y por favor... no se lo digas. Dejame que yo voy a ir preparando el terreno para decírselos.*
- *Tus padres viven en una nube de pedo, Goyo. Para tu mamá no hay otra cosa que coser. Y para tu viejo lo único que existe son los fletes. Pero igual te adoran, y si les decís que vas a viajar, les agarra un infarto.*
- *Por eso te digo. Dejame que lo maneje yo.*

Goyo era distinto a sus padres. Si bien no anidaba en él ningún delirio de grandeza, no tenía tan corto su horizonte. Para él la vida era una aventura a transitar con espíritu curioso. Además, tenía por costumbre mirar documentales sobre la vida en otros lugares del mundo, y a pesar que no era muy devoto del cine de ficción, una película lo había marcado especialmente. La vio una tarde de domingo lluvioso y tanto la historia como la música rondaron en su cabeza por varios días.

La película se llama "Into the Wild", está dirigida por Sean Penn y cuenta la historia real de Cristopher Johnson McCandless, un joven californiano que se hacía llamar a sí mismo como Alexander Supertramp. A cargo del papel protagónico está el actor Emile Hirsch, interpretando a un joven de clase media, criado en las afueras de Virginia por un padre técnico de la NASA y su madre secretaria. Tenía una hermana de nombre Carine a la que estaba unido de manera especial, ya que a ambos les tocaba presenciar cotidianas discusiones de sus padres. Durante la secundaria Cristopher se destacó por su voluntarismo y capacidad de liderazgo, y cuando todo estaba dado para que lo esperara un futuro promisorio en aquello que quisiera encarar, decidió dejar su familia y empezar a viajar por todo el territorio de los Estados Unidos. Empleándose a veces en algunos lugares para recaudar fondos y seguir solventando su viaje, la mayor parte a base de autostop, la nomenclatura anglosajona del argentinismo "hacer dedo". Su objetivo final

era instalarse en Alaska. La película es una road movie ambientada con una extraordinaria banda de sonido creada e interpretada por Eddie Vedder, y tuvo mucho éxito de taquilla. La historia -tanto la real como la de ficción- no termina de la mejor manera, pero inspiró a muchos jóvenes a seguir el camino de Alexander Supertramp. No fue específicamente el caso de Goyito Gandulla, que lejos estaba de soñar con llegar hasta Alaska. Pero lo que le hizo click al ver la película fue esa decisión, esa voluntad, esa disciplina del protagonista para dejar su comodidad -y su vida chata- y largarse al camino. Más que con un objetivo final -en el caso de Goyito- con una meta inmediata: echarse a andar, y de esa manera mejorarse en el camino. Crecer, evolucionar, en definitiva... vivir.

- *¿Hablaste con tus padres, Goyi?* -preguntó Leticia mientras merendaban juntos como casi todas las tardes.

- *Todavía no.*

- *Pero faltan tres meses para que terminen las clases. ¿Cuándo pensás hacerlo? ¿No te preguntaron todavía qué vas a hacer?*

- *Sí, pero fue más por curiosidad que por imposición.*

- *¿Y qué les dijiste?*

- *Que me anoté en el Profesorado de Historia.*

- *Ah... mentiste* -dedujo la abuela.

- *No, me anoté en serio. Pero no pienso ni empezar. A fines de enero me voy. Ya saqué pasaje y todo.*

- *¿Qué?* -se alarmó aún más Leticia. *¿Adónde?*

- *A España.*

En la península ibérica estaban radicados hacía algún tiempo unos amigos de Goyo: el Petaca Navarro y la Oveja Bertolotti. Eran dos ex compañeros de la primaria que habían emigrado junto a sus padres a la zona de Valencia. Sus padres eran religiosos evangélicos, pastores itinerantes que predicaban por todo el mundo, pero hacían base en un lugar fijo, en este caso Valencia, donde ambos residían con sus respectivas madres. Goyito Gandulla se contactó con ellos y acordó que lo aguantarían unos meses hasta que consiguiera alguna manera de ganarse la vida, juntar unos pesos y seguir su periplo por el viejo mundo. Un periplo que no tenía muy en claro pero era

lo que menos le importaba. Él quería conocer otros países, otras ciudades, otras costumbres.

Con los ahorros que le habían facilitado sus abuelos a lo largo de su infancia y adolescencia, los pagos por flete que le hacía su padre Coco, algún "mango" que escamoteaba ahorrándose las fotocopias escolares - tomaba muy bien apuntes en clase y pocas veces necesitaba comprar los que le daban los profesores-, y la parte que le correspondió en el reparto de lo recaudado en las actividades que su promoción organizó para el viaje de fin de curso -que él no hizo-, consiguió el dinero necesario para comprar el pasaje a Madrid. Ahora venía la parte más complicada. Hablarlo con sus padres. Para hacerlo eligió un almuerzo de domingo, consistente en un asado de Coco, saboreado a la sombra de los árboles del patio.

- *¿Querés otro chorizo, Goyo?* -ofreció Pichi.

- *No, están riquísimos pero no quiero más.*

- *¿Una morcillita?*

- *Tampoco. Lo que quiero es hablar con ustedes* -dijo mirándolos a ambos a los ojos, aunque sus padres no se percataron enseguida de la adustez de su tono.

- *¿De qué?* -preguntó Rosita mientras forcejeaba con un chinchulín.

- *Voy a hacer un viaje.*

- *Bárbaro... me parece bien* -asintió Rosa. *Como viaje de fin de curso, que no quisiste hacer. ¿Y adónde te vas? ¿Bariloche, Carlos Paz?*

- *No. Y no es como viaje de estudios. Es otra clase de viajes.*

- *Explicate mejor* -lo conminó su madre.

- *Me voy a España.*

- *¿Qué? ¿A España?* -preguntó extrañado Coco, que frenó su marcha desde la parrilla a la mesa portando una bandeja con costilla y marucha.

- *Sí, a España. A Valencia. Bah, primero a Madrid y de ahí a Valencia. Ya hablé con Petaca y la Oveja y me esperan ahí.*

Luego de un breve silencio, Coco apoyó la fuente de asado en la mesa, se sentó y reflexionó respecto a lo expuesto por su hijo.

- *Ah... o sea que te vas a pasar unas vacaciones con ellos. Y después te volvés. Qué te vas... ¿un par de meses?*

- No, Papi. Me voy a recorrer Europa. Mínimo un año. O dos, todavía no lo sé. Depende como me vaya.

El silencio del domingo al mediodía era solo matizado por los pájaros, algún ladrido de perro barrial extemporáneo, algún bocinazo perdido, y el chorro de soda que Coco le puso al vaso de vino tinto mientras trataban -él y Rosita- de recomponer el ánimo sobresaltado por la sorpresa.

- ¿Vos nos estás jodiendo, no es cierto? -balbuceó Rosita.

- No, mami. No estoy jodiendo. Me voy de viaje. Junté la plata para los pasajes, y es más... ya los compré.

- ¿Y así nos tenemos que enterar? -reprochó entre incipientes lágrimas su madre. ¿No podías haberlo charlado con más anticipación?

- O sea que nos tirás el hecho consumado -agregó Coco a la queja materna. Comiendo un asado, lo más tranquilos, nos tirás esa bomba.

- ¿Y qué querés que hiciera, papi? Si yo les preguntaba qué opinaban al respecto, ¿qué hubieran dicho? Sí, Goyo... andá tranquilo, no hay ningún problema. Como si fuera que me voy quince días a San Clemente.

El silencio volvió a interponerse en el diálogo entre hijo futuro emigrante y padres en inminente desconsuelo.

- ¿Y? ¿Qué me hubieran dicho? -reiteró Goyo la pregunta.

- No sé, pero hubiera sido lo más justo de tu parte -opinó Rosita. Por lo menos nos dabas la oportunidad de oponernos. Ahora así, con los pasajes comprados, ¿qué vamos a decirte? ¿Que estamos en desacuerdo?, pero ya tenés los pasajes. Nos viniste con el hecho consumado. La verdad... -en la voz de Rosita empezaba a mezclarse el llanto-, nunca lo hubiera esperado de vos.

- Tranquilizate, Rosi, calmate. Vamos a conversarlo mejor -terció Coco. A ver Goyo... ¿por qué querés hacer ese viaje?

- Porque es mi sueño. Desde hace mucho.

- ¿Y para qué? -seguía interrogando Coco, mientras secaba las lágrimas de su esposa. Tranquilizate, Rosi.

- Para conocer otros lugares, otras culturas, otra gente... para crecer como ser humano. Para... para... -Goyo no encontraba la expresión adecuada, quizá tratando de no encontrar una que pudiera herir a sus padres.

- Para no ser como nosotros... decilo, Goyo, decilo -reflexionó en un mar de llanto Rosita. *Te da vergüenza ser como nosotros, no querés esta vida de pueblo, de gente sencilla, de trabajo... tenés delirios de grandeza. Siempre fuiste así, como tu abuelo Pichi y como tu tía Susana. Para englobar a los dos lados de tu sangre. No querés vivir en esta mediocridad, en esta apatía.*

- No, mamá... no es tan así. A mí Roma me gusta, me gusta compartir momentos con ustedes, acompañarlo a papi en el flete, juntarme con mis amigos, pasar las tardes en el Maple. Pero ustedes tienen que entenderme. Si no lo hago ahora... ¿cuándo lo voy a hacer? No tengo hijos, no tengo ni novia siquiera. Tienen que entenderme. Soy joven, y hoy la vida es distinta a cuando eran jóvenes ustedes. Aparte ahora se puede estar comunicados diariamente. No es que me voy y no van a saber nada de mí. Hoy se hace una videollamada enseguida.

- Sí, claro... con una videollamada me voy a quedar tranquila. Con una videollamada te voy a poder abrazar, besar, tocarte...

- Pero... Goyo... ¿vos no estás contento con ayudarme en el flete? El día de mañana yo me retiro y te lo dejo a vos.

Goyo miró a su padre con un gesto de ternura. Sabía que era una pregunta honesta, que buscaba antes que nada reafirmarse a sí mismo. Su madre lo captó al instante, y contestó la pregunta de Coco.

- Ay, Coco... sos un alma buena. Pero pensá un poquito. Tu hijo tiene ilusiones. Ilusiones en serio. ¿Te parece que un flete puede ser la ilusión de un muchacho joven? Igual que si tuviéramos una hija mujer y yo le dijera que le dejo el taller de costura. Esos son sueños de vuelo bajo. O mejor dicho, no son sueños. Son migajas de la vida. Yo nunca quise un destino gris y aburrido para vos, Goyo. Siempre quisimos con tu padre que estudies, que progrese, que seas un profesional, que seas mejor que nosotros. ¿Qué cosa más puede querer un padre que su hijo lo supere? Pero cerca nuestro, Goyo. Hay universidades en ciudades cercanas, podemos verte los fines de semana. ¿Sabés lo que vamos a extrañarte? Mirá la pregunta que hacés, Coco. Si tu hijo no está contento con acompañarte en el flete. Claro que no, Coco.

- Que me lo conteste él, Rosi -pidió Coco. ¿No te hace feliz el flete, Goyo? Contestámelo vos, dale, animate.

- Papá... servime otra costilla por favor.
- Te la sirvo si me contestás. Aunque me duela lo quiero escuchar de tu boca. Dale, desembuchá, pibe.
- El flete no me hace feliz ni infeliz. Es un flete, no es una mina, papá. El flete es tu vida pero no es la mía, y no tiene porqué serla. ¿Acaso vos no me contabas cómo te hinchaba los kinotos hacer cada una de las cosas que el abuelo Pichi quería que hicieras? Sino era atajar en el baby, era correr en karting... hasta tocar la trompeta.

La respuesta de Goyo quedó retumbando en el aire del patio. Coco le sirvió una costilla a su hijo, se bebió de un solo tiro el vaso de vino tinto, y acarició la cabeza de Rosita, que se secaba las lágrimas con una servilleta mientras colgaba los cubiertos sobre el plato. Una leve brisa soplaba como tratando de limpiar la mala energía residual de aquella charla de sobremesa en la que Goyo Gandulla le informó a sus padres que se iba de viaje. Y esa era una decisión tomada. No cabían objeciones. El pasaje aéreo estaba comprado, y en Valencia lo esperaban Petaca y la Oveja.

- ¿Y allá que vas a hacer? Además de conocer, digo. Si te sale un buen trabajo... ¿podés llegar a radicarte definitivamente en España? -preguntó Rosita con la angustia aun instalada en su voz.
- No es mi idea, mamá. No es mi idea. Pero tampoco descarto nada. Me voy a vivir. A ver lo que pasa. A conocer. A experimentar.
- Rajás de acá. Ponelo en limpio que es mejor, hijo -sugirió su madre. Vos lo que querés es rajar de acá. No lo disfraces.
- No se trata de rajar de acá. Vos lo tomás todo personal. Parece que Roma sos vos, es papi, son los abuelos. Y no es tan así...
- Y claro que es así. Roma somos nosotros. ¿Sino qué mierda es Roma... un puñado de manzanas, casas, gente gris, gente chata, gente sin horizonte, borrachines de pueblo, chacareros miserables que venden la soja para comprar departamentos en Rosario, una calle asfaltada más, una plaza con juegos nuevos? No, Roma somos nosotros, Goyo. Roma somos nosotros. Y sos vos, también. Aunque te duela. Y aunque te duela que te lo diga, te lo digo: tenés vergüenza de nosotros.
- Bueno, Rosi. Tampoco lo hagas sentir mal al pibe -pidió Coco.

Las últimas semanas de Goyo en Roma fueron un concierto desafinado y ecléctico de reproches encubiertos, indirectas varias, recomendaciones sinceras y abrazos intempestivos al paso de las distintas dependencias hogareñas.

- *Mamá... no me la hagas más difícil. No me voy a la guerra* -suplicaba Goyo ante un abrazo desde la espalda de su madre mientras armaba la valija.

- *¿Ni abrazarte puedo?*

- *Claro que podés, pero ahorráelos todos para el día que me vaya. Falta una semana todavía.*

- *Dejalo, Rosi* -recomendaba Coco, mate en mano. *Tiene razón.*

Coco había entrado en un terreno hipotético que no era del todo descabellado, pensado desde su propia mente pueblerina. El chico -Goyo- iba a extrañar bastante rápido, e iba a pegar la vuelta a casa.

- *Vas a ver que no aguanta mucho fuera de casa, Rosi, acordate lo que te digo* -le decía a su esposa por lo bajo, mientras Goyo acomodaba sus cosas e iba tachando en una lista que había confeccionado en la misma libretita donde apuntaba anécdotas, frases y salidas escuchadas en el Maple.

- *No sé, Coco. Lo veo muy decidido. Y la verdad, no se lo reprocho. Ya me di cuenta que la tristeza que siento es una tristeza egoísta.*

- *¿Qué decís? Vos nunca fuiste egoísta, Rosi. Si siempre le diste todo lo que quería. ¿Vos egoísta?*

- *No me entendés, Coco. La parte egoísta mía es la que no quiere que se vaya. Si pienso con la parte generosa, tendría que estar contenta.*

- *¿Contenta por qué?* -preguntó Coco, intrigado.

- *Contenta de tener un hijo con agallas para dejar esta chatura, esta nada misma que es este pueblo. Contenta de que mi hijo haga lo que tiene que hacer: cumplir sus sueños. Ir en busca de sus ilusiones. Si yo no lo hice, si nosotros no lo hicimos... ¿por qué cortarle las alas? ¿Por qué coartar sus quimeras?*

- *Vos sos bárbara, Rosi. Un montón de las palabras que dijiste no las entendí pero seguro quieren decir cosas lindas.*

Rosita esbozó una sonrisa tierna, y aun a pesar de su tristeza, se permitió un gesto de cariño con su esposo, ingenuo pero bondadoso.

- Goyo... mirá que la despedida central es acá en el Maple -le advirtió Daniel Tejera. Yo no sé si los pajeros esos de tus compañeros te hacen otras, pero la más importante es acá. No me vas a andar con agachadas.

- No, Dani, quedate tranquilo. Es más, a los pibes les dije que la fecha de la despedida que me hagan ellos está supeditada a la que me hagan acá. Cuando vos definas la fecha, yo les doy la posible fecha a ellos.

- Ah, bueno. Mejor así. Ya le dije al Gordo Visera de San Nicolás que se venga con un grupo folclórico de allá, para que actúen esa noche.

- Ah, va a ser completa la cosa. ¿Te parece que es para tanto que despidan a un simple romeño como yo? -se subestimó Goyo.

- No te hagás el pobrecito. Sabés que de los pibes que vienen al bar sos de los que más quiero. Y no te digo el número uno para que no te agrandés. Eso sí: escribime, mirá que mi hija me puso WhatsApp en el celular.

- ¿No me digás? Qué buena noticia. Olvidate que te voy a escribir y a mandar videos. ¿Algún lugar en especial que te guste conocer aunque sea virtualmente?

- La zona roja de Amsterdam -se sinceró Tejera.

- Jajaja... pero no sé si voy a llegar a Amsterdam -aclaró Goyo.

- No me importa. Vos me preguntaste qué zona me gustaría conocer y yo te contesté. Un puterío... no va a ser un museo de ciencias naturales.

Las despedidas fueron cuatro, en total: la de sus compañeros de colegio, las de sus amigos de pesca, la de su familia y la mejor de todas, la despedida en el Maple. En las tres restantes reinó un ambiente demasiado nostálgico, sensiblero y emotivo que a Goyo le resultó, aunque sincero, bastante incómodo. Pero en el Maple todo fue música, recitados, brindis y filosofía de bar. Esa que Goyo recopilaba en su libretita bordó, a modo de aguafertes pueblerinas.

- Quiero brindar por mi amigo Goyito, que pasado mañana se va para España. Un muchacho que se crió en este bar y que ahora se va tras sus sueños. Y le quiero pedir especialmente a mi amigo Juan Carlos Visera que diga unas palabras en esta ocasión tan especial.

- *Brindo por Goyo... a quien si bien no conozco tanto como para considerarlo mi amigo, estoy seguro que si hace acuse de recibo de sus intrínsecas ilusiones, es porque responde de manera genuina y sincera al mandato de sus convicciones. Salud.*

- *¿Qué mierda quiso decir?* -preguntó Calchaquí da Silva, un pintoresco habitué del Maple.

- *Que ojalá le vaya lindo* -sintetizó Daniel, desatando la carcajada general.

VALENCIA

El miércoles 25 de enero de 2019 Goyo Gandulla se subió a un avión de Aerolíneas Argentinas y se marchó rumbo a España. Sus padres Rosita y Coco lo despidieron en la puerta de la casa de Estación Roma, temerosos de transitar por Buenos Aires, algo que no habían hecho jamás en su vida. Una sola vez le encargaron un flete a Coco para llevar un ropero a Ramos Mejía. Y al llegar a la altura de Lima, en Zárate, fue tal el pánico que lo abordó que se lo dejó a un fletero de la zona.

- *Oiga, colega. Tengo que llevar este cargamento a Ramos Mejía hoy sin falta, pero me está fallando la camioneta. Se lo subcontrato a usted, ¿qué le parece?* -mintió Coco al fletero en cuestión, que tenía un galpón a la vera del autopista.

- *¿No quiere que le revise la camioneta? Mire que sé bastante de mecánica. De última lo podemos llamar a un amigo que tiene un taller acá a la vuelta* -ofreció, generosamente, el fletero de Zárate.

- *No, no... ya sé cuál es la falla. Tengo que rectificar el motor completo. Me largué de caradura, porque creí que llegaba, pero le dejo la carga a usted. Le pago un extra por el favor que me hace.*

Coco Gandulla jamás le confesó a nadie que nunca había llegado a Ramos Mejía. Ni siquiera se lo contó a Rosita. Por el contrario, narraba aquel viaje como si hubiera sido una aventura.

- *No sabés lo que es el tránsito en Ramos Mejía, Maple* -le contaba a don Alfredo Tejera. *Parece una marabunta pero de autos. Te pasan por los dos lados como flechas los porteños, una cosa de locos.*

- *Sí, me imagino, Coco. El que maneja en Ramos Mejía puede manejar en Nueva York* -le contestó el Maple con filosa ironía.

A Goyito lo llevó de Roma a Ezeiza un amigo de toda la vida: Daniel Peralta, dos años mayor que él, diferencia que imposibilitó que se juntaran

escolarmente, pero no les impidió establecer una amistad entrañable.

- *Goyito... mandame un mensaje apenas llegues a Ezeiza. Por favor, querido, cuidate* -pidió Rosita entre lágrimas la tarde de la partida.

- *Sí, quedate tranquila, mami. Apenas llego te aviso.*

Era una tarde como tantas en el pueblo, con el habitual y monótono movimiento pueblerino, pero el viaje de Goyo le daba un clima distinto. Era como que la rutina hacía un paréntesis e instalaba en la cotidianeidad un hecho simple pero significativo: un muchacho del pueblo se marchaba. No era la primera vez que eso sucedía. Por el contrario, sobre el final de la segunda década del nuevo milenio, la incipiente partida de muchos jóvenes empezaba a convertirse en un fenómeno de estudio sociológico, y eso se daba en localidades y ciudades vecinas también.

En la puerta de la casa de los Gandulla se había juntado una veintena de personas para despedir a Goyo. Su abuela Leticia -su tía Susana y sus primas se habían despedido el domingo anterior-, sus abuelos Amanda y Pichi, varios de sus amigos de la barra escolar, y hasta Daniel Tejera se había hecho presente.

- *Che, matungo... no te olvides de dónde saliste. No va a ser cosa que ahora porque vas a estar en Europa te creas importante y nos cortés el rostro.*

- *Avisá, jaja. No, Daniel... ya te dije que te voy a escribir.*

- *Mandale saludos al Petaca y a la Oveja, que esos sí se olvidaron de dónde salieron*- solicitó a modo de reproche el Maplecito.

El Renault Clío de Daniel Peralta iba cargado con el equipaje de Goyo, y además con encargos que los susodichos Petaca y Oveja habían realizado a sus familiares. Básicamente enseres que suelen ser los más extrañados por los argentinos en el exilio: dulce de leche, paquetes de yerba, alfajores Havanna, y alguna que otra botella de vino difícil de conseguir en el viejo mundo. Las lágrimas de Rosita eran la postal de un sentimiento que abarcaba a la mayoría de los presentes. Ese muchacho que saludaba desde el asiento del acompañante no era indiferente a la tristeza que generaba en su círculo íntimo, pero su convicción era muy fuerte. Sabía que no podía volver la vista atrás. Lo había pensado mucho y la decisión era irrevocable.

En el trayecto hasta Buenos Aires fueron pasando por su mente los distintos episodios de su vida como en un loop interminable de reels de Instagram (o shorts de YouTube). Su infancia tranquila y sencilla, su adolescencia compartida con amigos que ahora empezaban a buscar cada uno su propio camino. Sus dos o tres noviecitas que no alcanzaron a revestir la condición de formales -aunque ellas siempre lo intentaban-, sus recorridas con amigos por el sinuoso trayecto del Arroyo del Medio, pescando viejas del agua, las lecturas que Leticia y Pichi le acercaban -cada uno en su género predilecto-, los guisos de lentejas de su abuela Amanda, el cariño de su madre, que aun entregada casi por completo a sus costuras, se daba tiempo para seguir de cerca su crecimiento. Y en un rincón muy especial de su corazón, el Maple. De su corazón, y de su equipaje, porque llevaba la libretita bordó con las anotaciones que tomara durante sus momentos en el legendario bar, consignando anécdotas, personajes, frases, ocurrencias y demás gags de los parroquianos. Bien sabía Goyo Gandulla que si en algún momento lo asaltaba la nostalgia, en esa libretita bordó encontraría un buen atajo para neutralizarla.

- *Chau, Goyito. No te digo hasta siempre, te digo chau, nada más. Como si nos despidiéramos en la esquina de tu casa después de volver del Maple* -le dijo Daniel Peralta antes que Goyo entrara al preembarque.

- *Uy no me la claves así al ángulo, Dani. Ya con el llanto de mi vieja me bastaba. Pero gracias por todo, en serio. Por tu amistad, por tu lealtad, por tantos momentos juntos, por traerme.*

- *Andá, Goyo. Y no mirés atrás. Seguro ya te lo han dicho, pero no importa. Yo te lo repito: no mirés hacia atrás. Sólo para adelante.*

- *Gracias, Dani* -cerró Goyo antes de fundirse en un abrazo con uno de sus más queridos amigos, ambos con un nudo en la garganta.

Llegó a Madrid por la madrugada, y desde el Aeropuerto de Barajas un taxi lo llevó hasta la terminal de ómnibus, más precisamente la Estación Sur. Si bien la capital española era uno de los lugares que Goyo más deseaba conocer, había sacado pasaje en bus para viajar rápidamente a Valencia, ya que Petaca y la Oveja tenían pensado hacer un viaje de fin de semana: eran vendedores de artesanías y los esperaba la famosa Tamborrada de San Sebastián, en el País Vasco. Por ende Goyo debía aprovechar desde el

jueves al viernes a la tarde para acomodarse en el edificio de la calle Dr. Gómez Ferrer, en Benetúser, un municipio valenciano pegado a la ciudad capital de la provincia homónima, y luego acompañar a sus anfitriones en el viaje a Euskadi. Apenas si le alcanzaría el tiempo para saludar a sus amigos después de muchos años, a sus madres, acomodar algo del equipaje y recorrer un poco el vecindario.

- *¿Eres argentino, no?* -preguntó el taxista.

- *Sí, claro. ¿Se me nota mucho?* -respondió Goyo.

- *En realidad no. Por tu entonación al hablar lo supuse pero no estaba convencido del todo. Es que hablas de una manera más pausada. Sucede que aquí solemos reconocer como argentinos únicamente a los porteños.*

- *Claro. Yo soy del interior.*

- *¿Has venido a trabajar?* -curioseó el conductor mientras giraba alrededor de una Puerta de Alcalá que parecía una locación cinematográfica de una película de Wim Wenders: ninguna persona cerca y una nevisca que caía pausadamente.

- *Por ahora, no. Pero seguramente en un tiempo deberé buscarme un trabajo. Viajo a ver a unos amigos que viven en Valencia desde hace unos años.*

- *¿Y cómo no te quedas en Madrid unos días? Hace frío pero por las tardes el sol calienta un tanto la ciudad.*

- *Es que mis amigos son artesanos y alfareros y este fin de semana los acompaño a San Sebastián. Ya vendré en otra oportunidad, seguramente.*

- *Repites mucho la palabra "seguramente". Eso indica que posees una mente segura. Segura... mente... mente segura, jajaja...*

- *No, debe haber sido una casualidad.*

- *Yo no creo en las casualidades. Mucho menos en las idiomáticas. Fijate que cuando alguien repite muchas veces una expresión, un vocablo, hay una razón etimológica de por medio. Y eso que no he estudiado ni lenguas, ni filología... qué va, ni he terminado el bachillerato.*

- *Claro* -fue la escueta respuesta del recién llegado a España, que miraba por la ventanilla del taxi tratando de meterse toda la Gran Vía en el cerebro, Fuente de Cibeles incluida en la intersección con Paseo de la Castellana.

A Goyo ya le estaba resultando bastante pesado el taxista, así que intentó someterlo a la terapia de mutismo que solía utilizar cuando su interlocutor lo fastidiaba, ya sea por entrometido, por demasiado autorreferencial o directamente por cansador. Pero en este caso ese intento no le resultó tan sencillo: el taxista madrileño no era de darse por vencido fácilmente.

- *¿Y en Argentina? ¿Cómo va la cosa? Supongo que mejor que en 2001. Por entonces muchos de ustedes vinieron a dar por estos lares. Tu eras muy niño, supongo. ¿Recuerdas el 2001?*

- *No, pero lo estudié, sé de qué se trata.*

- *Caramba. Tu eres muy chaval. Pero qué manera de llevar argentinos de Barajas al centro. Hacía poco tiempo que tenía el taxi y por entonces tenía más pasajeros argentinos que españoles, jaja...*

- *Me imagino* -respondió escuetamente Goyo, rogando que la Estación Sur estuviera lo más cerca posible.

- *Y dime... ¿has dejado alguna novia por tu tierra? Lo dudo, si estuvierais enamorado no te vendríaís pa' España jajaja... Cuenta, cuenta chaval.*

- *Es que usted pregunta y se responde también.*

- *Bueno, pero no os pongáis así, chaval. No me toméis por entrometido, es que sino dialogo con mis pasajeros, a esta hora de la madrugada me vencería el sueño, y no creo que eso sea muy conveniente.*

- *No, no tengo novia en Argentina. Tuve algunas, pero el amor no es buen negocio. Eso es lo que pienso yo.*

- *El amor no es buen negocio... pues mira qué frasecilla ha tirao el argentino. El amor... no es buen negocio. Te hubiera tenido como pasajero unos veinte años atrás me ahorrábais dos matrimonios.*

- *Jajaja* -rió sorprendido Goyo, que no tenía pensado recibir como gracioso ningún comentario de aquel taxista.

Benetúser es una especie de Avellaneda en el sur del Conurbano bonaerense, pero con Valencia en lugar de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Un suburbio tranquilo que supo ser epicentro de industrias muebleras y destilerías pero que con el devenir de los tiempos se fue adaptando más al sector de servicios. Aunque la estadía de Goyo en Benetúser, y también en España, iba a ser mucho más corta de lo que él imaginaba. Muchísimo más corta. Casi un suspiro.

El frío de Valencia era mucho más benévolo que el de Madrid. Por empezar, en Valencia no nevaba y la temperatura rondaba los 15 grados. Eran las 9 de la mañana de un soleado día de enero. El movimiento de gente y el tránsito vehicular era discreto en la zona de Benetúser donde se suponía que esperaban a Goyo Gandulla con los brazos abiertos y solidarios. Pero desde el mismo momento en que tocó el portero eléctrico del edificio de departamentos ubicado en la calle Dr. Gómez Ferrer, el argentino recién llegado de Estación Roma percibió que no era tan bienvenido como pensaba. Petaca (Sebastián Eduardo Navarro) y Oveja (Pedro Ricardo Bertolotti) no estaban en sus respectivos domicilios. En el segundo B estaba Laura Scotta, oriunda de La Prosaica, madre de Petaca, que recibió a Goyo sin bajar a abrirle.

- *Sí... ¿quién es?* -se oyó por el portero.

- *Qué tal Laura... soy Goyo Gandulla.*

- *Ah, sí, Goyo... ¿vos me harías un favor? Porque ahora estoy con gente acá en casa. Porqué no tocás el quinto C, ahí está Alejandra, la madre de Pedrito.*

- *Ah... bueno... ¿Quinto C me dijo?* -repreguntó un sorprendido Goyo.

- *Sí. Quinto C.*

Alejandra Díaz, madre de la Oveja Bertolotti, nacida en Santiago del Estero y criada en Rosario, fue un poco -tan solo un poco- más hospitalaria y amable con Goyo que Laura Scotta. Salió al balcón del quinto C y desde allí le pegó el grito al joven romeño que venía de Argentina.

- *Hola Goyito* -saludó la mujer con cierto júbilo. *Agarrá la llave, es la redonda plateada* -y acto seguido le arrojó un llavero con tres llaves y un escudo de la Iglesia Evangélica "Buen Pastor" de Valencia.

- *Gracias* -atinó a expresar Goyo con una creciente sorpresa.

Alejandra, la madre de la Oveja Bertolotti, era una cincuentona de apariencia robusta. Alta, de brazos largos, pelo castaño claro largo hasta los hombros, mirada profunda y nariz de cirujía. Hablaba y fumaba casi al mismo tiempo.

- *Hola Goyo, tanto tiempo. Vení, pasá, dejá las cosas por ahí que después las acomodamos. Pedro no está. Fueron con Petaca hasta un taller*

mecánico de Valencia, donde tienen la Traffic. Se les rompió esta semana. Bah... hace rato anda fallando, pero no sé qué problema le descubrieron ahora y la querían hacer ver para poder viajar. Sentate, nene. Qué grande que estás, tenés cara de hombre... ¿tu gente?

- Todos bien, Alejandra. Allá quedaron. ¿Ustedes? ¿Cómo va todo por acá? ¿Orlando está acá o anda de viaje? -preguntó Goyo sobre el esposo de su anfitriona. *¿Y Gachi?* -ahora consultaba por la única hermana de la Oveja.

- Orlando está en Estados Unidos. Hace un mes. Y Gachi vive en Barcelona. Se juntó con un profesor de allá y viene cada dos o tres meses. ¿Desayunaste? Esperá que te preparo un café.

- No, está bien, Alejandra. No se moleste. Comí algo que daban en el micro. En todo caso más tarde.

- Che, Goyo... ¿vos no te ofendés si yo te pido que vayas a dar una vuelta por ahí? De paso conocés. No lo tomes como una ofensa, pasa que justo ahora tiene que estar por llegar un alumno mío. Enseño la Biblia de modo particular. ¿No te ofendés?

- No, para nada, Alejandra. Digame qué hay por acá cerca para conocer, o algún parque para recorrer.

- Tenés el Parque de las Palmeras acá a cinco cuadras. Está el Colliseum ahí. Te doy un juego de llaves y venite en una hora, más o menos.

El Parque de las Palmeras es un espacio público más largo que ancho, bordeado de palmeras -como su nombre lo indica- con una especie de anfiteatro en el centro, en el cual unas escalinatas pueden albergar unos cientos de personas. También en el sector central hay dispuestos unos bancos de madera donde los transeúntes suelen hacer un alto para sentarse y darle de comer a las palomas que deambulan por allí. En definitiva, como recomendación turística, nada del otro mundo.

Al cabo de una hora y, tal cual lo acordado con Alejandra, Goyo caminó un cuarto de hora más por las inmediaciones y regresó al departamento. Abrió la puerta de acceso principal, subió hasta el quinto piso, y a pocos metros de la puerta del quinto C sintió algunos sonidos intensos que lo confundieron. Se acercó sin hacer ruido hasta la puerta misma, y no tuvo que esforzarse mucho en identificar esos sonidos. Eran los gemidos de Alejandra que acompañaban los resoplidos del visitante -el supuesto alumno de la Biblia.

Sin dudas ambos estaban más envueltos en un desenfreno de pasión sexual que en el desarrollo de una clase teórica religiosa sobre las sagradas escrituras. Algo sorprendido, pero no tanto -Alejandra estaba sola mucho tiempo al año y su esposo Orlando Bertolotti era un hombre verdaderamente despreciable, tanto estéticamente como humanamente-, dio media vuelta y decidió dirigirse tres pisos más abajo para ir a golpearle la puerta a Laura, la madre de Petaca.

Cuando iba bajando por las escaleras pensó que a lo mejor Laura también tenía "algún alumno particular", pero dedujo que sería mucha casualidad. Por otra parte suponía que la gente que estaba con ella ya debería haberse retirado. Al llegar a la puerta del segundo B, tocó el timbre y esperó varios minutos, al cabo de los cuales no salió nadie. En este caso tampoco se escuchaban sonidos que vinieran desde su interior. Dada la situación, Goyo eligió irse al bar de enfrente a esperar que llegaran sus amigos Petaca y la Oveja, seguramente con la Traffic ya arreglada. Se sentó en una mesa que daba a la ventana y pidió un café con leche doble con tres medialunas. A la media hora vio salir a un hombre que luego dedujo podría ser el "estudiante de la Biblia", ya que cinco minutos más tarde Alejandra salió a fumar al balcón.

- *Joven... pues si no consume nada más sería hora que se vaya levantando de la mesa... que éste no es el living de su casa* -le reprochó el encargado del bar luego de dos horas en las que Goyo apenas consumió lo que pidió al principio.

- *Disculpe, cóbreme y me voy. Es que estoy esperando a unos amigos que viven enfrente* -explicó Goyo, acostumbrado a la sobremesa eterna de los bares argentinos, en especial al que más quería, El Maple.

- *Hombre... joder. Vaya y espérelos enfrente, entonces. Aquí no estamos pa' echarle una mano en la espera.*

Hasta el momento Benetúser no se había mostrado muy empática y hospitalaria con Goyo Gandulla. Pensó que esa empatía y esa hospitalidad previamente esperable se empezaría a manifestar cuando vio que Petaca y la Oveja venían caminando por la vereda de enfrente. Sus semblantes no eran muy distendidos, empero. Lo notó cuando estaba por pegarles el grito. Hasta le pareció que venían discutiendo.

- *Perdón... ¿el Bar El Maple dónde queda?* -preguntó Goyo utilizando una broma que solía hacer a cualquier romeño que se cruzara fuera del pueblo.

- *Eh... Goyito... cómo va... ¿recién llegaste?* -lo saludó la Oveja con un gesto desganado y de tensión acumulada en el rostro.

- *Qué hacés, Goyo... ¿dónde dejaste las cosas? ¿O viniste a España sin equipaje?* -completó la apática bienvenida Petaca, con un poco más de ganas que su compañero, aunque tampoco muchas.

- *Che... si les jode que haya venido, me lo dicen. Total en media hora sale un colectivo para Roma. Se le complica cruzar el océano, pero el intento lo hace* -dijo Goyo con tono de broma, pero con un dejo de sinceridad entre líneas.

- *No, boludo... pasa que andamos cruzados* -comentó Petaca. *Venimos del taller de un amigo en Valencia. Se nos fundió la Traffic.*

- *Se "te" fundió la Traffic* -completó la respuesta la Oveja, responsabilizando del percance mecánico a su compañero.

- *¿Otra vez, pajero? La manejamos los dos... ¿cómo sabés que se me fundió a mí? ¿Pusiste una cámara oculta en el motor?* -reaccionó Petaca.

- *Ah claro... qué casualidad que se quedó sin aceite cuando la manejabas vos. ¿O no fue así?* -contragolpeó la Oveja.

- *Se venía quedando sin aceite desde antes. Ya te lo dije: para mí fallaba la luz del tablero, ¿o no escuchaste lo que dijo el Gitano?*

- *Bueno, che... no se peleen. No sean boludos* -intentó terciar Goyo. *¿No pueden conseguir otro vehículo? ¿Alguno que le presten?*

- *Cómo se nota que venís de Argentina. Acá nadie te presta un carajo. A lo sumo te alquila. Además, alquilando un vehículo ya arrancamos para atrás* -explicaba la Oveja. *Pero... vamos adentro. Vení, Goyo, disculpá este incidente. Vení que te quedás en casa. ¿Dónde dejaste el equipaje?*

- *Lo dejé en tu casa, justamente. Me abrió tu vieja. Charlamos un rato y después me fui a dar una vuelta... para despejarme del viaje.*

- *Sí, claro. Ya me imagino. Vino el gallego que se la garcha y te puso alguna excusa para que te fueras* -dedujo la Oveja Bertolotti, quien indudablemente conocía los amoríos clandestinos de su madre.

Como consecuencia del percance mecánico en la Traffic, debió suspenderse el viaje a San Sebastián. Un contratiempo más que significativo, ya que las ventas en la Tamborrada solían representar un cuarto de los ingresos

anuales que decían tener Petaca y la Oveja. Debido a eso, el primer fin de semana en Valencia encontró a Goyo tratando de mediar entre los dos amigos y socios.

- *Dejá, Goyo. Déjá que pasen unos días. Ya nos peleamos muchas otras veces y después se nos pasa. Igual ésta fue brava, porque el perjuicio es grande. Igual es largo de contarte, Petaca se ha puesto muy porfiado* - narraba la Oveja.

- *Pero... Ove... ¿justo vengo yo y ustedes tienen este quilombo?* -se lamentaba Goyo, mientras tomaban mates en el departamento del quinto C. *Tengo una sal tremenda, hermano.*

- *No, los salados somos nosotros. Pero dejemos de hablar de eso, contame vos cómo andás, cómo andan las cosas en Roma.*

- *¿En Roma? Inauguraron un subterráneo, un parque temático y un autódromo. ¿Qué mierda va a pasar en Roma? Nada, Ove. La misma monotonía de siempre. Lo único interesante para mí es ir a escuchar a los borrachines en el Maple. Así que calculá: un pueblo donde el mayor atractivo es ir a un bodegón. La nada misma, Ove. Un pueblo estacionado en el tiempo. Decí que ahora por lo menos trajeron la fibra óptica. Al menos anda más rápido Internet.*

Después de una larga jornada de charla con el Oveja, Goyo pasó a saludar a Laura, la madre de Petaca, y de paso a esmerarse en su intento por acercar las partes entre los amigos enfrentados. Fueron horas en los que se sintió como el Cardenal Samoré, aquel enviado papal que tuvo a su cargo la mediación entre Argentina y Chile, cuando se desató el conflicto por el Canal de Beagle, en 1978.

- *Ove... ¿no te enojás si hoy ceno en lo de Petaca? Me mandó un WhatsApp para que vaya a morfar con él y la madre.*

- *Pero boludo, ¿cómo me voy a enojar? Andá tranquilo, Goyo. Y ojalá Laura haya preparado milanesas... no sabés lo ricas que las hace.*

- *Dale. Más tarde nos vemos. Podemos ir a tomar unas birras por ahí. ¿Qué te parece? Voy a ver si lo convenzo a Petaca.*

- *No, dejá Goyito. Ya te dije: no forcés nada. Esto es así, ya pasó otras veces. Andá a cenar y seguro Petaca después te lleva a un bar de la Ciudad Vieja donde él es casi tan buen cliente como vos en lo del Dani.*

- *¿Hay una sucursal del Maple en Valencia y no me enteré?* -bromeó Goyo.
Se ve que el Dani metió una franquicia.

- *Nada que ver. Es otra cosa, ya te vas a dar cuenta.*

Al término de una cena tranquila -donde no hubo milanesas sino bocadillos de jamón, matizados con aceitunas que había traído Goyo, y regados con cerveza en lata-, Petaca cumplió el vaticinio de la Oveja.

- *Bueno, Goyito... cambiate, abrigate, y vamos que te voy a llevar a un bar que no te va a hacer acordar del Maple pero... te va a gustar, ya vas a ver.*

- *¿Un bar? Qué bueno, Peta. Dale... ¿le avisamos al Oveja?* -sugirió Goyo aun a sabiendas que la respuesta iba a ser negativa.

- *No, Goyo. No lo intentés. Dejé que pasen unos días. Siempre tenemos estas agarradas. Pasa que... bueno, es largo de contar. Últimamente el Oveja está muy porfiado* -fundamentó su negativa Petaca, utilizando idénticos argumentos a los interpuestos por su "oponente" un rato antes, nada más.

Calle del Poeta Querol. Barrio de la Xerea. Ciutat Vella. Un barrio de los más céntricos y destacados de Valencia. Una de las calles más bulliciosas, repleta de bares, restaurantes, confiterías y edificios de arquitectura modernista. En la intersección con la Calle de los Libreros, se recortaba del resto de la arquitectura predominante un reducto especial, no sólo por sus características edilicias sino también por la impronta humana que lo habitaba: el Bar El Rulero. Una construcción de frente redondeado con ladrillo a la vista, que integraba cinco pisos de dimensiones estrechas, tan estrechas que lo hacían casi intransitable con la concurrencia de una mediana cantidad de personas.

- *¿Cómo fue que quedó esta construcción acá, en el medio de la ciudad?* -preguntó Goyo, extrañado, mientras miraba el bar parado en la vereda.

- *Dicen que es un pedazo del edificio anterior que no terminó de demolerse. Aunque otros dicen que esa versión es una cuestión de marketing, y que la realidad es que lo hicieron así a propósito* -contó Petaca, dando las últimas pitadas a su cigarrillo antes de ingresar al Rulero.

- *Ya sé, no me digás nada: el dueño es argentino* -reflexionó Goyo.

- *¿Cómo sabés?*

- *Era cantado. Esas cosas son de argentinos. Más te diría: de porteños. El dueño debe ser porteño. ¿O me equivoco?*
- *Para nada. Es más porteño que el tango. Tiene éste bar acá, un par más en Madrid, otro en Roma, uno en Londres y otro en París.*
- *Ah bueno, ningún boludo Don Rulero. ¿Es amigo tuyo?*
- *Ojalá. No, hablé un par de veces con él, nada más. Yo conozco al encargado -confesó Petaca. Es de Puerto Madryn. Un loco que se vino en 2001. Más grande que nosotros, lógicamente. Pero muy piola. Entremos que si ya llegó te lo presento.*
- *¿Es el encargado y llega tarde? Y sí, es argentino.*
- *No, boludo. Regentea también un restaurante, que es de otro argentino, y queda a veinte cuadras de acá.*

El lugar, si era raro por fuera, mucho más lo era por dentro. Cada piso semicircular tenía apenas unos tres metros de ancho, de los cuales un metro era barra, otro era una fila de mesas altas con banquetas y el metro del medio era pasillo. Las escaleras eran una marea de gente yendo y viniendo en busca de una mesa vacía, cosa que a esa altura de la noche ya era imposible. La mayoría de los lugares disponibles estaban ocupados por ruidosos grupos de amigos y también algunas parejas. Los mozos, todos varones, lucían un uniforme muy particular: estaban vestidos de vikingos. Algunos de ellos mostraban cierta mueca de fastidio, un poco por el ajetreado esfuerzo que implicaba desplazarse en el lugar, y otro tanto quizá por la incomodidad de la indumentaria alusiva.

- *Y sí. Para ser mozo en este lugar tenés que ser un vikingo. Mirá lo que es esto -reflexionó Goyo.*
- *Hoy están de vikingos, pero el sábado que viene están de marineros, y el otro de bomberos, y el que viene de árbitros de fútbol... y así... van rotando la consigna -explicó Petaca.*
- *O sea que este bar sólo abre los sábados...*
- *No, abre de lunes a domingo. Los demás días vienen de civil.*

En medio del complicado tránsito de personas que atestaban las escaleras y los distintos pisos, casi como si fueran los pasillos de un estadio de fútbol en ocasión de un clásico Barcelona - Real Madrid -o Valencia versus Levante, el derby de la región-, Petaca lograba abrirse paso en base a su

contextura física -estatura mediana pero cuerpo bastante robusto, ideal para empujar un scrum en el rugby, deporte que Petaca alguna vez había intentado practicar-, y a su conocimiento del lugar. Goyo iba detrás de él y contaba mentalmente los pisos que iban subiendo.

- *Petaca... van cinco pisos y seguimos subiendo. ¿Vamos a la terraza?*
- *Jaja... seguime boludo.*
- *Tenías razón. Este bar no me iba a hacer acordar al Maple.*

En el final del intrincado y semicircular periplo por toda la estructura del Rulero, se llegaba a una puerta. Una simple puerta de dos metros de alto por algo más de medio metro de ancho. De madera barnizada y con un picaporte común y corriente. La simpleza de la puerta no se condecía con lo que su apertura convocaba a ver.

- *Toc... toc... toc* -golpeó Petaca con un sonido que a Goyo le pareció en clave.
- *¿Ese toc toc fue en clave morse?* -preguntó Goyo.
- *Pasá Petaca* -se escuchó desde adentro, confirmando la presunción del recién llegado a Valencia.
- *Permiso Suru* -dijo Petaca mientras abría la puerta. *Vengo con un amigo de nuestros pagos... ¿puede pasar?*
- *Si viene con vos, por supuesto* -confirmó la misma voz.

La oficina del encargado era un vórtice de objetos, papeles, elementos, latas y botellas. Era casi imposible que esa cantidad de cosas pudieran ser amontonadas en menos de seis metros cuadrados. En medio de ese desorden, tras un escritorio de chapa desvencijado, estaba el mentado Suru, apócope de Surubí. Eugenio Daniel Strómberry, oriundo de Puerto Madryn, cincuentón con cara de pocos amigos pero cordial en el trato, se puso de pie y extendió su mano derecha para estrechar la de Goyo.

- *Encantado, compatriota. Sentate donde puedas. ¿Cómo es tu nombre?* -preguntó el Suru, vestido con una camisa roja, un jean gastado y zapatillas blancas.
- *Goyo.*
- *Goyo... ¿qué tomás?*
- *No sé, lo que haya.*

- *Hay de todo, boludo* -lo retó Petaca.
- *Esperá que ahora viene la francesa y le pedimos algo. Algo para tomar y para comer... ¿o ustedes ya comieron?* -preguntó el Suru, arrellanándose en un sillón de cuerina oscura, tan oscura como ese despacho, que apenas tenía un foco de luz color mandarina colgando peligrosamente de un cable que, a su vez, se abría paso entre una telaraña de posters y afiches de marcas de bebidas que decoraban la pared.
- *Ahora vas a ver lo que es la francesa...* -anticipó Petaca.
- *No sean boludos que esa tiene dueño. Y aclaro que no soy yo* -le dijo el Suru a Goyo levantando el dedo índice derecho.
- *Bueno, Suru... con mirarla no hacemos nada malo. Además la miran todos, che...*
- *Jajaa ya sé, Petaca. Lo dije para que acá el compatriota no se vaya a atar los rulos. Nunca hay que meterse donde no corresponde.*
- *Yo no soy de mirarle la novia a nadie, menos a... usted, Suru* -dijo Goyo.
- *Primero, tuteame, que tan viejo no soy. Y segundo, ya dije: la francesa no es mi novia.*
- *Exacto. No es la novia del Suru. Y no es francesa tampoco.*

La frase de Petaca fue interrumpida por la apertura de la puerta. Al chirrido de las bisagras sedientas de aceite, le siguió el incremento abrupto del bullicio que venía del bar, el cual se opacó rápidamente una vez ingresada la mentada mujer.

- *Hola Nuria* -saludó Petaca.
- *Hola Peta* -respondió la joven. *¿Cambiaste de acompañante?*
- *Otro argentino suelto por España* -aclaró el Suru. *Goyo... ella es Nuria, la francesa.*
- *Hola, cómo estás* -dijo Goyo, poniéndose de pie y yendo a la búsqueda de la joven con un beso de cortesía.

Nuria respondió el beso con discreción, pero no dejó de clavarle la mirada a ese nuevo compatriota que conocía en el Rulero.

- *Sos muy parecido a Spinetta. ¿Ya te lo deben haber dicho, no?* -comentó Nuria.

- *Eeeeh... no* -fue la respuesta de Goyo, aun turbado por el aroma y la belleza de esa mujer.

NURIA

- *Boludo... qué cagada* -se lamentó Petaca al salir del antro que oficiaba de despacho del encargado.

- *¿Qué cagada qué cosa?* -preguntó Goyo, casi gritando, en medio del caos de gente que iba y venía por los pisos de El Rulero.

- *Te tiró onda la francesa* -Petaca le explicaba gritándole también, pero al oído.

- *¿Te parece? Yo no creo.*

- *Sí, boludo. Yo lo vi, no me lo contó nadie. La francesa no saluda a nadie. Ni hablando, ni con la mano, y mucho menos responde con un beso. Y a vos te lo dio, y se te quedó mirando, y hasta te encontró parecido al Flaco Spinetta, que yo no me había dado cuenta, y es cierto.*

La muchedumbre ondeante de los semicírculos del bar se asemejaba a la estela que va dejando en el mar una moto de agua. Petaca iba adelante y detrás suyo Goyo, que empezaba a sentirse culpable de algo que él no había generado.

- *¿Vos me estás jodiendo, Peta? Decime que es una joda de principiante que me hicieron vos, el Suru... y capaz que la piba también.*

- *Ninguna joda, Goyo. Cero joda* -se dio vuelta en medio de la escalera y le hizo el cero con el índice y el pulgar de la mano izquierda.

- *Pero yo no le tiré onda ni nada. Apenas me paré y la saludé con respeto. ¿Vos decís que no tendría que haberle dado un beso?*

- *No, vos no tenés nada que ver. Vos no hiciste nada. Vos estabas ahí, la mina te vio, y le gustaste. Me di cuenta. Y el Suru también, le vi el gesto cuando la francesa te devolvió el beso y te dijo eso de que sos parecido a Spinetta.*

Petaca terminó su slalom esquivando gente y salió a la vereda, donde cientos de personas pugnaban por ingresar, como si en el interior de ese

reducto hubiera algo interesante, algo que no fuera gente que ya había logrado ingresar a un lugar donde nada interesante estaba ocurriendo.

- *Che... pero... ahora me siento mal, Peta. Capaz que no tendría que haberle tirado el beso a la mejilla. Te juro que ni la miré, casi. Vi que era una chica joven, pelo lacio lindo, ojos celestes, buena presencia... lindas patas, la verdad.*

- *Ah... menos mal que no la miraste -razonó Petaca.*

- *Sí, bueno... la observé, pero te juro que no le tiré onda ni la miré haciéndome el langa. Fui respetuoso, la miré y nada más. Pero... perdoname. ¿Cuál vendría a ser la cagada? Porque apenas salimos de la oficina del Suru vos dijiste "qué cagada". ¿Cuál sería la cagada que la mina me tire onda?*

- *El Suru le va a contar al macho de la francesa.*

- *¿Vos decís? ¿Tan botón va a resultar el Suru?*

- *No, pero... sino le cuenta, el macho se va a terminar enterando, y eso para el Suru va a ser peor.*

- *No entiendo nada, Peta. ¿Me explicás?*

Afuera, la noche era más fría que un rato antes, cuando Petaca y Goyo ingresaron a ese bar. Petaca miraba para ambos lados, como buscando a alguien o a algo. Goyo no entendía mucho, por no decir nada. Hasta hace un rato era una noche tranquila. Su primera noche en España. Su primer día. Su primer sábado. Y ahora, uno de sus amigos romeños anclados en Valencia, se mostraba preocupado por una situación que Goyo no alcanzaba a comprender. Sólo había saludado con un beso a una chica.

- *Vení, Goyo. Vamos a aquel bar a hablar tranquilos -indicó Petaca.*

Este nuevo bar, ubicado enfrente de El Rulero, era verdaderamente un bar, y no un caos inexplicable e inentendible. Ambiente tranquilo, de luz tenue, con varias mesas ocupadas pero en las que reinaba una conversación discreta. No había mozos vestidos de vikingos, ni oleadas de personas pugnando por un lugar.

- *Eh, Peta... perdoná que te lo pregunte otra vez. ¿Esto no es una joda, no? Porque me parece excesivo todo. Tus comentarios, la forma en que saliste del Rulero ese, tu preocupación. ¿No es joda?*

- No, Goyo. No. No es una joda. Es en serio. Y en cierta forma es mi culpa.
- Bueno. Ahora entiendo menos que antes.
- Sí, porque te hice entrar al pedo en esa oficina. Todo para sacar chapa que yo conocía al encargado. Nunca pensé que esta piba te iba a tirar onda. No porque vos no te lo merezcas, pero no asocié una cosa con la otra.
- ¿Qué cosas? -preguntó Goyo.
- A vos y a la mina.
- Dicho sea de paso... hay dos cosas que todavía no sé.
- ¿Qué van a ordenar? -preguntó el mozo que se acercó a la mesa.
- Yo una Coca. ¿Vos Goyo?
- También. ¿Pepsi no tienen?
- No, sólo Coca -aclaró el mozo con gesto amable pero escueto.
- Bueno, dos Cocas entonces -confirmó Petaca.

En este bar las personas podían dialogar sin gritar, aunque algunas soltaban medidas pero sonoras carcajadas. Sin embargo ninguna de ellas se desconectaba de sus compañeros de mesa. No trasponían esa frontera de intimidad, dejándose llevar por apariencias o diálogos provenientes de las otras mesas.

- Perdón. Me hablaste de dos cosas que no sabías. ¿Cuáles son? -retomó la charla Petaca, mientras su gesto de preocupación se disipaba pero lentamente.
- Sí. Primero... ¿por qué le dicen la francesa si la piba es más argentina que el mate? Lo deduje apenas abrió la boca.
- Sí, es argentina. Porteña. De Parque Patricios, para más datos. Le dicen la francesa porque estuvo en París un tiempo, y cuando llegó acá los empleados del Rulero creían que era francesa, pero la piba es argentina, sí. Aunque el nombre, Nuria, es más bien gallego, la piba es argentina. ¿Cuál es la otra?
- ¿Quién es el macho? ¿Putin?
- No, no es Putin. Pero tiene la misma nacionalidad y es un poco más pesado que Putin. Yo te diría, para que te des una idea, que sería preferible que te tire onda la mujer de Putin antes que esta mina.
- Eeeehhh... ¿para tanto?

- Sí, escuchá esta historia.

Vladimir Dimitri Dasáyev. Nacido en Astracán, Rusia. 49 años. De origen humilde, en virtud de su coraje, arrojo y estado físico, fue subiendo escalones en la estructura de una de las corrientes más peligrosas, temidas y osadas de la mafia rusa: los Vori y Zakone, los "ladrones en la ley" surgidos en la época zarista. Los tentáculos de esta vertiente mafiosa se extienden a todas las esferas del poder, ya sea política, económica, empresarial, financiera y hasta deportiva. Dimitri, alias Dasa, fue atravesando todos los estadios de la jerarquía mafiosa hasta llegar a "brigadier", un rango que puede parangonarse con el "caporegime" de la Cosa Nostra siciliana, ya que ambos manejan un grupo de hombres, los que a su vez responden a una jerarquía superior.

- Dasa -dijo Petaca, mirando a los ojos a Goyo.

- ¿Estás resfriado?

- No. Dasa... es el nombre del macho de Nuria.

- ¿Dasa? ¿Y es muy pesado? -preguntó Goyo con cara de miedo.

- Muy. Es uno de los capos de la mafia rusa. Narcotráfico, delitos bancarios, secuestros extorsivos... lo que te imaginés.

- ¿Y Nuria es su esposa, su novia... o su amante?

- Es una de sus tantas parejas. Estos tipos tienen más que un harén. Y las celan a un nivel que vos no podés concebir.

- Ajá. Listo. Ni se me ocurre darle bola. Listo. Ya está. No pensaba darle bola, pero ahora menos que menos. Listo. No hay problema. Mensaje recibido. ¿Ahora podés cambiar esa cara de cagazo que tenés?

- Vos no entendés, Goyo. O mejor dicho, no sabés.

- ¿Qué cosa no sé?

- No sabés quién es el tipo, y no sabés cómo es la mina. Esta piba, cuando le gusta un tipo, no para. No la detiene nada. Esta piba te va a ir a buscar.

- ¿Adónde? ¿Sabe dónde viven ustedes?

- No, pero lo va a averiguar. Y te va a encontrar.

- Y yo no le voy a dar bola. Listo.

- No funciona así, Goyo.

- Pero la puta madre... ¿Cómo funciona entonces? Una mina me quiere voltear. Yo no quiero. Se lo hago saber y punto. Listo. Se terminó. Y si don

Dasa se entera de algo, yo le explico que no pasó nada.

- Mirá. Te explico para que tengas conocimiento. Nuria se calienta con los celos de Dasa, y por lo que tengo entendido, a Dasa lo calienta el perfil de atorranta que tiene Nuria. Entonces es un morbo recíproco que se genera. Y en ese morbo, los únicos que la pasan bien son ellos, y los únicos que la pasan mal son los tipos como vos que quedan en el medio. ¿Entendés, Goyo?

- Pero yo no voy a quedar en el medio de nada, Peta. Ya te dije, no le voy a dar bolilla. Por más que me vaya a buscar a Roma... me refiero a Roma nuestro pueblo... por más que me persiga hasta abajo de la cama, yo no pienso darle bola. Pero che... ¿apenas la saludé y ya me persigue la mafia rusa? Dejémonos de joder...

- Aunque no lo creas, es así.

- No, dejame de joder, Peta. Aparte... ¿por qué estás tan seguro que me tiró onda? Si solamente me dijo que yo era parecido a Spinetta. ¿Eso te da la pauta que me va a querer coger? Yo no lo entiendo. ¿Y si le preguntás al Suru? Capaz que él te dice que nada que ver, que no es para tanto.

- No hace falta, Goyo. Ya le vi la cara.

- ¿La cara... tan expresivo es?

- Mirá. ¿Escuchaste hablar de Paco Rivas? El caso tuvo mucha repercusión, capaz que en Argentina se conoció la noticia...

- No, ni idea, Peta. ¿Paco Rivas? No, contame -respondió Goyo con una mezcla de fastidio y hartazgo. A ver...

Según narró Petaca, Paco Rivas era un joven valenciano, cercano a los treinta años. Un joven bien parecido que tocaba la guitarra en un tablado flamenco para ganarse la vida, pero a la par era el líder de una banda de rock cuyo repertorio abarcaba fundamentalmente un tributo a dos míticas formaciones rockeras, esto es Led Zeppelin y Deep Purple. La banda de Paco se llamaba -poco ingeniosamente- Led Purple. Nuria, que por entonces trabajaba en "San Petersburgo", uno de los restaurantes propiedad del Dasa en España, lo vio tocar en un festival a beneficio, y al término del show fue "a por él". El muchacho, lejos de negarse a la seducción de ella, aceptó el convite romántico, cautivado por la figura sensual, la mirada sugestiva y la voz dulce de la argentina de Parque Patricios. Luego de un par de salidas, apenas, en la rutina de Paco empezaron a pasar cosas raras:

se le cortaba la luz del departamento donde vivía de manera repentina y sospechosa, encontraba manchas de sangre en el pasillo de su piso, lo seguían dos hombres misteriosos por la vía pública, cuando iba caminando le caían huevazos sorprendidos desde algún edificio cercano, y algunas menudencias más por el estilo. Lejos de vincular esos extraños sucesos a su romance con Nuria, inocentemente él se los comentaba a ella, quien parecía entrar en éxtasis al escucharlos. Paco, a su vez, le contaba a sus compañeros de banda, tanto de los hechos extraños que le pasaban como también del efecto que la narración de esos hechos provocaban en Nuria.

- Oigan... que esa chavala se enciende cuando le narro lo de las persecuciones, los huevazos y toda esa mierda. Está loca, pues... pero qué bien le sienta esa locura. Que esta Nuria me está volviendo loco también a mí...

Petaca contaba que al cabo de un mes de romance, Paco Rivas iba a experimentar un suceso inenarrable. No por sus características espectaculares, sino porque jamás podría contarlos. Luego de un show de Led Purple, y cuando caminaba de madrugada hacia su departamento en Extramurs, Valencia, Paco fue visto por última vez con vida. Nunca se supo su paradero. Luego de una intensa búsqueda, la Policía de la Generalitat Valenciana lo dio por desaparecido. Nuria fue citada a declarar como testigo, pero fue muy poco lo que aportó. Los amigos de Paco la señalaron como alguien que podía saber mucho más sobre el paradero del desaparecido joven, pero la justicia española, sospechosamente, jamás volvió a molestarla. De un día para el otro Nuria viajó a Madrid, regresando a Valencia recién muchos meses después. Tenía el cabello más largo, se vestía de una manera diferente, y comenzó a trabajar en "El Rulero" -Dasa era amigo del propietario argentino-, demostrando claramente que no le pesaba en absoluto su historia con Paco. Al contrario, cuando alguien osaba preguntarle por el tema, ella directamente le hacía referencia a su vínculo con Dasa.

- Tú, argentina... Que soy amigo de Paco Rivas. ¿No sabes nada de él? Digo, porque se te ve muy alegre... quizá tuvisteis noticias de él -le reprochó un amigo de Paco al verla una noche atendiendo las mesas de "El Rulero".

- No, no tuve noticias... De quien sí tengo noticias es de Dasa. ¿Quieres hablar con él? Pues, si necesitas una entrevista yo te la consigo.

La historia de Paco Rivas narrada por Petaca era por demás de contundente, e ilustraba de manera certera el poder de Dasa, y por ende, el perfil de Nuria, quien lejos de sentirse incomodada con la situación, era capaz de hacer frente a cualquier clase de reproche social que pudiera caer sobre ella.

- Ok -resopló Goyo. *Lo tengo claro. Mejor ni arrimarme a Nuria.*

Petaca Navarro se sumió en un silencio de resignación. Estaba visto que Goyo Gandulla no terminaba de comprender cabalmente la situación en la que se veía envuelto. Parecía una historia de serie nórdica de Netflix, pero era la más pura verdad. Sin dudas una buena dosis de mala suerte le había dado una inesperada bienvenida al muchacho recién llegado de Estación Roma.

- No, Goyito. No tenés que esperar que ella se te arrime. Mejor huir de Nuria antes que eso suceda. Porque si se te arrima va a ser tarde. ¿Entendés?

- No sé, Peta. ¿No llevo un día en España y ya tengo que escaparme? Ponete en mi lugar. Es todo muy extraño.

- Sí, te entiendo Goyo. Te entiendo. Pero entendeme vos a mí: si yo no te advierto de la situación, me lo puedo llegar a reprochar mucho el día de mañana. Tuviste mucha mala leche, indudablemente. Pero ahora ya está.

- ¿Ya está qué, Peta?

- Si querés seguir con vida, tenés que rajar, Goyo.

Dos cosas pasarían en el primer domingo de Goyo Gandulla en Europa: en primer lugar, los amigos Petaca y Oveja acercarían posiciones. Mejor dicho, en la práctica lo harían. Es que dadas las circunstancias imprevistas que ubicaban a Goyo en el centro de la mira, tuvieron que unirse en pos de solucionar el problema planteado. Y en segundo lugar, Goyo Gandulla decidió que debía marcharse de Valencia mucho antes de lo pensado. Y no iba a ser por un convencimiento al que arribaba en aras de la situación con Nuria. Más bien, se empezó a fastidiar por la obcecación de Petaca y la Oveja. Es más, creyó que a los datos objetivos, Petaca y la Oveja le

agregaban una cuota de "acting". Llegó a pensar que en realidad muchas ganas no tenían de "bancarlo" allí.

- Goyo... yo sé que esta historia te parece exagerada e irreal. Pero créeme que Petaca no exagera. Nosotros te entendemos, pero entendenos nosotros a vos. ¿Qué podrían llegar a pensar tus viejos, Leticia, Pichi, Amanda, si a vos te pasa algo y nosotros, pudiendo evitarlo, no lo hacemos? ¿Eh? - preguntó la Oveja, mientras comían una picada en el departamento de Petaca.

- Sí, está bien. Los entiendo. Pero... a mí lo que me cuesta no es creer la historia que me cuentan de Nuria, del ruso y del Paco no sé cuánto. A mí me cuesta creer que me crean tan pelotudo a mí.

- Es que no es así, Goyo. ¿Otra vez te lo tengo que explicar? -saltó Petaca. No te creemos pelotudo a vos. Sabemos quién es la mina y cómo se maneja. Y lo de Paco Rivas fue el caso que terminó peor. Pero hay otros casos que sin terminar así, resultaron más que incómodos para los que quedaron en el medio. Pibes que se tuvieron que mudar, que se fueron del país, que debieron dejar sus estudios... ¿Qué vamos a esperar? ¿A ver cuál es tu suerte... si es la de uno de esos pibes o es la de Paco?

- No, no. Está bien, muchachos. Mañana mismo me voy de acá. Me da bronca, pero no quiero incomodarlos. Tampoco me voy a quedar para causarles bardo a ustedes dos. De entrada los "salé" con la Traffic, y ahora ésto...

- Nada que ver, Goyo. Lo de la Traffic ya estaba de antes -razonó Petaca. Y ésto de la mina, bueno... quizá es mi responsabilidad...

- Lo de la Traffic también -tiró al pasar la Oveja, recibiendo una mirada fulminante por parte de su socio - amigo.

- Quizá es mi responsabilidad, pero qué me iba a imaginar que la piba te iba a tirar onda a vos, que recién llegás de la concha del mono...

- Concha del mono de donde vinieron ustedes también. ¿O los parieron en la Fuente de la Cibeles a ustedes? ¿Eh? Está bien, no se preocupen más. Mañana mismo me voy a la mierda. Hoy si quieren.

- No te pongas así, Goyo... en serio. Es por tu bien -cerró Petaca una conversación que a esa altura se ponía más que tensa.

Caía la tarde en Benetúser. Laura, la madre de Petaca, regresaba luego de un fin de semana de paseo en Madrid. Petaca le había pedido a Goyo que no le contara nada a su madre sobre el tema.

- *Ella no tiene idea de nada, Goyo. No somos adolescentes, pero es mejor dejarla afuera de esto. Va a pensar que nosotros andamos en cosas raras -*pidió Petaca. *Y si fuera posible, tampoco creo que sea conveniente que lo sepan tus viejos. Aunque en ese terreno no podemos meternos, vos sos grande.*

- *Sí, soy grande. Es cierto. Pero parece que no tanto como para saber cuidarme. Igual ya está. Arranqué torcido en el viejo mundo.*

- *¿Y adónde pensás irte? Yo en tu lugar pegaría la vuelta -*opinó la Oveja.

- *No. Volverme ni en pedo. No sé. Tenía pensado seguir viaje por Italia. Creo que se los comenté. Pregunto, ¿los tentáculos del ruso éste... llegan hasta Italia también?*

- *Los tentáculos de este tipo llegan a todos lados. Pero el país más peligroso es éste. Además de Rusia -*dijo Petaca. *Acá tiene inversiones conocidas, y es donde mejor sabe moverse la mina. Italia es una muy buena opción.*

- *¿Y en Italia tenés a alguien? -*preguntó la Oveja.

- *No. A nadie. Bah... que yo me acuerde no hay nadie. Pero eso no importa. Tengo resto como para pasar algunos meses. Algo voy a encontrar.*

- *Seguro Goyo. Sos un pibe muy bicho -*opinó Petaca.

- *Bueno, más o menos. Parece que tan bicho no soy. No me di cuenta que la piba esta me tiraba onda. A propósito. ¿Quién es esta mina? ¿Cómo cayó en Valencia y cómo se relacionó con el ruso este, el mafioso?*

- *Mirá... -*la Oveja se acomodó en la silla. *Bien bien no tenemos todos los detalles, pero... la historia más o menos es así...*

Nuria Encarnación Emeal llegó a Madrid procedente de Parque Patricios en el verano de 2016. Tenía por entonces 20 años. Era hija de una gestora con oficina en la City porteña y pocos escrúpulos, y un reducidor de autos robados que ocultaba su verdadera actividad bajo la pantalla de un taller mecánico ubicado en Bánfield, especializado en la preparación de autos de carrera. Alentada por una amiga que ya estaba en Madrid trabajando de moza en un bar, Nuria decidió probar suerte en España. Aunque en

realidad desde muy joven tuvo en claro que su objetivo de vida era bien distinto: buscar un tipo con poder y dinero al cual seducir. Había intentado anteriormente ese camino con un político del Conurbano bonaerense, pero amén de haberlo conquistado parcialmente, ese dirigente iba demasiado rápido en pos de acumular poder y dinero, y debido a su ambición frenética fue involucrado rápidamente en un sonoro caso de corrupción y tráfico de influencias, siendo arrestado durante unos meses, lo que le valió una caída en desgracia muy temprana. Ese traspié ahuyentó a Nuria y a varias personas que como ella buscaban guarecerse bajo la protección de un político en ascenso que prometía llegar lejos, pero terminó quemándose muy pronto. Una vez en España, comenzó a trabajar de camarera en "Bodega Unamuno", un tradicional bar de vermouth y tapas cercano a la Puerta del Sol, propiedad de Antonio "El Majo" González, un asturiano que no escatimaba esfuerzos en mostrarse afín a cuanto mafioso le pasara cerca, que por cierto eran muchos en aquel reducto madrileño. Nuria, la sensual porteña de Parque Patricios, sabría identificar rápidamente cuál de esos oscuros personajes era el que más podía amoldarse a las características del hombre que buscaba. Enseguida se fijó en un fornido y poco risueño espécimen, de origen ruso, a quien apodaban "Dasa". A su olfato de mujer diligente para la seducción, le agregó una pequeña pero fructífera investigación entre los clientes del bar. Resultó que ese ruso con aspecto de guardaespaldas, era una figura en ascenso dentro de la poderosa mafia de Moscú. Convencida de ello, fue tras su conquista, lográndolo con especial destreza -facilitada por el conocimiento que "Dasa" tenía del idioma español- al cabo de varias noches, luego de las cuales comunicó su cese de actividades como camarera a "El Majo", para marcharse con "Dasa" a su bunker de San Petesburgo. A "Dasa" no le hizo falta brindar demasiadas explicaciones. Una vez en San Petersburgo, de inmediato Nuria decodificó el exacto lugar que ocuparía en la vida del mafioso ruso: sería una de sus varias amantes, quienes vivirían sin necesidades ni inconvenientes aunque siempre cumpliendo alguna función dentro de las actividades legales que "Dasa" había ido montando de manera paralela a sus negocios clandestinos. Asimismo en algunas oportunidades serían comisionadas como "topos" para infiltrarse en esos oscuros emprendimientos que eran la fuente de mayores ingresos para "Dasa", convirtiéndolas en una especie de espías de su estructura. En el

cumplimiento de esos roles, las amantes irían deambulando entre las distintas ciudades donde las actividades se desarrollaban. Hoy serían camareras en un bar de París, mañana oficinistas en una empresa portuaria de Tallin, luego ayudantes de cocina en un restaurante gourmet de la Costa Azul, y más tarde -en el caso de Nuria- jefa de camareras en algún reducto de España. El trato de "Dasa" con sus amantes era casi cavernario. Apenas si las saludaba, ya estaba encima de ellas para saciar su voraz apetito sexual, pasando luego, como si fuera un señor feudal del medioevo, a ordenarles distintas clases de tareas. Nuria era la excepción a la regla: con ella el ruso tenía algo especial. El encanto de la argentina, además de físico, era intelectual. Ella sabía ganarse ese trato deferente con porteña sagacidad y humor de la misma procedencia. Por eso las demás amantes la odiaban sin disimulo pero con recato, ya que no podían darse el lujo de desafiar la autoridad. Nuria era la única que podía permitirse bromear con "Dasa", y esa afinidad la fue ganando en base a sus atributos femeninos, a su desenfado sexual, a su predisposición para correr los límites en cualquier ámbito que fuera. Una de esas fronteras que Nuria podía cruzar, era la de la crueldad: con tal de alimentar el morbo, fueron montando con "Dasa" el juego perverso de los celos. Ese juego que iría creciendo en intensidad, características y logística, hasta llegar a casos como el de Paco Rivas, en Valencia.

El lunes muy temprano por la mañana, Petaca y la Oveja acompañaron a Goyo a la Estación del Norte de Valencia. Allí el muchacho de Estación Roma tomaría un tren que lo depositaría primero en Barcelona, donde debería combinar con otro que lo pasearía por buena parte de Francia, luego Suiza, hasta llegar a la capital italiana al día siguiente, en horas del mediodía.

- Un garrón, Goyito. Créeme que no hubiéramos pensado jamás esto. Hace menos de tres días que llegaste y ya te tenés que ir. Pero es por tu bien. Ya lo vas a entender -dijo Petaca con una mano en el hombro de Goyo.

- Yo sé que pensás que estamos exagerando. Pero cuando vaya pasando el tiempo, vas a entender que esto es lo mejor. España está muy jodida, Goyo. Europa está muy jodida. Todo muy podrido -la Oveja hablaba con resignación.

- *Así parece, ¿no? No se den manija. Tampoco tenía intenciones de quedarme mucho tiempo acá. No quería joderlos. Menos ahora con este tema.*

A medida que el tren se alejaba de Valencia, Goyo observaba por la ventana los paisajes cambiantes que se desplegaban ante sus ojos, sintiendo una mezcla de alivio y ansiedad por lo desconocido que le esperaba en Roma. El traqueteo constante de los rieles parecía marcar el compás de su huida, mientras su mente se llenaba de recuerdos de su vida en Argentina, de sus horas en El Maple, de sus ilusiones de adolescente, de sus sueños de joven y de su expectativa por este viaje que apenas comenzar ya le jugó cartas impensadas. Jamás hubiera esperado apenas algunos días atrás que lo aguardaban los impredecibles eventos que lo habían llevado a esta situación límite. Durante el trayecto, Goyo buscó entablar conversaciones con otros pasajeros, compartiendo historias y experiencias que le ayudaban a distraerse momentáneamente de la amenaza que lo perseguía. La camaradería efímera que surgía en el vagón le recordaba la importancia de la conexión humana en medio de la adversidad, y le daba fuerzas para seguir adelante en su travesía hacia destinos más tranquilos. Las horas se sucedían lentamente, marcadas por las paradas en diferentes estaciones, donde Goyo observaba con cautela a su alrededor, temiendo ser descubierto por hipotéticos perseguidores. Cada vez que el tren se ponía en marcha de nuevo, sentía un alivio momentáneo, sabiendo que cada kilómetro recorrido lo acercaba un poco más a su destino final, donde esperaba encontrar la paz que ahora anhelaba. Finalmente, al llegar a la estación de Roma, la Términi, Goyo bajó del tren con el corazón lleno de gratitud y determinación. Suponía que había logrado escapar del peligro imprevisto de la mafia rusa y ahora se encontraba en una ciudad desconocida pero llena de posibilidades. Con paso firme y la mirada puesta en el futuro, se adentró en las calles de Roma, listo para comenzar una nueva vida lejos de las sombras de su inminente pasado. Cargando su modesto equipaje comenzó a vagar por Roma. Era mediodía y el ruido del tránsito mezclado con los característicos gritos de los romanos al hablar, no lo dejaba pensar con claridad. ¿Adónde ir, para qué lado rumbar, por dónde canalizar su ansiedad de viajero desviado de su destino inicial? Se sentó en un lugar muy especial y decidió que debía llamar a sus padres. No les contaría los entretelones de su

intempestiva salida de Valencia. No quería preocuparlos desde tan lejos. Pero les contaría la verdad: les diría que estaba en Roma. Roma la capital de Italia, claro.

- *Hola má... -saludó Goyo, sentado en uno de los bordes de la Fontana di Trevi, mientras a su alrededor cientos de personas arrojaban monedas a la fuente y se filmaban o sacaban fotos al hacerlo.*

- *Hola Goyi... qué alegría verte... ¿Cómo van esos días en Valencia? ¿O todavía están en San Sebastián?* -saludó emocionada Rosita.

- *No, mami. Ni Valencia ni San Sebastián. Estoy en Roma.*

- *¿Qué decís, nene? ¿Cómo en Roma? ¿Roma... nuestro Roma?* -consultó desorientada su madre, creyendo que la llamaba desde la otra cuadra.

- *No, mami, jajaa... estoy en la verdadera Roma. La Roma de Italia. Mirá -* Goyo giró su celular para que a través de la videollamada su madre identificara el legendario sitio donde estaba.

- *¿Y qué hacés ahí? ¿Por qué estás ahí? ¿Y Petaca y la Oveja? ¿Están con vos? No entiendo, Goyi... y me estoy empezando a poner nerviosa.*

- *Tranquila, má. Está todo bien. Estoy en Roma pero no porque me haya pasado nada. Pintó venir para acá y me vine.*

- *¿Cómo pintó? Hablame bien, nene, que tu madre es una mujer de otra época. ¿A qué te referís con que pintó?*

- *Se dio la oportunidad. Enganché una promoción en los trenes y me vine para acá. Petaca y la Oveja andan con problemas. Se les fundió la Traffic y no pudieron viajar a San Sebastián. Están un poco peleados entre ellos, nada grave, pero preferí venirme para acá a conocer un poco. Valencia es muy lindo pero no hay mucho para ver. ¿Papi? ¿Está ahí en casa o está haciendo algún flete?*

- *Está en el bar, a esta hora dónde podría estar. Pero no sé, me sorprendiste con que estás en Roma. ¿En serio no pasó nada grave en Valencia?*

- *¿Y qué cosa grave va a pasar? No, quedate tranquila. Te mandan saludos tanto Laura como Alejandra. A vos, a la abuela, a todos...*

- *Bueno, gracias, agradecele los saludos. ¿Porque vos ahora volvés a Valencia, no?* -preguntó intrigada Rosita.

- *No sé, má. Voy a ver si consigo algo acá en Italia. Me dijeron que en el sur hay changas en gastronomía. Capaz que pruebo suerte en Nápoles o más abajo todavía. Sicilia puede ser. De paso conozco.*

En las calles empedradas de Roma, Goyo se adentraba en un mundo donde lo cotidiano se entrelazaba con lo extraordinario. Bajo el cálido sol italiano, las sombras de los edificios antiguos parecían susurrarle secretos milenarios. Las piedras gastadas por siglos de historia resonaban con sus pasos, como si la ciudad misma le diera la bienvenida a un viaje único y mágico, y hasta algo aliviador. Al doblar una esquina, se encontró con una fuente centenaria donde el agua fluía con un murmullo melodioso. Al acercarse, vio reflejada en el agua la imagen de un anciano de mirada sabia que le sonreía enigmáticamente. Sin poder apartar la vista, Goyo sintió cómo el tiempo se detenía a su alrededor, como si la fuente fuera un portal a un mundo donde los sueños se entrelazaban con la realidad. Caminando por las estrechas calles del Trastevere, Goyo se topó con un mercado lleno de colores y aromas exóticos. Los vendedores gritaban sus ofertas mientras las especias perfumaban el aire, creando una sinfonía de sensaciones que embriagaba sus sentidos. En medio del bullicio, una anciana le tendió una rosa blanca, sus ojos brillaban con una luz que parecía provenir de otro mundo. Así, entre callejones llenos de historia y plazas donde el tiempo parecía detenerse, Goyo se sumergió en un viaje donde lo real y lo mágico se entrelazaban en una danza fascinante. Roma, con sus secretos ancestrales y su aura de misterio, se convertía en el escenario perfecto para que el joven descubriera que, en ocasiones, la magia reside en los rincones más inesperados de la vida. Impregnado de una paz que no esperaba, Goyo sintió que estaba a salvo. No entendía bien a salvo de qué, pero indudablemente estaba a resguardo. Por un lado, de la mafia rusa. Porque aunque sonara novelesco y altisonante, en realidad había tenido que huir prácticamente de madrugada de una ciudad donde anhelaba pasar momentos gratos con dos amigos romeños. Nunca imaginó verse inmiscuido en el juego erótico de una porteña y un ruso. Ni en sus más fantasiosas imaginaciones pudo haber elucubrado semejante pieza ficcional. Pero se trataba de un argumento real. Y ahora estaba allí, en medio de una ciudad tan legendaria, tan emblemática, tan mítica.

- *Giovane... ¿non è interessato a fare un toru sul forum?* -le sugirió un hombre de unos cincuenta años, a la vez que le extendía un folleto.

- *Perdón... no hablo italiano* -respondió Goyo.

- *Tu sei argentino, mi sembra.*

- *Sí, soy argentino. ¿Se me nota mucho?*
- *¿Che cosa? Non capisco.*

El sol empezaba a pegar en las inmediaciones de la Fontana di Trevi, haciendo que la temperatura escalara algunos grados en la fría mañana romana. En las callejuelas se mezclaban los rostros curiosos y distendidos de los turistas -con lógica mayoría de japoneses- con los gestos tensos y rutinarios de los habitantes de la capital italiana, inmersos en su rutina diaria.

- *Digo que si se me nota mucho que soy argentino* -repitió Goyo modulando las palabras, como si de esa forma su interlocutor italiano iba a poder entender más cabalmente un idioma que no conocía.

- *Argentina... Maradona... Messi* -soltó el guía de turismo, tratando de empatizar de alguna manera con ese potencial cliente.

- *Jaja... Italia... Del Piero... Francesco Totti* -devolvió gentilezas Goyo.

- *Te está ofreciendo un tour por el Foro Romano* -dijo una voz femenina que Goyo sintió como un estileta a sus espaldas.

Al darse vuelta la vio, y creyó ver un espejismo, un fantasma, una aparición: era Nuria. Sí, la mismísima Nuria. Tan real como el sol que la iluminaba de manera cenital.

ROMA, PERO LA CAPITAL DE ITALIA

- *¿Qué lindo verte, compatriota? Pero... ¿vos no estabas en Valencia? Al menos ahí fue la última vez que te vi* -dijo Nuria mientras se acercaba.

El guía que ofrecía el tour por el Foro Romano ya estaba en busca de un nuevo cliente. Los transeúntes seguían ensimismados en sus menesteres, pero para Goyo Gandulla la única persona allí presente era ella, Nuria. Estaba hermosa como jamás la había imaginado. Tenía puesto un jean roto en algunas latitudes de sus bien torneadas piernas, una remera roja con la imagen del Che Guevara en blanco, y su abrigo era de cuero negro. El cabello al viento, el sol de Roma iluminando su rostro de manera cinematográfica. No había forma de esquivar su figura avanzando hacia Goyo.

- Nuria. *¿Qué sorpresa?* -trató de fingir despreocupación. *¿El Rulero abrió una franquicia en Roma?*

- No, para nada. *Aproveché el fin de semana libre que me dio el Suru para venir a visitar a una tía que vive acá, cerca de la Términi. ¿Vamos?*

- *¿Adónde?* -preguntó Goyo mientras ganaba tiempo mentalmente para estudiar sus pasos a seguir, los cuales lo empujaban a una convencida fuga.

- *A lo de mi tía. Vamos, la saludamos, y después te hago yo el city tour por el Foro. Y le agregamos una visita al Coliseo. ¿Qué te parece?*

- *No sé... estoy esperando a un amigo* -mintió Goyo.

A medida que Nuria se le acercaba, Goyo iba sintiéndose envuelto en su aroma irresistible. Quizá ese aroma le parecía exponencialmente más seductor porque venía con el aderezo de una historia que si bien era nefasta, la hacía aun más sugestiva. "*Me estoy dejando envolver por el morbo*", pensó Goyo.

- Bueno, te hago compañía hasta que venga tu amigo. Pero qué casualidad, che. Mirá vos... en tan poquitos días nos vemos en dos lugares tan lejanos y tan diferentes. ¿No te parece que las casualidades se dan por algo?

- Qué sé yo. ¿Por qué vendrían a darse? Vos qué opinás -preguntó Goyo, mientras trataba de auscultar bajo sus lentes de sol los vericuetos urbanos más aptos para emprender esa fuga que tenía en mente apenas vio a Nuria.

- Que las casualidades... no existen. Existen las causalidades. La vida es causa y efecto. ¿Conocés la canción de Drexler?

- Sí, la conozco. Igual mucho no me gusta Drexler. Quiero decir... me gusta otro tipo de música -Goyo seguía tratando de impostar serenidad ante el encuentro con Nuria, pero su mente rumiaba mil alternativas por segundo para huir de ella una vez más, sus ojos tras las gafas rastreaban resquicios urbanos para salir de escena.

- Sí, claro. Me imagino. Te gusta Spinetta. Ya te dije que eras parecido. ¿Te acordás? Te lo dije en el bar.

- Ah, cierto. Tenés razón. No me acordaba, pero ahora que lo mencionás... me vuelvo a acordar de eso -su discurso empezaba a sonar dubitativo. Pero no... no me gusta Spinetta tampoco. Soy más rockero... AC DC, Kiss, Judas... esa música.

- Apa... heavy el muchachito. Un Spinetta metalero... no da con tu look pero te banco. A mí también me gusta el heavy metal. Aunque en realidad me gusta un poco más el glam, o el hard. Whitesnake, Bon Jovi, Aerosmith... ¿Esa te va?

- ¿Qué cosa? -Goyo ya se mostraba nervioso.

- Ese tipo de música, digo. ¿Estás pensando en tu amigo? ¿Te dijo que venía a esta hora, que se encontraban acá?

- Sí, claro. Me pareció que venía allá pero era otra persona.

"¿Cómo hizo para estar acá?"... "¿Me habrá seguido desde Valencia?"...

"¿Y si vino en el mismo tren que yo y no me di cuenta?"... Todas preguntas que se amontonaban en la atribulada mente de Goyo, que cuando creía haber escapado de las garras de un peligro que jamás imaginó, lo tenía al lado nuevamente, mucho más rápido y de manera más misteriosa que en su presentación.

- Dale, Spinetta. No te resistas a esta muchacha ojos de papel que te está invitando a pasear un poquito por Roma -Nuria echaba mano a uno de sus atributos más irresistibles a la hora de la seducción: su voz.

- Papel... eso es lo que no entiendo en todo esto. ¿Cuál es mi papel? Te doy un beso en la mejilla en un bar de Valencia y después te encuentro en una ciudad de otro país, en circunstancias extrañas... no sé... algo no me cierra.

- ¿Y qué tiene de raro? Viniste a una de las ciudades que más turistas recibe en el mundo. Una de esas turistas soy yo. Tampoco es que coincidimos en el medio de la pampa húmeda. A propósito... ¿de dónde sos?

- De Roma -respondió, escueto, Goyo.

- Ah... ¿naciste acá y te criaste en Argentina?

- No. Soy de un pueblito en la provincia de Buenos Aires que se llama Estación Roma. Pero le decimos Roma.

- Qué coincidencia. Dale, Spinetta. No te resistas. Igual tenés bien en claro que nosotros, tarde o temprano, terminamos encamados.

Cuando escuchó eso, Goyo la miró a Nuria y vio destellos de lujuria brotando de sus ojos color pardo. Lo dijo y le fijó la vista con una dosis de lascivia que lejos de vulgarizarla como mujer, le agregó un exquisito toque de osadía.

- ¿Encamados? Nuria... vos sos la novia de tu jefe. Eso es lo que tengo entendido. Y si hay algo que no quisiera es entrar en colisión con gente poderosa.

- Ufff... Petaca botónnnnn, jajaja... Qué buche es ese tipo, cortamambo... ¿Con qué cuento te fue... a ver?

- Ningún cuento. Me dijo que sos la novia de un tipo pesado. Que no sé quién es pero me merece respeto.

- Mirá, Spinetta. No es tan así. Y si lo fuera... ¿qué? ¿Te vas al mazo? Venite conmigo ahora a la casa de mi tía. Tengo la llave y ella no está. Cojemos, nos sacamos las ganas... y chau... ¿Por qué se tiene que enterar mi "novio"?

- No sé. Me suena que se entera siempre. Y que de eso se trata.

- ¿Qué cosa? Uy Dios, ese Petaca, se traga todos los cuentos del Suru.

- ¿Qué cuentos? -preguntó Goyo.

- El Suru me quiere bajar la caña desde que me conoce, y como yo no le doy ni bola inventa pavadas. Todo para que no me encare nadie. Juega de arquero, ¿entendés? Como dirían en Parque Patricios, es un "tapaculos". Y Petaca compra todos esos cuentos. Hasta uno que anda dando vueltas de un tal Paco, que no sé qué le pasó.

- Sí, lo escuché. ¿Qué le pasó?

- Qué sé yo... Yo lo único que te puedo decir es que me lo transé, obvio. Pero después se puso denso, quería formalizar. Y como yo no le di calce para eso, entró en modo paranoico. Que lo perseguían, que le cortaban la luz... y de un día para el otro desapareció. Qué sé yo que mambo le agarró. Pero... mirá, Spinetta. Te la hago corta. Taaantas explicaciones no suelo dar. Pero sabés qué: me regustás. Ahora... no te pongás en difícil porque tampoco sos el hombre de mis sueños, eh... es ahora o nunca.

- Claro... me imagino. Por un polvo sos capaz de irte de Valencia a Roma. Como sino te pudieras transar a nadie donde estabas. Vos en El Rulero mirás a uno a los ojos, le hacés carita y listo. Nuria... ¿tan pelotudo me creés?

- No, bebé. No te creo pelotudo. Pero me estás pareciendo un poco cagón. ¿Qué le ves de raro a esto, a encontrarnos un fin de semana otoñal en Roma, casi la capital del mundo?... sacando París y... bueno, Nueva York.

- No, raro no digo que sea. Es... confuso.

- Confuso. Bien. Confuso.

Ambos apoyados en la pared de un negocio ubicado frente a la Fontana, quedaron unos instantes en silencio. Nuria mostraba una mueca de fastidio, mientras Goyo simulaba tranquilidad, pero en realidad seguía buscando el atajo que lo sacara de ahí de la forma más rápida y más segura posible.

- Spinetta... ¿venís? Te aseguro que no te vas a arrepentir -Nuria cerró la frase con un beso sobre la mejilla desguarnecida de Goyo, que sintió el fuego del deseo calentando su cuerpo como pocas veces lo había experimentado.

- Mirá, Nuria... -al girar la cara para hablarle a los ojos, se encontró con el rostro de la chica en primerísimo primer plano, a escasos centímetros del suyo.

Luego de dos segundos de mirada erótica, Nuria le estampó otro beso, ahora en plena boca de Goyo. Sus labios sabían a fruta fresca, eran un almíbar carnoso que solo podía conducir al éxtasis.

- *Casa de tía... apenas cinco minutos a pie. Tengo más besos para darte. Y otras cositas más. ¿Vamos, lindo?*

Y en el puntual instante donde debió primar la cordura, el raciocinio, la lógica y tantas virtudes más que debe un varón anteponer en pos de su integridad, ya no moral sino física, Goyo cedió.

- *Dale, vamos... total...*

Al interrumpir una frase que continuaría con la justificación de esa abdicación en su plan inicial, Goyo pretendió no quitarle ni una pizca de erotismo a ese encuentro que le proponía Nuria. Es decir, ya que la mafia rusa se iba a cernir definitivamente sobre él, al menos valía la pena probar el néctar de la tentación. "*Si Dasa me va a venir a buscar para matarme, que sea con justa causa*", pensó Goyo. E inmediatamente, mientras caminaba de la mano de Nuria por las callejuelas de la ciudad eterna, se le vino a la mente una hipotética recomendación de Daniel Tejera, su entrañable amigo propietario actual de El Maple. En esa circunstancia, supuso que Daniel le diría.

- *Chanchurria... la suerte está echada. Mejor que sea con polvo incluido, total, en la vida solamente hay dos cosas: el vino y las minas. Dale para adelante, chanchu... entrale y después fijate si podés zafar.*

El departamento de la tía de Nuria quedaba en la Vía Vicenza, a escasa diez cuadras de la Términi, centro neurálgico del transporte terrestre y ferroviario romano. Estaba ubicado en uno de esos típicos edificios de planta baja y seis pisos que se van repitiendo uno tras otro, asemejándose más a un complejo de organismos públicos que a viviendas particulares. No había mucha diferencia cromática entre unos y otros, pero el de la tía de Nuria contaba con un aditamento que lo erigía como un poco especial: tenía un techito volado a la entrada, pintado de color rojo.

- *¿Cuál sería el vínculo con esta tía?* -preguntó Goyo con la voz entrecortada por la trepada de pisos y por la adrenalina, mientras subían las escaleras tomados de la mano, y estampándose un beso en la boca a cada tanda de escalones.

- *¿Te resulta interesante eso? Bueno, te cuento. En realidad no es tía directa, es tía de unos primos míos de Mar del Plata.*

- *O sea que no es tu tía.*

- *No, pero yo le digo así. La empecé a tratar de tía una vez que vine de paseo. Es un personaje la tipa.*

- *¿Vive sola?*

- *¿Vos te querés voltear a mi tía o a mí, Spinetta? Capaz que pensás que te levantás esta vieja, que igual no lo es tanto, tiene 68 años, te amachorrás y te hacés propietario de un departamento en Roma.*

- *No, no forma parte de mis objetivos. Al menos de los inmediatos.*

- *¿Y cuál es tu objetivo más inmediato?* -Nuria se paró delante de la puerta del departamento, apoyándose sensualmente sobre ella, mientras traía la cara de Goyo hacia ella apenas con el dedo índice de la mano derecha apoyado debajo de la pera, en una especie de anzuelo irresistible.

- *Dejarme llevar por vos. Y que sea lo que tenga que ser.*

Y lo que tuvo que ser... fue. En un primer acto, Nuria fue la directora de una orquesta con un único solista que obedecía el ritmo marcado por la batuta. El escenario era móvil, pues del inicial living pasaron luego a la mesa del comedor, terminando en un allegro intenso en la cama de dos plazas de la tía, la cual de una prolijidad victoriana terminó convertida en un vórtice de sábanas y almohadas esparcidas por doquier.

- *No había visto el gato* -comentó Goyo en un intervalo, tirado en la cama, totalmente desnudo y desguarnecido.

- *Es gata* -dijo Nuria. *¿A qué no sabés cómo se llama?*

- *¿Tiene nombre de gata... es decir, un nombre remanido?*

- *No. ¿Vos decís Mishi... o Kitty? ¿Algo así? No.*

- *Mmmmm... Vicenza. Digo...*

- *¿Cómo lo sacaste?* -se sorprendió Nuria.

- *Y... no hay que ser Einstein. La calle donde está este edificio es Vía Vicenza. Relacioné eso, nada más.*

- Bueno, acertaste. Pero no es por la calle. Es porque la madre de mi tía se llamaba Vicenza. Y la gata vino a reemplazarla -explicaba Nuria ante la mirada impertérrita de la felina, blanca inmaculada y de ojos negros vivaces.

- ¿Y tu tía... cómo se llama?

- Isabel.

- Uh... como Isabel Sarli. Vení que soy tu Armando Bó.

Allí comenzó el segundo acto amatorio, ahora con Goyo asumiendo el liderazgo de las acciones. Si bien nunca se consideró a sí mismo como un experto en las lides lujuriosas, Goyo, quizá por la adrenalina que le corría en el cuerpo producto de la situación, se comportó casi como un león que sueltan en la arena del cercano Coliseo para deleite de los espectadores. La porteña de Parque Patricios bailó en la cama al ritmo que le marcaba un bonaerense del interior, así como el Huracán de Menotti bailaba a sus rivales allá por 1973, glorioso año para el Barrio de La Quema.

- En la cama no sos una canción de Spinetta, vos -reflexionó Nuria, totalmente desnuda, con la pierna derecha sobre la izquierda de Goyo.

- ¿Y qué canción sería? ¿O de qué banda? -preguntó Goyo, entregado a una calma que bien sabía no podía prolongarse mucho tiempo más.

- Mmmm... ¿de Kiss?

- Sí, me encanta. Los vi en el Estadio Monumental, en 2009. Impresionante. ¿Y qué canción de Kiss sería?

- Fui hecho para amarte.

- Qué hija de puta. Me la clavaste al ángulo.

- Jajaja... me la dejaste picando en el área, bebé.

- Sos muy futbolera vos. Sin dudas, el barrio te tira. Roganti, Chabay, Buglione, Basile y Carrascosa... Brindisi, Russo y Babington... Houseman, Avallay y Larrosa. Eh... ¿qué te parece?

- Bien ahí. Pero vos no sos tan viejo... ¿cómo sabés esa formación de memoria? A menos que seas quemero no deberías conocerla.

- Soy bostero. Pero me gusta la historia del fútbol.

Las luces de la tarde iban rotando las sombras que se filtraban por las ventanas del departamento. Un par de sahumeros prendidos por Nuria trataban de ganarle al aroma rancio que emanaba de las húmedas paredes.

Ahora sentado en el respaldo de la cama, Goyo divisó un portaretratos sobre un mueble tipo cómoda, con una foto de la que supuso sería la dueña de casa.

- *Buen aspecto la tía, che... Onda... Ornella Mutti, o Claudia Cardinale. ¿Es actriz de cine y no me contaste?*

- *Sí. Es actriz de cine* -respondió Nuria, luciendo la remera de Goyo a modo de vestido, mientras ponía una pava a calentar.

- *Dale, jodeme.*

- *No, no te jodo. Bueno... actriz. Lo que se dice actriz, no. Pero fue extra en varias películas. Era amiga de la secretaria de un cineasta conocido, entonces la llamaban bastante seguido. Tendrías que verla mirando una de las películas donde hizo de extra, señalándose con el dedo en el televisor. No, no, no... es un espectáculo la vieja. Te cagás de la risa como se señala jajaja...*

- *Naaa... qué buena historia. ¿Es cierta? Quiero decir... ¿no hay chances que te haya bolaseado a vos?*

- *No, nene, para nada. Mirá si me va a mentir con eso. Ahora te traigo el álbum de fotos que tiene.*

Tía Isabel había actuado como extra siendo muy jovencita en algunas de las películas filmadas por el cineasta italiano Pier Paolo Pasolini, fallecido en noviembre de 1975 en circunstancias nunca del todo esclarecidas. Puntualmente Isabel fue extra en "El Decamerón" (1970), "Los cuentos de Canterbury" (1972), y en "Las mil y una noches" (1974). De esas participaciones daban cuenta varias de las fotos del álbum que Nuria le mostró a Goyo. Un álbum que también contenía miniaturas de los afiches de tales películas de Pasolini.

- *Mirá... Pasolini* -dijo Goyo al ver una de las imágenes.

- *Sí... ¿lo conocés?* -se sorprendió Nuria.

- *Por supuesto.*

- *Pero vos sos Gilgamesh... ¿cómo podés saber la formación de Huracán en el 73 y conocer a Pasolini siendo tan pibito?*

- *Y bueno, soy curioso. Además, Pasolini fue un grande. Mirá esta otra... uy, esta actriz también era conocida.*

- *Esperá que atrás tiene una nota con todos los nombres. ¿Ves que las fotos están numeradas? Esa actriz es...* -Nuria buscaba en una nota pegada en el retiro de contratapa del álbum-... *Ángela Luce. ¿También la conocés?*
- *No, a esa no la conozco. La debo confundir con otra más conocida. Pero mirá en esta foto quién está. Tremendo.*
- *¿Quién es?*
- *¿Cómo quién es? Vos no junás nada de cine, me parece. Es Chaplin.*
- *¿En serio? A ver...* -Nuria volvió a la nota del final. *Sí, es Chaplin. No me di cuenta porque no está con el bigotito y el sombrero.*
- *¿Y vos pretendés que vaya vestido de su personaje a todos lados?*
- *No, boludo, pero... ¿Chaplin actuó en una película de Pasolini?*
- *No, eso seguro que no. Pero es posible que su hija Josephine haya actuado con Pasolini, y Chaplin haya estado en alguna locación del rodaje. De visita, nada más. Se me ocurre que debe ser por eso.*
- *Además de lindo e inteligente, tenés un poder de deducción que me encanta. Sabelo, Goyo Gandulla.*

Mientras seguía mirando las fotos que poblaban el vetusto álbum de tía Isabel, Goyo cayó en la cuenta de lo último que le había dicho Nuria. Y sintió una mezcla de extrañeza y preocupación.

- *¿Cómo sabés mi apellido? Nunca te lo dije.*
- *Sí me lo dijiste.*
- *No, no te lo dije. ¿Me miraste la documentación o alguien me hizo inteligencia? En serio te lo pregunto.*
- *Ay, nene, no te pongas paranoico. De alguna manera lo sé, o me lo dijiste vos o surgió el día que te conocí en el bar.*
- *No. No surgió de esas maneras ni de ninguna otra. Y para serte honesto, no me gusta nada que sepas mi apellido. Mejor dicho, no me gusta nada que lo sepas sin que yo te lo haya dicho.*
- *Bueno, está bien. Recién acomodé tu pantalón en una silla y justo vi el pasaporte... o el documento, no me acuerdo.*
- *¿Ah sí? Lo memorizaste rápido.*
- *Sí. Tengo memoria eidética.*
- *Mirá vos. Memoria eidética. No reconociste en una foto al tipo más famoso del cine mundial de todos los tiempos, y te acordás de mi apellido*

viéndolo en un documento que supuestamente se cayó de mi pantalón.

- ¿Es una escena? -reprochó Nuria con gesto de desagrado.

- No. Mejor dicho... sí. Es una escena de mi vida, que consiste en que una mujer que conocí apenas en un bar lleno de gente, me encontró de "casualidad" en Roma unos días más tarde, y ahora estamos los dos en bolas en la cama de un departamento de una señora que era extra en películas italianas y tiene una foto con Chaplin. Y resulta que esa mujer conoce mi apellido sin que yo se lo haya dicho.

- Ya te dije... lo vi en tu documento, Goyo. No es para tanto, creo.

- A mí me parece que sí. No porque tengas conocimiento de mi identidad, que tampoco soy alguien tan importante o perseguido por Interpol.

Goyo se había parado y proseguía su speech con un tono más severo que al principio. Se puso el slip y el pantalón, y mientras Nuria guardaba el álbum de fotos de tía Isabel, el romeño daba curso a la continuidad de su enojo.

- Mirá... Nuria. Yo no conozco tu apellido, y la verdad...

- González.

- No me importa, así sea González, Rodríguez, Martínez, Fernández o Houseman. Porque a lo mejor además de una tía que trabajó con Pasolini sos la sobrina del Loco Houseman, siendo de Parque Patricios como sos hay grandes chances -el tono irónico de Goyo se hacía más que notorio. Una tía en Roma, es actriz de Pasolini. Vos sos de Patricios, sobrina de Houseman... digo, siguiendo esa línea de razonamiento es posible incluso que ahora me digas que sos la novia de un mafioso europeo. ¿O no?

- Volviste a la teoría del Suru. Mirá, pibe...

- Goyo, decime... o Gandulla, ya que sabés mi apellido. Pibe las pelotas.

- Está bien. Gandulla... lo que yo quería con vos era echarme un polvo. Y ya me eché varios. Lindos polvos, eh... -Nuria aplaudió en forma irónica. La verdad, muy bien lo tuyo. Tampoco es para que te creas un supermacho, pero bien... muy bien, te diría. Ahora si querés, podés vestirse y enfilar para el Foro Romano, el Coliseo o donde te plazca. Mi vida sigue igualita que antes si te vas. ¿Qué viaje te comiste?

- ¿Qué viaje me comí? De Valencia hasta acá. Y da la casualidad que en las dos puntas estabas vos.

- Bueno, nene, pirá de acá y dejá de hacerte el pesado que no sabés con quién te estás metiendo.

- Ahhhh... ahora sí. Eso quería escuchar. No sé con quién me estoy metiendo. ¿Me lo podés contar vos? -Goyo se cruzó de brazos parado delante de Nuria, que se había sentado en un sillón de cuerina azul que gobernaba el living.

- Nadie en especial, Goyo. En serio. Perdoná si te sonó feo, pero me hiciste enojar. Te estás haciendo una película de suspenso en la cabeza y me dio bronca el tonito con el que me estás hablando, nada más. En serio. Disculpame. Y ahora... ¿te podés ir? Fijate que no te lo ordeno, te lo pregunto.

- Sí, claro que me voy a ir. Y espero no verte nunca más.

Al bajar las escaleras de aquel edificio, impregnado de los olores a comida que salían de los demás departamentos, Goyo sentía una mezcla de fastidio e incredulidad. No podía creer lo que le estaba pasando en tan pocas horas. Su viaje tan ansiado, tan meticulosamente programado, había tomado un giro inimaginable. Le restaban apenas unos pocos escalones del último tramo de escalera para llegar a la puerta de ingreso, cuando le sonó el celular que llevaba en el bolsillo derecho de su pantalón. Su mente rumbeó en primera instancia para Estación Roma, pensando en un principio que podía ser una llamada de su madre o de su padre. Pero en décimas de segundos imaginó otra cosa, mucho más preocupante: supuso que Nuria también conocía su número de celular, y se apuraba para volver a amedrentarlo, aun sin dejarlo salir a la Vía Vicenza.

- Peta... qué susto -exclamó Goyo con alivio al atender el llamado.

- ¿Qué alivio? ¿Por qué, pibe? No entiendo. ¿Es un alivio que te llame yo? ¿O me demoré mucho en llamarte? Pasa que con el quilombo de la Traffic, viste... se me pasó de llamarte para ver si habías llegado bien a Roma, pedirte la dirección donde estabas alojado y mandarte el resto de las cosas que tuviste que dejar acá por el apuro. Perdón, Goyito... ¿estás bien?

- Sí, Peta... no, dije alivio porque pensé que era otra persona. Pero no hay drama, amigo... gracias por llamarme.

- Me suena rara tu voz. ¿Qué estás... en la calle?

- *Sí, es largo el cuento. O mejor dicho, no es tan largo. Bah, qué sé yo. No quiero joderte con más quilombos. Ahora éste ya es un tema mío.*
- *¿Qué pasó, boludo? Contame.*
- *No, Peta. Nada importante.*
- *Pajero... contame o me meto por el teléfono y te cago a trompadas. ¿No me digás que es Nuria otra vez?*
- *Eeeh... sí, Peta. Nuria. Pero me parece que ahora sí la cagué -comentó Goyo mientras caminaba aceleradamente por la Vía Vicenza, mirando hacia atrás para comprobar que no lo estuviera siguiendo nadie.*
- *¿No me digás que te la cogiste? -imaginó, con certeza, Petaca.*
- *Sí, Peta. Sí. No lo pude evitar.*
- *La puta madre. Es una asesina serial esa mina. Donde pone el ojo pone la bala, la puta que la parió. ¿Pero dónde te la encontraste?*
- *Y... acá, boludo. En Roma.*
- *Ya sé, boludo, pero en qué lugar, en qué circunstancia.*
- *Cerca de la Fontana di Trevi.*
- *¿Y qué explicación te dio... por qué estaba ahí?*
- *Paseando, eso me dijo. Que era pura coincidencia que me encontrara, pero trató de minimizarlo diciendo que era un fin de semana, y que Roma es una de las ciudades más visitadas en el mundo.*
- *Hija de puta...*
- *Y eso no es nada. Sabía mi apellido. Se le escapó cuando charlábamos después de garchar. Me quiso hacer el cuento que me había visto el documento sin querer, que se había caído del pantalón.*

Unos instantes de silencio por parte de Peta llevaron a Goyo a inducir que se había cortado la comunicación. Ya cerca de la Términi pensó en meterse en la estación y tomarse el primer tren que llegara, cualquiera fuera su destino.

- *Peta... ¿me escuchás o se cortó?*
- *Te escucho, Goyo... te escucho... estaba pensando.*
- *¿Qué pensabas?*
- *Que estás más en peligro que antes, Goyo. Y yo soy bastante culpable, por no decir totalmente culpable. Y ahora no sé cómo ayudarte. Pero te voy a*

ayudar, dejame pensar cómo, dejame pensar... ¿Ahora qué vas a hacer? ¿Estás en un hotel... en un hostel... dónde te alojaste?

- No, todavía ni me hospedé.

- ¿Esa turra te encontró apenas llegaste a Roma?

- Y... prácticamente.

- Hací una cosa. ¿Estás cerca de la Términi?

- Sí, estoy parado en la entrada.

- Me imaginé por el quilombo que se escucha de fondo. Hací lo siguiente: tomate el primer tren que tengas para el lado del sur. Cualquiera, eh. A Nápoles, a Potenza, a Bari, para el lado de Sicilia, cualquiera que vaya para el sur.

- Está bien. ¿Y si el primero que encuentro va para el norte? -preguntó intrigado Goyo, que ya estaba contracturado de tanto cargar su pequeño bolso y la mochila, es decir, la totalidad de su equipaje al salir de Valencia.

- No. Para el norte no. Andate al sur. Después te explico, pero agarrá un tren o lo que sea para el sur. Si te hace falta guita te transfiero.

- No, por eso no hay drama. Todavía me defiando. De lo que empiezo a defenderme poco es del frío. La campera que traje no abriga una mierda.

La noche se acercaba y la temperatura romana iniciaba un marcado descenso. Los romanos iban y venían por las inmediaciones de la Términi. Algunos entraban a la estación con caras de desear un rápido regreso a casa, mientras otros, más enjutos, a juzgar por sus gestos, salían en busca de cumplir con trabajos nocturnos que detestaban. Peta, desde Benetúser, craneaba -mientras hablaba- la forma de sacar a Goyo de ese atolladero. Se declaraba responsable por haberlo llevado aquella noche a "El Rulero", aunque argumentaba que jamás hubiera pensado en que su recién llegado amigo romeño iba a caer en las garras de Nuria, y su perverso juego amoroso con Dasa.

- Dale, Goyo. Metete rápido en un tren para el lado del sur. Y aguántame que en un rato te vuelvo a llamar.

- Bueno, Peta. No sé cómo agradecerte todo lo que hacés por mí.

- Boludo... ¿qué mierda me tenés que agradecer? Al contrario... en buena parte yo te metí en ésta.

- No, no es tan así. Pasó de casualidad, Peta. Y bueno, le tengo que buscar la vuelta. Y te digo, la verdad... yo pensaba que no era para tanto, pero ahora les tengo que dar la razón a ustedes. Cuando me la encontré caí en la cuenta que el tema es como ustedes decían. No lo puedo creer pero reconozco que esta piba está chiflada. O el morbo que tienen con el tal Dasa les está comiendo el cerebro.

- Lo vamos a solucionar, Goyo. Dame un rato que toco un par de contactos y te vuelvo a llamar. A propósito... ¿cómo andás de carga en el celu?

- Lo cargué en el departamento de la vieja donde estuve recién.

- ¿Qué departamento... qué vieja?

- Una tía de Nuria.

- ¿Una tía? Deben ser bolazos. Bueno, ahora es lo de menos. Rajá de ahí, Goyito. Andá para el sur. Te llamo en un rato.

- Gracias, Peta. Estamos en contacto.

Goyo se apresuraba a abordar el primer tren con destino al sur de Italia, con su escueto equipaje en mano, su corazón latiendo con fuerza mientras se internaba en la estación de Roma. Terminaba de aceptar el consejo de Peta, buscando alejarse de la ciudad y de Nuria, la mujer que había trastornado su mundo en cuestión de días. Apenas un rato antes, ambos se envolvieron en un frenesí de adrenalina, transformando el departamento de la ahora supuesta tía -todo empezaba a ser dudoso en boca de Nuria- en un mar de besos, caricias y susurros eróticos.

- ¿Cuál es el primer tren que sale hacia el sur? -preguntó a un boletero de la primera ventanilla disponible que encontró, tratando de hacerse entender por el solo acto de modular bien la voz.

- Cosa dice -respondió el empleado.

- Hacia el sure -intentó ahora Goyo, mezclando idiomas.

- Non ti capisco -el boletero no se esforzaba en lo más mínimo por entender el pedido de un usuario.

- Tren... chucu chucu... para el sur -Goyo hacía la imitación de un tren como si le hablara a un niño.

- ¿Treno in direzione sud?

- Eso.

- Tra dieci minuti, treno per Napoli, binario sedici.

- *¿Nápoli?* -reaccionó Goyo pronunciando como pregunta lo que en realidad era la única palabra que había entendido.

- *Esattamente* -cerró el poco amable boletero, para luego retirarse hacia el interior de su oficina.

A fuerza de preguntar a quien se le cruzara, Goyo fue descifrando el mensaje de aquel empleado de la Términi. De la plataforma 16 saldría el tren que lo llevaría a Nápoles. Una ciudad que lo remontaba de inmediato a uno de sus ídolos. Cual creyente, se aferró a eso.

- *Nápoli... salvame, Diego.*

NÁPOLES

El viaje en tren desde la Términi, en Roma, hasta la Napoli Centrale dura aproximadamente una hora con quince minutos. Los 75 minutos que duró el viaje de Goyo Gandulla entre la Ciudad Eterna y la ciudad más poblada del sur de Italia, fueron de constante intercambio de mensajes de WhatsApp y llamadas telefónicas. Su costumbre de mirar el paisaje al viajar quedó postergada por los menesteres comunicativos, aunque en realidad la noche no le hubiese permitido observar demasiado.

- *Sí, Peta. Te escucho.*

- *Escuchame, Goyo. Escuchame bien. Vos te bajás del tren recién en la estación central de Nápoles. Se llama Napoli Centrale, o sea, te bajás cuando el tren para por última vez. ¿Estamos?*

- *Sí, bien.*

- *Después de ahí te vas a ir a unas diez cuadras de la estación, a una calle que se llama Vía Ettore Bellini, altura número 11. Ahora te mando la dirección por Google Maps. ¿Sabés manejarte por Google Maps, no?*

- *Boludo... soy del campo pero no tanto. En tu pueblo también existe Google, Peta. Y los celulares llegaron.*

- *Ya sé, boludo. Te pregunto por las dudas. En esa dirección te va a estar esperando un amigo de mi viejo. No es evangélico, aunque no lo creas mi viejo tiene amigos que no son de su iglesia. Es un tipo que era taxista acá en Buenos Aires y como mató a una persona que era familiar de alguien pesado, se tuvo que rajar.*

- *Ah, me da mucha tranquilidad adónde me mandás, hijo de puta. Para rajar de un asesino me mandás a otro -reaccionó Goyo.*

- *Un poco de lógica tiene lo que decís, pero eso es para más adelante. En este caso, no te preocupes, el tipo éste es un buen tipo, mató para defenderse, pero es larga la historia. Ahí en Nápoles trabaja de chofer para unos muñecos de la Camorra.*

- Ah, no, entonces tenés razón, es un santo el tipo. Ahora labura para la Camorra. Me quedo mucho más tranquilo.

- Ahí viene el asunto, Goyo. En el único lugar donde te puede dejar tranquilo esta gente, es bajo la protección de otra mafia tan o más pesada que ellos. Es así, monstruo. Pero vos no vas a trabajar para ellos, ojo. Vos vas recomendado como fue este muchacho, el taxista. ¿Me entendés?

- No, para nada, Peta.

Con una estructura más horizontal que la Cosa Nostra -tradicionalmente un ejemplo de verticalidad-, la Camorra napolitana está compuesta por numerosos clanes. Cada clan tiene un jefe, o "capo", que tiene a su cargo a decenas de militantes. Sus principales negocios son el narcotráfico, el blanqueo de capitales y delitos extorsivos varios. Pero además, cada clan tiene potestad para "atender" otro tipo de negocios: la protección de zonas, actividades o personas individuales.

- Este tipo que vas a ver, el taxista, se llama Nicasio Benálteguy. Ahora también te lo paso por WhatsApp. Le dicen el "Mono". Él está ahí hace un par de años, bajo la protección de un jefe de uno de los tantos clanes que integran la Camorra. La Camorra te cobra para protegerte, y como este tipo, el Mono, se quedó sin plata para seguirles pagando, lo siguen protegiendo a cambio de trabajos de chofer. Claro, no lleva ancianas a tomar el té... Le toca transportar cargas pesadas, ¿me explico?

- Sí, me imagino. Ni lleva ancianas a tomar el té ni lleva a los hijos del capo del clan a la escuela.

- No, eso sí lo hace. Pero dejemos eso de lado. Vos ahora vas a estar bajo la protección de este clan, cuyo capo tiene contactos con una asociación evangélica que maneja mi viejo... ¿me vas entendiendo?

- Me parece que ahora te entiendo un poco más. Me dijiste que el Mono éste es amigo o conocido de tu viejo, por eso lo mandaron para acá.

- Sí, correcto. El Mono Benálteguy es amigo de mi viejo. Más que amigo te diría que... socio. Pero ese es otro tema. Vos andá a verlo y él te va a dar hospedaje y te va a indicar cómo manejarte durante tu estadía allá, que esperemos no sea muy larga. Porque tampoco es que Dasa y la mina ésta te van a seguir mucho tiempo y ante cualquier circunstancia... Son perversos pero no pelotudos.

- Ok, Peta, pero... ¿cómo mierda voy a pagar la protección?
- De eso me encargo yo, mejor dicho... mi viejo.
- Pero... algún día se lo voy a tener que devolver. ¿Va a ser mucha guita? Al menos dame una idea de lo que puede salir.
- No, Goyo. No, no es cuestión de plata. Ya te dije: hay vínculos, relaciones, favores dados y recibidos... en fin, es larga la historia. Ahora vos no preguntés nada de eso, pero créeme que es la única solución que podemos encontrar por un tiempo. Yo me siento responsable en parte por haberte llevado aquella noche al Rulero.
- ¿Aquella noche? Fue el sábado, Peta. El sábado éste que pasó -razonó Goyo, mientras el tren pasaba por una zona urbanizada que no llegó a distinguir en virtud de lo oscuro de la noche y el reflejo de la luz interior del tren sobre la ventanilla.
- Sí, es cierto, tenés razón. Pasaron tantas cosas en tan pocos días, que parece que en vez de tres fueron trescientos.

Goyo se acomodó en su asiento junto a la ventanilla del tren, observando cómo las luces de la ciudad iban apareciendo a medida que se acercaban a su destino. La noche había caído sobre Nápoles, pero parecía cobrar vida con un millar de destellos dorados que se reflejaban en las aguas oscuras del golfo. A lo lejos, el imponente Vesubio se recortaba contra el cielo estrellado, su silueta majestuosa y amenazante a la vez. Mientras el tren avanzaba lentamente por los suburbios, Goyo pudo distinguir las casas apiñadas unas contra otras, sus fachadas desgastadas por el paso del tiempo y la brisa marina. Faroles amarillentos iluminaban las calles estrechas, dando a todo un aire de misterio y romanticismo. Aquí y allá, se veían tendedores cargados de ropa ondeando al viento, un recordatorio de la vida que bullía en cada rincón de la ciudad. Cada tanto, se recortaba un mural dedicado a un argentino heroico, casi una deidad en toda la Campania. Conforme se acercaban al centro, el tren pasó junto a imponentes edificios de piedra y mármol, restos de un pasado glorioso que aún se mantenían en pie desafiando el paso de los siglos. Las luces de los faroles se reflejaban en los adoquines húmedos de las plazas, creando un juego de luces y sombras que fascinaba a Goyo. Podía imaginar a los habitantes de la ciudad paseando por esas calles míticas, riendo y charlando animadamente, ajenos al mundo que los rodeaba. Finalmente, el tren entró en la estación Napoli

Centrale. Sus luces iban iluminando el andén como un faro en la noche. Goyo se levantó de su asiento, estirando un poco las piernas antes de tomar su equipaje y dirigirse hacia la salida. ¿Cómo sería el tal Mono Benálteguay? ¿Qué clase de personaje inesperado lo estaba aguardando esta vez? Qué rumbo sorpresivo tomaría ahora este viaje que de tan ansiado y preparado, en pocas horas se había tornado tumultuoso, confuso y peligroso.

Afuera, el aire cálido y húmedo lo envolvió como un manto, recordándole que estaba lejos de su hogar y que una nueva aventura lo esperaba en esa ciudad llena de encanto y misterio. Mientras caminaba por las calles de Nápoles, Goyo no pudo evitar sentir una mezcla de emoción y nerviosismo. Sentía a cada paso que su vida estaba a punto de cambiar para siempre, pero en ese momento, con la ciudad a sus pies y un mundo de incógnitas presentándose ante él, no podía esperar para ver qué le deparaba el futuro. Definitivamente, al pisar Nápoles, Goyo Gandulla se convenció a sí mismo que su viaje pasaba a ser una auténtica aventura. Aunque no sabía a ciencia cierta si esa aventura iba a deparar cosas agradables para él. Hasta allí, el sabor era bastante amargo.

- Hijo... ¿estás bien? Perdoná la hora, pero no me puedo dormir -lo rescató un mensaje de su madre mientras caminaba en busca de la Vía Etori Bellini.

Goyo miró en derredor, y siguiendo el enlace enviado por Petaca, fue en busca de la dirección indicada, allí donde supuestamente lo esperaría el tal Nicasio "Mono" Benálteguay. Mientras caminaba iba tipeando una respuesta a su madre, que después eligió cambiar a un audio.

- Hola, má... todo bien por acá... recién bajo del tren... me vine a Nápoles. Estaba a una hora, así que aproveché para venir a conocer esta ciudad, y... bueno, vos sabés que todo lo que tenga que ver con Maradona me atrae mucho. Después... todo bien, má... ¿ustedes por allá?

El audio recibió un inmediato doble chek celeste, señal inequívoca que Rosita estaba en línea esperando ansiosa la respuesta de su hijo.

- Por acá bien, Goyi... te extrañamos. No me gusta tu voz, hijo. No sé si será que recién te bajás del tren, pero me da la impresión que algo te pasa.

¿Estás comiendo bien, nene? Decime la verdad, querido -eligiendo también la modalidad auditiva del WhatsApp, Rosita interrogaba a su hijo, intuyendo algún problema.

- No, quedate tranquila, mami. Estoy en la calle buscando el hotel que reservé, por eso te debo sonar como disperso. Pero todo bien. Bueno, má... te mando un beso, saludos a papi y a todos. Mañana te escribo.

- Está bien, hijo. Cuidate, por favor, y teneme al tanto de vos. Mandame una foto cuando puedas -pidió su madre a Goyo, sabedora que tan sólo ver el rostro de su hijo le bastaba para detectar su estado general.

Eran casi las diez de la noche en Nápoles. En las inmediaciones de la Vía Ettore Bellini se percibían más aromas que personas circulando. En el aire se mezclaban un fuerte olor pútrido que parecía provenir de las rejillas de ventilación de las cloacas -así lo creyó Goyo al ver cómo salía el vapor por un tubo clavado en medio de una vereda-, con efluvios gastronómicos varios. Goyo caminó un par de cuadras por la calle indicada, y al llegar al 11 detectó un edificio que sólo se destacaba de la opaca generalidad circundante por el color de sus paredes: bermellón.

- ¿Y ahora qué garcha de botón aprieto? -dijo en voz baja Goyo mientras miraba el portero eléctrico, un rectángulo plateado y corroído que mostraba decenas de botones pero ninguna identificación.

- Toc... toc... toc -se escuchó el golpeteo medido pero sorpresivo en el ingreso al edificio, sobresaltando a Goyo: una figura humana había emergido de las sombras golpeando el vidrio con uno de los nudillos de su mano derecha- ¿Vos sos Goyo?

- Sí, soy Goyo. ¿Usted es... el Mono?

- Para vos, Nicasio Benáltegu. Vení... pasá.

- Perdón... Petaca me mandó el nombre pero no lo recordaba. Mucho gusto señor Benáltegu -dijo Goyo extendiéndole la mano.

- Dale, pasá, pibe. Después me saludás -insistió, misterioso, el fornido hombre, para luego mirar hacia la calle en actitud de precaución.

Benáltegu era un hombre de respetable estatura, de unos cincuenta años, pelo entrecano y tupido, contextura robusta, y mirada extremadamente adusta. Mientras subían las escaleras -Goyo siguiendo a Benáltegu- de los demás departamentos surgían diálogos totalmente incomprensibles para el

romeño. El Mono, de acuerdo a su lenguaje corporal, daba la sensación de ser un hombre decidido.

- *Pasá* -indicó Benálteguy al llegar a la puerta del departamento C del segundo piso. *Dejá las cosas por ahí. ¿Comiste?*

- *La verdad, casi nada. Sólo un café de máquina expendedora. En la Términi de Roma, antes de tomar el tren para acá.*

- *Bueno. Sentate que ahora te sirvo algo. ¿Leche tomás?*

- *Sí, no hay problema.*

El departamento de Benálteguy -o por lo menos el lugar donde aquel hombre vivía- olía a comida. Era como un olor a sopa de verduras que impregnaba todo el ambiente. Hasta le pareció sentirlo en la servilleta de tela que Nicasio Benálteguy le trajo antes de servirle el vaso de leche. Las paredes eran de un color clarito indescifrable, y estaban decoradas de una suciedad añosa. El mobiliario era escaso, apenas tres sillas distintas, una mesa de fórmica gris con patas de caño redondo, una mesita de living atestada de diarios y revistas viejas, un sillón individual forrado en cuerina celeste -celeste igual al del Nápoli-, y un sofá de pana gruesa color verde oscuro. En la punta de la mesa, un televisor de aspecto vintage y marca RCA, de carcasa color rojo y dimensiones que lo hacían más largo que alto, mostraba un documental de la RAI sobre algún suceso relacionado al fascismo. Sobre el aparato, un muñeco Tricolore, la mascota del Mundial Italia 1990, se resistía al paso del tiempo. En materia cromática, nada hacía juego con nada en aquella pocilga. Y aun no había pasado al baño.

- *Don Nicasio... ¿podría pasar al baño?* -pidió Goyo.

- *No es necesario el "don". Aparte en esta ciudad ese apodo puede confundir. Decime Nicasio y punto.*

- *Bueno* -aceptó Goyo, que hacía pocos minutos que trataba con Benálteguy y todavía no sabía cómo dirigirse a él.

Si el living comedor del departamento tenía un aspecto en verdad deprimente, el baño era una invitación a salir corriendo. Azulejos blancos con pastina negra -inundada de moho- que se amontonaban uno tras otro sin intercalar al menos uno que estuviera intacto. El azulejo que no estaba rajado, estaba incompleto. La flor de la ducha estaba atestada del mismo

moho de la pastina, pero en este caso se asemejaba a un racimo de uvas. El inodoro carecía de tapa, y la mochila se operaba con un cable naranja que caía hasta enroscarse en el extremo. Después de orinar, Goyo se dio vuelta y se vio en aquel espejo percutido en sus extremos -iluminado por la tenue bombita de luz colgante- que le devolvió una imagen tan desoladora como lo era su estado anímico.

- *Y mi vieja quiere que le mande una foto. Si le mando una mirándome a este espejo, va a pensar que me internaron en un instituto neuropsiquiátrico* -pensó Goyo, mientras trataba, infructuosamente, de abrir la canilla del lavabo.

- *Lavate las manos acá, en la cocina* -se escuchó la voz de Benálteguy que venía desde el comedor.

El vaso de leche representó casi un asado para el famélico estómago de Goyo. Cuando pensó que la oferta alimenticia de Benálteguy se limitaba al vaso de leche, se escuchó el sonido clásico del microondas.

- *Ahora te traigo un poco de pizza. Serán italianos estos pero ni en pedo hacen la pizza como en Argentina* -comentó Benálteguy, acercándole a Goyo un plato con dos porciones de una fina masa decorada con apenas una pincelada de salsa de tomate, un poco de mozzarella y restos de una aceituna poco carnosa.

- *¿No responde a su fama la pizza de los tanos?* -preguntó Goyo aprestándose a saborear aquellas porciones como si fueran el manjar más exquisito del universo. *A ver... ya le digo, Benálteguy.*

- *Esa pizza es una verga. Pero bueno... mucho no pude cocinar.*

- *Mmmm... no está tan mal.*

- *Se ve que venís con hambre.*

- *Así que le gusta cocinar... ¿qué menú es su especialidad?*

- *No me gusta cocinar. Pero es más barato. A propósito, pibe...*

El gesto de Benálteguy se tornó aun más serio todavía. Por su prolegómeno en la charla -"a propósito, pibe"-, Goyo tuvo la inmediata sensación que se venía alguna cuestión relacionada con dinero. Seguramente Benálteguy iba a hacer referencia a cómo pensaba solventar los gastos de comida. No se equivocó.

- *La comida sale plata. ¿Cuánto vas a poner? Te lo pregunto de entrada, así... de frente manteca. Me dijo Navarro que venís por un tiempo. Y te aclaro que no me importa en lo más mínimo el motivo por el cual llegaste a este lugar. Pero sin dudas sos un protegido. Igual que yo.*

- *Exacto, Benáltegu. Mire... respecto del dinero, lo único que le puedo decir es que yo puedo aportar como si pagara una estadía. Después usted lo usará para la comida, o para los gastos que disponga. No sé qué le parece la idea...*

- *Tá bien. Buena propuesta. Después calculamos lo que sale una pensión barata en la zona, y vos aportás eso. Acá a la vuelta hay un albergo, mañana pregunto cuánto es la tarifa diaria para tener una idea, y después te digo.*

- *Perfecto, Benáltegu.*

Goyo comía la segunda porción de pizza, Benáltegu miraba sin ver el documental de la RAI, y el frío empezaba a meterse por la ventana entreabierta. Después de saciar su apetito, a Goyo lo empezó a abordar una tristeza creciente. Se miraba a sí mismo en el reflejo del televisor, miraba el gesto vencido de Benáltegu, con los antebrazos apoyados en la mesa, la mirada lánguida que ahora sí, combinaba con el aspecto de aquel tugurio, y no podía comprender cómo en tan pocas horas su soñado viaje a Europa terminaba -o quizá continuaba- en ese lugar, y en ese contexto. Un joven bonaerense de 18 años, que había salido de su pequeño pueblo cargado de sueños y expectativas, apenas unos días después estaba sentado en un oscuro departamento de Nápoles, compartiendo la protección mafiosa de la Camorra con un taxista porteño, para huir de un acecho también mafioso vinculado a una mujer de Parque Patricios y un mafioso ruso. Estaba tan cansado físicamente que esperaba el momento de irse a dormir para despertarse horas más tarde con la sensación de haber tenido un mal sueño.

- *Dormís en el sofá, pibe. Ahora te traigo una cobija para que te tapes* -indicó Benáltegu, y se metió en su habitación.

- *Esa ventana... ¿usted después la cierra toda, no?* -preguntó Goyo, dando por descontado que así sería.

- *No* -se escuchó la voz del Mono, que era una voz grave sin llegar a calificar musicalmente como un bajo.

Goyo miró la ventana nuevamente, una de cuyas hojas estaba a diez centímetros de hacer tope contra el marco, y se preguntó cuál sería la razón para que su anfitrión se negara a cerrarla en pleno enero europeo.

- *Pasa que tengo un calentador a gas que a veces pierde un poco y larga olor. Prefiero cagarme de frío antes que morir intoxicado* -aclaró Benálteguay, que emergió de su dormitorio portando una cobija de aspecto rancio y vetusto.

- *Ah... entiendo.*

- *Tomá. Tapate con esto. Ahí tenés un almohadón para apoyar la cabeza. Yo te diría que no te desvistas, así te cagás menos de frío. Yo me levanto a las seis de la mañana... ¿vos sos de dormir mucho?*

- *No. Mejor dicho... si estuviera en mi casa capaz que le pego hasta las doce del mediodía. Pero afuera... seguramente duermo menos.*

- *Bueno, igual yo no hago mucho ruido. Desayuno alguna boludez y salgo a hacer viajes... cosas del laburo que hago, cuanto menos te explique mejor.*

- *Entiendo, Benálteguay, quédese tranquilo que yo no pregunto nada. Lo que no sé es que debería hacer yo mañana. ¿Usted qué dice?*

- *Mañana quedate acá adentro. Mirá televisión, nomás. Yo consulto con unas personas y cuando vuelvo te digo. ¿Está claro? Calculo que por unos días te van a guardar, hasta tanto vean qué actividad podés hacer* -informaba el Mono mientras prendía el calefactor previamente descripto.

- *De acuerdo.*

- *Hasta mañana, pibe* -saludó Benálteguay ya de espaldas, para luego apagar el televisor y adentrarse en el misterioso mundo de su dormitorio.

Apenas quedó prendida la luz de un velador que estaba en el piso, y del cual Goyo ni siquiera se había percatado. Recién al oscurecerse el resto del departamento, ese velador tomó protagonismo. Iluminado por esa endeble y desoladora fuente de luz, Goyo se tiró sobre el sofá y se tapó con la escasa cobija. Creyó que su cansancio físico y mental lo arrojarían a horas de sueño reparador. Pero una vez acostado, se dio cuenta que le costaría mucho dormir. No tuvo en cuenta que serían muchas fuerzas juntas las que se combinarían para impedírselo, para ganarle a su cansancio. El olor a comida impregnado en todo -en la cobija también-, el frío napolitano de enero que se metía por la ventana sin cerrar, el olor a gas que empezó a percibir

saliendo del calefactor, las dudas acerca de su futuro inmediato, y sobre todo su incredulidad respecto de la situación, detonaron en Goyo Gandulla una tristeza explosiva. Y a la par de esa tristeza profunda y creciente, un miedo desolador. Terror, más que miedo. Entonces, en vez de entregarse al sueño, Goyo se entregó al llanto. Un llanto silencioso pero desencajado. Un llanto casi de niño. Temblando de frío, de miedo y de tristeza pasó casi dos horas que le parecieron mil. Hasta que su vejiga clamó por desalojarse, y acudió al baño. Después de orinar, de volver a verse en aquel espejo deplorable, advirtió un detalle que se le pasó por alto en su primer ingreso al sanitario: del lado de adentro de la puerta, colgado de una improvisada ménsula, había un toallón. Ese toallón que encontró de manera providencial en medio de su primera noche en Nápoles, fue su abrigo pero también su protección, su mantra, su compañía y su amuleto durante las noches que pasaría a orillas del Vesubio. Era un toallón del Nápoli, con la figura de Diego Maradona estampada en casi toda su extensión. Era tal su angustia, su miedo y su desolación, que entendió al toallón como un mensaje en la oscuridad. Ahí mismo lo sumó a la cobija para redoblar su abrigo. Así logró dormir un par de horas, y aunque Benálteguay -al día siguiente- pretendió recuperar el toallón, Goyo jamás se lo devolvería.

- *Pibe, con ese toallón nos tenemos que secar* -le dijo a la mañana siguiente, cuando Benálteguay desayunaba y Goyo lo miraba, totalmente despabilado, desde su posición en el sofá.

- *Traiga otro, Benálteguay. A éste, no se lo devuelvo más.*

- *¿Dormiste bien, al menos?*

- *Más o menos. Pero ya vendrán noches mejores.*

En el bullicioso y caótico corazón de Nápoles, Goyo se encontraba confinado en el sombrío departamento de Benálteguay, con la mirada perdida en la pantalla parpadeante de la RAI. El canal alternaba programas periodísticos y documentales, uno tras otro. Ninguno alcanzaba a acaparar ni el interés ni la comprensión de Goyo, salvo cuando en uno de esos programas cantó Eros Ramazzotti. El olor a café se elevaba perezosamente en el comedor, mezclándose con el aroma rancio de la decadencia que impregnaba las paredes decoloridas. La mañana la pasó así, yendo de un extremo al otro del comedor, y casi sin salir al balcón, por miedo no sabía

bien a qué. Luego, mientras las sombras de la tarde se alargaban, Goyo aguardaba con nerviosismo, consciente de que su destino pendía de un hilo en manos de la misteriosa y temida Camorra. Cada sonido en la calle resonaba como un eco ominoso en su mente, recordándole la peligrosa red de influencias y poder que lo rodeaba. El ruido distante de una sirena de policía se filtraba por la ventana entreabierta, sumándose al murmullo constante de la ciudad. En ese momento de incertidumbre, Goyo se vio a sí mismo como una pieza en un juego de ajedrez imprevisto, moviéndose en un tablero donde las reglas eran dictadas por fuerzas invisibles y peligrosas.

Con la mirada fija en la pantalla, Goyo esperaba con una mezcla de ansiedad y determinación, sabiendo que su futuro estaba en manos de aquellos cuyas intenciones permanecían ocultas en las sombras de la noche napolitana. La decisión de la Camorra resonaba en el silencio tenso de la habitación, mientras el destino de Goyo se desplegaba lentamente ante sus ojos, como las páginas de un oscuro y enigmático capítulo de su vida en la ciudad de los secretos y las traiciones.

Se pasó casi todo el día a leche y masitas. Unas masitas húmedas que encontró en una lata. Igual mucho hambre no tenía. Le ganaba su angustia, su incertidumbre, sus dudas. A las dos de la tarde se metió en el baño y se dio una ducha que desde Benetúser no se daba. El chorro de agua que salía de la regadera copada por el moho, si bien tenía poca fuerza, era de una temperatura más que apta. Se secó con el toallón de Maradona, y luego lo colocó en una silla, cerca del calentador, logrando secarlo en menos de dos horas. A eso de las 7 de la tarde sintió pasos subiendo la escalera. Supuso que era Benálteguay, pero esos pasos se alejaron, y siguieron subiendo más pisos. Hasta que quince minutos más tarde, sin que esta vez mediaran pasos precedentes, Goyo escuchó el ruido de las llaves a punto de abrir la puerta del departamento.

- *Qué tal pibe... ¿todo tranquilo?* -saludó el Mono.

- *Hola Benálteguay. Sí, por acá todo en orden. ¿Usted?*

- *Bien. Acá traje para hacernos unos sanguches. ¿Te gusta la mortadela?*

- *Obvio.*

El Mono aprestaba panes y fiambres sin lavado de manos previo, lo que incomodó un poco a Goyo. De la misma bolsa donde traía los alimentos, Benálteguy sacó una Coca Cola Zero, y la puso sobre la mesa.

- *Destapala y servite, pibe.*

- *¿Pudo averiguar algo de lo mío, Benálteguy?* -inquirió Goyo, algo ansioso.

- *Todavía nada, pibe. Paciencia. Estas cosas se mueven muy despacio.*

- *Pero... ¿podré salir a dar una vuelta al menos?*

- *Y... por unos días no es conveniente. No sé cómo viene la mano con vos, pero si estás acá es porque algún peligro te sigue los talones. Entonces... más vale quedate guardado unos días. Yo te entiendo, pibe. Cuando llegué pasé la misma que vos. Pero créeme que es mejor guardado que en peligro.*

- *Es que... yo no puedo creer que el peligro sea tanto. Si yo le cuento el motivo... usted va a coincidir conmigo que es una boludez...*

- *No, pibe. No tenés que contar nada. Es una exigencia que te hago. No me cuentes nada. Es para protección tuya pero también mía. Cuanto menos sepamos uno del otro, va a ser mejor para los dos.*

La RAI emitía un documental sobre las Brigadas Rojas. Benálteguy masticaba y tomaba Coca Zero casi sin prestar atención al televisor. Goyo apenas si había probado bocado. Sentía su estómago cerrado, como si a la altura del píloro le hubieran puesto un torniquete. Se aprestaba a otra noche de desvelo. El día había sido algunos grados más cálido que el anterior, pero la noche parecía tomar el camino inverso.

- *Pibe... no te preocupés por el toallón. Conseguí otro.*

- *Ah, bueno. Gracias, Benálteguy.*

- *Decime Nicasio, si querés.*

- *Está bien, Nicasio.*

- *Me baño y me acuesto. Vos si querés seguí mirando televisión. El control remoto no anda, pero si querés cambiar de canal tenés que meterle dedo en la botonera. Igual los demás canales se ven con lluvia.*

El secuestro de Aldo Moro copó la pantalla. El recuerdo de haber escuchado esa historia lo trasladaba a alguna conversación mantenida en el Maple. Seguramente habría sido el Dani Tejera el que incluyó el tema en

alguno de aquellos diálogos antológicos suscitados en el bar, en el cual el sabio Maplecito sabía despacharse con alguna salida de las suyas, combinando cultura general con sabiduría pueblerina. Era una receta típica del Dani Tejera: datos del conocimiento y artilugios de su impronta.

- *¿Qué pasa que Candibere no viene más al bar?* -preguntó Calchaquí Da Silva, cruzando sus largas y alambrosas piernas con un charme digno de un integrante de la realeza, sino fuera que se trataba de un longilíneo albañil siempre vestido de grafa.

- *Lo tiene secuestrado la mujer* -contestó Ovidio Lángara, camionero sempiterno de la Cooperativa.

- *Si está secuestrado hay que ir a rescatarlo* -opinó Calchaquí.

- *No lo rescataron a Aldo Moro cuando lo tenían guardado las Brigadas Rojas, mirá si lo van a rescatar al pollerudo de Candibere* -cerró el Dani haciendo gala de su impronta de bar, pero con la sabiduría suficiente como para incluir en su comentario un tema histórico de importancia, lo que a Goyo Gandulla lo llevó a interesarse en el tema, en lo que bien puede concebirse como una influencia positiva.

La segunda noche de Goyo Gandulla en el departamento de la Vía Éttore Bellini sería un poco menos triste que la primera. De entrada hubo un poco de llanto, pero no tan desgarrador como en la noche anterior. El frío se hizo sentir un poco más, pero con el toallón de Diego previamente precalentado en la estufa, le resultó más sencillo hacer frente al invierno napolitano. A pesar de haber permanecido todo el día dentro del departamento, y de prácticamente no haber realizado ningún esfuerzo, esta vez logró conciliar el sueño mucho más rápido. Igualmente se despertó cuando sonó el despertador de Benálteguy, que asomó sonoramente a las 6 en punto desde adentro de ese universo aun inexplorado por Goyo. A pesar de haber estado solo durante toda la jornada, ni siquiera se asomó a la habitación de su anfitrión, quien por otra parte, cada vez que entraba o salía de ella se aseguraba de cerrar la puerta. Sin echar llave pero cerrándola con firmeza, como para dejarle en claro a su huésped que ese reducto era territorio inexpugnable, propio de su exclusiva soberanía. Lo único que el interior de la habitación dejaba fluir sin secretos cuando el Mono abría y cerraba la

puerta, era un vaho pestilente a viejo, a guardado, a hacinamiento. A casa abandonada.

- *Mejor no ver nada* -pensaba Goyo cada vez que imaginaba qué cosas habría allí.

Goyo se preguntaba una y otra vez qué misterios escondería la habitación del Mono Benálteguy, esa puerta cerrada con llave que se negaba a revelar sus secretos. Cada vez que el Mono entraba o salía, cerraba con fuerza, como si quisiera mantener a raya al mundo exterior, como si en ese cuarto se encerrara algo demasiadopreciado o demasiado peligroso para que otros ojos lo vieran. Goyo, aun desacostumbrado a la vida en las sombras, a los códigos de silencio y a los pactos inquebrantables de la Camorra, sabía que no debía dejarse llevar por la curiosidad. Pero la tentación era demasiado grande. Imaginaba que tal vez allí, en esa habitación, se guardaban las pruebas de los negocios turbios del Mono, los sobres repletos de billetes que servían de pago a los sicarios que él repartía, las listas con los nombres de supuestos traidores que debían ser eliminados. O quizás, en el fondo de su corazón, albergaba la esperanza de que el Mono escondiera algo más noble, algo que lo redimiera de esa vida de tráficos delictivos: tal vez fotos de una mujer amada, de una hija a la que proteger, pruebas de un sueño por el que valiera la pena luchar. Pero Goyo sabía que eso era pura fantasía. En el mundo de la Camorra, no había lugar para los sueños ni para el amor. Solo existía la ley del más fuerte, el poder del dinero y la sombra de la muerte que acechaba a cada paso. Y sin embargo, cada vez que el Mono cerraba esa puerta, Goyo no podía evitar preguntarse qué pasaría si se atreviera a abrirla, si se arriesgara a descubrir los secretos que allí se escondían. Pero sabía que eso sería muy parecido a firmar su sentencia de muerte. Así que se conformaba con mirar de reojo, con escuchar atentamente los ruidos que provenían del otro lado, con imaginar lo que podría haber allí dentro, con fruncir la nariz cada vez que aquel vaho pestilente inundaba el comedor. Y mientras el Mono dormía, Goyo se acercaba a la puerta, pegaba la oreja a la madera, y hurgaba en el silencio tratando de capturar alguna señal que le diera una pista mísera con la cual entretenerse y matar el hastío de su encierro.

Madrugada en Nápoles. Goyo dormía, enfundado en su toallón maradoniano. A juzgar por los ronquidos que se escapaban de su dormitorio, Benálteguy también. Los sonidos del tráfico napolitano empezaban un leve in crescendo, en inequívoco indicio de la cercanía del amanecer. Algunos gritos, algunos ladridos, algunas sirenas, se iban sumando a esa sinfonía urbana. En medio de esa partitura barrial, se oyó nítido el ingreso de un mensaje al celular de Goyo, que siempre lo dejaba cargando durante la noche, enchufado al único toma disponible que había al costado del sofá.

- *Hola Goyito... cómo va... cuando puedas hablame* -leyó Goyo en la semipenumbra del departamento el mensaje de WhatsApp que le enviaba Daniel Peralta, su gran amigo romeño, el mismo que lo había llevado hasta Ezeiza días atrás.

- *Dani querido... qué pasa... ¿es urgente? No me asustés* -tipeó Goyo en respuesta.

- *Más o menos. Es sobre Petaca y la Oveja. Me enteré de algunas cosas un poco turbias. ¿Estás con ellos, no?*

UN VIEJO DESCONOCIDO

Intrigado por el mensaje de Daniel Peralta, Goyo amagó con incorporarse. En ese mismo instante sonó el despertador de Benálteguy. Para no generar sospechas en su anfitrión, prefirió silenciar el celular y lo volvió a dejar en posición de carga. Benálteguy se levantó, salió de su encierro nocturno abriendo la compuerta de aquel dique oloroso, y se metió en el baño. Mientras el Mono se duchaba, Goyo aprovechó para retomar el diálogo interrumpido con Daniel Peralta.

- No, estoy en Nápoles, es largo de explicar. Pero decime más o menos de qué se trata. Ahora no puedo llamarte.

Envío el mensaje y al cabo de pocos segundos, se percató que el doble check demoraba en marcarse. E inmediatamente se dio cuenta que le había desaparecido la foto de perfil de Daniel. Como si su amigo lo hubiera bloqueado.

- Qué mierda pasa ahora... la concha de su madre. ¿Estoy soñando? -pensó Goyo mientras de reojo vigilaba que Benálteguy no apareciera en escena, ya que habitualmente sus duchas duraban menos que un lavado de manos.

¿Qué habría pasado con el WhatsApp de Peralta? Por las dudas, Goyo chequeó los últimos chats que había mantenido con sus contactos más cercanos. Su madre, Petaca mismo, un mensaje de su abuela Leticia, y algunos más que aun mostraban las fotos de perfil habituales. Pero justo en el último, el enigmático mensaje de Peralta, había visto esfumarse el perfil de su amigo.

- ¿Estás despierto, pibe? -saludó Benálteguy al salir del baño, aun con el cabello mojado y en chancletas.

- Sí, me desperté con el ruido de la ducha.

- *¿Con el ruido de la ducha? Si hace menos ruido que un motor nuevo... No me chamuyés, pibe, vos extrañas a tu mamita, jajaja...*

La risa de Benálteguy, primera que Goyo le escuchaba, le resultó burlona y bastante ofensiva. Como una risa que ocasiona una broma en el secundario. Risa de gaste, risa de sorna. Además, le hizo un ruido desagradable el "mamita", vocablo despectivo que lo enojó de inmediato.

- *Puede ser. Siempre se extraña a la madre. ¿Usted no extraña a la suya?*

- *Te dije que de mi vida no me preguntaras nada, pibe* -advirtió con severidad Benálteguy, señalándolo con el índice derecho, mientras calentaba el café.

- *Ah, claro... ¿Usted puede hacer referencia a mi madre de manera despectiva y yo no le puedo preguntar por la suya? Quedamos en que ninguno de los dos se metía con la intimidad del otro* -replicó Goyo con tono asertivo.

- *Dale, pibe. Quedamos así* -cerró Benálteguy visiblemente molesto por la respuesta del joven que lo enfrentaba aun enfundado en su toallón maradoniano.

El Mono tomó el café de parado contra la mesada de la cocina, se puso un camperón de cuero, se enroscó la bufanda en el cuello, y se fue sin saludar. Estaba claro que no le había caído en gracia el reciente intercambio con Goyo. El muchacho, apenas los pasos de Benálteguy en la escalera empezaron a disminuir su volumen, volvió a escudriñar su celular para discernir lo que había pasado.

"Más o menos. Es sobre Petaca y la Oveja. Me enteré de algunas cosas un poco turbias. ¿Estás con ellos, no?". Ese había sido el mensaje de Daniel Peralta antes de esfumarse su foto de perfil. ¿Qué serían esas "cosas un poco turbias" a las que se refirió Daniel? ¿Cómo se habría enterado de las mismas? ¿Cuál sería el tenor de esas actividades de las que Peralta había tomado conocimiento? La intriga de Goyo se acrecentaba al considerar la hora del mensaje de Daniel Peralta: la una de la madrugada en Argentina. Si bien Daniel era de trasnochar, se trataba de un día de semana, y a la mañana siguiente se levantaba temprano para ir a trabajar a la Cooperativa. Abrumado por tanta incertidumbre, Goyo caminó, intranquilo, por ese

departamento, yendo de una punta a la otra, tratando de decidir el siguiente paso, pensando en voz alta cuál era la mejor opción para retomar el diálogo interrumpido con Daniel.

Primero intentó llamarlo directamente a la línea. La respuesta fue un tono ocupado raro, pulsos con un sonido casi metálico, de nave espacial en los setenta, como a destiempo incluso. Después probó con una llamada de WhatsApp. Aunque de entrada supuso que sería inviable. Ya de por sí una llamada de WhatsApp resulta inviable: si desapareció la foto de perfil del contacto, mucho más inviable aun.

- *¿Qué mierda pasó con Daniel?* -dijo Goyo mirando el tránsito de Éttore Bellini, que a esa hora de la mañana comenzaba a espesarse, como así también crecían de a poco las voces altisonantes típicas de los napolitanos.

El camino siguiente que eligió su mente fue llamar a su madre, pero abortó esa idea de inmediato: si la desaparición del contacto de Daniel Peralta implicaba alguna cosa rara, no era buena idea inmiscuir telefónicamente a su madre. Y mucho menos a esa hora de la madrugada. Llamar a Rosita a la madrugada era incrementar exponencialmente su preocupación de madre, y predisponer sus sentidos para desentrañar en el simple tono de voz de un hijo su real estado de ánimo.

- *No te queda otra, Goyito* -se dijo a sí mismo, convencido que su próximo paso no podía darlo en el interior de ese departamento, a esa altura de su estadía napolitana casi un encierro típico de secuestro.

Se cambió, se abrigó bien, y desafiando el consejo de Benáltegu y se largó a la calle. El frío lo abofeteó apenas salió del edificio, pero antes que volver por otro abrigo decidió apurar el paso para ir entrando en calor. Compró cospeles en una tienda y se dirigió al primer teléfono público que encontró, justo en la esquina de Éttore Bellini y vía Galante Giuseppe. Mirando el contacto en su celular, marcó el teléfono de Daniel Peralta. Sabía que era muy tarde para llamar a alguien del otro lado del Atlántico, pero la situación lo ameritaba. Además, había sido el propio Peralta el que lo llevara a esa situación de angustia y urgencia con su misterioso mensaje de la madrugada. No habían pasado tres tonos de la llamada -tonos como lejanos, de sonoridad metálica, con un eco transoceánico de otra década,

como si en vez de estar llamado a alguien de otro continente, en realidad estuviera llamando a alguien en Marte-, cuando sintió un manotazo abrupto quitándole el tubo del teléfono público.

- *Cosa fai* -dijo el corpulento hombre que había interrumpido el contacto, aun antes que el mismo se estableciera.

- *¿Y usted quién es? ¿Qué hace?* -se defendió, temeroso, Goyo.

- *Andiamo* -dijo el hombre, y lo llevó del brazo por la vía Éttore Bellini, sin que ningún transeúnte siquiera se percatara de la escena.

Un hombre recio en su accionar llevaba a otro del brazo, como arrastrándolo, y nadie decía ni hacía nada. Ni siquiera miraban. ¿Formaría parte de una tácita "omertá" ciudadana de Nápoles? Goyo ya dudaba de todo y de todos. Se sentía, en su paranoia, protagonista de una especie de "Show de Truman".

Goyo caminaba con dificultad, siendo prácticamente arrastrado por aquel hombre de la Camorra -al menos lo suponía como tal- que lo sujetaba firmemente del brazo. Sus pensamientos eran un torbellino de confusión e incertidumbre. ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Por qué lo habían sacado de Valencia y, previa escala en Roma, lo habían traído hasta Nápoles? Recordaba vagamente el chat con Daniel Peralta, cuando éste puso en duda las actividades de Petaca y la Oveja en Valencia. ¿Acaso eso tenía algo que ver con su repentino secuestro? Goyo intentaba atar cabos, pero todo parecía tan descabellado e irreal. Nunca se imaginó que su amistad con Petaca y Oveja, dos pibes de Estación Roma como él, pudieran traerle tantos problemas. Siempre los consideró amigos de confianza, pero ahora no estaba tan seguro. ¿Habrían hecho algo para molestar a la Camorra? ¿O eran parte de alguna sociedad con la organización mafiosa napolitana? ¿O acaso él mismo había cometido algún error que lo había puesto en la mira de estos peligrosos mafiosos italianos? Mientras caminaba por las calles de Nápoles, Goyo se preguntaba si volvería a ver a su familia. Temía por su vida y no sabía qué le deparaba el futuro. Cada vez que intentaba zafarse del agarre de su captor, éste lo apretaba con más fuerza, recordándole quién tenía el control de la situación. Goyo se sentía impotente y aterrado. Sólo esperaba que todo fuera una pesadilla de la que pronto despertaría, pero en el fondo sabía que la realidad era mucho peor. Cuando finalmente llegaron

al departamento de Benálteguy, Goyo tragó saliva con dificultad, preguntándose qué le deparaba el destino en aquel lugar, lejos de todo lo que conocía y amaba.

- *¿Me querés decir qué carajo tenés en la cabeza?* -el Mono Benálteguy se puso de pie al ver entrar a Goyo a su departamento, y lo encaró envuelto en ira, con la clara intención de tomarlo del cuello.

- *State chito* -lo frenó el morrudo personaje que había arrastrado a Goyo por la vía Éttore Bellini. *Siediti e traduci quello che dico.*

Nicasio Benálteguy desbordaba de enojo. Miraba a Goyo con ganas de pegarle. Era claro que el accionar del romeño había complicado la situación del taxista amigo del viejo Navarro. Pero la robustez del fornido hombre de la Camorra era lo suficientemente temible como para que cualquier conato de pelea se abortara al solo efecto de su mirada severa. Acto seguido, el grandote sentó a Goyo en el sofá, a Benálteguy bien de frente en una silla, y él eligió sentarse en medio de ambos, en otra silla, pero puesta al revés -es decir con el respaldo hacia adelante-, en un gesto que a Goyo, aun sumido en tan angustiante escena, le trajo recuerdos de sus vecinos de Estación Roma saliendo a sentarse en la vereda por la tardecita, tan sólo para mirar pasar la vida.

El italiano hablaba y Benálteguy, mordiendo las palabras y sin dejar de mostrarle todo su enojo a Goyo con la mirada, iba traduciendo.

- *Dice que es la última vez que movés un dedo sin autorización mía. Sos un protegido, por lo tanto, no podés hacer lo que te venga en ganas. Ni salir de acá, ni hablar por teléfono con nadie, ni moverte de un lugar a otro sin que yo te haya autorizado. La próxima actitud que se salga de ese libreto, te quitan la protección.*

Con toda la angustia instalada en su rostro, Goyo escuchaba y asentía al borde del llanto. Tragaba saliva y demostraba gestualmente que de allí en más obedecería las indicaciones que le estaban traduciendo. Aunque por dentro era consciente que tendría que buscar la forma de huir de esta mafia también. A partir de la duda instalada por el mensaje de Daniel Peralta, a Goyo Gandulla sólo le quedaba un camino. Un camino que era hacia adelante. Un camino que consistía en escapar. De qué y de quiénes, aun no

lo tenía del todo claro. Pero era indudable que estaba atascado en una situación de restricción de su libertad. Y si quería recuperarla, tenía que huir.

- *Devi darmi il tuo telefonino* -ordenó el grandote.

- *¿Qué dice?* -preguntó Goyo al borde de la súplica, creyendo acertadamente haber entendido el pedido.

- *Que le des tu celular* -confirmó Benálteguay.

Las dos semanas que pasaron fueron de encierro total e incomunicación. Cuando se quedaba solo, es decir cuando Benálteguay salía a cumplir sus tareas, Goyo se sometía a un triple turno de gimnasia hogareña -si a ese antro podía llamársele hogar- que consistía en interminables series de abdominales, saltos a una soga improvisada con un hilo que encontró entre los trastos del comedor, sentadillas, y caminata intensa de una punta a la otra del comedor. El objetivo de tal rutina era uno solo: cansarse para llegar a la noche y dormir. Porque dormir era lo único que tenía a mano para evadirse de ese encierro, de esa incertidumbre, de ese desasosiego. De esa protección tan parecida al secuestro. Cada tanto se asomaba a la ventana y en cada persona que veía parada en la vía Éttore Bellini, creía ver un hombre la Camorra vigilándolo.

Con Benálteguay apenas si cruzaba saludos de ocasión. Al Mono aun le duraba el enojo por su escapada para hablar por teléfono, y más allá de las formalidades, apenas si le iba suministrando alguna información espaciada.

- *Es probable que la semana que viene empieces a hacer algunos viajes. Supongo que sabés manejar, ¿no?*

- *Sí, sé manejar. Pero no tengo carnet habilitante para manejar acá en Italia. ¿Tengo que hacer algún trámite?* -preguntó Goyo.

- *Por eso no te preocupes. Un día de estos va a pasar una persona que te va a hacer la foto y el carnet se consigue.*

- *¿Y de qué se trataría el viaje?*

- *Ir de un lado a otro, como todo viaje. Nada del otro mundo. Llevar documentación, entregarla en una oficina y punto. Y sobre todo, fundamental... no hacer preguntas de ningún tipo. Ni una.*

- *Se ve que no hay muchos choferes disponibles en Nápoles, por eso buscan a uno de un pueblo del interior argentino. Digo porque... le aclaro... no he manejado mucho en ciudades grandes* -dijo Goyo, y se acordó de la célebre anécdota de su padre cuando hizo el flete a Ramos Mejía.

- *Choferes sobran. Pero los viajes que te van a dar a vos son para que pagues de alguna manera por la protección que se te está brindando, pibe. ¿O qué te creés que hago yo todos los días?*

- *Ok. Entiendo. Una cosa, Benáltegu. ¿Puedo?*

- *Qué cosa...* -preguntó el Mono mientras acomodaba en una silla la ropa que había traído del lavadero.

- *¿Podría traer algunos sahumeros? Este lugar huele a encierro y... no se ofenda, pero cada vez que abre la puerta de su dormitorio... sale un aroma fuerte. Por el encierro también. No lo tome como una ofensa.*

- *Sahumerios... después compro.*

Los sábados eran como cualquier otro día de la semana. Benáltegu trabajaba y Goyo permanecía en el mismo encierro de todos los días. Esa rutina se alteraba solo los domingos, ya que ese día no había despertador para el Mono, quien igualmente se levantaba temprano - a eso de las 9- y se marchaba para cumplir otro tipo de tareas, según su propia confesión. Goyo suponía que en realidad los domingos Benáltegu los destinaba a visitar a alguna dama, a juzgar por su repentina prolijidad en la vestimenta, el peinado y los litros de perfume que se tiraba encima. Perfume barato, tipo Mc Gregor o Ambré de Wateau, que le recordaban a su abuelo Pichi.

Uno de esos domingos, a eso de las dos de la tarde, mientras miraba un documental sobre pesca submarina que pasaban en la RAI y al mismo tiempo hacía flexiones de brazos, Goyo sintió que alguien abría la puerta. Supuso que Benáltegu había terminado temprano sus asuntos románticos. Pero no. No era el Mono. Era un joven de unos treinta años, bastante bien parecido, de aspecto sombrío, con la piel blanca y pálida, el semblante taciturno, la actitud aletargada y el andar cansino. Vestía un sobretodo negro, zapatillas blancas, gorro de lana verde oscuro y guantes de cuero negros. Por su aspecto no daba la sensación de ser italiano. Su manera de moverse, su parquedad, hasta su aroma a limpio, inducían a Goyo a pensar que ese joven era cualquier cosa menos italiano. Y mucho menos,

napolitano. Luego de cerrar la puerta, el joven apenas si saludó con la mano en alto, y le indicó con señas a Goyo que se pusiera contra la pared.

- *Buenas. ¿Usted es el que viene a sacar la foto?* -preguntó Goyo con la respiración entrecortada por la rutina de ejercicios.

El joven asintió apenas con un gesto labial. Se sacó los guantes, extrajo su celular del interior del sobretodo, lo puso en posición horizontal, y le sacó un par de fotos a Goyo, encuadrando únicamente su rostro. Indudablemente se trataba de la foto carnet que la Camorra precisaba para confeccionar la licencia "trucha" que le permitiera conducir por las calles de Nápoles, y por qué no, de Italia toda. Goyo lo miraba y sentía que de alguna manera ese joven le resultaba conocido. Quizá era tan significativa su necesidad de encontrar a alguien conocido, a alguien que le resultara familiar después de tantos días de encierro, que lo llevaba a suponer que lo había visto antes.

- *¿Todo bien?* -preguntó Goyo, tratando de entablar algún tipo de conversación con su fotógrafo, que volvió a asentir gestualmente, ahora con un movimiento ascendente y descendente de cabeza. *¿Sos mudo, estás afónico o no podés hablar conmigo? ¿Eh? ¿Capisce?*

El joven sonrió amargamente, meneando la cabeza pero ahora en una oscilación lateral. Chequeó en su celular que las fotos hubieran salido bien, volvió a ponerse los guantes, levantó su mano izquierda en señal de saludo y enfiló para la puerta. Cuando aquel joven le dio la espalda a Goyo, a éste le sobrevino una especie de revelación. O al menos así creyó percibirlo interiormente.

- *Gracias, Paco.*

Al escuchar ese nombre, el joven detuvo instantáneamente su marcha hacia la puerta. Dudó un instante en darse vuelta, pero apenas si torció su cuello unos centímetros a la derecha. Luego, siguió su camino.

Exactamente tres días después llegó el primer trabajo para Goyo. Ese primer viaje que le anticipara Benálteguy.

- *Pibe... acá tenés tu carnet. Mañana a las ocho de la mañana tenés que ir a buscar un auto a esta dirección* -y le entregó un papel escrito. *Es una*

oficina de lotería. No es lejos de acá, podés ir a pata. Ahí te van a indicar donde tenés que llevar una documentación. Ese otro lugar es un garage, una especie de playa de estacionamiento subterránea. Ahí entregás la documentación, dejás el auto, te vas a tomar un café o a dar una vuelta, volvés a la media hora, y lo llevás a donde te indiquen. En ese último lugar te van a cambiar el auto, y con ese auto volvés a la oficina de lotería inicial. ¿Entendiste?

- Strada Comunale Ottaviano 57 -leyó Goyo en voz alta. ¿A cuántas cuadras queda de acá? ¿Me da un plano? Digo, porque me sacaron el celular, o sea que no puedo usar Google Maps.

- Yo te voy a dar un celular nuevo -le extendió el Mono un aparato moderno pero notoriamente usado.

- Por las dudas que se te ocurra hacer alguna boludez, te aviso que el auto va a estar geolocalizado. O sea que si te salís de libreto, sos boleta. Así de simple. Para qué vamos a andar con pedos atajados.

- ¿Y cuando ande a pata? ¿También voy a estar geolocalizado?

- ¿Vos sos boludo o te hacés? El celular, nene -dijo Benálteguy señalando el celular.

- Ah, sí... claro.

Esa noche Goyo prácticamente no durmió. Por más gimnasia que hubiere hecho, no hubo caso. Su mente rumió toda la noche acerca de cómo sería aquel primer viaje. Por momentos tembló de miedo -y de frío-, por momentos craneó alguna fantasía de escape y finalmente, cuando ya estaba por sonar el despertador de Benálteguy, se entregó a lo que tuviera que pasar. Fue así que en las postrimerías de lo que debió ser su duermevela, eligió dejarse llevar por la fatalidad, entendida ésta como destino y no como desgracia. Aun se sentía inmerso en un mal sueño, pero cada día la realidad se empeñaba en despavilarlo un poco más. Y ese día de febrero de 2019... vaya si tenía que estar despierto. En medio de su inesperada situación, no habría lugar para las desatenciones. Tenía que estar más concentrado que nunca.

- Me voy, pibe. Hací las cosas bien -gruñó el Mono antes de enfundarse en un sobretodo marrón oscuro y una bufanda celeste.

- Sí. Y gracias por todo -respondió Goyo.

- ¿Qué decís? -se sorprendió Benálteguy.

- No, digo... *por si me encajan un cuetazo. Gracias por la estadía. Muy lindo el departamento, la RAI pasa unos documentales buenísimos... la comida, bárbara. Sale un poco de tufo de su pieza, nada más. A propósito, no trajo los sahumeros.*

Benálteguy lo miró con gesto neutro durante un par de segundos, lanzó un chistido de desprecio y luego desapareció del departamento.

Goyo Gandulla se vistió con ropa informal y salió de su apartamento en la Vía Éttore Bellini 11. El sol ya comenzaba a asomar sobre el horizonte, iluminando las calles vacías de la ciudad. Hacía mucho frío, más del que imaginó al elegir su vestimenta. Goyo caminó siguiendo el Google Maps, y mientras lo hacía, se fijó en los detalles de una ciudad en la que estaba hacía casi un mes pero recién empezaba a conocer. Notó la forma en que las sombras de los edificios se extendían sobre el suelo, creando un mosaico de tonos oscuros y claros. Escuchó el canto de los pájaros en los jardines y el murmullo -a veces casi griterío- de las conversaciones de los vecinos en las ventanas abiertas. El aire era fresco y limpio, sólo infiltrado por los aromas a comida, mezclados con los gases procedentes de los escapes de los autos. En esa caminata, a pesar del estrés, la angustia y la incertidumbre, Goyo sintió una extraña e inoportuna sensación de tranquilidad que no había experimentado en mucho tiempo. Asimismo, en cada cuadra que atravesaba imaginaba cómo sería escapar en ese mismo momento. Salir corriendo para desviarse del camino y llegar al aeropuerto para tomarse un imaginario avión que uniera el siguiente recorrido: Nápoles - Estación Roma -pero Roma la de su tierra natal, aquel pueblo donde su familia, especialmente su madre Rosita, aguardaba noticias suyas con desesperación, después de semanas de mensajes sin respuestas de su hijo. El miedo empezaba a tomarle todo el cuerpo nuevamente a Goyo, cuando al llegar a una esquina sintió de pronto un halo protector, una bocanada de familiaridad contenedora.

- *A vos me encomiendo, Diego querido* -musitó al pasar por un edificio que en su pared lateral ofrecía a la vista un mural del argentino más famoso del mundo, una deidad en Nápoles.

Al cabo de una caminata de cuarenta minutos, Goyo llegó a la Strada Comunale Ottaviano 57. En el lugar se erigía un edificio antiguo y descuidado, con paredes de ladrillo rojo y una puerta de madera que parecía estar a punto de caerse. En la planta baja estaba la agencia de lotería indicada por Benálteguy. Empujó la puerta de vidrio -que tenía pintado con letras el nombre del local: "Agenzia Lotteria Dustricchi"- y se metió con decisión, tratando de imposter una serenidad que no tenía. Pero la mujer que lo atendió, le demostró rápidamente que conocía su condición de novato.

- *Oh... che spavento, ragazzino... jajajaaa* -rió la mujer, madura en años y bastante excedida de peso, que luego de recibir a Goyo se perdió en dependencias internas y pegó un grito con voz aguda e insidiosa, indicándole alguna cosa a alguien.

Goyo quedó esperando en ese sucucho, mirando un afiche en la pared que anunciaba algún evento benéfico. Allí conoció el nombre del barrio donde estaba: San Giovanni e Teduccio. Él no lo sabía pero se trataba de un barrio sencillo con playas muy calmas sobre el Golfo de Nápoles.

- *Ascolta, ragazzo... aspetta la macchina* -indicó la obesa dama, señalándole a Goyo la vereda.

A los pocos minutos estacionó frente a la Agencia un Fiat Panda color marrón clarito. A juzgar por su estado y el ruido de su marcha, se trataba de un modelo de la década del 90. Del mismo bajó un hombre de estatura mediana, con camisa entreabierta, saco de verano pese al intenso frío, y pantalones anchos, casi Oxford. Parecía salido de una película de Jean Paul Belmondo.

- *Toma, argentino* -dijo el hombre en perfecto castellano, con acento bien castizo, extendiéndoles las llaves del vehículo, y un sobre en papel madera. *En el GPS está marcada la dirección donde debes llevar el sobre, dejar el coche, y esperar... bueno, tú ya debes saberlo. Allí luego te darán otro coche y con ese volverás aquí. No es muy difícil, chaval. Buena suerte, y no hagas nada que se salga de tu libreto. ¿Has entendido? No te salgas del guión de este sainete.*

- Sí, señor -contestó Goyo mirando fijamente a los ojos de aquel hombre. *¿Usted es español, verdad?*
- No, soy congoleño. *Pues tío... claro que soy español, pero ese no es tu tema ni el mío ni el de nadie en este momento. Así que... vamos... a cumplir con lo que se te pide. Otra cosa: respeta las normas del tránsito. Sabemos que los argentinos no son muy disciplinados a la hora de manejar. Aquí es parecido, pero no puedes arriesgarte a que te detenga la policía del tránsito. Debes entregar eso sin demoras.*
- Dos cosas... *¿puedo?*
- Coño... *¿Qué cosas?*
- No conozco la ciudad. *¿Cómo llego a la dirección que consta en el sobre? Pregunto por si el GPS se descompone o me quedo sin señal.*
- El GPS es de buena calidad. *Creo que a tu bello país ya ha llegado la tecnología, ¿verdad?* -comentó con ironía el español, acercándose a escasos centímetros del rostro de Goyo, mientras lo miraba burlonamente. *Y como es un GPS de buena calidad... no se va a quedar sin señal, ni nada. ¿Entiendes?*
- Bien. *Y la segunda... Cuando usted dice "eso" que debo entregar... ¿se refiere a la documentación... o hay algo más arriba del coche?*
- *Haces muchas preguntas, argentino. Súbete al Panda y haz lo que se te está pidiendo. No es tan difícil, coño.*

El citado GPS tenía señalado en espera de partida una dirección en Viale de la Resistenza, Scampia. Además, mostraba en color azul un camino sinuoso, parecido a una ristra de chorizos tirada sobre un tablón. Era un trayecto que según el aparato distaba de la agencia unos 21 kilómetros aproximadamente, y en tiempo, según el tránsito de la hora, unos 28 minutos. ¿Qué geografía urbana lo esperaba a Goyo en ese lugar? Jamás hubiera podido imaginarlo.

Las Vele di Scampia son un conjunto de ocho edificios de viviendas públicas construidos en la década de 1960 con un diseño vanguardista que pretendía mejorar la vida de los residentes. Pero que con el paso del tiempo, se convirtieron en un símbolo del fracaso de las políticas de vivienda y la marginalización de los pobres. Cada torre tiene doce pisos y alberga a cientos de familias en pequeños apartamentos de dos o tres habitaciones.

Los pasillos huelen a orina y basura podrida. Las paredes están cubiertas de grafitis y marcas de balas. Puertas rotas cuelgan de sus bisagras y ventanas rotas dejan entrar el frío. En las calles que serpentean entre las torres, los niños juegan entre montones de basura mientras mujeres con pañuelos en la cabeza cuelgan ropa en tendederos improvisados. Hombres con miradas huidizas entran y salen de portales oscuros. El sonido de motos y gritos en napolitano llenan el espeso aire.

Scampia es el feudo de la Camorra, la poderosa mafia napolitana. Allí se libran sangrientas guerras entre clanes rivales por el control del siempre lucrativo tráfico de drogas. Sicarios armados patrullan las calles, listos para defender su territorio o ajustar cuentas con enemigos. Pero también es un lugar donde la gente lucha por sobrevivir en medio de la pobreza y la violencia. Muchos jóvenes se ven tentados a unirse a la Camorra, seducidos por el dinero fácil y el poder. Otros intentan escapar de este destino, aferrándose a la esperanza de un futuro mejor a través de la educación o el deporte. Scampia es un mundo aparte, un lugar donde las reglas normales de la sociedad no parecen aplicar. En el barrio la ley del más fuerte rige, y la Camorra es la autoridad suprema. Pero también es un lugar de solidaridad y resistencia, donde la gente se une para apoyarse mutuamente en medio de la adversidad.

Mientras Goyo conduce el Fiat Panda que va corcoveando en los pozos de la Viale de la Resistenza, se siente inmerso en una película. A su mente llega en primer lugar "Ciudad de Dios", el maravilloso film de Fernando Meirelles. Aunque esto no es Río de Janeiro: es Nápoles. Lejos, tan lejos de Estación Roma, Scampia es para Goyo Gandulla un recordatorio de que incluso en los lugares más olvidados, la humanidad persiste. Lo nota al ver cómo juegan unos niños, que aun sumergidos en la desesperación de sus pobres vidas, siguen jugando, siguen soñando.

Cuando el Fiat Panda ingresó en uno de los complejos de edificios -el que le señalaba el GPS-, un muchacho se encargó de hacerle señas cual trapito en Argentina. Con un pañuelo celeste le indicaba que entrara en la planta baja del edificio por el lado opuesto. Se trataba de una planta baja destinada, casi en su totalidad, al estacionamiento. El único pedazo de la planta que no era garage, albergaba el ascensor y el cuerpo de escaleras.

Goyo estacionó donde otra persona le indicaba, se bajó del auto y lo encaró con el sobre.

- *Buongiorno... esci di qui e torna tra mezz'ora* -dijo el hombre que recibió el sobre, alto y delgado, con barba de pocos días, escarbadiente en su boca, pelo greñado y desprolijo.

- *No capito* -respondió Goyo en deficiente italiano.

- *Vai fuori di qui* -gritó enfurecido el hombre, agregando a su ladrido un ademán inconfundible con el brazo derecho, indicándole a Goyo que debía retirarse del lugar.

Goyo salió del lugar sin darse vuelta nunca. Una vez afuera, atinó a mirar hacia las torres, desde donde empezaron a surgir silbidos femeninos que lo invitaban a acercarse. Eran las trabajadoras sexuales que desde temprano ofrecían sus servicios a los pocos transeúntes que pasaban por la zona. Ante ese panorama, eligió ir a caminar por un descampado contiguo a la Viale de la Resistenza. Caminó algunos metros, hasta que encontró una roca decorada con graffitis que se entremezclaban, pero que dejaban en primer plano uno escrito con letras rojas que rezaba: "Ho visto Maradona". Allí apoyó su espalda, se subió el cuello de su campera azul con puños blancos, y aprovechó el rato generoso de sol que la mañana de Scampia le obsequiaba, para ganarle un rato al frío.

Mirando el sol napolitano, Goyo recordaba aquellos días en los que iba a pescar al Arroyo del Medio, junto a su amigos, o a pasar las vacaciones de invierno en una casilla rodante que Daniel Tejera solía llevar a ese arroyo interprovincial. Hacía varias semanas que había salido de Argentina, soñando un periplo de crecimiento humano por el mundo, y ahora estaba en un descampado del barrio más peligroso de Nápoles, esperando que le dieran un auto para volver a una agencia de lotería que era una tapadera de la Camorra.

- *Gregorio Gandulla.*

La voz sonó sorpresiva, y venía de atrás de la roca. Una voz que sonó en un español casi argentino. Goyo supuso que era quien venía a entregarle el nuevo auto para volver al punto de inicio. Empezó a dar la vuelta a la piedra

y apenas vio las zapatillas blancas de quien lo llamara, éste volvió a hablarle, ahora indicándole que no debía moverse.

- *No te movás. Quedate del otro lado. Ahí voy yo.*

Siguiendo la instrucción de esa voz, Goyo mantuvo su posición inicial. Le había extrañado que lo llamaran por su nombre, y con un acento tan argentino. Su pulso se aceleró cuando sintió pasos que se adelantaban entre los pastizales. Cuando lo tuvo delante lo identificó inmediatamente: era el joven que fue a fotografiarlo al departamento -a quien identificó como Paco Rivas- y que ahora tenía una mano en el bolsillo del saco. A Goyo se le heló la sangre. Creyó que ahí mismo lo mataban.

- *Acá tenés otro celular. Metetelo en los calzones. Estos gringos homofóbicos no te van a palpar ahí. En diez minutos volvé al estacionamiento. Te llamo a la tarde.*

- *Gracias Paco* -contestó Goyo.

- *Yo no soy Paco* -dijo el joven antes de desaparecer tras la roca. *Nadie es Paco.*

EL TERCER CELULAR

El mediodía napolitano se adivina en los olores a comida. Se perciben salsas que acompañarán spaghettis o quizá alguna pasta indeterminada. Goyo está sentado en el sofá del departamento de Benálteguy, mirando el nuevo dispositivo telefónico, que dejó casi ritualmente apoyado en su muslo izquierdo. Hace apenas unas horas debutó como "empleado" de la Camorra. Después de aquel encuentro sorpresivo tras una roca en el descampado de Scampia, había vuelto al complejo de edificios y al abordaje de un nuevo vehículo -en este caso un Jeep Renegade color gris metalizado-, regresó a la Agencia Dustricchi. De allí, sin muchas más indicaciones que un grito despectivo de la mujer que atendía el local, se volvió caminando hasta la vía Éttore Bellini 11, donde aguardaba el prometido llamado del fotógrafo que él creyó identificar -vaya a saber por qué mecanismo mental- como Paco Rivas, aquel joven músico desaparecido luego de un romance con Nuria, la mujer que en apenas un par de encuentros terminó con su plan de viaje y también con la tranquilidad de su vida.

- *¿Qué pasa que no llamás, falso Paco?* -pensó Goyo en voz alta, mientras comía un pedazo de ciambellone comprado en el camino de regreso.

Por su cabeza iban pasando decenas de teorías respecto a ese joven, a su aparición en Scampia, a la entrega de un nuevo celular y a la promesa de un inminente llamado. ¿A quién respondía en realidad ese hombre?, ¿cuáles eran sus intenciones?, ¿el llamado tendría que ver con una nueva misión camorrista? En principio Goyo suponía que no, ya que en ese caso no habría sido advertido de guardar el nuevo celular en su ropa interior. Tenía la esperanza que aquel joven buscara ayudarlo. Si bien no daba definitivamente por cierta esa íntima sospecha, la necesitaba. Necesitaba creer en la llegada de algo positivo, o al menos amable. Aunque los escollos fueran muchos y complicados, Goyo soñaba con una llamada a partir de la cual encender esa ansiada esperanza.

El celular casi ni alcanzó a sonar. Antes de emitir sonido alguno, Goyo leyó una llamada entrante de número desconocido y atendió con ansiedad.

- *Hola... -la voz de Goyo sonó angustiosa.*

- *Hola Gandulla. Tranquilo. Relajate. Esta es una llamada segura. Tanto el tuyo como el mío son aparatos encriptados, imposibles de ser interferidos. Me costó bastante tiempo conseguirlos, pero estaban exclusivamente reservados para una situación como ésta* -aseguró la voz que rápidamente Goyo identificó como la misma que lo abordó tras la roca de Scampia.

- *Ésta situación... ¿y cuál sería esta situación? Perdón... ¿cómo debo llamarte?*

- *Eso no importa. Podés decirme Paco, si querés.*

- *Pero entonces... ¿sos Paco Rivas?*

- *No, pero que vos me hayás identificado con ese nombre el otro día cuando pasé a tomarte las fotografías, me llevó a pensar que eras la persona indicada para poner en marcha mi plan.*

- *¿Plan? Bueno, todavía no me explicaste a qué situación te referías. Explicame la situación y después pasemos al plan.*

- *Me gusta que seas ordenando. Buena señal. Mirá, Gandulla... vamos rápidamente al meollo porque mucho tiempo no tenemos. Si bien Benálteguy va a demorar varias horas en aparecer por allí, el que no tiene mucho margen de tiempo soy yo.*

- *¿Dónde estás ahora?* -preguntó Goyo.

- *Eso no importa. Lo que importa ahora es que te enterés cómo es que llegaste aquí, y no me refiero al medio de transporte que te ha traído, sino a la suma de hechos que se han encadenado para que termines en Nápoles, en medio de una situación extremadamente peligrosa. Lo primero que tenés que saber es que has sido víctima de una traición. Y que quienes te han traicionado dicen ser amigos tuyos.*

- *Entonces, tenía razón Daniel Peralta* -razonó Goyo, desorientando completamente a su interlocutor.

- *¿Daniel Peralta? ¿Y quién carajo es Daniel Peralta?*

- *No importa, es un amigo de Argentina. Días pasados me advirtió, o al menos intentó hacerlo, sobre alguna cuestión rara relacionada con...*

- *Sebastián Navarro y Pedro Bertolotti* -completó la frase el falso Paco.

- *Bien... ¿o sea que son ellos quienes me traicionaron?*

- No tenés ni que dudarlo, Gandulla. Yo sé que te va a costar un poco, quizá mucho, convencerte de que amigos tuyos te hayan hecho semejante cosa. Pero tenés que creerlo. Sino lo hacés vas a seguir inmerso en una situación mucho más peligrosa de lo que podés imaginarte.
- ¿Y por qué lo hicieron? Digo... para empezar a convencerme.
- Mirá... yo no sé el grado de amistad que vos tenés con ellos, pero la situación es la siguiente: Navarro y Bertolotti dicen ser vendedores de baratijas, pero eso no es más que una burda pantalla. La realidad es que son traficantes. De poca monta, es cierto, pero quien entra a ese negocio establece vínculos con gente que juega en otras ligas. Y entre esa gente ellos han trabado relación, y de la peor manera posible, con el jefe de uno de los clanes más siniestros de la Camorra napolitana.
- Perdón... Paco, o como te llames...
- Ponele que me llamo Francisco, así que el Paco no está mal. Nunca me han dicho así pero te lo permito.
- Cuando decís "de la peor manera"... ¿a qué te referís?
- Que la han cagado, Gandulla. Así de simple. Han llevado mercadería de Nápoles, y no sólo que no han cumplido una vez, sino varias. Y eso acá, al capo del clan Secondili, Rigoberto Bigole, alias Perto, no le ha gustado mucho. Y tan poco le ha gustado que les ha mandado un lindo escarmiento.
- Entiendo. ¿Y en qué consistió el escarmiento?
- Muy simple. Les ha mandado a dos personas nada más, con eso fue suficiente. Los han secuestrado en la vía pública, sin ningún pudor, los han metido en una especie de Traffic, y los han intimado "gentilmente" al pago. Según he podido escuchar, porque aquí los comentarios se filtran con facilidad, se han meado encima del susto.
- ¿Y pagaron? -preguntó Goyo, creyendo por anticipado que él mismo podría formar parte también de esa retribución.
- Obvio. Pagaron al contado y con intereses. Y en esos intereses estamos los dos. Vos... y yo también.
- Ajá. Empiezo a entender. ¿Y Nuria? ¿Qué papel juega en todo esto? Perdón, ¿estás al tanto de quién es Nuria?
- Por supuesto. Nuria es parte de la estructura. Nuria y el compatriota ese que regentea El Rulero.
- El Suru -aportó Goyo.

- Ese mismo. La cuestión es que tus amiguitos, después del reverendo cagazo que se pegaron, han sabido aprovechar la oportunidad. Y ahora no sólo siguen vendiendo la mierda que les manda el Perto, sino que además estos dos turros le mandan mulas al clan Secondili.

- Perdón... ¿dijiste mulas?

- Eso es lo que yo he venido siendo todo este tiempo, hasta hace relativamente poco, y lo que vos empezaste a ser hoy.

- Perdoname, Paco. ¿Vos sos argentino? Es decir, vos sos argentino. ¿De dónde, y cómo mierda viniste a parar acá?

- Soy del interior de la provincia de Buenos Aires. Cuanto menos sepamos el uno del otro, mejor. Haceme caso. Y vine a parar acá de la misma manera que vos. Me levantó Nuria, y tanto Navarro como Bertolotti me hicieron la cabeza con el asunto de un mafioso ruso, que se llama o le dicen "Dasa", y que tienen el morbo ese de perseguirse con celos, y que como corrés peligro, te ponen bajo la protección de una mafia tan o más pesada que la rusa. ¿O no fue eso lo que te dijeron a vos?

- Ni más ni menos. Pero a mí me conocían de mi pueblo, un pueblito de mierda en el interior de la provincia, donde somos tres gatos locos y todos nos conocemos con todos. ¿A vos de donde te conocían?

- Yo estaba en Valencia ganándome unos pesos para seguir recorriendo España, y me embocaron con la Nuria ésta en El Rulero. Me dio bola, me la cogí, y después vino todo el trabajo psicológico. Todo un lavado de cerebro donde, por supuesto, entró la historia de Paco Rivas, que es un bolazo de acá a la China. No existe ningún Paco Rivas. El que sí existe es "Dasa", pero no creo que haya estado alguna vez en España. Lo usan a "Dasa" como podrían usar a Al Capone.

- No lo puedo creer de Petaca y la Oveja. Quiero decir, de Navarro y Bertolotti. Años programando mi viaje, tantas veces que hablamos por teléfono coordinando todo, ¿y me van a esperar para hacerme algo así? No lo puedo entender. No pueden ser tan hijos de puta, tan sinvergüenzas.

- Sabés lo que pasa, Gandulla... cuando estos tipos entran a un negocio tan sucio, que genera tanta guita, donde están a la vuelta de la esquina las mexicaneadas, las avivadas, el peligro de los traslados de merca... se van a la banquina y pierden todos los códigos. Ellos están en el baile, y si vos pasás cerca de ellos, te van a querer meter al baile así seas un familiar.

¿Vos tenés idea el valor que tiene el trabajo de una mula? ¿Tenés idea lo que implica en cuanto a riesgo?

- Algo me puedo imaginar, pero seguro que no estoy ni cerca de lo que vos no sólo debés imaginar, sino que debés saber - reconoció Goyo.

- Una mula es un blanco móvil. Para la cana, para una mexicanada, de la cual podés ser víctima y a la vez sospechoso, me entendés... y en todas, pero en todas, la mula es candidato para un cuetazo liso y llano. Y si bien mucha gente cobra para hacer de mula, no siempre se consiguen. Por eso los tienen que reclutar. No cualquier miliciano de la Camorra se arriesga tanto, mejor dicho, los mismos capos no los arriesgan. Por lo general tienen lazos de sangre o amistad con ellos, además los usan para otro tipo de laburos... qué sé yo... apretadas, secuestros extorsivos, enfrentamientos con otros clanes... pero mula, no quiere ser nadie. Por eso "tercerizan", digamos, la contratación. Y con el yeite que inventaron tus amiguitos, les está yendo bárbaro. Porque eso hay que reconocérselo, el truco lo inventaron ellos. Estaban tan cagados con la apretada que les metieron, que se les agudizó el ingenio. Aunque me parece que el autor intelectual de la maniobra es el Suru ese... un sujeto despreciable. Pero bueno... este tipo de mulas les salen gratis, y no les queda remordimiento si los agarran, o los matan.

- ¿Y si alguna mula se quiebra cuando lo agarran... y bate todo a la cana?

- Ha pasado. Pero después a esos tipos, por más protección que la Policía les ponga, le llegan a la familia. Y ahí sí no querés saber lo que le pasa a esa gente.

- Me imagino, pero ahora que decís familia. Una pregunta boluda... bah, a lo mejor no tan boluda... ¿Yo puedo usar este celular para hablar con mi vieja? Hace semanas que no la llamo y me debe estar mensajeando al otro celular sin recibir respuesta. Tengo miedo que llame hasta la Embajada.

- Sí, llamala y decile que perdiste el otro o que te lo afanaron. No se te ocurra contarle la verdad, dejala tranquila porque si se mete tu familia la pudren. Eso sí, no le mandes mensajes de WhatsApp, de hecho habrás visto que ese celular que te di no tiene la aplicación descargada, pero bueno, no la descargues tampoco. A tu vieja llamala a la línea. Si bien estos son aparatos encriptados, el clan tiene buenos hackers que andan siempre a la pesca de todo.

- Ok. ¿Y el plan del que me hablaste? -preguntó Goyo, ansioso.

- Bueno, eso te lo voy a ir desarrollando más despacio, en llamadas posteriores. Ahora tenés que procesar esto que te dije, aceptarlo, creerme... porque sino me creés, decímelo de una y cortamos todo contacto... pero si me creés, como te recomiendo que hagas, andá haciéndote a la idea que de situaciones altamente riesgosas no se sale caminando y silbando bajito. No. Hay que tener mucho pero mucho huevo. Y desde ya te digo que el porcentaje de éxito es del cincuenta por ciento. Te suena a poco, seguramente. Pero créeme que en el otro cincuenta no tenemos futuro.

- ¿Cómo hiciste para pasar de mula a fotógrafo? -Goyo rebobinó la secuencia con el falso Paco y le intrigó ese cambio, al parecer positivo en la situación de este argentino que venía a cumplir su esperanza de algo bueno entre tanta mala fortuna.

- ¿Y quién te dijo que dejé de ser mula? Me mandan mucho menos que antes, pero a veces se necesita una y ahí va este cuerpito manejando. Después... el porqué fui ocupándome de otras cosas, eso es un poco largo de explicar. Porque no fue de un día para el otro. Para que te des una idea, yo hace un año y medio que estoy acá. Entonces de a poco, trabajando con paciencia y aguzando el ingenio, fui ganándome la confianza de un par de pesados que están muy cerca del Perto éste. Además no hay que ser Einstein para ser más vivos que la mayoría de estos gringos, que no sirven ni para espiar.

- ¿Y antes de caer en las redes de Nuria, qué hacías?

- Gandulla... ya te dije: cuánto menos sepamos uno del otro, mejor para los dos. Haceme caso. Si salimos vivos de ésta, te cuento todo. Pero ahora, tenemos que abocarnos al plan. Mañana a la mañana te vuelvo a llamar. Y acordate de tranquilizar a tu familia. Eso sí, no andés llamando a todo el mundo. Eso es peligroso. ¿Me dijiste que un amigo tuyo algo te comentó?

- Sí, me mandó un mensaje como a la una de la madrugada, y cuando le quise contestar, lo perdí como contacto.

- Ojalá no le cuente a tu familia. Por las dudas no lo llames, porque si te desapareció como contacto, te tenían pinchado el teléfono, y ahora se lo deben haber pinchado a él. Bah, a lo mejor ni les interesa, pero por las dudas... no lo llames.

- Otra cosa...

- Te tengo que cortar, Gandulla... ¿es algo muy importante?

- No, el tipo éste... Benálteguy... ¿está en la misma situación que nosotros? Quiero decir... ¿es un supuesto protegido que usan de mula?

- No, para nada. El mismo cuento que te deben haber hecho a vos, es el que me hicieron a mí. El *modus operandi* es el mismo, calcado, Gandulla. El Mono éste labura para ellos, era seguridad en El Rulero, creo, por lo que pude averiguar. Y como necesitaban un "conserje" de los supuestamente protegidos, lo mandaron para acá. De entrada la va de recio para que vos no desconfíes. Y después sigue siendo igual o peor de sorete, que en realidad no lo tiene que impostar. "Es" un sorete. Cuando se va del departamento se va a ver un "filo" que tiene en Soccavo, un barrio de acá, de Nápoles. Y le ayuda en un barsucho de mierda que tiene la mina.

- Ah mirá vos el muy turro...

- Bueno, Gandulla. Tranquilo. No creo que te den otro viaje por los próximos tres o cuatro días. Así que tenemos que aprovechar el tiempo al máximo. Mañana a la mañana te llamo y te empiezo a explicar el plan. Quedate adentro, guardado, no levantés sospecha, que estos camorristas putos tienen ojos en todos los barrios, y a las mulas las cuidan porque son indispensables. Mirá televisión, leé, hacete la del mono... qué sé yo. Pero cuanto más desapercibido pasés, mejor.

- Dale... che... gracias, loco. No sé cómo agradecerle. La verdad, nunca me hubiera imaginado esto cuando viniste a sacarme las fotos.

- No me tenés que agradecer, Gandulla. Me tenés que ayudar. "Nos" tenemos que ayudar. De ésta salimos juntos o no salimos nunca. Yo también tengo que agradecer que apareciste, y te vuelvo a repetir, sino me hablabas de Paco Rivas... no te elegía.

- Bueno... está bien... Paco. Mejor dicho, falso Paco -bromeó Goyo.

- Falso Paco, jaja... me gusta ese alias.

Un carrousel de sensaciones abordaron a Goyo luego de aquel diálogo esclarecedor con el falso Paco. Por un lado sentía cierto alivio, ya que al menos había un habitante del Planeta Tierra que se consustanciaba con él, y prometía ayudarlo. Pero por otro lado pugnaban por ganar su ánimo sensaciones de estupor y enojo, entremezcladas. ¿Cómo podían haberle hecho semejante cosa Petaca y la Oveja? Primero, cómo podían haberse convertido en dos traficantes, pero luego, cómo eligieron usarlo a él, un amigo del pueblo, un ex compañero de colegio, como mercancía de pago.

Profundizando en sus reflexiones, Goyo imaginaba tenerlos enfrente para decirles: *"Que vendan merca se los podía perdonar, pero que me caguen a mí... eso jamás se los voy a perdonar, hijos de puta"*.

En medio de tanta indignación, y a la vez de incipiente esperanza, Goyo decidió llamar a su madre. Ensayó para eso el tono de voz adecuado destinado a no alarmar a Rosita, aunque sabía que su madre ejercía una sensibilidad de precisión para captar mensajes ocultos en sus palabras y en sus vibraciones vocales para pronunciarlas. Sintió ternura al discar el teléfono fijo de su casa en Estación Roma, pero sabía que no le podía dejar el número servido a su madre para que en algún momento le devolviera el llamado.

- *Hola má, cómo va todo. Disculpá que hace algunos días que no me comunico con vos pero me afanaron el celular. Te estoy llamando desde una cabina telefónica* -mintió Goyo de entrada.

- *Ay hijo, por favor... estaba desesperada. Con tu padre casi llamamos a la policía, de la desesperación.*

- *¿A la policía? Pero mami... qué iba a hacer la policía para buscarme en Italia, jajaja... me hacés reír.*

- *Y bueno, nene... ¿qué querés que hiciéramos... que llamáramos al presidente de Italia? Uno recurre a lo que tiene a mano. Pero decime, che... ¿estás bien? ¿Dónde estás? ¿Estás en Italia todavía?*

- *Sigo en Nápoles, má. Estoy en un hostel, medio viejo pero limpio. ¿Ustedes cómo andan? ¿Los abuelos?*

Luego de la charla con su madre, y siguiendo el consejo del falso Paco, Goyo continuó con su encierro durante toda la jornada, hasta que regresó Benálteguay. Rutina gimnástica, algo de comida -unos fideos desabridos que sobraron de la noche anterior- y la RAI, firme en el televisor. Cuando llegó, el Mono parecía ese día más enojado con la vida que de costumbre. Su semblante era aun más agrio que días anteriores. Goyo lo asoció en primera instancia a algún vaivén amoroso, aunque a partir de algunas preguntas que le formuló no demoró mucho en ponerse un poco paranoico.

- *Pibe... ¿no te habrás mandado alguna otra cagada, no?* -preguntó mientras se sacaba el sobretodo y los guantes de lana.

- No, Benáltegu. ¿Por?
- No sé... pregunto. A veces uno tiene presentimientos.
- No. Estuve todo el día adentro -contestó Goyo, mientras fingía mirar el noticiero de la RAI, al cual no le prestaba la más mínima atención.
- ¿Cómo todo el día adentro? -ahora el tono del Mono era decididamente imperativo, mirándolo fijamente incluso.
- Sí... ¿y adónde voy a ir?
- ¿No hiciste el viaje?
- Sí, Benáltegu. Por supuesto que sí. Pensé que nos entendíamos, que ambos nos referíamos al resto del día, o sea a la continuidad después de hacer el viaje. A propósito... le doy detalles: conocí el pintoresco barrio de Scampia.
- Bué... está bien. Porque si hay algo que no quiero son sorpresas. ¿Está claro? -la insistencia y el tono para ejercerla que mostraba el Mono estaban empezando a incomodar a Goyo, quien igualmente trataba de mostrarse seguro.
- No las va a tener, Benáltegu. Quédese tranquilo.
- Mirá, pendejo. El que decide cuándo, en qué medida y de qué manera se queda tranquilo... soy yo... ¿entendido?
- Sí, Benáltegu. Está bien. Fue una forma de decir, nada más. Disculpe. ¿Tiene algún problema, Benáltegu? Porque me parece que está reaccionando de forma desmedida a mis respuestas.
- ¿Y si tengo algún problema, a vos qué carajo te importa, pibe? -subió la apuesta el Mono, separando oralmente en sílabas el fragmento "a vos qué carajo".

La breve y tensa charla terminó con el Mono entrando a su habitación, portazo mediante. El envión de la puerta multiplicó la intensidad y la llegada del horrible vaho que salía del cuarto de Benáltegu, como si un dragón echara su bocanada de fuego ante la cercanía de una hembra en celo.

En la mañana siguiente, un imprevisto intranquilizó por demás a Goyo, que estaba despierto desde muy temprano. Benáltegu, contrariamente a lo que hacía todos los días, no madrugó. Su despertador no sonó, él no se levantó, salvo para ir al baño y meterse de nuevo en el hedor insoportable de su cuarto, en pijamas y con cara de malo. De malo con sueño, además.

- *La concha del Mono. Por qué no se va este tipo todavía* -balbuceaba Goyo mirando de reojo el nuevo celular, al cual le había bajado el volumen pero miraba de manera permanente, esperando la entrada de la llamada que el falso Paco había prometido el día anterior.

Afuera Nápoles ofrecía una mañana que además de fría, se presentaba lluviosa. Por un momento Goyo pensó en subirle el volumen a la RAI, para poder enmascarar el ruido de su conversación con el falso Paco. Pero después, analizándolo mejor, pensó que quizá el Mono se levantaría para reprocharle ese incremento de volumen. A pesar de llevar varias semanas de convivencia con él, Goyo a veces no sabía cómo podía reaccionar aquella especie de carvernícola que era su anfitrión.

- *¿Qué hago si me llama el falso Paco?* - Goyo le hablaba al Maradona del toallón, ese toallón que para él cumplía la función de "manto sagrado" por las noches, y al cual le hablaba durante el día, transformándolo en una especie de "Wilson", aquella pelota de vóley que acompañaba en su angustiante soledad al personaje interpretado por Tom Hanks en "Náufrago".

La pantalla de la RAI -ahora emitiendo un documental sobre la situación en la Franja de Gaza- marcaba las 9.30 horas. La llamada del falso Paco demoraba en entrar, lo que por un lado tranquilizaba a Goyo, ya que el Mono seguía sin salir de su hedionda cueva. Esa tensa espera era matizada por las cavilaciones mentales de Goyo, que como si fuera un dubitativo ajedrecista, por momentos decidía un movimiento para convencerse en minutos de uno totalmente opuesto. Su psiquis era un carrousel, o mejor dicho -si es por equiparlo a juegos de parque de diversiones-, una montaña rusa.

De pronto sonó un portero eléctrico. Goyo se sorprendió al escucharlo, sin poder descifrar si era el correspondiente a ese departamento o a alguno de al lado, porque en las semanas que llevaba allí nunca había escuchado sonar el portero eléctrico. Recordó entonces que el día que llegó a Nápoles el Mono Benálteguy lo estaba esperando abajo, por lo que no alcanzó a apretar botón alguno en el indescifrable tablero del ingreso. Indeciso, no sabía tampoco que actitud tomar.

- *¿Atiendo o no atiendo?* -murmuró mientras miraba el receptor color crema, inundado en un degradé oscuro dibujado por la mugre.
- *Yo atiendo* -se escuchó el grito de Benálteguay que salía de su habitación, cosa que Goyo olfateó antes de visualizar, consecuencia de una nueva emanación que produjo la apertura de la puerta.

Luego de algunos segundos, Benálteguay salió de su habitación con el pelo revuelto, enfundado en un equipo jogging color turquesa, y zapatillas blancas con los cordones desatados. Contrariamente a lo que Goyo pensó, Benálteguay no atendió el portero, sino que salió del departamento y bajó directamente por las escaleras, dejando la puerta abierta. Goyo aprovechó para arrimarse al pasillo y tratar de escuchar, en aras de discernir quién era el visitante. De los restantes departamentos salía -cuándo no- un intenso olor a comida. En este caso algo frito, ya que además del olor se escuchaba ese clásico sonido del aceite quemándose en alguna sartén.

Desde abajo llegó el ruido inconfundible de la puerta de ingreso al edificio, seguido de pasos que subían la escalera. Eran pasos que se multiplicaban, y eran tantos que no podían ser de una sola persona. Esos pasos mezclaban el ruido de las zapatillas de Benálteguay con un taconeo más contundente, como si fueran botas. Indudablemente alguien estaba subiendo con el Mono. Y como esos pasos se aproximaban cada vez con más fuerza y volumen, Goyo se metió de nuevo en el departamento. Se sentó en el sofá y esperó, con ansiedad, para ver con quién subía Benálteguay. ¿Sería quizá un camorrista de mayor rango, tal vez aquel corpulento hombre que lo arrastró desde el teléfono público hasta el departamento, cuando intentó llamar a Daniel Peralta? O porque no el falso Paco, protagonista de una infame puesta a prueba de la nueva "mula" proveniente de Estación Roma, pero no la capital italiana, sino un pequeño e insignificante pueblito argentino al que Goyo Gandulla, sin pensarlo siquiera al partir hacia Europa lleno de ilusiones, estaba empezando a extrañar cada día con más intensidad.

- *Non sei altro che un argentino degenerato* -entró acusando una dama a Benálteguay, que la seguía de atrás en una postura de clara sumisión, aunque rebatiendo los efusivos argumentos de la iracunda dama, que lucía un abrigo de color bordó, botas de caña alta color negro, y cabellera blanca medianamente enrulada.

- *Sei una napoletana esagerata.*
- *Non puoi negare che stavi cercando di sedurre quella ragazza.*

La dama y Benáltegu y discutían y ambos aun parecían no percatarse de la presencia de Goyo, sentado en el sofá. El Mono lo ignoraba a sabiendas, pero la mujer no reparó en él en ningún momento.

- *Che volevo sedurre quella ragazza? Al contrario, volevo sedurmi. Ma... vai nella mia stanza* -indicó Benáltegu, tomando del brazo izquierdo a la mujer, y metiéndola a la tortura de su dormitorio.
- *Tutti nella mia famiglia hanno capito le tue intenzioni con quella ragazza, smettila di negarlo, Nicasio... smettila di negarlo.*

A la estampida de la puerta del dormitorio le siguieron una cadena de embravecidos reproches que iban in crescendo entre Benáltegu y la que parecía ser su novia, amante o lo que fuere. Era tal el fragor de aquella trifulca que habían olvidado cerrar la puerta de entrada al departamento. Goyo se levantó para cerrarla y al volver al sofá vio que entraba al celular la llamada prometida del falso Paco.

- *Hola* -atendió Goyo con voz baja.
- *Hola, Gandulla. ¿Qué pasa que hablás así?* -contestó el falso Paco.
- *Nada... bah... no sabés lo que pasó. Justo hoy este tipo no salió del departamento, se quedó durmiendo hasta tarde. Pensé que no iba a poder atenderte.*
- *¿Benáltegu no salió a la calle? Seguro pasó algo con la mina. Si ese boludo no tiene otra cosa en su vida.*
- *¿Cómo sabés? Bueno... sí, es por un tema con la mina. Que recién cayó al departamento, por eso pude atenderte. Y ahora hablo así para no levantar la perdiz. Están discutiendo a los gritos en la pieza del Mono.*
- *Uh... mirá vos qué justo. Menos mal que no te llamé antes. Porque sino me atendías me iba a preocupar. Entonces mejor te llamo más tarde... o sino hacé una cosa...* -sugirió el falso Paco haciendo un breve impasse de silencio.
- *Sí, te escucho...*
- *Cuando se vaya la mina esa, mandame un mensaje de texto avisándome si se fue el también o no. Sino me mandás ningún mensaje, es porque el tipo*

no se fue. En ese caso te llamo mañana.

- ¿Y si este viejo dominado mañana tampoco sale? -preguntó Goyo.

- No, es difícil que no termine arreglándose con la mina. Para mí... hoy salen juntos de ahí. Si en determinado momento se acallan los gritos -que continuaban en un tono fervoroso dentro de la habitación- es porque están cogiendo. Después se van juntos. Estos tipos son así, se hacen los duros pero tienen un enconchamiento...

El vaticinio o pronóstico del falso Paco se cumplió. A los pocos minutos de cortar la llamada, Goyo comprobó que ya los gritos habían dado paso a reproches en un tono más monocorde y suave. Como si al vendaval de reclamos inicial le hubiera seguido un interregno de intercambios menos intensos, para terminar en una garúa de reproches que no eran otra cosa que el factible prolegómeno de la lujuria.

- Sí, Nicasio... fai l'amore con me, per favore -se escuchó con nitidez en determinado instante.

- Seeee -fue la respuesta del Mono, exhalando esa sílaba como si fuera una fiera embravecida que se aprestaba a saciar su sed más primitiva.

- Sí, Nicasio... dammi quel cazzo nel profondo di me -pedía la dama, intercalando sus palabras con gemidos de placer.

- Toda... te la voy a dar toda... gringa putona -respondía Benálteguy en perfecto y procaz lenguaje castellano, con una acentuación más porteña que un tango de Piazzolla o que una esquina de la calle Corrientes.

- Oh maledetto argentino, sei testardo ma come mi scoppi bene -devolvía la mujer, subiendo cada vez más la fogosa apuesta.

Sentado en el sofá, Goyo se sentía espectador en primera fila de una película italiana protagonizada por Lando Buzzanca y alguna de aquellas actrices setentistas de curvas sugerentes. Hacía más de dos meses que su organismo no experimentaba la excitación sexual, y aunque no fuera el contexto adecuado para volver a sentirla, notó que su entrepierna tomaba volumen para salir del letargo.

- Lo único que falta es que me caliente con este hijo de puta cogiéndose a la gringa ésta -se dijo a sí mismo Goyo, sintiendo que su cuerpo era

súbitamente habitado por una sensación morbosa de placer, inoportuna quizás, pero incontenible.

- *Ay, Principessa... no podría vivir sin este par de gomas que tenés* -gritó el Mono, que llamaba a la mujer de la misma manera que Roberto Benigni al personaje de Nicoletta Braschi en "La vida es bella".

- *Guarda questi seni? Sono enormi e dolci puoi mangiarli poco a poco* - retrucaba la dama, llevando el encuentro a la cúspide del éxtasis.

Abordado entonces de una inesperada erección, Goyo comenzaba a barajar la idea de un procedimiento autosatisfactorio. "*Hacete la del mono...*", le había recomendado de manera enumerativa el falso Paco. Aquel consejo dado de manera retórica estaba cerca de volverse una realidad insoslayable. Pero casi al mismo tiempo de decidirlo, pensó en el olor insoportable de aquella habitación. Una estancia a la que nunca había entrado pero que el solo vaivén de su puerta dejaba en evidencia como un lugar apestoso.

- *¿Cómo puede excitarse una mujer en medio de esa baranda?* -se preguntó Goyo sin encontrar una respuesta.

¿Tanto podía ser el envión de dopamina que recorría ese cuerpo como para sumergirse sin tapujos respiratorios en una actividad sexual? ¿Era necesario someter a su olfato a semejante destrato? A lo mejor, pensó Goyo enseguida, estar más de algunos minutos dentro de ese depósito pestilente adormece de tal manera las capacidades olfativas que termina uno por acostumbrarse.

El vórtice de gemidos, placer, frases en italiano de ella y respuestas en un cuasilunfardo español del Mono, llegó a su fin, a juzgar por el silencio que sobrevino. Goyo los imaginaba exhaustos, tirados en la cama, acariciándose mutuamente en el crepúsculo de ese amor que brotó de una rencilla. Suele suceder que una discusión de pareja incrementa el placer que la prosigue. Al cabo de algunos minutos, ambos salieron de la habitación y se dirigieron a la puerta. El Mono la abrió para el paso de la Principessa, con una recuperada amabilidad, y ambos se perdieron por la escalera, no sin antes haber vuelto a ignorar por completo a ese muchacho sentado en el sofá.

Esa noche el Mono no volvió al departamento. Seguramente pernoctó en casa de su enamorada, disfrutando las mieles del reencuentro. Dicha inasistencia nocturna de Nicasio Benálteguy era la primera desde la llegada de Goyo, quien si bien se sintió reconfortado por su soledad y la aprovechó para relajarse y dormir más tranquilo, dedujo que de alguna manera lo seguían controlando. Si no estaba el Mono, o bien gente de la Camorra en las calles o cámaras espías en el barrio o mediante la geolocalización del celular, de alguna manera la "mula" argentina estaba siendo vigilada. A la mañana siguiente lo despertó la llamada del falso Paco.

- *¿Qué hacés, Gandulla... cómo andás para escaparte?*
- *¿Cuándo... y cómo?* -preguntó Goyo, aun entredormido.
- *El cómo ahora te lo explico. El cuando... hoy. Es hoy, Gandulla.*

FUGA

- *El método va a ser distractivo, Gandulla.*
- *¿Distractivo? ¿Cómo sería?* -Goyo se mostraba algo ansioso.
- *Para empezar, no te pongas loco. Tranquilizate porque el secreto del éxito de este procedimiento es la calma. Si te gana la ansiedad... perdemos los dos. No podemos meter el segundo gol antes que el primero.*
- *Ok, entiendo.*
- *Escuchá bien. Hoy te van a encargar el segundo viaje. Va a ser igual al primero. Calcado, te diría. Te va a llamar el Mono al celular que te dio él, te va a decir que vayas a la Agencia Dustricchi, y de ahí te van a hacer ir a Scampia.*
- *Ok, pero... ¿vos estás seguro?*
- *Sí, ya vi el cronograma que tienen para hoy, y a vos te van a encargar el mismo recorrido que la primera vez.*
- *Pregunto, nada más: ¿y si lo cambian?*
- *Si lo llegaran a cambiar, que es muy difícil, se aborta la misión. Si en vez de a Scampia te mandan a otro lado, hoy no hay escape. Pero como estoy seguro que te van a hacer ir a Scampia, prestá atención a la maniobra.*

Las manos de Goyo transpiraban como nunca. Ni en un examen del secundario se había puesto tan nervioso. Esa adrenalina de ponerse el machete debajo del muslo era un mero juego de niños al lado de la misión que estaba coordinando con el falso Paco, ese otro argentino que salió de la galera de un mago, cuando su horizonte pintaba más oscuro que la noche misma.

- *Vas a ir a Scampia, te van a pedir que te alejes un rato, y vos, tal como hiciste la primera vez, te vas a ir al descampado. Ahí voy a estar yo, como la otra vez... Detrás de la misma piedra donde hablamos.*
- *Perdoná que te pregunte, falso Paco. Porque anoche lo pensaba, y en el quilombo mental que se me armó con todo lo que me contaste, no te lo*

pregunté. Pero... ¿qué hacías vos ahí esa mañana?

- Fui el que llevó el auto en el que te volviste, que ya ni me acuerdo cuál era. Ah, sí, ya me acuerdo. Era un Renegade.

- Exacto.

- Últimamente me están mandando a llevar el segundo auto. Y tengo que aprovecharlo porque estos te van cambiando la tarea de tanto en tanto. Entonces, cuando vayas al descampado, ahí le vamos a meter la maniobra distractiva.

- ¿Y cómo sería?

- No te la voy a contar ahora. Porque te vas a asustar. Y no conviene que vayas cagado. La única que te queda, Gandulla, es confiar en mí. Creémelo.

- Y pero... si me decís eso, ya te digo que igual voy a ir cagado.

- Ya lo sé. Pero vas cagado de un cagazo general. No sabés lo que vamos a hacer. Si yo te lo informo, vas a ir pensando en hacerlo bien, y sos candidato a mandarte una cagada. Créeme que es mejor que no lo sepas hasta que estemos en situación. No es nada del otro mundo. Quiero decir... no vas a tener que hacer acrobacia, pero es mejor que lo sepas en el momento.

- Me siento un actor de Andrei Tarkovsky -reflexionó Goyo.

- ¿Qué?

- Nada. Un cineasta ruso, que no le develaba el guión completo a sus actores porque decía que de esa manera actuaban mejor, sin imposter su rol en virtud de conocer cómo continuaba la historia.

- Sabés mucho para ser tan pendejo, Gandulla. Bueno, Tchaicovsky tenía razón, para mí. A propósito, ¿no era músico?

- No, Tarkovsky... Tchaicovsky es el músico, Tarkovsky el cineasta.

- Bueno, dejemos de boludear y vayamos al grano. Haceme caso. Vos andá a Scampia como te van a mandar, y cuando estés en el descampado, ahí nos jugamos la vida. Porque nos vamos a jugar la vida, Gandulla.

- Gracias, me quedo mucho más tranquilo.

- ¿Y vos que te pensás? ¿Que te le vas a escabullir a la Camorra como si fuera un marido al que le cogés la esposa, que saltás un tapial y te vas a la mierda, poniéndote los calzoncillos por el camino?

- Tapial. No hay dudas que sos de un pueblo del interior. O a lo mejor de una ciudad chica -dedujo Goyo.

- *De eso hablamos una vez que estemos a salvo, ya te lo dije. Cuando estemos fuera del radar de la Camorra, te cuento quién soy.*

Aproximadamente a los cuarenta minutos de cortar con el falso Paco, sonó el teléfono que le había dado Benálteguy. El mismo celular que había sido el reemplazo al que trajo Goyo de Argentina. El Mono, con tono severo como siempre, dio las instrucciones anunciadas por el falso Paco.

- *Pibe. A las 11 tenés que ir al mismo lugar de la otra vez. La Agencia Dustricchi, en San Giovanni. Y ahí repetís el mismo procedimiento que hiciste. ¿Entendido? Espero que salga todo bien.*

- *Perfecto, Benálteguy.*

- *Ah... otra cosa. Disculpá el altercado de ayer. Es una mujer con la que tengo una relación... bueno, ya te habrás dado cuenta de eso. Pero no se va a volver a repetir. Fue un mal momento, nada más.*

- *Todo bien, Benálteguy. Usted está en su casa, tiene derecho a... a lo que quiera. No tiene que disculparse.*

- *Bueno. A las 11 en San Giovanni. Chau pibe.*

Luego que Benálteguy le confirmara la misión, tal cual se la anticipó el falso Paco, Goyo dudaba en avisarle o no a éste último de esa confirmación. Dudaba entre mandarle o no un mensaje de texto, descartando de plano un llamado. Llamándolo podía hacer sonar el celular del falso Paco en un contexto inapropiado. Pero el compatriota que Goyo confundiera con el supuesto novio de Nuria desaparecido en Valencia, se adelantaba continuamente a la jugada. Parecía un ajedrecista: siempre moviendo sus piezas con una visión anticipatoria.

- *Hola... te escucho, falso Paco* -atendió Goyo la providencial y anticipatoria llamada de su aliado en la penumbra de la Camorra.

- *Escuchame, Gandulla. Ya sé que te confirmaron la misión. Así que hacemos como te dije: dejás el auto en el edificio de Scampia y te vas al baldío de enfrente. Supongo que vas de zapatillas, ¿no?*

- *Sí, ¿por qué... tengo que ir de zapatos?*

- *No, está bien. De zapatillas. ¿Hace mucho que no corrés?* -consultó el falso Paco, de alguna manera empezando a develarle a Goyo algún detalle de las características de la fuga en ciernes.

- *Eh... sí. Hace varios meses que no corro. Pero estoy bastante en estado. ¿O sea que vamos a rajear corriendo?*

- *Y... en parte sí. Pero no nos adelantemos. A vos hoy te van a dar un Fiat Sorpasso. Y yo te tengo que llevar otra vez un Renegade.*

- *Una duda: ¿por qué te dan un auto más choto para llevar la mercadería, que se supone es el viaje más importante, y un auto más polenta como un jeep, te lo dan para volverte, que se supone que vas más relajado porque no llevás nada?*

- *¿Vos estás seguro qué llevás a la ida y qué llevás a la vuelta?* -repreguntó el falso Paco, desorientando aun más a Goyo.

- *Me cagaste. No lo había pensado.*

- *No importa, eso nunca lo sabe la mula. Y ahora no viene al caso. Ahora lo que viene al caso es que nos preparemos para rajear, Gandulla.*

A las 10.55 Goyo estaba saludando a la poco simpática mujer que atendía la Agencia Dustricchi. La rolliza anfitriona estaba saboreando un canolo que tenía en su mano derecha. Y al mismo tiempo, fumando un cigarrillo largo que llevaba hasta sus labios con la mano izquierda, sin esperar que terminara su masticación. El olor del local envolvía al recién ingresado casi como el tufo que salía de la habitación de Nicasio Benáltegu, aunque en el caso de la agencia se hacía un poco más tolerable.

- *Buona sera* -dijo Goyo, equivocando el momento del día que tenía que incluir en su protocolar saludo.

- *Sera? Mia madre, che ragazzo sciocco* -contestó la obesa dama, que otra vez salió de escena en un "mutis por el foro" cuasi teatral.

Al cabo de algunos minutos, el mismo hombre de la vez anterior -aquel con pinta de actor de reparto en una película de Jean Paul Belmondo- estacionaba el Fiat Sorpasso anunciado por el falso Paco. Era de color blanco con zócalos celestes, y a juzgar por su aspecto, de modelo ochentoso.

- *Argentino... la máquina* -dijo escuetamente el español de los pantalones Oxford, esta vez de color marrón claro.

- *Listo* -saludó Goyo y procedió a subirse.

En el asiento del acompañante estaba el sobre que debía entregar. En el GPS instalado en el tablero del auto, la dirección señalada era inequívocamente la misma que en el viaje anterior -o sea el primero-: Scampia. Sin dudas el falso Paco manejaba un nivel de información muy preciso y detallado de los movimientos que iba dando el clan Secondili. Hasta el momento lo único que se le había escapado era la probabilidad que Nicasio Benálteguay se quedara un día en su casa, producto de una discusión amorosa. Aunque en realidad ese desconocimiento no podía endilgársele al falso Paco como una falla en su capacidad de información.

El mediodía napolitano se presentaba algo nublado y muy pero muy frío. Ese clima gélido se adivinaba en el poco movimiento de gente que observó Goyo al llegar a la Viale de la Resistenza, y en la abundancia de abrigo que mostraban las pocas personas que caminaban por los amplios espacios existentes entre edificio y edificio del barrio de Scampia. Al llegar al ingreso del complejo indicado, nuevamente un joven muchacho le hizo señas con un pañuelo celeste y Goyo introdujo el Sorpasso a la planta baja.

- *Esci da qui, ragazzo* -indicó sin mirarlo el mismo sujeto que lo recibiera en la primera oportunidad.

Hasta allí los movimientos que se iban dando se repetían mecánicamente. Eran calcados al primer viaje. Ahora vendría la parte nueva, la alteración en el libreto que había acordado con el falso Paco, a cuyo encuentro fue, allá en el descampado de enfrente. El corazón de Goyo latía aceleradamente, como si en algún momento fuera a escindirse de su cuerpo, saliendo de su boca como un gigantesco escupitajo latiente.

- *Tranquilo, Gandulla* -lo recibió el falso Paco sin hacerse ver aun por Goyo. Da la vuelta a la piedra y ayudame con esto.

"*Ayudame con esto*" implicaba empujar a dúo el Jeep Renegade -escondido tras unos matorrales- en el que había llegado el falso Paco, ubicarlo de frente -aproximadamente a 45 grados- al edificio de Scampia en cuya planta baja se producían las maniobras ilícitas del clan Secondili, y activar una serie de mecanismos que el otrora fotógrafo había dispuesto en el vehículo.

- *Cuando yo te diga, lo empujamos para la calle, cosa que se frene en la mitad, más o menos. Ahí yo activo una serie de dispositivos, y en diez segundos tenemos que estar del otro lado de estos matorrales* -fueron las precisas instrucciones del falso Paco, que hablaba en un volumen bajo pero asertivo.

- *Ok* -asintió Goyo, que temblaba del frío y del susto.

El falso Paco dio una orden gestual para empujar el Renegade. Goyo cerró los ojos y se encomendó a su santo del toallón. No tenía la más mínima idea de qué se trataban esos dispositivos de los que le habló el falso Paco. El Renegade apenas si generó un minúsculo ruido con sus neumáticos rozando el pavimento gastado de la Viale de la Resistenza, ubicándose de frente al edificio.

- *Gandulla, mirame. Cuando yo aprete esto* -le señaló una especie de handy o control remoto de los antiguos-, *salgo corriendo y vos, atrás mío... siempre atrás mío... seguime como si fueras un stopper y yo el nueve del otro equipo. Y no te asustés cuando escuchés los tiros.*

- *Bueno...* -ya la voz de Goyo era un trémulo gemido.

El botón rectangular negro del control del falso Paco se hundió bajo la fuerza de su pulgar derecho. A la milésima de segundo posterior, el líder de la fuga miró brevemente a los ojos de Goyo, y salió corriendo en dirección diametralmente opuesta a la posición del Renegade. Detrás de él, Goyo, con su mochila al hombro, pegado como Gentile a Maradona en el Mundial de España 1982. El falso Paco esquivaba la maleza del descampado como en un slalom sobre los Alpes Suizos. Al cabo de los diez segundos preanunciados, comenzaron las detonaciones.

- *Pum... pum... ratatatata... pum... pum... paf... ratatatata* -el ruido del tableteo parecía salido de una película de Rambo, mientras aun no se escuchaban sonidos de un contrafuego inminente.

El dispositivo armado por el falso Paco consistía en una serie de tres brazos movidos por poleas, en cuyos extremos había tres réplicas de fusil Beretta, que si bien a simple vista cualquiera se daba cuenta que se trataba de juguetes, a una distancia de cincuenta metros -aproximadamente la distancia entre el Jeep y la planta baja del edificio- parecían verídicos. Esos

brazos eran de madera y se movían hacia arriba y hacia abajo en el habitáculo del Renegade, asomándose y escondiéndose por las ventanillas que previamente habían sido bajadas. A su vez, entre los asientos, estaba dispuesta una bocina conectada a un pequeño grabador de audio, en la cual se reproducían las detonaciones previamente grabadas. Como si ya esa ingeniería no fuera suficientemente creíble para sorprender a los hombres del clan -que sin dudas iban a responder abriendo fuego-, el mismo dispositivo que activaba los brazos de madera, operaba una batería de fuegos artificiales de poca monta que si bien no aportaban mucho desde lo sonoro, sumaban chispas y bocanadas de humo como para darle también un marco visual al simulacro de tiroteo.

Goyo seguía al falso Paco en su corrida tras los matorrales, que el muchacho de Estación Roma imaginó interminables. Para su sorpresa, esa maleza era apenas un cordón de quince metros en diagonal que separaba la Viale de la Resistenza del Parco Ciro Espósito, un pulmón verde enclavado en el centro de Scampia. Bordeando una fila de flacos y despoblados árboles, el falso Paco seguía corriendo -con Goyo casi pegado a la espalda-, mientras lo que ahora se escuchaba era una balacera de proporciones. De un lado, las falsas detonaciones del ídem Paco. Del otro, una ráfaga totalmente verídica aunque desproporcionada de los secuaces del clan Secondili, quienes sin duda habían repelido el falso ataque. Goyo imaginaba a esos hombres repeliendo con gestos tensos, y pensaba cuánto demorarían en darse cuenta de la treta.

- *¿Cuánto dura lo que preparaste?* -preguntó Goyo con la voz entrecortada por la intensa corrida que aun no terminaba.

- *Mientras escuches tiros, dura* -apenas si le contestó el falso Paco, sin darse vuelta un milímetro para que su socio en la fuga lo escuchara bien.

Aquella memorable corrida terminó de golpe y prácticamente en seco. Al llegar a una pequeña escalinata de piedras, el falso Paco comenzó a caminar simulando calma. Trataba de no llamar la atención, mientras se dirigió a una pequeña motocicleta estacionada frente a otro de los edificios del complejo, en apariencia menos ruinoso -y por ende menos problemático- que los restantes. Aun de fondo, aunque más lejanos, retumbaba la metralla desatada desde el Jeep Renegade y repelida por los secondilianos de la

planta baja. Scampia era un distrito que acostumbraba a sus vecinos a ese tipo de refriegas, por lo que no muchos de ellos parecían alarmarse. Apenas un hombre mayor se había asomado a un balcón del primer piso. Debajo de un sobretodo marrón se alcanzaba a ver una camiseta de friza blanca. Al divisar al falso Paco y a Goyo, el sujeto esbozó un comentario.

- *Sembra che sia scoppiato un putiferio* -dijo el anciano.

- *Sembra* -respondió escuetamente el falso Paco.

Con el falso Paco al volante y Goyo abrazado a él como niño a su padre, la moto fue tomando distintos atajos e intrincadas callejuelas que desorientaron rápidamente a Goyo. El andar del falso Paco arriba de ese pequeño motovehículo -del cual Goyo nunca reparó en la marca-, parecía el de Valentino Rossi en los grandes premios de motociclismo. Ese raid motoquero llegó a su fin en una estación del metro de Nápoles. El letrero gigantesco sobre fondo color gris acero decía "Scampia", aunque se trataba en realidad de la estación conocida como Piscinola, por estar ubicada en el barrio del mismo nombre, uno de los limítrofes con Scampia.

- *Bajate tranquilo, simulá que vamos conversando lo más bien, y seguime. Acá tomamos el metro. El primero que pase para el lado de la Napoli Centrale. Y ahí, el primer tren que agarremos. Ojalá sea para el Norte.*

- *¿Y si es para el sur?*

- *Lo tenemos que agarrar igual.*

- *¿Y en qué nos favorece el norte?* -la ansiedad de Goyo lo asemejaba a un adolescente en la edad de los porqués.

- *Menos mafia, Gandulla. O por lo menos menos arraigada.*

Primero fue en el Metro. Parados en medio de la muchedumbre, el falso Paco fingía aceptablemente estar tranquilo. La cara de Goyo aun era de espanto. Estaba pálido. Por el susto, por el frío, por la incertidumbre. Se sentía inmerso en una interminable película de intriga. Una road movie hollywoodense que a juzgar por la duración que llevaba era más bien húngara. Como la legendaria "Satantangó", del imprescindible Bela Tarr, prodigio del cine independiente europeo.

- *Ponete este gorro, Gandulla* -musitó el falso Paco, y le entregó a Goyo un gorro de lana negra que sacó del interior de su campera azul. *Ponetelo. Y*

cambiá esa cara, haceme el favor.

- *Sí, estoy tratando. Pero estoy recagado* -contestó Goyo colocándose el gorro.

- *Yo también, Gandulla. Y créeme que el cagazo es bueno. Porque te despierta el instinto de supervivencia. Tenelo, pero dejalo escondido.*

- *¿A qué cosa?* -repreguntó Goyo, desorientado.

- *Al cagazo, Gandulla. Dejalo escondido* -cerró mientras, a su turno, él se ponía una gorra de cuero gris.

- *Tenés un ropero adentro de la campera* -reflexionó Goyo.

- *Casi* -contestó el falso Paco, mirando para ambos lados.

El reloj de la Napoli Centrale marcaba las 12.15. El mediodía se templaba un poco a partir de la aparición -entre nubes- de un sol esquivo durante aquella jornada. La gente iba y venía en busca de distintos destinos, ya sea buscando su tren, o intentando salir de la estación para llegar a sus trabajos. Eludiendo esa marabunta de personas, el falso Paco y Goyo iban esquivando personas, como tratando de llegar a lo más alto de la tribuna popular de un estadio.

- *Che... Paco* -Goyo ya eludía el mote de falso, quizá para hacer más corta cada frase y ahorrarse palabras que además no le salían en virtud del miedo.

- *Arriba del tren hablamos, Gandulla, vamos a tener tiempo* -contestó el guía, que se apiadó del susto de su compañero, y en actitud protectora lo tomó del hombro para acompañar su caminata.

Al llegar al sector de los andenes, el falso Paco buscaba desesperadamente el tablero que indicaba la salida de las próximas formaciones. Sin embargo, el primero que lo divisó fue Goyo, que no abandonaba ni su mochila ni su cara de susto. Tocó el hombro de su compañero y le señaló el cartel.

- *Listo, la pegamos. A Verona. Es aquel.*

- *Como Romeo y Julieta* -bromeó Goyo, en una chanza que brotó quizá como una autodefensa en un momento de máxima tensión.

El tren salió de la Napoli Centrale bajo una lluvia fina que empañaba los cristales de las ventanillas. Afuera, el paisaje invernal se deslizaba lentamente, un borrón de colores apagados y cielos plomizos. Dentro del vagón, el aire olía a humedad y a café recién servido. Goyo miró a su

alrededor, observando a los pocos pasajeros que viajaban en la formación. Algunos leían, otros miraban por la ventana con expresión ausente, mientras que un anciano dormitaba en su asiento, arrullado por el traqueteo del tren.

- *Paco... No te lo pregunté: ¿te puedo decir Paco solamente?* -preguntó Goyo.

- *Sí, dale. Total...* -contestó con desgano el falso Paco, ahora Paco a secas. *Es la misma mierda.*

- *¿Era necesario semejante quilombo para escaparnos? ¿No alcanzaba con rajarse, sin armar esa balacera que armaste?*

- *Te explico, Gandulla. El tiroteo ficticio, al menos ficticio de nuestro lado, del otro lado quedate tranquilo que tiraron de verdad, tuvo un doble objetivo. Primero, tiempo de distracción. Nosotros no hubiéramos podido rajarnos así nomás. El mismo pibe que te hace señas con el pañuelito es el que te está vigilando a vos, y hay dos más que controlan el trabajo mío. Si ven que nos piramos, nos alcanzan en dos patadas. Así como hicimos, ellos tienen que replegarse y enfocarse en repeler la balacera. Y segundo, si bien nos quieren agarrar más que antes, nos respetan un poco más. Igual al rajarnos somos objetivos, eh. Por las buenas o por las malas, nos van a buscar por toda Italia para agarrarnos y matarnos, directamente.*

- *Bueno, la verdad... ahora me quedo mucho más tranquilo* -dijo Goyo, mientras se sacaba el gorro de lana.

- *¿Qué hacés? Dejate ese gorro* -lo reprendió el falso Paco. *Ya te lo dije, Gandulla... ¿pretendías rajarte de la Camorra hablándolo? ¿Arreglándolo de palabra como quien negocia la venta de un auto usado? ¿O preferías seguir arriesgándote de mula? ¿Sabés cuántas mulas balearon en el último año?*

- *Ni idea.*

- *Yo tampoco. Porque son más de cien. Y de las cien, la mitad está dándole de comer a los gusanos. Y eso sin contar las que agarró la cana...*

- *¿Y con ésas que pasa?* -preguntó Goyo.

- *Y... no sé qué es peor. Porque la cana te ofrece hablar a cambio de una protección que después... es endeble. Y sino te pueden cocinar en la cárcel.*

- *Todavía no puedo creer en lo que estoy metido, en serio, Paco. Es un mal sueño que lleva semanas y no termina nunca.*

- *Te entiendo, Gandulla. A mí me pasó lo mismo. Y durante varios meses. Me parecía una broma pesada, una cámara oculta... qué sé yo. Pero me tuve que despertar, aceptarlo, y planearlo. Sino me ponía en marcha, no lo podía hacer.*

- *¿Y por qué no lo hiciste solo?*

- *No hubiera podido. Primero, no me hubiera animado, y segundo, en yunta siempre es mejor, por cualquier contingencia.*

Los vidrios empañados por la llovizna y el frío no dejaban ver nítidamente el exterior, aunque mucho para ver no había. El tren se escurría en la geografía urbana de Nápoles. Una geografía opaca, gris y aburrida en ese trayecto ferroviario. El paisaje se hacía todavía más opaco para Goyo, que aun sintiéndose amparado en la energía buena de su Dios del toallón, miraba sin ver a través del vidrio con una sensación de tristeza a flor de piel. Aunque al menos ahora sentía un poco de alivio. Un alivio que había llegado de la mano de un elemento sorpresivo. Un superhéroe inesperado.

- *¿De dónde saliste vos, Paco? Te mandó Dios.*

- *¿Sos muy creyente, Goyo?*

- *No, es una forma de decir, nada más. Siempre he sido más bien agnóstico, pero a partir de hoy voy a tener que replantearme la cuestión de la fe.*

- *Yo no creo en nada. Mucho menos en los hombres.*

- *Supongo que esta "pretemporada" en la camorra te debe haber vuelto aun más misántropo -reflexionó Goyo.*

- *Suponés bien. Pero ya lo era antes. Misántropo y nihilista.*

- *Un combo picante.*

- *Sí. Venimos de la nada, y hacia ella vamos. ¿Esto del medio? Qué sé yo. Hay que transitarlo como se pueda. Pero para mí carece de toda épica.*

- *Bueno... escapársele a la camorra tiene bastante de épico.*

- *Shhh -Paco miró hacia todos lados, temeroso, y bajó el volumen de la conversación. Ojo con lo que decimos. Todavía no estamos a salvo. Ni a palos.*

- *Sí, perdón. Es tan raro y extraño lo que me viene pasando desde que llegué a Europa que ya no sé si estoy soñando o estoy despierto.*

- *Tenés que estar más despierto que nunca, Goyo. Tenemos. Tampoco soy un agente de la KGB, preparado para sortear cualquier obstáculo.*

Entre Nápoles y Verona hay una distancia aproximada de 530 kilómetros. Un trayecto que habitualmente un tren hace en cuatro horas y media. Es decir que a media tarde Paco -o como en realidad se llamase- y Goyo estarían en la ciudad atrapada en un meandro del río Adigio.

- *En Verona... ¿Nos bajamos en alguna estación de la entrada, no? Digo, en las estaciones centrales por ahí es más peligroso* -dedujo Goyo tratando de adelantarse a los planes que seguramente tenía el falso Paco.

- *Al contrario. A la Camorra hay que hacerle contrainteligencia. A esta altura ya deben estar atrás nuestro. Y para eso no van a salir a perseguirnos desde Nápoli. Seguro alertaron a su gente en las ciudades más próximas. Y deben aplicar la misma lógica que aplicaste vos recién. Entonces, las primeras estaciones son las más peligrosas para nosotros. Tenemos que bajarnos en la central.*

- *¿Y ahí no van a estar?* -repreguntó Goyo.

- *Sí, casi seguro que van a tener gente esperándonos ahí, pero en el amontonamiento tenemos que seguir sacándoles ventaja.*

Goyo volvió a mirar la nada a través de la ventanilla del tren, ensayando un gesto reflexivo y pensante. No terminaba de procesar todo lo que venía ocurriéndole en las últimas semanas de su vida.

- *¿Tanto valemos para ellos que nos van a perseguir adonde sea? Eso es lo que todavía no termino de entender. ¿Tanto valemos?*

- *No valemos nada. Pero no pueden dejar pasar la oportunidad de bajarle a la tropa un mensaje ejemplificador. No se les puede escapar nadie. Es un signo de debilidad que no pueden darse el lujo de mostrar* -explicó el falso Paco.

El cansancio físico empezó a hacer mella más rápidamente en el ideólogo del escape. El traqueteo del tren ejerció un efecto mecedor sobre el falso Paco, que sin buscarlo, se quedó dormido. Era hasta lógico. Tenía sobre sus hombros la responsabilidad de una maniobra peligrosa, muy arriesgada, que a pesar de haber comenzado de manera eficiente, aun no había terminado. Ni mucho menos. La Camorra napolitana -específicamente el clan Secondili- ya los sabía enemigos. Porque aun sin erigirse en "competencia", esos dos jóvenes argentinos estaban poniendo en tela de juicio la seguridad

de la organización. Implicaban una grieta de fragilidad. Sino operaban en consecuencia y procedían a un rápido y eficiente escarmiento de los "fugados", la especie no tardaría en correrse entre las distintas capas de la estructura camorrista y pasaría a ser muy factible que otros "protegidos" se envalentonaran para seguir el mismo camino.

Goyo también estaba a punto de ser vencido por el cansancio, pero al ver a su compañero entregado por completo al sueño, prefirió esforzarse y mantener la vigilia. Era lo menos que podía hacer después de semejante "patriada" ideada, planificada y ejecutada por ese muchacho que según sus propias palabras, después de la fuga le contaría acerca de su procedencia. Hasta allí, lo único que le había develado era su pertenencia a alguna localidad o ciudad del interior de la provincia de Buenos Aires. Ese dato apenas si achicaba un poco el espectro acerca de su origen.

- *La provincia de Buenos Aires es bastante grande como para acertarle al lugar de donde viene este pibe. Encima los bonaerenses no tenemos ninguna tonada* -pensó Goyo, mientras miraba al falso Paco profundamente dormido.

Pero la vigilia de Goyo también se vio derrotada. Al cabo de un par de horas de viaje, y cuando el tren estaba a mitad de camino entre Nápoles y Verona, sin darse cuenta siquiera, el pibe oriundo de Estación Roma se durmió, sin más trámite. Con la cabeza hacia adelante, en una pose que certificaba una dormitación involuntaria. El bullicio de algunos pasajeros que se paraban para bajarse en las primeras estaciones, sobresaltó al falso Paco, que se despertó repentinamente, y al advertir a su compañero dormido, lo zamarreó fuerte de su brazo derecho.

- *Boludo... ¿nos dormimos?*

Goyo se despertó asustado. Verona Porta Nuova, la estación central de una de las principales ciudades del Véneto, estaba a escasos minutos. Esos dos jóvenes, que imaginaron al emprender sus respectivos viajes por Europa, disfrutar la vista de ciudades como la que los recibía, ahora miraban con sorpresa medida, y en sus miradas anidaba una angustia extraña. Esos edificios antiguos, esas plazas frondosas en medio de la historia, esas calles tan pintorescas, los convocaban por igual a una pena creciente.

- Pero mirá Verona. Hubiera jurado que al conocerla me iba a emocionar, y ahora apenas si me genera una mínima curiosidad. Mirá allá, se ve la Arena. Sí, es linda, pero...

- Tranquilo Goyo. Adonde queremos volver también hay lindos paisajes. Yo ahora extraño caminar por la plaza de mi pueblo. Me chupa un huevo Verona, Nápoles, Roma, Italia y todo este país de mierda.

- O sea que sos de un pueblo. Como yo -dedujo Goyo.

- Sí. Pero no empieces con esas indagaciones. Concéntrate que ahora tenemos que bajar y alejarnos lo más posible de la estación.

El hall central de Verona Porta Nuova estaba poblado de gente yendo y viniendo de los andenes. Aunque el revuelo era mucho menor al de la Napoli Centrale, y ni que hablar de la Termini, en Roma. El falso Paco bajó primero. Se puso unas gafas de sol y trató de auscultar en todas las direcciones posibles, tratando de detectar gente sospechosa. No divisó a nadie en actitud extraña, giró hacia atrás e indicó con un ademán a Goyo - que esperaba en el pasillo del tren- que se bajara.

- Parece que no hay nadie sospechoso -explicó el falso Paco.

- ¿Y cómo catalogás a esos dos tipos que están mirando para todos lados, mientras chequean alguna imagen en sus celulares? Esos dos de ahí - señaló Goyo con el mentón.

Eran dos hombres con gesto severo. Uno era alto y obeso, con cabello engominado. El otro era bastante más bajo, caminaba un paso adelante de su compañero, y parecía ejercer un cierto liderazgo en la dupla. Estaban a escasos diez metros de ellos, aunque con mucha gente deambulando en el medio.

- Seguime Goyo -indicó el falso Paco, y enfiló hacia la derecha, con paso decidido.

CASTELNUOVO DEL GARDA

- *Si te gusta el durazno... bancate la pelusa* -reflexionó Goyo en voz alta, mientras se incorporaba en el acolchado que le servía de cama.
- *A mí me gusta comerlo. Ahora, laburar en una plantación... es bastante aburrido* -respondió el falso Paco, que ya estaba cambiado y preparando el jarro de café con el que desayunaban todas las mañanas.
- *Está medio nublado. Qué lindo sería que llueva* -opinó Goyo. *A la primera gota sobre el tinglado sabés como me meto de nuevo abajo de la cortina. Duermo mínimo hasta las once de la mañana.*

La cortina estaba improvisada con lona de camión, y el tinglado era el refugio que les había otorgado don Luigi, el propietario de una finca ubicada en las afueras de Castelnuovo del Garda, plena zona rural de la región del Véneto. La finca tenía unas ocho hectáreas destinadas a la siembra del durazno, y a ella habían llegado Goyo y el falso Paco luego de huir de las dos personas que parecían tratar de localizarlos en la estación Verona Porta Nuova. Los dos muchachos argentinos habían corrido por las callejuelas veronesas aledañas, tratando de marchar siempre a contramano del tránsito. Era una manera de evitar que los persiguieran en vehículo, suponiendo que los enviados de la Camorra tuvieran el recato de no cometer infracciones viales, cosa bastante infructuosa. Luego de una docena de cuadras recorridas, Goyo vio venir un colectivo y sin preguntarle al falso Paco, le hizo señas, deteniéndolo. A bordo de aquel micro intercomunal, los prófugos llegaron al final de Castelnuovo, y optaron por bajarse en la última parada. Desde allí caminaron por trayectos rurales varios, hasta dar con don Luigi, que justo se disponía a entrar con su camioneta a la finca.

- *Mi scusi, signore. Siamo raccoglitori di pesche e cerchiamo lavoro... avete bisogno di operai?* -preguntó el falso Paco.

- *Forse... ma tu non sei italiano. Da dove vengono?* -respondió el propietario de la finca, un hombre alto, robusto y que aparentaba unos sesenta años, mientras desenroscaba la cadena que ataba su tranquera.

- *Siamo argentini. Stiamo viaggiando per la campagna in cerca di lavoro* -explicó el falso Paco.

- *Lo único que te entendí es que somos argentinos* -dijo en voz baja Goyo, que seguía el diálogo sin entenderlo, aunque imaginándolo.

Los "fugados" de la temible camorra napolitana congeniaron rápidamente con don Luigi, que vivía con su esposa Stefanía -una mujer de estatura más bien mediana, ceño fruncido, pocas palabras, mirada escrutadora y pelo enrulado rubio-, y no tenían hijos, sólo un par de perros. La tarea encomendada a los argentinos en primera instancia no fue la de recolectar duraznos por una sencilla razón: en febrero no hay recolección. En febrero, y también en marzo, se trabaja en otras cosas.

- *Non ho bisogno di collezionisti in questo momento, ma ho bisogno di aiutanti in altri tipi di compiti. Hai il coraggio di farlo?* -consultó don Luigi.

- *Ahora sí no entendí una garcha* -dijo Goyo.

- *Sì signore, siamo bravi in questo* -respondió el falso Paco-. *No le entendí mucho yo tampoco, pero supongo que no nos va a poner a desarmar un motor.*

Los dos meses siguientes en la finca de don Luigi -llamada "Pesca Sanguinante", que en castellano significa "Durazno Sangrante", increíblemente parecido a la canción de Invisible, banda liderada por Spinetta, apodo que le había puesto Nuria a Goyo por su parecido físico con el cantautor argentino-, mantuvo a Goyo y al falso Paco encargados de ayudar a don Luigi en la poda de los árboles de durazno para eliminar ramas muertas o enfermas y para mejorar su estructura, controlar plagas aplicando productos químicos que eviten la proliferación de hongos y bacterias que podrían afectar los árboles durante la primavera y el verano. También revisaban los sistemas de riego para asegurarse de que estén en buen estado antes del inicio de la temporada de riego en primavera, protegían con mantas las plantas más vulnerables, y realizaban trabajos en la preparación del suelo en vistas de la temporada de crecimiento.

- "Pesca Sanguinante" es durazno sangrando, boludo. Recién caigo. Lo acabo de googlear en el celu -se sorprendió Goyo. Qué casualidad, justo un tema de Spinetta, como me bautizó la atorranta de Nuria.

- Ya te dije que no boludeés con el celular. Que hables con tu vieja, vaya y pase. Están encriptados pero nunca hay que confiarse. Mirá cómo cayó Escobar Gaviria -llamó la atención el falso Paco, quizá con un dejo de buscada exageración. No hay que minimizar los riesgos, al contrario, hay que maximizar los cuidados.

- Eh, boludo. Mirá si nos vas a comparar con Escobar Gaviria... Bueno, salvo que vos también seas narco. Porque todavía no me blanqueaste quién sos ni de dónde venís. Se ve que te gusta seguir "tabicado".

- ¿Y para qué mierda querés saber quién soy o de donde vengo? Si así estamos bien. Sigamos así y listo. Aparte... ya le pregunté a don Luigi por el nombre de la finca y es una coincidencia.

- ¿Ah sí? ¿Y por qué le puso así? -preguntó Goyo.

- Porque una vez el hijo de un vecino abrió un durazno con la mano y chorreó mucho jugo, y el pibe le dijo "mirá, parece que le sale sangre".

- Ah... nada que ver. Claro, era imposible que el gringo éste sea fanático de Spinetta. Si no debe escuchar más que tarantelas...

- Esa simplificación típica del argentino: italiano... tarantela.

Los días en la finca de don Luigi pasaban sin pena ni gloria, pero al menos significaban un remanso para los dos argentinos, que venían de la tensión de vivir bajo el influjo de la Camorra napolitana. En la ruralidad del Véneto, los "fugados" se levantaban muy temprano, trabajaban casi a destajo y esa rutina les servía para cansarse en busca de una noche de sueño reparador. Algo así como aquella rutina de ejercicios que llevaba Goyo en el departamento del Mono Benálteguay, cuando esperaba encerrado las directivas de sus "protectores".

Con Stefanía interactuaban muy poco. Solamente cuando la mujer les traía la comida, casi siempre de manufactura casera -mucho pasta, bastante pescado y alguna vez carne de cerdo o cordero-, salvo alguna pizza comprada en "Porzione Castelnuovo", según don Luigi la mejor pizzería del pueblo. Ese pueblo que los argentinos aun no conocían, a pesar de llevar varias semanas en la finca de don Luigi. Una noche el propio don Luigi

les insinuó que fueran a divertirse un poco al pueblo, pero el falso Paco lo descartó de plano aduciendo que ellos preferían descansar. En realidad no quería arriesgar en lo más mínimo su seguridad y la de Goyo. Entendía que no debían relajarse ni aun en el medio de la campaña italiana. Por otra parte el trabajo de preparación para la cosecha estaba llegando a su fin, de acuerdo al movimiento que se veía, y a los comentarios que alcanzaban a escuchar de don Luigi cuando hablaba con Stefanía. Más que divertirse, lo que tenían que hacer era decidir los pasos a seguir cuando los trabajos encomendados por don Luigi terminaran en "Pesca Sanguinante".

- *Va quedando poco por hacer, según me dijo Stefanía* -comentó Goyo. *A partir de abril medio que don Luigi se arregla solo. ¿Tenés idea qué vamos a hacer ahora? ¿Estará despejado el panorama para rajar, o vos creés que nos seguirán buscando?*

- *Olvidate. No te digo que pusieron a toda la tropa atrás nuestro, pero debe haber un par de grupos que mientras cumplen otras tareas siguen buscándonos. Además los que agarran a los fugados ganan puntos con los de más arriba.*

- *¿Y qué vamos a hacer?*

- *Estuve hablando con don Luigi, para ver si podemos darle una mano en alguna otra cosa. Me dijo que lo iba a pensar. Veremos qué me dice en estos días.*

Durante los meses de abril, mayo y junio un sembradío de durazno casi que se puede manejar a control remoto, o apenas con el trabajo de una sola persona. Al menos una finca de ocho hectáreas como la de don Luigi. Hay que controlar el sistema de riego, realizar una poda mínima, mantener un mínimo ritmo de fertilización, y algunas tareas menores más. Don Luigi era un hombre fuerte, y además su esposa Stefanía no mezquinaba esfuerzos cuando había que ayudarlo en alguna tarea pesada. La utilidad de Goyo y el falso Paco en la finca "Pesca Sanguinante" empezaba a esfumarse. La relación con el matrimonio propietario era buena, pero tampoco los iban a adoptar. Si querían permanecer allí para algo debían resultar necesarios, sino era un hecho que don Luigi les iba a agradecer los servicios prestados y los iba a mandar de vuelta a sus respectivas vidas, tal como cuando lo encontraron en la entrada de la finca.

- ¿Y si le proponemos quedarnos gratis? -ideó Goyo.
- Va a sospechar.
- ¿Sospechar qué cosa?
- No sé, pero va a sospechar. Dos tipos que se quedan en una finca de duraznos sin laburar, sin cobrar, así, al pedo... Nos va a mandar a un hotel.
- No, pero yo digo otra cosa.

Goyo estaba metido bajo la lona de camión que usaba de frazada, pero se incorporó para darle énfasis a su idea.

- Yo digo que hablemos con don Luiggi y le expliquemos que... necesitamos llegar hasta junio en Italia para recibir la ciudadanía que estamos tramitando. Y mucha plata no tenemos. Que nos deje quedarnos acá, en el galpón. Y nosotros nos arreglamos con la comida.
- ¿Y tenemos que ir al pueblo a buscarla? -repreguntó el falso Paco, que más que saborear el café se estaba calentando las manos con la taza.
- ¿A buscarla a quién? -se desorientó Goyo.
- A la comida, boludo.
- Se la encargamos a Stefanía, que nos la traiga cuando va a comprar la de ellos. Tenemos buena onda con la gringa.
- O sea que no sólo le vamos a usar la finca de hotel, sino que además le usamos a la mujer de mandadera.
- Y sí, eso puede ser. Pero de última voy yo a buscar la comida. Mirá como estoy, medio barbudo, me voy bien emponchado... bajo perfil... quién me va a conocer. Dale, Paco, no somos Butch & Cassidy.
- Qué sé yo... igual no me convence la excusa para quedarnos. ¿Tramitar la ciudadanía? No sé, dejame pensarlo mejor.
- Muchos días no nos quedan -avisó Goyo.
- Ya sé. Pero dejame ver.

Tres meses debían pasar para llegar hasta la recolección. El falso Paco trataba de imaginar los distintos escenarios posibles que podían presentarse en ese lapso. En la finca de don Luiggi se sentían seguros, nada los intranquilizaba. A "Pesca Sanguinante" no arribaba casi nadie ajeno a la familia del propietario. Apenas si algún conocido de don Luiggi se detenía a conversar de camioneta a camioneta en el ingreso de la chacra. En los meses que llevaban allí jamás habían sentido sobresalto alguno. Estaban

casi como aislados de la sociedad. El único contacto con el exterior eran las llamadas de Goyo a su madre, las cuales ocurrían una o dos veces por semana.

- *Goyito, mi vida. ¿Todavía en ese campo de duraznos? ¿Seguro que no tuviste ningún problema, hijo? Es mucho tiempo ahí, no entiendo qué estás haciendo.*

- *Ya te lo dije, mami. Juntando unos pesos para seguir. Además si hubiera tenido algún problema estaría preso... no trabajando en un campo de duraznos.*

- *Y... no sé, hijo. A veces pienso que estás metido en algún problema y no me lo querés decir. Al menos mandanos fotos... pero no de tu cara, de los lugares donde estás. Yo no entiendo nada de las computadoras, ya sabés, pero el Daniel también me dice que no ponés nada en tu faibu o algo así, no me acuerdo cómo se dice.*

- *Facebook, mamá, Facebook. Y nunca fui de publicar mucho, así que decile al Daniel que no hable al pedo.*

- *Pobre, es un santo el Daniel. Él me parece que también sabe algo y no me lo dice. Se lo noto en la mirada cuando me habla.*

- *¿Sabe algo de qué? Mami, dejá de joder con eso que no te voy a llamar más. Eso es lo que vas a lograr.*

- *No me digas eso, nene. Soy tu madre.*

Con Daniel Peralta había quedado aquel cabo suelto del mensaje de texto. El que le mandara a Goyo cuando aun vivía en el oloroso departamento de Benálteguay. Tenía pendiente una llamada con él, aunque lo conocía de sobra y sabía que Daniel no era propenso a dar pasos inconsultos y peligrosos. Goyo razonaba: "*Daniel habla con mi madre, ella le debe haber contado que está en contacto conmigo, así que, si bien intrigado, no creo que se vaya a mandar ninguna cagada como lo sería contarle lo que sabe del Peta y la Oveja*". Igual le debía una llamada. Era su gran amigo. Y hacía mucho tiempo -más de dos meses para un vínculo tan fuerte como el que los unía, lo era- que no hablaba ni intercambiaba mensajes con él.

El que no llamaba nunca a nadie era el falso Paco. Ninguna madre a la cual avisar algo, ningún padre al que hacerle saber de su paradero, ningún hipotético hermano o hermana mencionada ni al pasar en alguna

conversación. Nada. Del falso Paco, Goyo sólo sabía que era de un pueblo del interior bonaerense.

- *Vos deberías haber sido montonero. Sos un ejemplo de célula dormida de alguna organización revolucionaria. No se te escapa ni un pedo. No llamás a nadie, no te llama nadie. Sos el "hombre sin nombre" de Clint Eastwood en las películas de Sergio Leone. Que no te pase nada porque no sé a quién carajo le tengo que avisar.*

- *A nadie, Gandulla.*

- *¿Gandulla? Hace rato que no me nombrás por mi apellido.*

- *¿Veías "El Chavo"? -preguntó el falso Paco mientras desenrollaba alambre para reforzar las protecciones de los durazneros.*

- *Obvio -respondió Goyo mientras lo ayudaba.*

- *Cuando Doña Florinda estaba enojada con Quico, le decía Federico.*

- *Ah cierto... tenés razón. Ahora me acuerdo. ¿Eso significa que estás enojado conmigo? Pero siguiendo esa línea de razonamiento deberías decirme Gregorio. O sea obviar el apodo y también el apellido.*

- *No, no estoy enojado. Pero dejá de hurguetear donde no debés. No tengo ganas de volver a hablarlo.*

- *Hurguetear. Sí, sos de un pueblo. Esa es otra palabra bien de pueblo.*

En la campiña del Véneto, abril -si tuviera que describirse a partir de un arrebatado de realismo mágico- es un mes caprichoso que se toma su tiempo para decidir si es primavera o aún retiene algo del invierno en sus entrañas. Las mañanas, teñidas de niebla espesa, despiertan los campos con un frío que se cuela entre los huesos, pero basta que el sol se asome unos minutos al mediodía para que todo se transforme. En los huertos de duraznos, los árboles, aún desnudos de hojas, se visten con una lluvia de flores rosadas, tan delicadas que parece que el viento las podría deshacer con un solo suspiro.

- *Hoy va a hacer frío. Es al pedo. Abril no difiere mucho de marzo acá -comentó Goyo mirando por una pequeña ventana del galpón.*

- *Ahora sos meteorólogo... mirá -respondió el falso Paco, alistándose para salir a cumplir con las pocas tareas que quedaban.*

- *¿Y si rompemos algo de noche para tener que arreglarlo después? -propuso Goyo en tono inocultablemente jocoso.*

Las plantaciones de duraznos -seguiría diciendo quizá García Márquez- dispuestas en hileras ordenadas que se pierden hasta el horizonte, parecen estar suspendidas en un sueño incierto. Las flores cubren las ramas con una suavidad que roza lo mágico, como si cada pétalo hubiera sido puesto ahí por la mano de un dios distraído, incapaz de decidir si la belleza debe ser eterna o efímera. Los campesinos, de rostro curtido por el sol y la tierra, caminan entre los árboles con el paso lento de quien sabe que todo lo que crece en el campo necesita tiempo, y que abril es el mes que siembra la promesa.

En las tardes, el aire es tibio, y el aroma de los duraznos en flor se mezcla con la tierra húmeda y el susurro de los viejos molinos. Siempre se habla de que *"este año será una buena cosecha, que los duraznos serán más dulces que nunca"*, en cambio los ancianos -más escépticos que el resto- dicen que *"el verdadero sabor de los duraznos no depende de la tierra ni de la lluvia, sino del espíritu del mes de abril, que siempre juega a las escondidas entre las sombras y las luces"*.

- *Lo voy a llamar a Daniel* -avisó Goyo.

Era de noche. Noche cerrada y fría en Castelnuovo del Garda. El falso Paco daba vueltas antes de acostarse, quizá pensando los pasos a seguir. Su cabellera lucía notoriamente desprolija, y su barba, poco frondosa, le daba una imagen casi guevariana. Su rostro pálido resaltaba aun más esos filamentos capilares que le habían brotado desde el día de la fuga en Scampia.

- *Hola... ¿En serio? ¿Sos vos Goyo?* -del otro lado de la línea la voz de Daniel Peralta sonó temerosa, trepidante, temblorosa.

- *Y sí, boludo... ¿quién va a ser? ¿Alguna pendeja que está atrás tuyo y no se anima a encararte en la calle, pajero?* -contestó Goyo, tratando de calmar de entrada a su mejor amigo, quien seguramente guardaba en su ánimo toda la angustia del silencio de los últimos meses.

- *Uy boludo... te hacía...* -la frase quedó en puntos suspensivos.

- *¿Muerto? Eh, pará, exagerado.*

- *No, te hacía en problemas. Eso iba a decir. Desde el último mensaje que cruzamos no supe nada más de vos. Me cansé de llamarte al celular pero*

después desistí. Además tu vieja me mata a preguntas, boludo. Tu viejo menos, pero tu vieja... y ni te cuento tu abuela Leticia.

- Uh, me imagino. Bueno, recapitulemos. Vos me ibas a decir algo de Peta y la Oveja. Te aclaro que ya más o menos lo tengo claro eso. Pero decime qué sabés vos, y lo que más me intriga: cómo lo supiste.

- Me parece que el Peta y la Oveja venden merca. Me lo dio a entender la Pina, que estuvo de visita unos días en Valencia. ¿Te acordás de la Pina?

- ¿Cómo no me voy a acordar, boludo? No hace treinta años que me fui de Roma, hace tres meses y algo, nada más. La Pina... la prima de Alejandra, la madre del Oveja. La narigona tetuda que se juntó con Cogollo Raspo.

- Sí, sí, esa. Viajó a visitar a la hija que está en Barcelona y después la fue a saludar a Alejandra, a Valencia.

- ¿Cogollo vino? -surgió la curiosidad pueblerina de Goyo.

- Ahí está... ¿no era que te fuiste hace poco de acá? Cómo mierda lo vas a sacar a Cogollo del taller, ni con la Gendarmería.

- Tenés razón, jajaa...

- No, fue la Pina sola.

- ¿Y qué te dijo? -se impacientaba Goyo.

- Que el Peta y la Oveja andan en cosas turbias. Ella se dio cuenta a los pocos días. Gente rara que va a buscarlos, conversaciones sospechosas. Paquetes que no se sabe qué tienen. Viste cómo es la Pina, más desconfiada que la mierda. Yo no sabía si creerle o no, aunque por las dudas me pareció que tenía que avisarte. Pero ahora vos me decís que sabés algo. ¿Es cierto entonces?

- Es mucho más cierto de lo que vos creés, de lo que la Pina supone, y de lo que yo todavía puedo entender.

- ¿Venden merca, entonces? -preguntó Daniel, que detrás de su voz dejaba mezclar el sonido de los pájaros en Estación Roma, donde atardecía.

- Sí, venden merca, pero es más complicado que eso. Y no sabés en la que me metieron. Tendríamos que hablar dos horas y no tengo ni créditos, ni batería, ni tiempo, ni ganas de llenarte la cabeza con semejante balurdo.

- Boludo... me asustás. ¿Te metieron a vender merca con ellos?

- Dani... parece que no me conocieras. ¿Cómo voy a vender merca? ¿Vos me estás hablando en serio?

- No, está bien, perdoname. Pero dijiste que te metieron en algo. Capaz que no pudiste zafar, por eso te lo pregunto.

- No, Dani. Es mucho más complicado aun. Lo único que puedo decirte es que Petaca y la Oveja, son dos rufianes, y además, dos hijos de mil puta. Pusieron mi vida en peligro, así como lo escuchás, y no fue de manera involuntaria. Ojalá pronto te pueda contar todo con lujo de detalles. Pero mientras, quedate tranquilo que estoy casi a salvo. Y digo casi por cábala, para no quemarla...

- ¿Dónde estás, Goyo? No se escucha ruido de tránsito, ni gente pasando por ahí. Una de dos: estás en medio del campo o estás en cana.

- Qué raro el detective de los ruidos. No podés con tu alma de servilleta, jajaa... Estoy en la primera de las dos opciones. Si estuviera en cana se escucharía el ruido de alguna puerta de celda cerrándose. O la puteada de algún milico diciéndome que largue el teléfono. Puteada en italiano, lógicamente.

- O sea que estás en Italia -dedujo Daniel.

- Sí, en el norte. Pero eso te lo cuento cuando nos veamos. Que ojalá sea pronto. No veo la hora de tomarme algo en el Maple.

- ¿Qué? ¿Pegás la vuelta... para tanto fue lo que te pasó?

- Sí, Dani. No lo vas a creer. Pero sí, en cuanto pueda pego la vuelta. Igual calculo que falta todavía. Unos dos o tres meses.

Fueron más que dos o tres meses. Fueron doce, exactamente. Pasaría casi un año para que Goyo Gandulla pudiera volver a su país. Aunque el término "pudiera" habría que tomarlo en distintas acepciones. Una cosa es "pudiera" porque alguna situación negativa lo impide. Otra muy diferente es "pudiera" porque la situación que lo impide es ya positiva o agradable. Las dos variantes se dieron en la vida de Goyo Gandulla durante su estadía en Castelnuovo del Garda.

Mientras el falso Paco pergeñaba alguna estrategia para permanecer refugiados en "Pesca Sanguinante" hasta los meses de la recolección del durazno, el propio dueño de la finca le facilitó la solución.

- Ascolta, ragazzo... hanno intenzione di andarsene? -preguntó don Luigi una mañana nublada, mientras los dos argentinos se aprestaban a enrollar por enésima vez el mismo rollo de alambre.

- Non ci abbiamo ancora pensato, don Luigi. Ma perché me lo chiedi?

- Mi servirebbero per un lavoro speciale.

El falso Paco aun no había decidido qué excusa ponerle a don Luigi para que éste extendiera la estadía de los dos muchachos en su finca, que el propio dueño de la plantación les ofrecía esa extensión por iniciativa propia. El trabajo especial consistía en reordenar, limpiar y optimizar el galpón en el que además de vivir, comer y pernoctar los dos argentinos, don Luigi guardaba su camioneta -una baqueteada Fiat Campagnola Sporting que alguna vez fue de color azul oscuro, modelo 1965, a la cual le había sacado los asientos traseros para poner allí todo tipo de enseres-, la maquinaria agrícola consistente en un tractor marca Argo relativamente nuevo, una desmalezadora, una escardadora, un par de arados, un rastrillo grande, una segadora, equipos de poda, y una decena de cajones -la mayoría rotos.

- *Questi lavori possono richiedere diversi mesi* -aclaró el falso Paco, buscando estirar lo más posible el tiempo que les llevaría ese reordenamiento.

- *Nessun problema. Purché finiscano prima della raccolta* -don Luigi puso como fecha tope el comienzo de la recolección del durazno.

- *Questa è la nostra specialità* -dijo el falso Paco con una sonrisa bien argentina, tratando de inducir una respuesta afirmativa de don Luigi.

- *Lo vedremo* -puso en suspenso la idea el propietario.

Promediando abril comenzó el reacondicionamiento del galpón. Pero desde el primer día surgió una cuestión imprevista: para proceder a ese trabajo, don Luigi necesitaba comprar algunos materiales en el pueblo, y para ello solicitó la colaboración de alguno de los muchachos.

- *È necessario acquistare i materiali in città. Uno di voi deve accompagnarmi* -ordenó don Luigi, ante la mirada sorprendida del falso Paco, mientras Goyo sólo se sintió intrigado por la última palabra de la frase: "*accompagnarmi*".

- *¿Acompañarlo adónde?* -preguntó Goyo dirigiendo su consulta al falso Paco, pero sin pretender dejar fuera de su intriga a don Luigi, que algunas cosas ya alcanzaba a entender o decodificar de sus dos empleados argentinos.

- *Al pueblo, a comprar materiales.*

Los "prófugos" de la Camorra llevaban más de dos meses sin salir de la finca, y amén de la solicitud comprensible de don Luigi, ya empezaba a resultar sospechoso que no salieran en ningún momento al mundo exterior. Incluso había sido motivo de conversación una vez entre Stefanía y el falso Paco.

- *Non te ne vai mai da qui?* -preguntó la mujer.

- *Ci piace dedicarci al lavoro. Ci sarà la possibilità di andare in città* - respondió el falso Paco, tratando de restarle importancia a la observación de Stefanía.

- *Anche a Castelnuovo non c'è molto da fare* -ayudó a justificar la esposa de don Luigi, despreciando con su comentario las alternativas de distracción que pudieren encontrar los argentinos en el pueblo.

El falso Paco y Goyo resolvieron que, a los efectos de no levantar sospechas en don Luigi, lo acompañarían una vez cada uno. Y aunque el frío había empezado a menguar en el Véneto, usarían gorros, gafas de sol y todo lo que tuvieran a mano para ocultar sus fisonomías. Aunque lo que más buscaban evitar era mostrarse juntos. La presencia conjunta de ambos "fuggitivi" podía incrementar ostensiblemente el riesgo de identificación que en hipótesis pudiera surgir. Castelnuovo del Garda era un poblado pequeño pero también era un punto de paso hacia Verona.

- *Todo correcto, Goyito* -fue la expresión tranquilizadora del falso Paco luego del primer viaje a comprar materiales.

La ida a comprar materiales había transcurrido en la más absoluta normalidad. Don Luigi adquirió los materiales en corralones ubicados en las afueras de Castelnuovo, por ende apenas transitó por las calles que el falso Paco supuso -a priori- como más céntricas. El primer acompañante del propietario apenas si había cruzado saludos de ocasión con los operarios de los corralones que le suministraban el material para cargarlo a la Sporting. Habían comprado algunos tabiques de aglomerado para hacer divisiones, ménsulas para sostenerlos, bulones, tornillos, masilla y otros enseres destinados a la reforma del galpón. Luego don Luigi se detuvo en el local de una compañía de seguros, a la cual bajó solo. Y un detalle muy importante: no habían cargado combustible. Las estaciones de servicio

suelen ser un hito peligroso, ya que allí pueden detenerse automovilistas en tránsito hacia o desde grandes urbes.

- *No se ve mucho movimiento de gente. Es un pueblo medio mortadela* - informó el falso Paco. *Y los gringos parece que son más secos que en la ciudad. Mucha bolilla no te dan, son desconfiados, como Stefanía.*

- *Mejor...* -dedujo Goyo, mientras acomodaba los tabiques recién traídos.

- *Obvio. Igual hay que cuidarse. Nunca falta un fisonomista. Sobre todo hay que tener cuidado en la ruta. Hoy por suerte apenas si la transitamos un par de cuadras. Ahí sí que el movimiento es un poco más fluido.*

La ruta principal que conecta Castelnuovo del Garda con Verona -capital de una de las provincias del Véneto- se despliega como un serpenteante camino rodeado de paisajes cautivadores, donde los viñedos y olivares se alternan con la vista del majestuoso Lago de Garda. A medida que los vehículos avanzan, el asfalto se siente como un hilo conductor entre dos mundos: el bullicio turístico de Castelnuovo y la histórica Verona, famosa por su arquitectura renacentista. Sin embargo, este trayecto no es solo un paseo escénico: puede llegar a ser una trampa potencial para prófugos como el falso Paco y Goyo Gandulla. Las numerosas salidas y entradas, junto con la vigilancia de cámaras de seguridad en las estaciones de servicio y los peajes, aumentan las posibilidades de identificación. Además, la afluencia constante de turistas y locales crea un flujo incesante de testigos que podrían reconocer a los fugitivos, convirtiendo cada parada en un riesgo calculado. En este escenario, la tensión se palpita en el aire, sobre todo para aquellos que circulan a sabiendas de su condición fugitiva. Cada coche que pasa podría ser un testigo o un aliado inesperado en la caza de aquellos que intentan seguir en el anonimato.

En "Pesca Sanguinante" el reacondicionamiento del galpón marchaba viento en popa. Los argentinos estaban eufóricos porque una de las reformas previstas por don Luigi incluía la construcción de un pequeño cuarto cubierto por tabiques que haría las veces de habitación para ambos. O sea que tendrían un poco más de privacidad, lo que además le agregaba certidumbre a la prolongación de la estadía, aun quizá más allá de la recolección de duraznos. Aunque don Luigi, en un tono pretendidamente

jocoso pero no tanto, les dejó en claro que esa habitación tendría un ulterior destino.

- *Finché durerà il raccolto sarà la tua camera da letto, poi sarà una stanza degli attrezzi* -aclaró don Luigi.

- ¿Qué dijo? -preguntó Goyo al falso Paco.

- *Que hoy es nuestra pieza. Pero en el futuro será un pañol de herramientas. Y sí, Goyo. Esta gente no tiene pensado adoptarnos.*

- *No es mi intención tampoco, Paco. Si por mi fuera mañana arranco para el pueblo, me tomo el primer colectivo o tren si pasa, y me voy al aeropuerto más cercano. Me quedo acá porque te hago caso a vos, que me sacaste de Nápoles. O sea por respeto al que ideó, planificó y condujo el escape. Pero te repito: no creo que sea para tanto. Me da la impresión que nos estamos pasando de rosca con la precaución.*

- *Ninguna pasada de rosca, Gandulla. Ninguna. Y agradecé que no soy de enojarme demasiado, porque si me calentara, te dejaría que te fueras. Pero si después tengo que juntarte los pedazos e informarle a tu familia que te boleteó la Camorra, va a ser una patada en los huevos. Así que mejor me quedo en el molde.*

- *Otra vez me llamaste Gandulla. Está bien. Mensaje recibido* -cerró Goyo.

La segunda excursión a Castelnuovo para una nueva compra de materiales tendría lugar el martes de la semana siguiente. Y le tocaba a Goyo acompañar a don Luigi. Eso era lo que habían acordado: una vez cada uno.

La mañana se presentaba soleada pero aun fría. Don Luigi manejaba con su acostumbrada parsimonia por los caminos rurales que llevaban hasta el pueblo. La Sporting se quejaba ante el pozo más ínfimo, dejando escuchar el crujir de sus amortiguadores, como si fuera el catre de un anciano dándose vuelta en la cama. Una vez en el camino pavimentado, don Luigi masculló algo que Goyo no alcanzó a entender casi nada, aunque le pareció que le estaba informando de un agregado en el itinerario de compras.

- *Prima di andare a comprare le cose devo andare a prendere una nipote.*

- *Molto bene* -respondió Goyo, utilizando una de las pocas expresiones en italiano que manejaba.

La Sporting se detuvo al final de una angosta y larga callejuela. Don Luigi estacionó la camioneta, y permaneció algunos minutos en silencio, mirando hacia un edificio que en su frente indicaba "Stazione", del cual al rato salió una mujer joven, de aspecto simple.

- *Laura* -gritó don Luigi luego de un bocinazo.

EL HOMBRE DE LA REMERERA BORDÓ

Laura era una sobrina de Stefanía. Era hija de su único hermano, que vivía en Milán, centro neurálgico de la economía italiana. Ese hermano se llamaba Vincenzo, y trabajaba en una de las empresas automotrices más importantes de la ciudad. Al parecer la relación de Vincenzo con Stefanía no era de las mejores que se puedan concebir entre hermanos, aunque al lado de la relación que mantenía con don Luigi era casi idílica. Los cuñados habían discutido una vez en los años ochenta, por motivos políticos. Desde entonces Vincenzo -que enviudaría años más tarde- no pisó nunca más la finca de Castelnuovo del Garda. Por su parte Stefanía solía visitar Milán dos o tres veces por año, para visitar a su ahijada, precisamente Laura. Quien siempre en épocas de recolección del durazno venía a "Pesca Sanguinante" a colaborar con sus tíos. No en la recolección propiamente dicha, sino en el trabajo cuasi administrativo que implicaba la contratación de los recolectores. Estos últimos estaban sindicalizados, y muy a su pesar, don Luigi debía respetar ciertas reglamentaciones y costumbres relacionadas con la actividad. Una vez había intentado imponer sus propias reglas, pero su intento de "desregulación unilateral" desembocó en la quema de una porción importante de durazneros.

La sobrina del matrimonio propietario moraba en la casa principal de la finca. Era una estudiante crónica de profesorados inconclusos. Un año empezaba historia, al siguiente geografía, luego inglés -duró tres años-, y ahora deambulaba sin rumbo cierto por la licenciatura en turismo. Tenía casi treinta años, era de estatura mediana, contextura esmirriada, pelo castaño, nariz respingada y ojos vivaces. No era demasiado atractiva, aunque no podía decirse de ninguna manera que era fea. Era una linda muchacha, aunque tímida, de carácter retraído y poco sociable. Lucía un

vestuario demasiado simple, casi masculino. Hablaba en un tono muy bajo, apenas un peldaño por encima del silencio. Y si bien casi nunca se reía, cuando lo hacía su rostro se iluminaba de manera abrupta. Tenía una sonrisa muy especial. Quizá la hacía muy especial esa constante seriedad que la precedía y la continuaba.

- *Come sono arrivati qui?* -preguntó Laura al falso Paco, al día siguiente de establecerse en la finca.

- *In cerca di lavoro* -contestó con simpatía el único de los dos argentinos que manejaba aceptablemente el idioma.

- *E proprio qui, in un posto così remoto?*

- *Stavamo andando a Verona e il posto ci è piaciuto* -el falso Paco, si bien respondía con educación y amabilidad, se fastidió tempranamente con Laura, ya que no le gustaban para nada esos arranques de curiosidad que, como contrapartida, sus tíos no habían demostrado casi nunca.

Con quien empatizaría rápidamente Laura, sería con Goyo. A pesar que apenas si se entendían en el saludo, Laura mostraba una predisposición especial para hacerse entender y a su vez para comprender lo que Goyo intentaba comunicarle utilizando palabras sueltas y señas, sobre todo señas a las que les agregaba sonidos. Eso le causaba gracia a Laura, que era en esas ocasiones cuando sacaba a relucir esa sonrisa tan pintoresca -casi giocondesca- que la caracterizaba. De eso se dio cuenta rápidamente el falso Paco, con su habitual olfato, y se lo comunicó a su compañero mientras sacaban unos trastos del galpón, cuya reorganización marchaba a paso seguro.

- *La gringa me parece que te tira onda, Goyo.*

- *¿Qué decís, boludo? Para mí es torta* -conjeturó Gandulla.

- *No. Me parece que le gustás. Apenas abrís la boca ya se sonríe. Y conste que la gringa ésta no se debe reír ni con las películas de Adriano Celentano. Pero cuando el que habla sos vos, no sé... se le ilumina la cara.*

- *No sé, pero no la toco ni con una caña. No es fea, ojo... pero no la toco ni a medias con Dios. Tengo un escabeche bárbaro pero... paso. Aparte no quiero kilombos con don Luiggi. Si estuviera buena, entrarle y correr el riesgo de que don Luiggi y Stefanía me quieran asesinar, sería un kilombo justificado. Pero no... paso, paso.*

- *¿Y qué sabés si el gringo no la entrega? La que puede "arquerearla" un poco es la tía, pero el gringo... hasta debe tener ganas de clavársela él.*
- *No seas boludo. Este gringo es muy legal. Mirá si se va a querer culear una sobrina de la jermu. Si fuera argentino vaya y pase. Pero es italiano.*
- *Claro. Los italianos no miran la mujer del prójimo. Están muy cerca del Vaticano. Son todos santos...*
- *Jajaaa... este gringo no debe pensar en ponerla, haceme caso. La debe garchar a la mujer casi como un trámite.*
- *Mirá vos. Ahora sos analista sexual* -bromeó el falso Paco.

Sin embargo, Goyo paulatinamente empezó a darle la razón a su compañero. Poco a poco, día a día, fue visualizando señales que lo encaminaban a verificar la aseveración del falso Paco. Primero fue Stefanía, quien se mostraba más empática con él que antes, a partir de pequeños detalles, como queriendo congraciarse con el "elegido" por su ahijada. Y después la misma Laura, que empezó a arreglarse un poco más, a poner más esmero en su vestimenta, e incluso lucía suavemente maquillada los fines de semana, cuando en el resto de los días no tenía el mínimo atisbo de pintura en su rostro. Y ahora no sólo que sonreía cuando Goyo hablaba, sino que le había agregado a eso un contacto físico antes inexistente. Un contacto mínimo, es cierto. Pero cada vez que le hablaba de cerca, cerraba sus frases con un leve paso de mano sobre alguno de los húmeros de Goyo, ante la mirada sugestiva del falso Paco.

Mediaba el mes de mayo y la primavera en el Véneto empezaba a ser más agradable que nunca. Los días eran siempre un poco más cálido que el anterior. Uno de esos días, después de una intensa jornada de trabajo, Goyo caminaba alrededor del galpón mientras el falso Paco dormitaba. Era viernes a la hora de la siesta. Laura salió de la casa principal de la finca, con una manzana en una mano y un pequeño papel en la otra. Tenía puesta una remera verde intenso, un color que nunca acostumbraba a usar, y en su rostro se preanunciaba su tímida sonrisa.

- *Goyo... ¿Quieres acompañarme a dar una vuelta al pueblo esta noche?* -leyó Laura con cierta dificultad el texto escrito en el papel.
- *Eh... no sé qué decirte, Laura. Me tomaste por sorpresa* -respondió Goyo, desconcertado. *Te agradezco la invitación* -el argentino separaba en sílabas

su respuesta, tratando de hacerse entender-, *pero estoy un poco cansado*.

- *¿Cansado? Non capisco* -dijo Laura.

- *Eh...* -Goyo rastreaba en su mente el poco italiano que había aprendido-. *Stanco? Creo que es stanco*.

- *Bene* -atinó a decir la chica, que mutó su sonrisa por una mueca de tristeza, lo que de alguna manera conmovió a Goyo.

- *Tante grazie... Eco? Molto agradecido per la sua invitazione* -Goyo trataba de no decepcionar a la joven, por quien si bien no sentía una atracción recíproca, sabía una buena persona. *Un altro giorno... vamos... altro giorno iremos* -y hacía una seña con la mano derecha señalando hacia el pueblo.

Laura quedó afligida y pensativa. Goyo se sintió un poco apenado. Es que sino hubiera sido porque el falso Paco insistía con las medidas de seguridad a la hora de ir al pueblo, hubiera aceptado el convite de la joven. No tenía nada de malo, no implicaba el inicio de una relación más cercana. Y como no le podía contar sobre aquellas medidas de seguridad -mucho menos sobre el motivo de las mismas-, optó por contraofertar una caminata entre las filas de durazneros.

A partir de ese día se profundizó una relación de afecto mutuo entre Laura y Goyo. Una relación que sin llegar al plano puramente físico, estrechó el vínculo entre ellos. Solían caminar por la finca en los momentos de descanso, y los sábados a la mañana caminaban ida y vuelta hasta la entrada, distante del casco principal unos trescientos metros. El idioma era un obstáculo cierto, pero Goyo se las ingeniaba para hacerse entender, mientras Laura se ayudaba en el manejo del castellano traduciendo en su celular. Y así fueron congeniando una paulatina amistad.

- *El lunes empieza la recolección. Ya están contratados casi todos los recolectores. Recién me contó Laura* -dijo Goyo.

El falso Paco estaba tomando una taza de café en la nueva cocina del galpón. Le habían colocado una subdivisión con tabiques de madera, y don Luiggi había dispuesto una mini heladera, una pequeña mesada de acero inoxidable y un anafe eléctrico. El falso Paco estaba un poco tenso porque

temía que la interacción con los recolectores presentara alguna situación desagradable.

- *¿Cómo que te comentó recién? Si todavía no salimos del galpón...*
- *Me mandó un WhatsApp. Tiene una aplicación que traduce lo que...*
- *¿WhatsApp?* -repreguntó el falso Paco, sin dejarlo terminar la frase a Goyo.
- *Sí. ¿Qué tiene de malo?*
- *No, está bien. Es decir que le diste el celular.*
- *Y... se supone que sí. Sino cómo mierda va a hacer para mandarme un WhatsApp* -ironizó Goyo con algo de fastidio.
- *Y además quiere decir que instalaste el WhatsApp.*
- *Sí, pero con la única que puedo chatear es con ella. A mi vieja la llamo al fijo y al Dani Peralta le tengo prohibido pasar este número a nadie. Es mi amigo, no me va a cagar. Ni a propósito ni sin querer.*
- *Los dos de Valencia también eran amigos tuyos* -el falso Paco metió el estilete, dejó la taza y empezó a prepararse para otro día de trabajo.
- *No vas a comparar, boludo. Daniel es mi hermano.*

El falso Paco estaba aprestándose a salir, pero se detuvo un instante, pensativo. Se dio vuelta, y poniendo su mano derecha en el hombro izquierdo de Goyo, ensayó una sincera disculpa.

- *Está bien, Goyo. Perdoname. En serio. A veces me paso de rosca. Vengo de vivir mucha presión. Entendeme.*
- *Lógico que te entiendo, boludo. Soy el único que te puedo entender. Estuve metido en el mismo kilombo que vos, y si bien fue durante menos tiempo, yo también sentí esa presión. Pero relajate un poco. Ya pasaron varios meses.*
- *Sí, tenés razón* -reconoció el falso Paco.
- *¿Sabés una cosa? Digo, para ejemplificarte la presión que sentí.*
- *Decime Goyo.*
- *Fue mi cumpleaños y ni me acordé.*
- *¿Cuándo fue tu cumpleaños? ¿Ayer?*
- *¿Ayer? Jajaja* -se rió fuerte Goyo. *Ayer... el 11 de febrero, boludo.*
- *¿Cómo no me dijiste?*
- *No te digo que me olvidé.*

- *Ya sé, pero... por qué no me lo dijiste cuando te acordaste.*
- *Cuando me acordé estábamos acá, gil. Ni me acuerdo que día era y lo que menos me importaba era mi cumpleaños.*

Las primeras luces del alba comenzaban a iluminar los campos de Castelnuovo del Garda, donde los durazneros se extendían en hileras ordenadas, cargados de frutos dorados. La llegada de los recolectores era un ritual que se repetía cada temporada, un desfile de camiones que traían a hombres y mujeres de diversas localidades, todos con un propósito común: la recolección del durazno. El trabajo comenzaba temprano. Con canastas en mano y sonrisas en los rostros, los recolectores se dispersaban entre los árboles. Cada uno conocía su tarea: seleccionar los duraznos en su punto óptimo de madurez, aquellos que cederían al tacto pero que aún mantenían su firmeza.

En el comienzo del camino de entrada, Laura, cuaderno en mano, iba chequeando el ingreso de las personas contratadas, preguntándoles el nombre y tildando a cada uno de ellos en sus anotaciones. Al término de la jornada, les pagaba.

El aire estaba impregnado de un dulce aroma, mezclado con el sonido del roce de las hojas y el murmullo de las conversaciones. Las variedades de duraznos en la región eran diversas: desde el Flordagem hasta el Royal Glory, cada tipo tenía su propia temporada y características. Los recolectores, familiarizados con estas diferencias, trabajaban con destreza, asegurándose de no dañar la fruta. "*Devi stare attento*," decía uno de ellos mientras colocaba un durazno en la canasta con delicadeza: "*un colpo ed è rovinato*". A medida que avanzaba la mañana, el sol ascendía en el cielo, calentando el ambiente y haciendo brillar las gotas de rocío en las hojas. Las canastas se llenaban rápidamente, reflejando la abundancia de "Pesca Sanguinante". En cada pausa para descansar, conversaban compartiéndose quizá historias sobre cosechas pasadas y anhelos por una buena temporada. La recolección no solo era un trabajo, era una celebración del esfuerzo conjunto. Al final del día, cuando las canastas estaban repletas y los camiones listos para partir hacia el mercado, había una satisfacción palpable en el aire. Los recolectores sabían que su esfuerzo no solo alimentaba a sus

familias, sino también a muchas otras que esperaban disfrutar del dulce sabor del durazno de Castelnuovo del Garda.

En medio de todo ese universo de optimismo mancomunado, el único protagonista que mostraba un rostro de inconformismo era el falso Paco. Pasaban los recolectores dejando los cajones al costado del camión que él y Goyo cargarían, y a cada uno lo seguía con una mirada de creciente sospecha.

- *Estos gringos... no termino de sacarles la ficha.*

- *Pará, Paco. Es el primer día que vienen. Hay tiempo para desconfiarles. Al menos dales una semana* -ironizó Goyo.

- *No sé... hubo un par que me miraron dos o tres segundos más de lo recomendable. ¿Tan fisonomistas van a ser?*

- *A lo mejor eran putos* -cerró Goyo, riéndose.

Las semanas fueron pasando, llevándose consigo el tiempo de la recolección, y, a la vez, el tiempo de descuento en el partido que jugaban Goyo y el falso Paco. Una vez concluida la recolección no les quedaría mucho por hacer en "Pesca Sanguinante". Aun no habían conversado de ello con don Luiggi, pero se los había dado a entender en el momento de comenzar las reformas en el galpón.

- *Mañana se va Laura* -comentó Goyo.

- *¿Ya?* -se sorprendió el falso Paco.

La pizza que les había traído Stefanía se esfumó rápidamente, habida cuenta del apetito que les despertara una jornada intensa de trabajo.

- *Sí, tiene que empezar unos cursillos en la facultad.*

- *¿Y el laburo que hace ella, quién lo va a hacer?*

- *Es apenas una semana y algunos días. Dijo que Stefanía se va a arreglar* -aseguró Goyo, ya recostado en su litera.

- *¿Stefanía? Si no sabe hacer la "o" con el culo* -especuló el falso Paco.

- *Tampoco le están encargando las negociaciones de paz en Medio Oriente. Tiene que anotar y pagar.*

El día que se volvió a Milán, Laura tenía un brillo especial. Al menos eso fue lo que creyó percibir Goyo. El muchacho de Estación Roma había tejido una simpática amistad con la chica, pero el día de la despedida sintió que algo distinto estaba naciendo entre ellos. O al menos eso fue lo que creyó sentir. O quizá, fue lo que necesitó sentir, después de mucho tiempo viviendo de una manera jamás imaginada. Su viaje soñado por el viejo continente se había transformado en un raid de traiciones, escapes y aislamiento.

- *Stai lasciando, Laurita* -Goyo iba mejorando ostensiblemente su italiano, gracias -precisamente- a su reciente amiga.

- *Esatto, amico argentino. Verrai a trovarmi a Milano?*

- *¿Trovarmi? Ir de visita, sería...*

- *Esatto.*

- *Esatto... Cercherò di andare* -dijo Goyo y acarició suavemente la mejilla izquierda de Laura, que quedó como paralizada ante el gesto.

Fue un diálogo breve a la sombra de uno de los dos castaños ubicados en uno de los laterales del galpón, previo al comienzo de la zona de los durazneros. Los recolectores iban y venían con las cestas, pero ellos dos se sentían solos. Ahí mismo Goyo sintió un impulso, un envión de sensibilidad que lo abarcó de golpe. Tomó el rostro de Laura con delicadeza y le estampó un beso en la boca. Un beso suave pero lo suficientemente intenso como para dejar secuelas emocionales en ambos.

- *Ti aspetto a Milano, Goyo* -dijo Laura, bajando el mentón para mirarlo a los ojos con más intensidad.

El último día de recolección en la finca de Castelnuovo del Garda, el falso Paco se levantó con un presentimiento desagradable. No era la primera vez que le pasaba en los dos años y meses que llevaba en Italia. Solía ocurrirle que por la noche soñaba cosas feas, y a la mañana se levantaba con un pesimismo extremo. Si bien es cierto no había forma de ser optimista en ese contexto, el tiempo estaba pasando y ya el peligro de ser localizados por la Camorra, si bien no había desaparecido, al menos se iba extinguendo como las brasas de una fogata nocturna ya entrada la madrugada.

- Cambiá esa cara, loco. Ya está, hoy termina la recolección, en un par de días nos vamos a la mierda. Nos subimos a un tren o a un colectivo, nos vamos a alguna ciudad con aeropuerto, y hasta Argentina no paramos -se entusiasmó Goyo.

- No sé, Goyo. Te juro que por momentos me contagia tu optimismo. Y por momentos me entusiasmo yo también. Me pongo a pensar y me digo "ya está, los tipos estos, los del clan Secondili, tienen miles de kilombos como para pensar en dos perejiles, ni se deben acordar de nosotros". Después me acuerdo de algunas historias que escuché estando adentro y cambio de opinión.

- Sí, Paco, ya sé. El peligro ahora son los "contratistas".

Así llamaban el falso Paco y Goyo en su argot interno a aquellos individuos que, sin formar parte de los clanes napolitanos, realizan trabajos especiales por encargo de ellos, o incluso sin encargo, toda vez que enterados de alguna fuga, operan como una especie de "cazarrecompensas": van tras los fugados, los cazan y los ofrecen al clan a cambio de una retribución que se pacta en el momento.

- Sí, los contratistas. Y los recolectores buchones -agregó el falso Paco. No me gustaron dos, ya te lo dije. Y qué casualidad: justo son los dos que no vinieron en esta última semana.

- Pará, che. No seas paranoico. Porque te miraron dos entre cincuenta no tenés que hacerte la película. Y te miraron un par de veces, nada más. Ya te dije, para mí eran trolos. A propósito... un poco pinta de bufa tenés - bromeó Goyo.

- Sí, avisá... cualquier cosa menos bufarreta. Aparte... con que te mire uno, y una sola vez, es suficiente. Es más, ni cuenta te podés dar que te miraron. Si te van a botonear, no te lo van a decir.

- ¿Pero vos los miraste bien? Parecen robots. Estos gringos lo único que saben hacer es laburar. Están programados para eso. No les dá para otra cosa. La delación exige inteligencia y estos tipos, con todo respeto por el noble trabajo de la recolección de duraznos, tienen cualquier cosa menos inteligencia.

- A veces no sé si sos crédulo, boludo... o las dos cosas, Goyo.

Varias cosas estaban llegando a su fin: el mes de agosto, la recolección de duraznos y la estadía de los dos argentinos en la zona rural del Véneto. Goyo acomodaba sus -a esa altura- pocos efectos personales en la mochila como quien se dispone a viajar a un destino paradisíaco. Al fin y al cabo, Estación Roma lo era. Increíblemente lo era. Ese pueblo del que casi había escapado apenas ocho meses antes, huyendo de la mediocridad, hoy representaba el mismísimo paraíso al que no veía la hora de llegar.

- *Don Luigi me dijo que mañana nos lleva hasta la estación. Y de paso antes pasamos por el banco y nos paga* -informó el falso Paco.

- *Buenísimo. Encima que nos vamos nos llevamos unos morlacos.*

- *Siempre nos pagó acá, no sé porqué mierda ahora se le ocurre ir al banco. Yo no veo la hora de subirme a un tren o a un micro y salir de acá.*

- *¿Cuando decís acá te referís a la finca?* -preguntó Goyo.

- *No, me refiero a Italia.*

La despedida con Stefanía fue tan fría como lo fue el trato con ella durante toda la estadía en "Pesca Sanguinante", excepción hecha del lapso en el cual le dispensó a Goyo una cierta simpatía, tratando de allanarle el camino a su ahijada. Una vez que Laura dejó la finca, el trato de Stefanía con Goyo volvió a ser casi burocrático.

- *Immagino che lo faranno Milano* -supuso don Luigi, una vez que cerró la tranquera de la finca y se subió nuevamente a la Sporting para rumbeear hacia el pueblo.

- *Esatto* -apenas contestó el falso Paco.

- *Sono felice di averti conosciuto, spero che tu sia fortunato* -agregó Luigi. *Se vuoi puoi venire l'anno prossimo.*

- *Grazie* -respondió Goyo, mirando de reojo al falso Paco, que le devolvió una mirada cargada de incredulidad y escepticismo.

La mañana se presentaba gris y melancólica, con nubes pesadas que cubrían el cielo como un manto de incertidumbre. El aire, fresco y húmedo, traía consigo un leve aroma a tierra mojada. Las calles, habitualmente bulliciosas, parecían vacías, como si la localidad contuviera la respiración. Un faro distante parpadeaba débilmente, su luz luchando por atravesar la bruma. En una esquina, un viejo café permanecía cerrado, las sillas apiladas

con desdén, testigos mudos de un día que prometía ser largo. Algo en el ambiente parecía presagiar que no solo el clima era incómodo: un misterio oculto aguardaba entre las sombras del Véneto.

- *Prima andrò all'ufficio assicurazioni* -avisó don Luigi que pasaría por el seguro.

- *Per cosa stai andando lì?* -al falso Paco lo inquietó un tanto ese movimiento imprevisto, pues no veía la hora de abandonar Castelnuovo.

- *Devo presentare la documentazione in banca.*

- *Capisco* -respondió el falso Paco, que iba en el asiento trasero de la camioneta, mientras Goyo hacía las veces de acompañante.

Todo sucedió en pocos minutos. Aunque según lo recordaría Goyo durante toda su vida, bien pudieron ser segundos y también horas. Porque el tiempo perdió toda lógica: pareció esfumarse como agua entre los dedos, pero asimismo pareció detenerse allí, en pleno Véneto.

- *Scendi, Goyo, e chiedi la documentazione a Giorgio. Lui sa già quale* - indicó Luigi sin bajarse de la Sporting.

- *Bene* -obedeció Goyo la última orden del hombre que les había dado trabajo y refugio hasta hacía instantes.

La oficina estaba ubicada en un local de dimensiones amplias, con vidriera a la calle. Era la edificación anterior a la esquina, donde se erigía otra de arquitectura barroca, sede del correo. Goyo se bajó, entró al local del seguro y le pidió la documentación de Luigi Donatti a la joven empleada que lo atendió.

- *Un attimo te l'ho già dato* -pidió la empleada.

- *Bene* -respondió Goyo, que permaneció unos instantes con la vista clavada en la retirada de la joven, muy atractiva por cierto, que subió con elegancia una escalera de madera hacia el entrepiso.

De pronto, el silencio de la oficina y la quietud de Castenuovo del Garda se rompieron en pedazos. Un estruendo sacudió a Goyo, que estaba de espaldas a la calle. Cuando se dio vuelta, vio a un hombre de estatura mediana, pelo castaño oscuro, pantalón claro y remera bordó, con una escopeta en la mano, mientras don Luigi se había bajado de la camioneta y

caminaba hacia atrás, temerosamente, como rogando piedad, en dirección contraria a la oficina.

- *Dov'è l'altro... ti ho chiesto dov'è l'altro* -gritaba a los cuatro vientos el hombre del arma, y su grito retumbaba en la quietud de la esquina.

Goyo Gandulla estaba envuelto en un estupor hipnotizante. Miraba sin entender lo que pasaba. Veía al hombre del arma girando hacia ambos lados en busca de alguien. Veía a don Luigi que apenas balbuceaba vaya a saber qué cosa y retrocedía cada vez más lentamente. Pero no veía al falso Paco, hasta que lo orientó la voz de la empleada que vino desde el entrepiso.

- *Hanno ucciso un ragazzo... nell'a macchina.*

En ese preciso instante Goyo consiguió salir del estupor y pudo comprender cabalmente la situación que se había desencadenado. El hombre del arma, el de la remera bordó, había disparado sobre el falso Paco, cuya cabeza, inmóvil, asomaba por la luneta salpicada de sangre. Y a quien buscaba ese hombre -"*Dov'è l'altro*"-, era a él. A Goyo. En el mismísimo instante que se dio cuenta, el hombre giró hacia su izquierda, y lo vio por la ventana de la oficina del seguro. Y fue entonces que Goyo Gandulla puso en movimiento mecanismos de defensa que no suponía tener tan aceitados. Pero hay circunstancias en la vida que ponen a prueba esos dispositivos quizá inconscientes del ser humano. Se dio vuelta como un rayo, miró hacia el otro lado del mueble recepción de la oficina -"mostrador" le diría el Maplecito-, y vio que en el fondo había una puerta que daba a un patio trasero. Saltó el mueble y corrió en busca de esa puerta, de ese patio, de ese hemisferio al que debía huir si quería dejar atrás el otro, el hemisferio que no quería ni mirar, porque si se daba vuelta, la inminencia de la muerte estaría representada por aquel hombre de remera bordó empuñando la escopeta que había matado al falso Paco, y que ahora iba tras él con frenética determinación y la más mínima resistencia.

- *Sta arrivando qui* -gritó con terror la chica desde el entrepiso. *Porta un fucile, aiutami per favore...*

Como un refucilo, Goyo salió al patio de la oficina. Un patio minúsculo, con un cantero de plantas y algunas macetas, que daba a otra propiedad

desconocida. Al menos desconocida para un joven de Estación Roma, distante a casi doce mil kilómetros de Castelnuovo del Garda. Trepó por encima de esas macetas y raspándose pecho y abdomen por completo contra el revoque de las macetas y paredes, dio a un techo de chapa bastante endeble que supuso el final de sus días, aun sin la necesidad de ser ejecutado por su perseguidor. Para su sorpresa, el techo estaba lo suficientemente firme como para soportar su rápido tránsito. Al llegar al extremo del tinglado, se sentó y vio que un tapial de ladrillos se le ofrecía, generoso, para desfilarse con cuidado sobre él y sacarlo al predio de un taller mecánico o algo parecido. Goyo entonces se tiró, a suerte y verdad. Y sin mirar hacia atrás -en realidad no le hizo falta porque sintió ruido de manotazos a la chapa que supuso eran del hombre de la remera bordó intentando subirse al techo-, desfiló como un equilibrista por el tapial -se acordó de Oscar Wallenda cruzando el cielo de Nueva York- y se zambulló luego a una montaña de piedras tipo carbonilla, enterrándose hasta los tobillos.

Hundido en las piedras como si fuera una ciénaga de barro, giró instintivamente la cabeza hacia el techo. Pensó que su verdugo lo alcanzaba. Pero no lo vio corriendo sobre las chapas, como imaginaba.

- *Ayyy... Maledizione, mi sono rotto le caviglie* -escuchó el lamento que venía desde el patiecito de la oficina del seguro.

Aparentemente el hombre de la remera bordó, el de la escopeta asesina en mano, no había podido subirse al techo del taller y se quejaba de una lesión en el tobillo. Goyo se dio vuelta y vio que sólo un portón al final del terreno lo separaba de la calle opuesta. Un par de hombres parados en la entrada del taller lo miraron, tiesos, inmóviles, blancos de miedo. Arrancó su carrera hacia el hesmiferio de la salvación y en sus primeros pasos patinó. El piso estaba humedecido por la tenue llovizna del día, y las suelas de sus zapatillas se habían desgastado demasiado en los meses de la recolección. Se incorporó como pudo y siguió, rumbo a lo desconocido. No sabía para qué lado quedaba la estación de trenes y colectivos, y además, dedujo con lucidez instantánea que si había un lugar donde iría a esperarlo su perseguidor -e incluso algún acompañante- era precisamente la "Stazione". En su alocada carrera trataba de pensar cómo seguir su huida. Dobló en una

esquina de edificios semi modernos, y al visualizar el final de la cuadra, vio un camión que le pareció conocido. Efectivamente, era uno de los camiones que solían ir a buscar cajones de duraznos a "Pesca Sanguinante". Corrió hasta ese camión aun barajando la posibilidad que el conductor del mismo podría ser uno de los posibles delatores. Pero la suerte estaba echada.

- *Ciao ragazzo... cosa ci fai qui?* -dijo Florin, un simpático rumano que salía de un bar y se aprestaba a subir a su camión.

- *Ho perso il treno e volevo chiederti se mi portavi* -preguntó Goyo absteniéndose de informarle su destino, ya que a cualquier lugar que se dirigiera Florin, Goyo iría, pues lo que buscaba era huir lo antes posible de ese pueblo.

- *Vado a Milano, per te va bene?*

- *Benísimo* -respondió Goyo, que si había un lugar en el mundo adonde quería ir en ese momento era precisamente Milán.

La llovizna se había convertido en una lluvia copiosa, y mientras Florin se acomodaba en su asiento, Goyo ya estaba sentado en el del acompañante, tratando de no demostrar la enorme ansiedad que lo consumía. A medida que el camión avanzaba, miraba hacia todos lados y rezaba por no localizar en ninguna esquina a aquel hombre de la escopeta. Aún no había tenido tiempo para tomar real conciencia del pésimo saldo de aquella mañana en el Véneto. Florin se encargaría de refrescarle la memoria.

- *E il tuo compagno? Dove stai?*

Una daga emocional se hundió en el pecho de ese muchacho argentino inmerso en una pesadilla sin fin. El amigo providencial que le había ofrecido la vida en medio de tanta angustia inesperada, yacía -casi seguro muerto- en el asiento trasero de la Fiat Campagnola Sporting de don Luigi. Vaya a saber el revuelo que se habría armado en esa esquina. Pero aun Goyo no podía darse el lujo de la tristeza. Imploraba por dentro que Florin no pasara cerca de la escena del crimen, ya que seguramente se detendría, sea por simple curiosidad o por ver a don Luigi en el lugar.

- *Il mio compagno stava andando a sud, a Napoli* -mintió Goyo.

La ruta hacia Milán consumía sus primeros kilómetros, y aun sumido en una profunda angustia, Goyo tuvo la suficiente agudeza mental como para proceder a una maniobra doblemente necesaria. Su mochila había quedado en el asiento de la Sporting, pero afortunadamente llevaba siempre su celular en el bolsillo del pantalón. Lo sacó, buscó el contacto de Laura, lo memorizó con la misma regla nemotécnica que utilizaba para recordar los números -de dos en dos-, y luego abrió la ventanilla.

- *Che cos'è?* -le preguntó a Florin, indicándole el lado izquierdo de la ruta.

- *Immagino che i pannelli solari* -contestó el rumano.

Y mientras lo distrajo con eso, Goyo revoleó el celular por la ventanilla. Si sus perseguidores lo iban a rastrear, al menos ahora no la tendrían tan fácil.

VICENZO

- *Non so come ringraziarti per tutto quello che hai fatto per me, Laura.*

Goyo estaba desnudo, sentado en la cama que compartía con Laura desde finales de agosto. Luego de su nuevo escape, esta vez a bordo del camión de Florin, había contactado a la sobrina de don Luigi y vivía con ella en su departamento de la via Savona, en el barrio Giambellino - Lorenteggio de Milán.

- *Sono così felice che tu sia qui con me... più felice di quanto ricordassi di essere mai stato* -contestó Laura emocionada.

Se acercaban las Fiestas de fin de año. Milán, a mediados de diciembre, se presenta como una metrópoli vibrante y contrastante, donde el frío del invierno se mezcla con la calidez de su rica cultura y tradiciones. La ciudad, conocida por ser un eje del diseño y la moda, se transforma en un escenario mágico durante el final del año. Laura aprovechó su expertiz en el tema, y le compró a buen precio distintas prendas que tanta falta le hacían a Goyo. El aroma del vin brulé y los dulces típicos de la temporada inundaban el aire, mientras los mercados navideños, como el famoso de Piazza Duomo, ofrecían productos artesanales y delicias locales. En el corazón de Milán, el barrio Giambellino-Lorenteggio destaca por su autenticidad y diversidad. A diferencia de las zonas más turísticas, allí se respira un ambiente local, donde los residentes se entrelazan en una comunidad intensa. Las calles están llenas de pequeños comercios familiares que ofrecen desde pan fresco hasta especialidades regionales. Durante diciembre, el barrio cobra vida con decoraciones sencillas pero significativas que reflejan la cultura milanese. Las edificaciones en Giambellino-Lorenteggio son una mezcla de viviendas tradicionales y edificios más modernos, creando un paisaje urbano diverso. En este contexto, los parques locales se convierten en refugios para los habitantes, quienes disfrutan de paseos invernales entre árboles huérfanos

de hojas y bancos cubiertos de escarcha. La vida cotidiana tiene, en ese contexto, un ritmo pausado pero dinámico. Los cafés se llenan de gente que busca refugio del frío, mientras que las charlas animadas resuenan entre amigos y vecinos.

El barrio también es un crisol de culturas, pues inmigrantes de diversas partes del mundo han encontrado en Giambellino-Lorenteggio un hogar. Esta diversidad se refleja en la oferta gastronómica, que va desde trattorias italianas hasta restaurantes que sirven platos típicos de África y Asia. En diciembre, las celebraciones navideñas incluyen tradiciones de diferentes culturas, enriqueciendo aún más el espíritu comunitario. En resumen, Milán a mediados de diciembre es una ciudad que combina su legado histórico con la modernidad vibrante. Giambellino-Lorenteggio, en particular, ofrece una mirada íntima a la vida milanese, donde cada esquina cuenta una historia y cada rostro refleja la diversidad que caracteriza a esta fascinante metrópoli. Aunque toda esa variedad cultural le estaba ajena a Goyo, que no había asomado la nariz desde su llegada.

Desde aquel fatídico fin de agosto, Goyo Gandulla había pasado meses muy tristes. Al nefasto balance que arrojaba su "soñado" viaje a Europa en su casi primer año de recorrido, se la había sumado el trágico fin de agosto. Su héroe inesperado, aquel personaje que surgiera en su desconcertante estadía en Nápoles para erigirse nada menos que en su salvador, había caído a manos del "hombre de la remera bordó". Un poco de culpa también lo carcomía por eso. Laura oficiaba de voluntaria psicóloga, tratando de escucharlo primero, y ayudarlo a exorcizar su remordimiento. Ella ya estaba al tanto de toda la historia de Goyo, de la traición de Petaca y la Oveja, de Nuria, de Benáltegu y de cómo el falso Paco le había tendido una mano para aquella huida conjunta.

- *Se fossi rimasto in quell'angolo oggi non saresti qui* -insistía Laura, instando a Goyo a entender que si se hubiera quedado en esa esquina de Castelnuovo, nada hubiera podido hacer más que morir igual que su compañero.

Sólo le quedaba como consuelo el amor de Laura. Un amor que no le nacía corresponder, pero que le hacía bien. Le daba sosiego en medio de su

angustia, le proporcionaba calidez en mitad de su naufragio emocional. Le daba lujuria también, y a esa vorágine Goyo se dejaba llevar, huyendo así por un instante de su sensación culposa.

- *Me tenés preocupado, Goyito. No veo la hora de verte por acá. ¿Cuándo pegás la vuelta, amigo?* -preguntó Daniel Peralta, con quien Goyo se comunicaba una o dos veces por semana desde un nuevo celular, uno más, que le consiguió Laura.

- *No sé todavía, Dani. Estoy esperando que se despeje un poco más el panorama. Lo que pasó fue heavy, te lo aseguro. No quiero contarte nada todavía, pero por favor te pido: conteneme a la vieja, que me mata a preguntas.*

- *Sí, a mí también. Me tiene loco, todos los días me llama para ver si sé algo. Yo le digo lo que me dijiste, que estás en Milán laburando en un restaurante. Pero me pide fotos, y no sé qué decirle.*

- *Sí, ya sé. Pero bueno, espero que pronto pueda pegar la vuelta. Decí vos que esta piba Laura es de primera, sino... la verdad no sé dónde estaría* -la voz de Goyo sonaba melancólica, como gastada por la angustia.

- *El que también me pregunta a veces es el Maple* -contó Daniel.

- *Uy, ¿en serio?*

- *Sí... pero al Maple le di una versión que no está lejos de la verdad.*

- *¿Qué le dijiste?*

- *Le dije que habías enganchado una mina y estabas enconchado en el departamento de ella, así que mucho no le mentí, jajaa...*

- *Jajajaa... estuviste bien ahí* -festejó Goyo.

- *Pero le dije... "no le vayas a contar a Rosita ni a Coco, que no saben nada"...*

- *¿Y el Dani qué te dijo?*

- *Me dice... "eh boludo, tengo códigos".*

- *Jajajaaa, qué genio ese Maple* -festejó Goyo.

La estrategia de Goyo Gandulla era esperar hasta la última semana del año. Suponía que en esos días que van desde la Navidad hasta el 31 de diciembre, la posible persecución de algún "contratista" suelto debería, por lógica, relajarse. La combinación del ánimo celebratorio de la gente con el frío reinante en el norte italiano, tendría que generar el ambiente propicio

para que un "prófugo" se moviera de su escondite con cierta seguridad. Aunque ahora se había vuelto más precavido que el mismísimo falso Paco, a quien siempre cuestionaba su "exceso de celo" en esa materia. "*¿No estarás exagerando un poco?*", solía decirle Goyo. El tiempo y los hechos le habían dado lamentablemente la razón al muchacho del interior bonaerense, del que ya nunca conocería su historia anterior a Nápoles. ¿De qué pueblo o ciudad habría sido? ¿Su familia estaría al tanto de su muerte? ¿Habría generado algún interés periodístico el suceso ocurrido en el Véneto, o el miedo a la Camorra sería tan grande que la sangre del falso Paco habría sido lavada de inmediato con las aguas del olvido? Por intermedio de Laura, Goyo sabía que don Luigi y Stefanía estaban aun aterrados después del suceso de aquella mañana, y que le habían recomendado no contactar al "sobreviviente", ni mucho menos darle refugio.

- *Non andare ad aiutare quell'altro argentino che è in libertà. Se la Camorra li cercava era per qualcosa* -le recomendó Stefanía telefónicamente, dando por seguro que tanto Goyo, como su asesinado amigo, en algo turbio andarían para ser perseguidos por el clan Secondili.

El 31 de diciembre Laura se esmeró por ofrecerle a Goyo un fin de año lo más amable posible. Si bien la situación del muchacho argentino no daba como para celebración alguna, igualmente la joven trató de generarle un clima al menos distendido. Había preparado un vitel toné, comprado un panettone y un set de bebidas que incluían vino tinto, cerveza y espumante. También dispuso una módica ornamentación navideña en oportunidad de la fecha, que decidió dejar para ayudar a mantener el espíritu festivo. Ese esmero, ese cuidado y esa atención de Laura enternecían a Goyo, que empero trataba de no alentar en ella falsas esperanzas. Pero Laura estaba enamorada de él, y si bien era consciente de la situación, no cesaba en su esfuerzo de agasajarlo.

- *Quanto sei buono con me, non mi stanco mai di dirtelo* -dijo Goyo a Laura, que preparaba la mesa para la cena.

- *E io sono sorpreso da quanto bene parli italiano* -respondió ella.

- *Ho un ottimo insegnante: tu* -elogió Goyo las condiciones docentes de Laura, que trataba de corregirlo diariamente, tanto en cuanto a significados de frases y palabras como también en la pronunciación.

Eran las 19.30 en punto. Goyo Gandulla lo recordaría siempre porque justo había mirado un reloj de pared con el escudo del Internazionale que colgaba en una de las paredes del departamento. Por la ventana entraba la nocturna luz de la calle, y algunas chispas de nieve comenzaban a intensificarse, hasta transformarse poco a poco en pequeñas bolillas. Sonó el celular de Laura.

- *Come va, madrina* -saludó Laura a su tía Stefanía, luego de ver su nombre en la pantalla del móvil.

El saludo fue la primera de las dos únicas frases que pronunció Laura en toda la comunicación con su tía. Su rostro se fue transformando paulatinamente, se fue desfigurando. Fue mutando de la inicial mueca de sosiego y serenidad con que preparaba la cena, a una palidez más que preocupante, premonitoria. Goyo la observaba, sentado en el sofá. Su mente rastreaba en las distintas posibilidades que podrían justificar la tensión que esa llamada estaba generando en Laura. ¿Le habrá pasado algo a Luigi? ¿Se habrá descompuesto justo en la previa del fin de año? ¿Lo habrán ejecutado por darnos refugio? Esta última posibilidad preocupó a Goyo en demasía. Una preocupación que alcanzó el pico máximo cuando Laura, blanca como un papel, y que hasta ahí había perdido su vista en la nada, sin detenerla en punto fijo alguno, la posó en el muchacho argentino que la observaba. Ése fue el indicio determinante: sin lugar a dudas, la llamada tenía que ver con Goyo.

Dos hombres del clan Secondili se habían apersonado en la finca "Pesca Sanguinante" en la tarde de ese 31 de diciembre de 2019 -se ve que la Camorra no repara en fechas ni celebraciones tradicionales. Habían sido amables con Luigi pero le habían dicho que si no encontraban al prófugo restante, tomarían represalias con él y, si hacía falta, con los integrantes de su familia. Así que lo conminaron a que si tenía alguna información la suministrara, de lo contrario empezarían a visitar a los integrantes de la familia. Y que en ese sentido, estaban al tanto de la amistad de Goyo con la sobrina que vive en Milán. En definitiva, Stefanía, sin saber que Goyo estaba con ella, le advertía sobre la posible visita del clan Secondili. Ya en el final de la llamada, Laura recuperó algo de aliento al solo efecto de disimular.

- *Non ho notizie di Goyo, madrina, ma grazie per avermelo informato.*

Antes que 2019 llegara a su fin, Goyo debía abandonar el departamento de Laura. Aunque la joven misma le pidió que se quedara al menos una noche, él decidió que no podía ponerla en peligro ni un minuto más.

- *Non verranno proprio stasera. Aspetta fino a domani, Goyo* -rogó Laura casi al borde de las lágrimas.

- *No, Laura. Non mi perdonerei un'altra morte, e ancor meno la tua. Me ne vado proprio adesso. Da questa casa, da questa città e da questo paese.*

Goyo estaba decidido a irse directamente al aeropuerto. Ya no soportaba la situación. Se enfrentaría a lo que fuera. Basta de recaudos. Al fin y al cabo la Camorra le pisaba los talones. Sentía que su ánimo desbordaba de tensión, y ese desborde era tal, que ya no le importaba nada. Saldría hacia el aeropuerto, compraría un pasaje a Buenos Aires y se marcharía de Milán, de Italia, de Europa, de su pesadilla.

- *Permettimi di fare un'ultima chiamata. Per favore, Goyo... penso di meritarmelo* -Laura pidió al muchacho que la dejara hacer un último intento para salir del repentino apuro que nuevamente obstaculizaba los planes de Goyo.

Ese último intento de Laura se llamaba Vincenzo. Era su padre, aquel cuñado metalúrgico de don Luigi con el que había discutido de política en una lejana oportunidad, y desde entonces no se habían visto nunca más.

Vincenzo Donadoni era un obrero industrial de 59 años, muy respetado por sus pares. Tenía inquietudes sindicales desde que era casi un adolescente, cuando ingresó como operario a la planta principal de Alfa Romeo. Con el paso de los años fue moldeando un perfil de líder entre sus compañeros, y a la vez, era odiado y temido por los directivos de la empresa. Su militancia sindical era complementada con su filiación al Partido Comunista, del que era un ferviente adepto. Dos meses y medio pasaría Goyo Gandulla oculto en la "clandestinidad" que le facilitaría Vincenzo Donadoni. Aunque fueron suficientes apenas un par de días para entender las diferencias que pudieron surgir entre él y su cuñado de Castelnuovo del Garda. Eran el agua y el aceite. Luigi, típico páter famili conservador y poco afín a una distribución

más justa de la riqueza, con el falso Paco y Goyo se había portado bien, sin dudas, pero habría que ver cómo hubiera sido el recibimiento si de entrada hubiera tenido conocimiento del estatus de "fugados" que ostentaban sendos argentinos. En cambio su cuñado era la antítesis política. Alto, de buena contextura física, brazos moldeados por sus labores industriales, con el pelo entrecano y un generoso bigote al mejor estilo de Giancarlo Giannini o Franco Nero.

- *Se il cavernicolo di mio cognato avesse saputo che sei scappato in Camorra ti avrebbe denunciato alla polizia* -sintetizó Vincenzo.

- *Don Luigi è stato molto generoso con noi, signor Vincenzo. Non posso fare a meno di essere grato* -se sinceró Goyo.

- *Signore ha detto? Má que signore. Vincenzo, senza titolo nobiliare.*

- *Bene.*

Vicenzo era viudo -nunca más había vuelto a formalizar, a pesar de sus múltiples y superpuestos romances con distintas damas- y vivía en un modesto departamento de dos ambientes en la vía Gluck, centro de Milán. El barrio donde se encuentra la vía Gluck es conocido como Maggiolina, una zona que combina una rica historia arquitectónica con un ambiente contemporáneo. En sus calles se pueden encontrar edificios de diversos estilos, desde el Art Nouveau hasta el racionalismo, lo que proporciona un atractivo visual único. La zona está caracterizada por una mezcla de palacetes históricos y nuevas construcciones, muchas de las cuales han sido renovadas en las primeras décadas del tercer milenio. Por otra parte, la vía Gluck se hizo mundialmente conocida a partir de una canción del cantautor y actor Adriano Celentano -protagonista de innumerables comedias cinematográficas-, que nació precisamente en esa calle, y le dedicó el famoso tema musical "Il ragazzo della via Gluck".

La idea del nuevo protector de Goyo era esperar algunas semanas para dejar enfriar la cuestión, y aprovechar ese lapso de tiempo para conseguirle documentación falsa a los efectos de abandonar el país. Tenía pleno conocimiento de los contactos de la Camorra napolitana en todas las esferas gubernamentales, y sabía que cualquier intento de comprar un pasaje aéreo a nombre de Gregorio Gandulla activaría la alarma que a su vez avisaría al clan Secondili. Por su parte Goyo estaba preocupado porque razonaba que

si los esbirros del clan tenían prevista una visita a Laura, con el mismo criterio podrían ampliar la requisa a su padre, Vincenzo.

- *E se il clan dei Secondili venisse a cercarmi qui?* -consultó Goyo.

- *In quel caso attiveremo i protocolli di evasione* -informó Vincenzo, mientras preparaba espaguetis al vino tinto.

- *Non vorrei rischiare anche te, Vincenzo* -confesó Goyo su temor de seguir arriesgando personas solidarias con él.

- *Il rischio è sempre presente nella vita, in un modo o nell'altro. Non devi evitarlo, devi affrontarlo. E non dimenticare che stai parlando con un militante comunista, cioè abituato a rischiare* -opinó Vincenzo, recordándole a su protegido su condición persistente de militante revolucionario, y del riesgo al que por ende supo exponerse.

- *Grazie, Vincenzo. Tu e Laura siete venuti dal cielo.*

- *Dal cielo? Che dici, argentino? Io sono comunista, sono ateo, jajaa...* -la carcajada de Vincenzo resonó en la cocina, y despertó una de las primeras sonrisas de Goyo en toda su estadía en Milán.

Luego de contactarse con amigos y conocidos especialistas en el tema, Vincenzo le consiguió a Goyo un nuevo pasaporte. Para ello, primero le sacó un par de fotos con el celular, en una sesión que le recordó al día en que conoció al falso Paco en el departamento napolitano de Benáltegu. Mientras Vincenzo le sacaba las fotos, Goyo sintió una tristeza nuevamente culposa. ¿No sería Vincenzo también un protector primero y una víctima después? El 11 de febrero, día del cumpleaños de Goyo -el segundo que pasaba en medio de un contexto más propio de un combatiente revolucionario que de un joven argentino cumpliendo sus sueños viajeros por Europa- Vincenzo trajo un amigo peluquero al departamento. Le hizo cortar el pelo bien corto a Goyo, para luego darle una leve y desapareja coloración castaño clara -consideró que muy clara pasaría a ser sospechoso-, afeitarse la barba, y dejar un mínimo y fino bigote. Una vez terminado el trabajo de documentación, la nueva identidad de Goyo pasó a ser "Iker Ramos Zamora, ciudadano español nacido en San Sebastián".

El miércoles 26 de febrero de 2020 fue el día prefijado. Vincenzo había dispuesto que Fulvio, un amigo suyo, compañero de militancia sindical y política, llevara a Goyo hasta el Aeropuerto Internacional Malpensa. Allí

tomaría el vuelo 2611 de Alitalia, con destino a Buenos Aires, que saldría a las 05.45 de la mañana. El dispositivo de traslado incluía la presencia de otros tres compañeros apostados en la vía Gluck, constatando que no hubiera movimientos sospechosos en el lugar. Como contrapartida, otro compañero, al que se uniría Vincenzo que iría por una vía más rápida hasta Malpensa, cubriría cualquier eventualidad en el preembarque.

- *Sul serio, Vincenzo. Ti ringrazierò per tutta la vita per quello che stai facendo per me. Non mi conosci nemmeno e mi stai salvando la vita* -Goyo se deshacía en agradecimientos a cada instante.

- *Finiscilo argentino... oggi per te domani per me. Rivediamo meglio le istruzioni* -pidió Vincenzo repasar el procedimiento a seguir.

Goyo debía actuar con extrema naturalidad. No tenía que mostrar el mínimo atisbo de duda o de incertidumbre. Mucho menos demostrar, a partir de su lenguaje corporal, miedo o temor debido a la inminencia de peligro alguno. Debía bajarse en el aeropuerto, saludar al "amigo" que lo había llevado - Fulvio-, dirigirse a la ventanilla de Alitalia con decisión y jamás contemplar a su alrededor. Para eso estarían Vincenzo y el restante compañero, en este caso de nombre Giuseppe.

- *E devo ringraziare anche i vostri compagni militanti che, conoscendomi ancor meno di voi, sono stati così gentili da aiutarmi.*

- *Va fan culo, argentino. Ero stufo dei tuoi ringraziamenti* -estalló Vincenzo, pasando a explicarle a Goyo algunas cuestiones históricas que también incidían en esa ayuda que él tanto se esmeraba en agradecer.

La relación entre el Partido Comunista Italiano y la mafia ha sido históricamente antagonista, con atentados en el camino, inclusive. Mientras que el PCI ha luchado por dismantelar el poder mafioso y proteger los derechos de los trabajadores, la mafia ha respondido con violencia y terror para preservar su control, fundamentalmente sobre Sicilia pero también en otras regiones. Esta dinámica ha marcado profundamente la historia política italiana del siglo XX y continúa influyendo en las luchas contemporáneas contra el crimen organizado. O sea que había otras razones -además de la originaria solidaridad reclamada por Laura a su padre- que influían en Vincenzo y sus amigos para ayudar a ese muchacho argentino.

- *Vai argentino. Il tuo paese ti aspetta. E non provare ad accogliermi all'aeroporto. Nemmeno con la mano alzata* -lo despidió Vincenzo en el hall de ingreso al edificio de la vía Gluck.

- *So già che i miei ringraziamenti lo hanno stancato. Ma spero che un giorno potrò restituire una piccola parte del vostro aiuto* -agradeció Goyo y le dio un medido abrazo a Vincenzo, que por primera vez mostró signos, aunque leves, de sincera emoción.

El operativo comenzó a las 2.30 del 26 de febrero de 2020. Todo salió como estaba previsto. Vincenzo sabía que a esa hora de la madrugada era muy difícil que hubiera secuaces de la Camorra deambulando en busca de un "prófugo". Esa posibilidad hubiera implicado haber tomado nota de movimientos sospechosos en los días anteriores, o directamente haber sido "visitado" como lo habían sido su hermana Stefanía y Luigi en la finca de Castelnuovo del Garda. Tampoco Laura había recibido visita alguna, pese a las amenazas. Es decir que Vincenzo calculaba que las semanas de espera posteriores al 31 de diciembre habían rendido sus frutos, y aquella visita a "Pesca Sanguinante" solo representó una advertencia a toda la familia.

El Fiat Uno modelo 2011 color blanco conducido por Fulvio llegó al estacionamiento de Malpensa a las 2.51. Allí bajó el conductor primero, hizo un disimulado recorrido con la vista por los alrededores y al no observar nada sospechoso indicó con un gesto leve a Goyo que podía descender. El argentino portaba una valija pequeña que tenía más de fundamento que de ropa: llevaba unos libros que le regaló Vincenzo, quien creyó, con buen criterio que *"non c'è viaggiatore senza bagaglio"*. Goyo le dio la mano a Fulvio, tratando de no ser efusivo, y luego enfiló para el interior del aeropuerto.

Se sintió raro al caminar arrastrando una maleta de viaje prestada por un obrero militante del Partido Comunista al que semanas atrás desconocía. Pensó en el itinerario que comenzara en enero del año anterior, y cómo en el camino había ido perdiendo cosas. Ropa, ilusiones, su libretita bordó con frases, el toallón de Maradona, y hasta un amigo inesperado. Aunque más raro se sintió al empezar a recorrer el pabellón central de Malpensa. Rápidamente percibió que el ánimo de la gente era algo tenso. Las personas corrían arrastrando sus equipajes de un lado para el otro, mostrando en sus

rostros una extraña mezcla de estupor, angustia y apuro. En un sector apartado, dos agentes de alguna fuerza de seguridad que Goyo no identificaba claramente, lucían barbijos cubriendo sus rostros y tenían algo así como demorados a dos ciudadanos de origen asiático, tal vez chinos - tampoco pudo identificarlos certeramente. El ambiente era casi distópico, como para agregarle algo más de extrañeza a un viaje que no había resultado ni una pizca de lo que soñó durante tantos años, en su ahora añorado pueblo de Estación Roma. Goyo buscó con la vista el mostrador de Alitalia, y al encontrarlo, observó que la fila si bien no era muy larga, estaba conformada por personas que hablaban unas a otras con ademanes ampulosos y tensos, reflejando una ansiedad algo desmedida. Si bien un aeropuerto es habitualmente un lugar donde las personas suelen mostrarse ansiosas, este tipo de ansiedad le resultaba verdaderamente muy extraña.

- *Non voltarti, argentino. Sembra che ci sia qualche problema di salute imprevisto, ma il tuo volo partirà senza problemi. Buona fortuna, amico* -la voz de Vincenzo surgió detrás suyo, y le trajo un repentino soplo de tranquilidad.

Goyo hizo lo que le indicó Vincenzo, a quien recién después de algunos minutos identificó a más de diez metros de distancia de la fila en el mostrador de Alitalia, rodeado de Fulvio y dos personas más. Goyo intentó una mueca lejana de agradecimiento, ensayando una lánguida sonrisa. Vincenzo también sonrió y le hizo una austera pero significativa venia con la mano derecha en su sien. Detrás de él, Goyo vio cómo dos enfermeros le tomaban la temperatura a los asiáticos retenidos. Se sintió como en un sueño, sin dudas una pesadilla. E imaginó que esa pesadilla estaba a punto de llegar a su fin.

- *Parece que hay unos chinos que tienen la peste nueva, esa que viene de allá* -escuchó Goyo que un argentino le comentaba a otro en la fila.

- *Disculpe* -intercedió Goyo-, *¿de qué peste habla?*

- *¿No te enteraste?* -le respondió su casual interlocutor, mientras avanzaban para despachar el equipaje.

En los últimos meses de Goyo, por no decir el último año, su vida había estado sumergida en una realidad casi paralela. Si bien verídica, parecía

más una broma pesada que la vida misma. No estaba enterado de cuestiones políticas, ni económicas, apenas si sabía que Boca Juniors había despedido a su entrenador, Gustavo Alfaro, porque se lo comentó Daniel Peralta en una de sus charlas. Y mucho menos se había enterado que en la ciudad china de Wuhan, el mismo 31 de diciembre de aquella llamada telefónica de Stefanía a Laura, las autoridades sanitarias chinas habían declarado un brote de neumonía ocasionado por un nuevo virus respiratorio: el SARS-CoV-2. El origen de la denominada pandemia del coronavirus estaba en marcha.

- *Callate que yo estuve sentado cerca de ellos como dos horas, mientras esperaba que habilitaran el check in* -comentó otro de los argentinos que hacían fila y participaba de la conversación, un hombre de unos 70 años.

- *Uh, pero no creo que sepas chino. Digo, como para haber estado conversando con ellos* -intercedió otro, un hombre joven con indumentaria deportiva.

- *Sabían inglés. Me comentaron que estuvieron en una feria de la moda que se hizo acá, en Milán. Y ahora se volvían a Beijing* -respondió el septuagenario, que no mostraba signos de mucha preocupación. *No hay que hacer un drama de una gripe común. Pasa que los chinos quieren dominar el mundo y ya no saben cómo hacer. Armas nucleares no tienen, deben querer probar con esta psicosis.*

- *Y sí, los chinos son capaces de eso y mucho más* -completó el supuesto deportista. *Igual yo por las dudas me siento lejos tuyo, jajaa...* -risa que fue compartida por todos los que analizaban el caso, menos Goyo, que ya no sabía cómo reaccionar a nada de lo que sucedía a su alrededor.

El avión de Alitalia en el que viajaba Goyo, salió de Malpensa con un retraso de una hora y media, ya que todos los pasajeros fueron revisados por personal médico que les tomó la temperatura y constató la posible presencia de síntomas respiratorios. A las 7.15 de aquel 26 de febrero, Goyo Gandulla -o Iker Ramos Zamora- miraba desde el aire la silueta de Milán, y en cierta medida se relajaba. Triste, pero se sentía ahora sí mucho más tranquilo. Cuando empezó a esbozar en su mente un rápido resumen de su increíble periplo europeo, se quedó profundamente dormido. Se despertó en Buenos Aires después de dormir de un tirón casi todo el viaje, en un sueño solo interrumpido por una azafata que le dejó una vianda que ni siquiera abrió.

Apenas si probó un sorbo de gaseosa, se dio vuelta y siguió durmiendo como sino lo hubiera hecho en años.

Al arribar al Aeropuerto Internacional de Ezeiza, Goyo Gandulla imaginaba que su sensación sería similar al despertar en su pueblo luego de un mal sueño, cuando la dulce voz de su madre Rosita lo invitaba a saborear el desayuno. Aunque la realidad le volvió a asestar otra golpe de sorpresa. Los empleados de Migraciones lucían todos unos barbijos blancos similares a los que había visto siendo usados por algunos empleados de Malpensa. Él imaginaba que aquello de la "peste china" era una cuestión que involucraba sólo a continentes lejanos, pero al llegar a su patria se encontró con que la cosa era más seria y más ecuménica de lo que pensaba.

- Por acá, señores. Pónganse el barbijo que les estamos suministrando. Deben firmar una declaración jurada manifestando la ausencia de síntomas respiratorios y si los tienen, deben acercarse a aquel box de la izquierda. Es por prevención, muchas gracias -indicó un empleado de Migraciones.

El sol del atardecer porteño se filtraba por los amplios ventanales que sostienen el inmenso techo de las terminales del aeropuerto. El ambiente social en el hall de Ezeiza le pareció a Goyo un tanto más relajado que en Malpensa, aunque igualmente llamativo. Las personas iban y venían con un nerviosismo impropio, algunos portando barbijos sanitarios y otros con tapabocas de elaboración notoriamente casera, con telas que combinaban distintos diseños.

Había decidido no avisar a ninguna persona de su entorno acerca de su arribo. Ni a sus padres ni a Daniel Peralta, ni a nadie. Lo había determinado así por una simple razón: no fuera cosa que el clan Secondili tuviera contactos y esbirros hasta en la Argentina, y al llegar continuara poniendo en peligro a personas cercanas, ahora nada menos que familiares y amigos. Llegaría a Ezeiza, tomaría un taxi hasta Retiro, de allí un micro a La Prosaica, y luego se subiría -como tantas veces en su adolescencia- al "celestito" de Alves Hermanos que primero saliera para Estación Roma. Y caería por sorpresa en su pequeño pueblo, ese del que había partido el 25 de

enero de 2019 -apenas un año, un mes y un día antes- con toda su ilusión a cuestas.

- *¿Venís de afuera, pibe?* -le preguntó el taxista, saliendo por la Autopista Ricchieri.

- *Sí, de Italia* -respondió Goyo.

- *Uh... sería peor de China pero igual... en Italia se está complicando la cosa. Dicen que en Lombardía se están empezando a saturar los hospitales. ¿Vos de qué región venís?*

- *Del sur. Nápoles* -mintió Goyo.

Cuando el micro de larga distancia empezó a desandar el trazado urbano de La Prosaica, Goyo Gandulla se despertó. Miró por la ventanilla y al observar la geografía urbana iluminada por la luz del amanecer, creyó que estaba en Capitán Sarmiento, Arrecifes o tal vez Pergamino. Recién cuando vio el edificio de la Municipalidad se dio cuenta que estaba en la mismísima ciudad cabecera del Partido de Coronel Domínguez. Había pasado apenas un año de su viaje a Europa, y este regreso antes de lo previsto generaba una especie de resaca emocional que lo estaba desubicando incluso espacialmente.

Una vez en la terminal de ómnibus, vio desde la ventanilla del micro a Jesús Paredes, un ex compañero del secundario, que manejaba un taxi. Esperó que se bajaran los demás pasajeros -los que seguramente irían al destino final de la unidad, Rosario-, y trató de evitar a Paredes. No tenía ganas de cruzarse con nadie conocido. El próximo "celestito" a Estación Roma salía 45 minutos después, así que optó por sentarse en uno de los compartimentos del baño. Su pelo corto y enrubiado lo ayudaba a no ser reconocido por las pocas personas que a esa hora deambulaban por la Terminal. Sentado en el retrete, miraba insistentemente el reloj, y sentía que cada minuto de los 45 de espera que tenía eran dobles. Y mientras empujaba el minuterio con la vista, hizo un breve repaso de la situación percatándose que un dato de la realidad le jugaba a favor. A la hora de las explicaciones, su regreso era fácilmente fundamentable: el virus respiratorio que amenazaba el planeta.

Cuando habían pasado 44 de los 45 minutos, salió del baño y enfiló con decisión hasta el andén de Alves Hermanos. Pocas personas -unas cuatro o

cinco- tomarían la misma unidad que Goyo. Por suerte era gente de La Prosaica que viajaba a trabajar a Estación Roma, a los que conocía de vista pero con los que pocas veces había entablado conversación alguna. Aunque claro, a quien si conocía -y mucho- era al chofer. El Rulo Traverso lo vio subir y al instante lo identificó.

- Goyito... *¿qué te hiciste en el lope? ¿No estabas en Europa vos?*

- *Qué hacés, Rulo. Sí, vos lo dijiste, estaba. Pero pegué la vuelta.*

- *¿Qué pasó? ¿Extrañabas los ravioles de la Rosita?* -dijo el Rulo, sonriente.

- *No, jajaa. Con este tema del virus chino, me vine unos meses acá hasta que se acomode todo. No quería que mis viejos se preocupen demasiado.*

Se sentó en la última fila, como hacía cuando volvía de alguna salida nocturna. Por su mente pasaron, como en un carrousel vertiginoso, Petaca, la Oveja, Nuria, Benálteguy, el falso Paco, don Luiggi, Stefanía, Laura y Vincenzo. Mucha historia, muchos nombres, muchos sentimientos juntos y revueltos para procesar en los 36 kilómetros que le restaban hasta el punto de inicio.

LA LIBRETA DE DON JESÚS

Las lágrimas emocionadas de Rosita y Coco al recibir a su hijo, no durarían mucho. Luego de la consabida alegría inicial, darían paso rápidamente a las dudas acerca del motivo de ese regreso sorpresivo.

- *A mí no me engrupís, Goyo. A vos te pasó algo. Mirá la cara que tenés. Nunca mandaste una mísera foto, estuviste semanas sin hablar. ¿De qué virus chino me venís a hablar? Eso acá no va a llegar nunca. Contanos la verdad, qué te pasó* -se ofuscó Rosita, aun secándose las mejillas.

- *¿No va a llegar? Ya vas a ver, mami, ya vas a ver* -replicó Goyo. *Va a llegar a todo el mundo, acordate lo que te digo.*

Coco observaba en silencio y acariciaba la espalda de su esposa, mientras cada tanto miraba con severa desconfianza a su hijo. La escena familiar del reencuentro tampoco era como la hubieran imaginado los protagonistas. Rosita y Coco estaban contentos de tener a su hijo de regreso, pero no les terminaban de cerrar los motivos.

- *¿Por qué el pelo, así, Goyito? Parecés un estropajo* -preguntó Coco.

- *Tengo apenas un kilo menos que cuando me fui* -argumentó Goyo.

- *Yo no hablo del peso, hablo de tu cara, de tu aspecto. Mirate. ¿No tenías espejo en Europa?* -la voz de Coco estaba enturbiada por la preocupación.

- *Ahora no me rompan las pelotas. Déjenme dormir. Y por favor, que no venga nadie a saludarme. Yo después paso por lo de los abuelos. El único que puede entrar es Daniel Peralta.*

Con el correr de los días las noticias del mundo fueron dando la razón, paulatinamente, a Goyo. El coronavirus empezaba a ser el centro de la conversación en todas partes. Era como una mancha de humedad que de a poco iba ganando en extensión, y su eco llegaría también a la Argentina. El

mismo día del regreso del hijo de Rosita y Coco Gandulla, Brasil confirmaba el primer caso de coronavirus en América Latina: era un empresario de 61 años oriundo de San Pablo que estuvo en la región de Lombardía, la zona más afectada de Italia. Justamente el lugar de donde venía Goyo. El ministro de Salud de la Nación Argentina, Ginés González García, informó que se habían estudiado 21 casos posibles de coronavirus y todos habían arrojado un resultado negativo.

Y mientras la rutina del planeta entero comenzaba a alterarse como no había pasado en décadas, Goyo se la pasaba en su pieza. Durmiendo durante muchas horas, y en las que estaba despierto, comiendo. La noticia de su regreso ya circulaba en Estación Roma, y salvo sus parientes -y Daniel Peralta- algunos ya miraban con recelo a la familia del fletero y la modista.

- *No te amargués, Rosi... Lucrecia es una lengua larga. Ya la conocés. Ahora que el esposo es diputado provincial se cree de la realaleza* -intentaba calmarla Coco. *Es una especialista en levantar puterío.*

- *Má qué realaleza, atorranta hija de puta. Anda diciendo que Goyito vino de Italia... que hay que tener cuidado... que lo conveniente sería que se aisle un par de semanas. El que se aísla los fines de semana en Buenos Aires es el chanta del marido, el negro Zabala. Le dice que tiene reuniones de la política y se va a encamar con una de sus tantas asesoras, que se la pagamos nosotros.*

- *No deja de ser cierto, mami. Lo más conveniente es que me quede adentro por las dudas* -aprovechaba Goyo para excusarse de tener el mínimo roce social.

- *El Maplecito me dijo que sino pasás a verlo hoy te manda a la mierda* -informó Coco, mientras le echaba soda al vaso de Cinzano.

- *Y vos dejá de chupar tan temprano, que ahora pongo la mesa para almorzar* -sonó fuerte la reprimenda de Rosita a su esposo.

A la hora de la siesta llegó Daniel Peralta. Fue un buen motivo para salir del aislamiento social -aun no obligatorio en el país-, y para salir de su pieza. Goyo agarró dos reposeras, y se fue con Daniel a tomar un Cinzano -el poco que había dejado Coco- bajo la sombra del paraíso del fondo.

- Bueno. No te quiero invadir, hermano. Me desborda la curiosidad por saber qué te pasó, pero supongo que por ahí tenés ganas de tomarte tu tiempo... qué sé yo. No quiero forzarte -Daniel Peralta se mostraba educado como siempre, aun cuando su mejor amigo jamás tenía secretos para con él.
- Má qué forzarme. Con vos no hay invasión ni nada.

Goyo le contó paso a paso su periplo por Europa. Desde su llegada a Madrid, su viaje a Valencia, su encuentro con Petaca y la Oveja, su visita al Bar El Rulero, el tema de Nuria y el rollo de los supuestos celos del Dasa ruso, el escape -simulacro armado desde Benetúser- a Italia, otra vez Nuria, Nápoles, Benálteguy, la Camorra, el falso Paco, una nueva fuga -esta vez verdadera-, Castelnuovo del Garda, don Luigi, Stefanía, Laura, el crimen del falso Paco, tercera fuga, el departamento de Laura en Giambellino-Lorenteggio, llamada de Stefanía el 31 de diciembre, Vincenzo y la vía Gluck, aeropuerto de Malpensa, su similar de Ezeiza y vuelta a Estación Roma. A Goyo al principio le costó arrancar el relato de la historia, pero a medida que avanzaba, se dio cuenta que le estaba haciendo bien, era una especie de catarsis. Iba tirando del hilo de sus recuerdos recientes y de alguna manera exorcizaba su angustia.

- Si no supiera que jamás fuiste fantasioso, no te creería una mierda - reflexionó Daniel, que había escuchado todo el relato en silencio, con una concentración digna de un esmerado psicólogo.

- No exageraré en nada, creémelo, Dani. Es algo increíble. Pero todo parte de esos dos hijos de puta de Petaca y la Oveja. Ya cuando llegué se mandaron la pasión de estar peleados porque se les había fundido una Traffic. Dos traidores. Y de los peores. Al principio no lo podía creer, pero este muchacho que apareció...

- El falso Paco -ayudó Daniel, demostrándole a su amigo que le había prestado atención hasta el mínimo detalle.

- Sí, el falso Paco. Un regalo del cielo. Apareció de la nada y me sacó del infierno. Él decía que si yo no aparecía no hubiera podido fugarse solo. Qué sé yo...

- Y sí, Goyo. Según lo que vos me contás es posible que fuera así.

- Nunca pude saber ni su nombre, ni de dónde era. Sólo me dijo que era del interior de la provincia. Pero cuando le preguntaba su identidad... me

tabicaba. Me cuidaba, siempre me cuidó. Increíble. Yo le decía que exageraba. Y cuando lo mataron en esa esquina, ni ir a ver su cadáver pude. Tuve que salir rajando por los techos. Cómo es la vida, Dani. Me ayudó gente desconocida, como este muchacho, como Laura, Vincenzo... y me cagaron dos amigos de mi pueblo, compañeros de primaria. Increíble. Ya sé que es al pedo, pero... que quede entre vos y yo, de esto ni mis viejos van a saber. Hasta donde pueda lo voy a mantener en secreto. Además, hay otra cosa, estoy... diríamos... en situación de clandestinidad.

- ¿Cómo? -preguntó Peralta.

- Sí, entré al país con otro nombre. Pero con el kilombo que se viene por esto de la pandemia, espero que no pierdan tiempo buscándome a mí.

- ¿Y pasaste Migraciones sin problemas?

- Sí. Parece que Vincenzo hace bien las cosas.

El 3 de marzo de 2020 se verificó el primer caso confirmado de coronavirus -Covid 19, según la denominación científica- en el país: un hombre de 43 años que había estado en Italia entre el 19 y el 27 de febrero -coincidentalmente últimas jornadas de Goyo en Europa. A medida que iban pasando los días el número de contagiados crecía, y el 11 de ese mes la Organización Mundial de la Salud cambió la calificación de epidemia a pandemia. En Argentina, el 14 de marzo, el presidente Alberto Fernández decretó una cuarentena preventiva de catorce días, que luego se iría ampliando en cantidad de días, en suspensión de actividades y en restricciones de diversa índole.

- Cuándo no mi vieja dando la nota. Una vez más, una sola vez más que lo insinúe, le declaro la guerra definitiva -la furia de Rosita iba in crescendo a medida que iba vaciando las bolsas de las compras.

- Pará, Rosi, pará. Te va a hacer mal -suplicó Coco, que venía del fondo con un cajón de soda vacío. ¿Qué pasó ahora con Leticia?

- Qué va a pasar. ¿No sabés cómo es tu suegra? Por lo bajo, con diplomacia pero ella te las tira. Me preguntó si ninguno de nosotros tres estaba resfriado o con dolor de garganta. Que dude de Goyo un vecino vaya y pase. ¿Pero tu propia familia?

- Ya hablé con ella por teléfono y la tranquilicé, mami. Ya le dije que pasaron más de dos semanas desde que vine y no sentí nada -terció Goyo

que salía desde la pieza para tranquilizar a su madre. *Es lógico que la abuela tenga miedo. No te olvides que es hipertensa.*

- Es hiperdensa tu abuela. Muuuuy densa. Hinchapelotas sería el término científico. Rompebolus intensus.

En Estación Roma, la llegada de la pandemia trajo consigo una quietud que acentuó la monotonía habitualmente presente en sus rincones. Durante las primeras semanas de aislamiento, el murmullo cotidiano de los habitantes se desvaneció, dejando un eco de soledad que resonaba entre las casas, las calles aun calientes de marzo y las veredas agrietadas. Las mañanas, que antes se llenaban con el sonido de los autos y camionetas que circulaban, ahora eran habitadas por un silencio pesado, interrumpido solo por el canto lejano de los pájaros, que parecían celebrar la ausencia de la humanidad. Los pocos comercios del pueblo que solían abrir sus puertas a la rutina diaria, permanecían cerrados, con carteles que advertían sobre el aislamiento social preventivo. La plaza central, normalmente un punto de encuentro para charlas de vecinos y juegos de los niños, se convirtió en un desierto donde los bancos vacíos eran testigos mudos del tiempo que pasaba sin prisa. Los días se sucedían uno tras otro, marcados por una repetición monótona: desayuno, limpieza y alguna que otra llamada telefónica para saber cómo estaban los vecinos. Las familias se aferraban a la televisión como única ventana al mundo exterior, consumiendo noticias sobre la pandemia que parecían lejanos ecos de una realidad ajena. En las casas, el aire se volvía denso, la incertidumbre flotaba en cada rincón, mientras los niños jugaban en patios cerrados, ajenos a los peligros del virus pero conscientes de que algo había cambiado. Las conversaciones entre vecinos se limitaban a saludos distantes y miradas preocupadas desde las ventanas. A medida que pasaban los días, la sensación de aislamiento se transformó en una especie de rutina aceptada. Los habitantes de Estación Roma aprendieron a vivir con el silencio y la calma forzada, encontrando consuelo en pequeñas cosas: el aroma del pan recién horneado en casa o el sonido del viento moviendo las hojas de los árboles. Sin embargo, tras esa aparente paz, latía una inquietud profunda por el futuro incierto. La monotonía se hizo parte de la identidad comunitaria, un ciclo interminable -en una especie de distópico loop- donde cada día era igual al anterior y donde la vida parecía haberse detenido también en un rincón olvidado del mundo.

como ese. Salvo en un lugar del pueblo donde la tradición, la rutina y las costumbres le hacían frente al aislamiento, y resistían aferrándose a su esencia.

Las calles de Estación Roma no necesitaban adecuarse mucho a la inmovilidad, a la quietud, a la calma. Pero ahora el pueblo parecía sumido en una siesta de 24 horas. Apenas si había algún movimiento en horas de la mañana, cuando los vecinos concurrían a aprovisionarse para volver al encierro obligado. Un encierro que les cabía a todos, menos a Daniel Tejera, a quien no lo convocaba a mantener su estilo de vida ningún tipo de teoría terraplanista, anticientífica o antivacunas. Él solo seguía su vida como le gustaba. Por más que la pandemia le restara concurrentes a su bar, la puerta del mismo siempre estaba abierta, y su silla en la vereda gobernaba la esquina.

- *Chanchurria... ¿viniste? Pensé que ya no me tenías más en cuenta* -el Maplecito venía del patio del bar con una bolsa de pan duro, sobrante de un asado clandestino organizado en el bar noches anteriores.

- *Hola maestro* -Goyo dejó de lado cualquier precaución sanitaria y se fundió en un abrazo con el propietario de El Maple. *Quería asegurarme un par de semanas para no desparramar la peste, viste.*

- *A mí no me va a agarrar nada, estate seguro* -afirmó Tejera.

- *¿Cómo sabés?* -preguntó Goyo.

- *Y... ¿no dicen que el alcohol mata al bicho? Yo tengo alcohol en todos los recovecos de mi organismo, boludo. Si me sacan sangre hacen la vacuna...*

- *Jajajaa, vos no cambiás más.*

De a poco, día por día, al ritmo cansino de un pueblo como el suyo, Goyo Gandulla fue dejando atrás el mal sueño. Tenía bien en claro que nunca volvería a ser el mismo, después de una experiencia tan traumática como la que le tocara en suerte, pero sentía que, paulatinamente, esa monotonía pueblerina de la que casi huyó un año antes, ahora le estaba devolviendo la normalidad que no sintió en casi ninguno de sus días en Europa. Sus charlas a la sombra del paraíso del patio con Daniel Peralta, las escapadas al Maple para juntarse casi en solitario con su pintoresco dueño, las visitas distanciadas a sus abuelos, las caminatas por el camino que va hasta el arroyo... Pequeñas cosas que le devolvían una tranquilidad que sin dudas

necesitaba. Hasta en su casa, sus padres, habían ido dejando atrás los reproches, las preguntas, las dudas, y ahora se permitían disfrutar unos mates en familia o el tradicional asadito de los domingos. Goyo se amargaba si recordaba la traición de Petaca y la Oveja, y hasta lagrimeaba en soledad al recordar a ese superhéroe inesperado que cayó ante la ráfaga mortal de aquel "contratista" de remera bordó. Pero la calidez de su hogar, la simpleza de sus padres, la sonrisa de sus abuelos, la sincera amistad de los "Danieles" -Peralta y Tejera- eran ahora un bálsamo irremplazable. El mundo vivía una distopía, pero Goyo Gandulla sentía que la suya había finalizado. Aun moviéndose en su alma las esquivas emocionales de esa pesadilla, sentía que estaba saliendo adelante. Le faltaba arreglar una cuestión: dejar de ser Iker Ramos Zamora y volver a ser legalmente quien era. Dardo Gregorio Gandulla.

- *¿Cómo pensás encarar ese tema, Goyo?* -le preguntó Daniel, una tarde nublada de abril que amenazaba con mutar a lluviosa.

- *Todavía no sé. El único abogado de confianza que conozco es Carlitos, pero la secretaria es Gisela Bordón, la sobrina de Cogollo. O sea que le puede llegar el cuento a la Pina en cualquier momento.*

- *Sí, es cierto. ¿Y si hablamos con Ferreira?* -Daniel Peralta aludía a David "Pipo" Ferreira, graduado un año antes que ellos en el secundario, y que al año siguiente de terminarlo entró en la Escuela de Policía Bonaerense.

- *Puede ser. Es amigo, pero es cana. No sé, dejame pensarlo.*

- *Anoche lo vi que estaba de guardia en el destacamento. Solo. Hablando al pedo con mi viejo le contó que Pirulo Chávez, el compañero de él, rota con otro milico de La Prosaica y cuando viene sale a hacer las rondas por este tema de la cuarentena.*

- *Sí, si me contó el Maple que el otro día le quiso hacer cerrar el bar. El Dani le dijo que ni a punta de pistola, jajaa...* -festejó Goyo.

- *¿Y si esta noche vamos a hablar con él? Si vamos los dos capaz que lo convencemos de que te dé una mano con los papeles. Él conoce gente grosa más arriba, acordate que Vitrola, el padre, llegó a Comisario.*

- *Es cierto. Pero... no le puedo contar la verdad. No sé qué cuento meterle. ¿Cómo justifico que entré con otro nombre?*

- *Decile que habías perdido la documentación y que renovarlos desde el exterior demoraba varias semanas. Y que vos, por este tema de la*

pandemia, querías volverte rápido porque habías escuchado que estaban por cerrar la frontera, entonces conseguiste un pasaporte trucho. Que te agarró miedo y elegiste esa salida, no sé. ¿Suena muy a bolazo? -preguntó Daniel.

- *No, boludo. Es buena esa. Tenés razón. Es buena* -Goyo esbozó una mueca de aceptación y palmeó el hombro izquierdo de su amigo.

Ese sábado 11 de abril de 2020, el presidente Alberto Fernández comunicó la decisión de extender el aislamiento social, preventivo y obligatorio hasta el 26 de abril inclusive con el objetivo de reducir el impacto del COVID-19 y convocó a los argentinos a seguir las recomendaciones de las autoridades sanitarias. *“Vamos a seguir exactamente igual en las grandes ciudades y los grandes centros urbanos”*, remarcó el mandatario en una conferencia de prensa que ofreció en la Residencia de Olivos, acompañado por el jefe de Gabinete Santiago Cafiero y los ministros del Interior, Eduardo de Pedro, y de Salud, Ginés González García. *“Quiero que cada paso que demos de aquí en adelante sea un acuerdo social: que todos estamos de acuerdo en asumir la cuota de responsabilidad que tenemos de hacer lo que la autoridad sanitaria recomienda”*, señaló. Al mismo tiempo, anticipó que se incorporarían nuevas actividades a las exceptuadas, e indicó que en los próximos días se iría levantando la cuarentena de forma administrada en algunas comunidades y provincias, lo que produjo un medido entusiasmo entre los habitantes de Estación Roma. *“Según las proyecciones iniciales, si no hubiéramos tomado las medidas que tomamos, hoy tendríamos que haber tenido 45.000 casos, y en verdad tenemos, en total, 1.975 casos”*, reflexionó el Presidente de la Nación, quien por entonces contaba con una adhesión popular que con el correr de los meses iría desperdigando, sobre todo a partir de la filtración de las fotos del cumpleaños de su esposa Fabiola Yañez, realizado en la Quinta de Olivos aun cuando estaban vigentes las restricciones sanitarias.

Tal como amenazaba desde la siesta, el 11 de abril en Estación Roma se despachó con una lluvia virulenta al principio -unos diez minutos-, para dar paso luego a un atardecer increíblemente soleado. El cielo se abrió al cabo del aguacero y al compás de una leve brisa, el día finalizó con un clima seco y agradable.

- *Me voy al campo del Toco. Vamos a comer un asado y después vamos a cazar liebres* -avisó Coco.

Rosita estaba terminando de respuntar un vestido de quince, y sin sacarse un alfiler de la boca cuestionó la decisión de su esposo.

- *Se van a juntar a comer, a chupar y después van a salir a cazar. Un combo bárbaro para hacer cagadas.*

- *¿Por qué cagadas? Es lo que hacemos cada tanto.*

- *Sí, pero ahora estamos en pandemia. No se pueden juntar muchas personas. Además con el chaparrón que cayó el camino debe estar con barro.*

- *No, secó enseguida, Rosi. Está firme el camino. Y no somos cincuenta los que nos reunimos. Somos tres: el Toco, Pocho y yo.*

- *Uno más chupín que el otro.*

- *Ufa che... a vos no hay nada que te venga bien* -se quejó Coco.

El fletero sacó de la alacena el juego de tabla y cubiertos que lo acompañaban en cada asado, agarró una botella de tinto del bajo mesada, y puso todo en una bolsa de nylon. Pasó por la pieza donde Rosita cosía, y sin que ella lo advirtiera se le acercó para estamparle un beso en la mejilla.

- *Chau, vieja rezongona.*

- *Salí de acá, viejo borrachín. Mientras no termines como mi viejo vos* -se sacó de encima Rosita el gesto cariñoso de su marido.

Antes de subirse a la Dodge naranja, Coco manoteó la escopeta de dos caños que tiempo atrás le había entregado como pago por una mudanza Pelusa Miranda, un carpintero amigo que quedó en la ruina luego de un juicio laboral que le hiciera un empleado. El arma era una Yildiz calibre 12, superpuesta con caños cromados, monogatillo y culata de nogal. Coco era un asiduo tirador pero además de despuntar el vicio con los amigos, solía llevarla en la camioneta cuando tenía que hacer algún flete a Rosario. Jamás la usó ni para intimidar a alguien. Era simplemente una sensación de seguridad personal.

En la avenida Juana Scarone de Farenga -denominada así en homenaje a una de las personas que escribieron la historia de Estación Roma-, justo

antes de la intersección con calle Tucumán, estaba ubicado el destacamento policial del pueblo. El mismo supo ser ascendido a Comisaría en 1995, pero en virtud de una reforma a nivel provincial, había vuelto a la categoría anterior. El edificio policial quedaba enfrente de la casa de Daniel Peralta, donde el amigo íntimo de Goyo Gandulla vivía con sus padres Elsa y Tito, y con su abuelo materno, don Jesús, jubilado ferroviario. El anciano sufría de una enfermedad senil progresiva, que a pesar de los cuidados familiares que requería, no dejaba de hacerlo más personaje aun de lo que había sido toda la vida. Se sentaba en la puerta y allí se quedaba durante largas horas, sea de día o de noche, verano o invierno, saludando a todos los que pasaban y anotando sus nombres en una libreta de almacén.

- *¿Lo corriste mucho?* -preguntó Coco a su amigo el Toco.
- *¿A quién?* -repreguntó el anfitrión.
- *Al lechón. Tiene cara de haberse muerto de un ataque al corazón, jajaaa...* -soltó la carcajada Coco, acompañado por Pocho.
- *Callate boludo. Se lo compré a Ernesto, de La Acelga.*
- *¿Un lechón para tres personas no será mucho?* -analizó Pocho.
- *¿Sabés las ganas de hacer un lechón que tenía? Que sobre, total voy a comer lechón de acá hasta que el Alberto levante la cuarentena.*

La noche se prestaba para el fuego asador del Toco, para la charla previa degustando un vermouth con ingredientes, para escuchar los acordes de Carlos Gardel que salían del viejo minicomponente del dueño de casa, para filosofar sobre las cosas simples de la vida y también para intercambiar chismes del pueblo, los que generalmente giraban en torno a cuestiones sentimentales clandestinas. En ese sentido, el que siempre tenía el chisme de último momento era Pocho.

- *Che... ¿Se enteraron que lo gorrean a Cogollo?* -preguntó Pocho sabiendo que esa pregunta era la introducción perfecta para detonar la siempre puntual curiosidad de sus amigos.
- *¿En serio? ¿Quién?* -saltaron casi a dúo Coco y el Toco.
- *Un viajante de los que le traen repuestos. Un rosarino.*
- *Uh... mirá la Pina... había sido veterana tramposa* -opinó Coco, al mismo tiempo que pelaba un salamín casero.

- *Sí, el rosarino se la mueve en La Prosaica. La vieron saliendo del hotelito que está enfrente de la Terminal.*

- *Mirá vos... -comentó el Toco, mientras rociaba el lechón con una sal muera especial que había preparado, a base de albahaca. Esa familia se fue degenerando de arriba para abajo y para todos los costados.*

- *¿Cómo? No entiendo -dijo Coco, a quien sus dos amigos habitualmente sometían a cargadas varias en razón de su proverbial ingenuidad.*

- *Y claro... el viejo Bertolotti, Orlando, dicen que está con problemas judiciales en Canadá. Parece que metió la mano en la lata de una iglesia evangélica, o algo así. La mujer, Alejandra, dicen que ya se tumbó a medio Valencia... el hijo, la Oveja, dicen que anda en cosas raras con el otro boludo que se fue con él, ¿cómo se llama? -el Toco acudió a sus interlocutores para recordar el apodo y el apellido que le faltaba para completar la frase y que le restaba escuchar a Coco para empezar a entender algunas cuestiones relacionadas con el regreso de su hijo.*

- *Petaca Navarro -colaboró Pocho.*

- *Ese... y ahora la Pina anda trampeando. Viste... después dicen que la gente religiosa anda siempre por derecha. Unos rufianes...*

Una vez terminada la cocción del lechón, lo colocaron en medio del tablón tendido a la luz de la luna, bajo la copa de unos ombúes que daban sombra al patio campero del Toco. Cada tanto le tiraban algún desperdicio a los tres perros que daban vuelta alrededor de ellos, esperando el mendrugo saciador. A raíz del comentario de Pocho sobre Petaca y la Oveja, en la continuidad del encuentro, Coco menguó ostensiblemente su participación en la charla. Y de tan transparente que era el fletero, sus amigos no demoraron mucho en percatarse de su mutismo.

- *Che, Coco. ¿Qué carajo te pasa? -preguntó Pocho.*

- *¿A mí? Nada, ¿por qué?*

- *Estás mudo, gorreau -dijo el Toco.*

- *No pasa nada. Hoy tengo ganas de escucharlos a ustedes... mamadera las huevadas que dicen, jajaaa...*

A la misma hora que su padre trataba de ocultar -infructuosamente- alguna preocupación delante de sus amigos, Goyo estaba sentado en el destacamento, acompañado por Daniel Peralta, contándole su situación a

Pipo Ferreira, oficial de la policía bonaerense. Mientras desgranaba su relato, Goyo semblanteaba la cara de Ferreira, intentando percibir alguna mueca de desconfianza que pudiera no ya imposibilitar la solución que necesitaba, sino que además complicara más el panorama. Por suerte Ferreira era un hombre simple, con buen criterio para entender una situación semejante, y una casi nula inclinación por jugarle una mala pasada a alguien conocido.

- *Dejame que lo hable con un amigo que trabaja en la Central. Dame un par de días* -pidió Ferreira mientras garateaba datos en un papel.

- *¿En la Central de La Prosaica?* -preguntó Goyo.

- *No. En La Plata. Es un compañero mío, compañero de promoción en la Bucetich, que ahora es ayudante de un jefe en la Superintendencia de Planeamiento. Es de confianza, no te preocupés. Eso sí: que quede entre nosotros tres. Ustedes saben cómo es este pueblo, que los puteríos corren enseguida. Que no salga de acá* -cerró Pipo improvisando un pequeño círculo con un movimiento de manos.

- *Olvidate. Che... no sabés cuánto te lo voy a agradecer* -dijo Goyo.

En el campo del Toco, mientras sus dos amigos preparaban los cartuchos para salir en busca de las apetecidas liebres, Coco apuraba el último vaso de tinto antes de pegar la vuelta sin sumarse a la caza. No estaba de ánimo para eso. El comentario de Pocho lo angustió, y Coco era así cuando lo abordaba una preocupación: pasaba de un optimismo candoroso a una especie de parálisis emotiva. Quería llegar a su casa, acostarse junto a su esposa Rosita -que a las diez de la noche acostumbraba a doblegarse rápidamente ante el sueño- y ya tenía decidido que a la mañana siguiente iba a encarar a Goyo para que le contara toda la verdad, sobre todo aquellos detalles que se había guardado acerca de los fundamentos de su regreso.

La Dodge dibujó el trayecto de vuelta a casa como si fuera un caballo de sodero, esos matungos acostumbrados a recorrer un camino, que de tanto hacerlo lo memorizan. Coco entró por la principal, dobló en la Parroquia Sagrado Corazón por Bolivia, y luego hizo las dos cuadras restantes hasta llegar a su casa, ubicada en la esquina de Rivadavia. Cuando encaró la entrada del portón, observó de refilón que por Rivadavia, a unos diez metros de su casa, estaba estacionado un Renault 12 de algún color oscuro.

Estaba estacionado apenas terminaba la luz de la entrada, como guarecido en las sombras. Entró la camioneta y por la hendidura del portón vio a dos personas sentadas en aquel Renault 12. Al parecer dos hombres, murmurando algo entre ellos. La oscuridad no le permitía identificarlos, pero la situación le pareció rara. Ese auto -cuyo color ahora sí pudo descifrar, era verde oscuro- no pertenecía a ninguno de los vecinos del barrio.

- *¿Serán repuesteros del Cogollo?* -pensó.

La medianoche en Estación Roma ofrecía fotogramas que parecían extraídos de una película del húngaro Bela Tarr. Las calles grises que se cortaban en un oscuro horizonte, allí donde la iluminación del alumbrado público dibujaba un triángulo esfumado con la lámpara de sodio como vértice. El viento meciendo apenas con una leve brisa los árboles. El silencio como eje sonoro de la noche. Los grillos, las ranas y los perros como únicos habilitados para lastimar un poco aquel silencio. Goyo y Daniel Peralta, luego de conversar satisfactoriamente con Ferreira, caminaban lentamente de regreso. Cruzando la calle estaba la casa de Daniel. Era más de la una de la madrugada.

- *Miraló a mi abuelo, todavía está sentado en la puerta* -sonrió Peralta. *Vení, vamos a mirarle la libretita. La otra vez anotó a Aníbal Fernández y a Messi, decía que habían pasado trotando con ropa de gimnasia, jajaa...*

- *Jajaa, don Jesús, qué lindo personaje. ¿Cuál habrá sido el último que anotó bien?* -preguntó Goyo.

- *Callate que a veces anota bien. Se le complica después de cenar porque el viejo le pega al moscato. Ahora es increíble la exactitud de los horarios que anota: 14.23, 15.39, 00.18... parecen los horarios del "celestito", jajajaa...*

El viejo estaba sentado en la puerta, con la silla al revés, bien a la usanza de los pueblos. Era un hombre menudo, con una sonrisa instalada de manera perpetua en su rostro. Unos anteojos de marco grueso pegados con cinta aisladora azul en el puente, le permitían hacer sus anotaciones. Consultaba un reloj Tressa con malla de cuero negro que usaba en su muñeca izquierda y anotaba hora y datos del transeúnte.

- 01:36... *El hijo de Rosita y Coco, con el chico de Peralta* -dijo don Jesús, consignando sus nombres en la libreta.

- *Ah bueno, pegaste dos, abuelo. No te acordás que soy tu nieto pero por lo menos me acertaste el apellido* -comentó Daniel, sonriente.

- *Hola don Jesús, ¿cómo anda?* -lo saludó Goyo.

- *A ver, prestame la libreta, quiero ver cuánta gente pasó hoy por acá. Calculo que menos que en la Quinta Avenida de Nueva York* -ironizó Daniel.

- *¿Cómo andás, pibe? ¿El Coco... la Rosita? ¿Están bien?* -preguntó Jesús, que tenía la costumbre de empujarse insistentemente los lentes con el índice izquierdo sobre el puente encintado.

- *Bien, don Jesús. Ahí están... mi viejo se fue a cazar al campo del Toco Duarte. Y la Rosita, como siempre... debe estar durmiendo hace rato.*

Terminado el breve intercambio con don Jesús, Goyo se percató que Daniel miraba la libreta de su abuelo con rostro pálido. Había perdido el aire jocoso que traía y el rictus de su cara era de preocupación.

- *¿Qué pasa, Dani? ¿Anotó algún finado que tenés esa cara?* -preguntó Goyo.

- *No, algo peor* -respondió Daniel, alzando la vista. *¿Vos estás seguro que pasaron estos dos por acá, abuelo?*

- *¿Quiénes?* -preguntó Goyo, intrigado, al tiempo que le sacaba la libreta de las manos a su amigo.

- *Todo lo que anoto es cierto* -contestó don Jesús con su voz aguda, casi chillona, dándole empujarse los lentes en el entrecejo.

La hoja que contenía las últimas anotaciones que don Jesús había hecho en el día, rezaba textualmente: "18.10 paso carlito silva el que era berdulero... 19.38 paso delia la bieja culona de la otra cuadra... 20.16 paso el doctor sanche que me saludo... 22.10 paso julio sosa que iba a cantar tango al clu todo engominau... 00.35 pasaron el oveja betolotti y el pibe de nabarro en un auto verde".

- *¿Cuál de todos?* -preguntó don Jesús.

- *El Oveja Bertolotti y el pibe de Navarro* -contestó Daniel.

- *Ah, sí. Pasaron hace un rato. ¿No estaban en Italia esos dos?*

- *En España, don Jesús* -corrigió Goyo. *Están en España. Seguramente se los debe haber confundido.*

- *No, eran ellos* -sentenció el viejo.

Daniel le devolvió la libreta a su abuelo, y se quedó mirándolo a Goyo, esperando la reacción de su amigo. Goyo miraba hacia la calle, con gesto pensativo. ¿Sería una visión errónea más de don Jesús? ¿O la vida volvería a jugarle una mala pasada, ahora en su pueblo, a decenas de miles de kilómetros del escenario de su increíble pesadilla? El viejo había anotado a Julio Sosa, un cantante de tango uruguayo muerto en 1964, por ende ¿podía darse como cierta su siguiente anotación?

- *Yo te acompaño hasta tu casa* -Daniel sonó decidido, tomando a Goyo del brazo y apartándolo de la escena con don Jesús.

- *No hace falta, boludo. No creo que sea cierto. Estamos en pandemia, aeropuertos cerrados, restricciones para los que vienen del exterior.*

- *Sí, ya sé, yo pienso lo mismo. Si los hubieran dejado entrar estarían haciendo la cuarentena en un hotel en Buenos Aires.*

- *¿Y si ya la hicieron?* -Goyo se frenó de golpe.

- *Como sea, yo te acompaño* -aseguró Daniel.

- *No seas pavo, Dani. Dejá que voy solo. Mirá si van a estar acá esos malandras. Y si estuvieran, ¿qué van a hacer... me van a ir a buscar... encima a esta hora? Dejá, Dani, quedate en tu casa.*

Goyo le decía eso a su amigo, pero por dentro iba deduciendo rápidamente la situación. Si era cierto que Petaca y la Oveja andaban en el pueblo, si la anotación de don Jesús debía contarse como uno de sus pocos aciertos, que hubieran viajado a la Argentina podía tener que ver con dos motivos: o huyendo del desastre que la pandemia estaba haciendo en Europa o bien para hacerse cargo del cabo suelto que muy probablemente le reclamaba el clan Secondili. Cualquiera de las dos opciones eran posibles. Aunque a medida que él y Daniel avanzaban a paso lento por las calles de Estación Roma, algo en su fuero íntimo le decía que era lo segundo.

- *Andá, Daniel, en serio. No pasa nada, boludo* -Goyo pensaba en la gente que había puesto en riesgo, como don Luigi y su familia, pero sobre todo pensaba en el falso Paco.

- *Si no pasa nada, con más razón te acompaño* -insistió Peralta.

- *Boludo, Dani... Esto es Estación Roma. ¿Qué va a pasar?*

- *Tenés razón. No va a pasar nada. Por eso te acompaño.*

Una cuadra antes de llegar a la esquina de su casa, Goyo advirtió la silueta de un Renault 12 estacionado en la oscuridad de Rivadavia. Pero trató de simular tranquilidad y despidió a su amigo, extendiéndole la mano para estrecharla en el clásico apretón tipo pulseada con que siempre se saludaban.

- *Listo... no hace falta la última cuadra. Conozco el camino. Vaya nomás Kevin Costner, el guardaespaldas, jajaa...*

- *Callate, boludo. Mañana a la mañana me pongo a averiguar si lo que vio mi abuelo puede ser cierto. Los puteríos corren rápido en este pueblo.*

- *Dale, quedamos así.*

Goyo miró a su fiel amigo caminar aquella cuadra hasta que dobló y lo perdió de vista. Y se dedicó a caminar la restante hasta su casa, como entregado a su destino. Fueron cien metros en los que todo pasó por su mente, como una película. Y decidió que en su vida ya no había lugar para más escapes. Ya no. Angustiado, entonces, pero finalmente sereno, se resignó a la paradoja de su viaje: un año antes se había marchado huyendo de la monotonía de su pueblo, y ahora el mundo lo devolvía al punto inicial para ajustar cuentas con los inesperados traidores: dos amigos -compañeros de primaria, además- de su mismo pueblo.

- *Qué linda metáfora. Rajar de un lugar para volver a morir* -se dijo Goyo en voz baja, a escasos metros de la esquina. *Y a manos de dos tipos que también salieron de acá, los que supuestamente me iban a ayudar. Parece joda...*

Cuando llegó a la esquina y quedó bajo la luz cenital del alumbrado, Goyo vio que del Renault 12 se bajaban dos sombras, a las que identificó enseguida. Por la fisonomía, por la forma de moverse, haciendo desplazamientos silenciosos, tratando de no despertar al vecindario, aunque pronto lo harían sus disparos -"salvo que hayan traído silenciador para los chumbos", pensó. Las dos sombras se pararon delante del auto, justo antes

que terminara el halo de la luz del portón. Entonces Goyo respiró hondo, tomó aire, y encaró su destino a paso lento pero firme.

- *Hola Goyo* -saludó Petaca, desde las sombras.

- *Qué tal. Me imagino que vinieron a hacerle el mandado a la Camorra* -dijo Goyo, con tono resignado, y ambas manos en los bolsillos de la campera de jean.

- *Dejá las manos a la vista, Goyo. No lo hagas más difícil* -pidió ahora la Oveja, sacando de su cintura una pistola de caño largo.

- *¿Así está bien, basuras?* -ironizó Goyo, sacando sus manos de la campera.

- *Es lógico que nos odies, Goyo. Pero estamos más complicados que vos. No nos queda otro camino. Los Secondili secuestraron a mi vieja* -explicó la Oveja.

- *Mirá vos, Alejandra. Capaz que se dejó secuestrar para cogérselos a todos.*

- *Sos un pendejo imbécil. Gracias por decirme eso, ahora te vamos a matar sin remordimientos* -se ofendió la Oveja.

- *Hijos de mil puta. Soretas mal cagados. Mátenme y váyanse rápido de este pueblo al que están infectando más que el Covid. Ratas inmundas.*

Ahí estaban. Frente a frente. Los traidores y su víctima. Bajo el cielo de Estación Roma, ese pueblo que nació como Estación Amor allá por febrero de 1884, tres de sus habitantes dirimían un embrollo suscitado muy lejos de allí. En un rincón del mundo donde la vida parecía simple, el eco de la traición resonaba con fuerza.

La Oveja blandió su pistola y la apuntó a la cabeza de Goyo, a quien tenía a dos metros de distancia. El estruendo rompió el silencio de la noche en mil pedazos. Fue un estampido seco, seguido de un eco sonoro descendente, luego del cual la Oveja se desplomó rotundamente. Petaca, sorprendido, miró hacia todos lados, tratando de identificar el origen del disparo. Le bastaron pocos segundos para darse cuenta de dónde venía: arriba del techo de su casa, parapetado contra el tanque del agua, estaba Coco. Cuando Petaca amagó a sacar su arma, Coco le asestó -en pleno tórax- su segundo escopetazo de la noche. Y allí quedaron los dos traidores, tirados al pie del Renault 12.

- Papá... ¿qué hiciste? -dijo Goyo, con un hilo de voz.

Epílogo

El episodio vivido en Estación Roma pasó a ocupar las primeras planas de diarios, radios, canales y portales de noticias. En plena pandemia, más allá de lo relacionado con el aspecto sanitario, no era mucho lo que pasaba. Ni fútbol había. Así que resultaba lógico que el caso repercutiera mediáticamente. Los sucesos acaecidos en Bolivia y Rivadavia, esquina de un pequeño pueblito del interior bonaerense, eran narrados como *"un fallido ajuste de cuentas entre tres ciudadanos argentinos oriundos de Estación Roma, una localidad ubicada en el Partido de Coronel Domínguez, el cual fue abortado por la oportuna intervención del padre de uno de ellos, de ocupación fletero, convertido en héroe inesperado de sus vecinos, quienes ahora reclaman su inmediata liberación"*. En sucesivas placas rojas, la señal de Crónica TV informaba: *"Narcos argentinos vinieron a matar a mula descarriada"*, *"La Camorra ordenó su ejecución"*, *"Coco el fletero los primereó con su escopeta"*. El sesgo sensacionalista habitual en muchos medios -que enviaron móviles a Estación Roma-, reflejaban el ánimo justificatorio de los vecinos del pueblo, quienes sostenían casi unánimemente que la actitud de Coco Gandulla era ni más ni menos que un acto de justicia.

"El fletero justiciero", como lo bautizaron algunos medios a Antelmo David Gandulla, alias Coco, fue condenado por doble homicidio simple a doce años de prisión. Pero al año y medio de su estadía en la cárcel de Mercedes, fue beneficiado con arresto domiciliario por cuestiones de salud -tuvo un ACV estando en prisión- y buen comportamiento. Aunque en realidad fue la presión social de los habitantes de Estación Roma la que jugó un papel preponderante para morigerar su situación procesal. A los tres meses de su regreso a casa, Coco murió de un paro cardiorrespiratorio.

Petaca Navarro y la Oveja Bertolotti, luego de un sin número de trámites judiciales, fueron sepultados en un cementerio privado del Conurbano bonaerense, bajo estrictas medidas de seguridad para proteger a sus familiares de posibles venganzas napolitanas.

Dardo Gregorio Gandulla, alias Goyo, dio algunas entrevistas por consejo de sus abogados y luego entró en una profunda depresión, durante largos meses. Si bien la exposición mediática de su caso de alguna manera lo blindó de posibles nuevos atentados, no pudo procesar nunca las consecuencias de su viaje a Europa. Con la comprensión de todo Estación Roma, el apoyo incondicional de su amigo Daniel Peralta, y la sabiduría de Daniel Tejera, que empezó a arrastrarlo -literalmente- a largas charlas en El Maple, de a poco empezó a salir de su letargo. Cuando lo estaba logrando, su madre, Duilia Rosa Pianetti, Rosita, se enfermó gravemente, quizá a causa de la angustia. Murió en noviembre de 2022.

- *Un viejo de 23 años, eso es lo que soy* -decía Goyo.

Agobiado por la vida a pesar de su juventud, Goyo Gandulla eligió seguir como su padre había imaginado. Se hizo cargo de "Fletes Coco" y reflató el viejo negocio familiar, aunque cambió la Dodge naranja por un camión mudancero Mercedes Benz, de color azul, modelo 1988. Dejó de ser aquel muchacho curioso y entusiasta de la vida, soñador empedernido, y pasó a ser un hombre mustio, retraído, silencioso, capaz de pasar varios días pronunciando apenas cuatro o cinco palabras, incluso ninguna en los domingos.

La mañana del 24 de diciembre de 2023, mientras preparaba el camión para un flete, Lito, el cartero del pueblo, le trajo una carta. El remitente daba cuenta de una dirección en Líbano. La abrió con renovado temor, pensando que algún "contratista" de la Camorra empezaba a amenazarlo desde confines remotos.

"Hola Goyo. Mi nombre es Flavia Guerra. Vivo en Líbano, un pequeño pueblo del Partido de General La Madrid, provincia de Buenos Aires. Te vi en algunas entrevistas y leí un par de reportajes que te hicieron. Me atreví a escribirte por una sencilla razón: de acuerdo a lo que contaste, estoy casi segura que soy la hermana de esa persona que identificás como "el falso Paco". Me gustaría conocerte. Espero tu respuesta. Un beso, Flavia".

FIN

ACERCA DEL AUTOR

Pablo Javier ROZADILLA

Nació el 13 de diciembre de 1965 en San Nicolás (ciudad donde reside) pero se crió en la localidad de Conesa.

Periodista deportivo desde hace más de cuatro décadas, siguió la campaña de Boca Juniors durante más de 15 años, y cubrió, entre otros eventos, el Mundial de Francia 1998.

Coautor junto a Aldo Ruffini de “Los cuentos del tío y el sobrino” (2003), “El tío y el sobrino son puro cuento” (2007) “En cuentos cercanos del tercer libro” (2013), y también junto a Sergio Petri, “Cuarto creciente” (2018), todos relatos costumbristas de anécdotas en su mayoría verídicas, siempre mediante el sello Yaguarón Ediciones.

En 2011 publicó “Rozadilla Versero”, un libro de poemas que incluye entre otros, el poema que dio lugar a un video que el propio Diego Maradona publicó en su cuenta personal de Facebook, el 22 de junio de 2016.

Desde hace quince años incursiona en la realización audiovisual, dirigiendo



cortometrajes, largometrajes, documentales y videos institucionales. “La Batalla de Mailén”, su primera obra de teatro, recibió el Primer Premio en el Certamen Nacional de Humor “1º Fiesta del Cigomático Mayor”, organizada por la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Santa Rosa, La Pampa, conjuntamente con Argentores, el Instituto Nacional del Teatro, la Fundación Solarys y la Universidad Nacional de La Pampa.

Escribió un libro de poemas: "Venditio Fumi, Poemas del Desencanto" (Ediciones del Desarmadero, 2021), un libro electrónico de crónicas sobre Diego Maradona, titulado "Diego Nuestro que estás en tus goles" (2024) y tres novelas en formato digital: "El abstracto mundo de la nada", "Schachtel Pralinen" y "Zárraga". La presente es su cuarta novela publicada. Tiene dos novelas aun inéditas.